

NAVARRO VILLOSLADA, FRANCISCO (1818-1895)

EL ANTE-CRISTO

ÍNDICE:

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

Favores que matan

CAPITULO I

La más hermosa

CAPITULO II

El arco de triunfo

CAPITULO III

El amanecer

CAPITULO IV

Así lo manda quien puede

CAPITULO V

El aniversario

CAPITULO VI

El delirio

CAPITULO VII

Doña Ildefonsa

CAPITULO VIII

Revelaciones

CAPITULO IX

Retrato por escrito de un retrato en miniatura

CAPITULO X

La protección del cortesano

SEGUNDA PARTE

La palanca de Arquímedes

CAPITULO XI

Historias de una mujer contadas por su marido

CAPITULO XII

Don Ezequiel y su secretario

CAPITULO XIII

Dos príncipes

CAPITULO XIV

Caer en sus propias redes

CAPITULO XV

Debajo de una mala capa...

CAPITULO XVI

Esperanzas frustradas

CAPITULO XVII

Don Ezequiel en su gabinete

CAPITULO XVIII

La fuente de la riqueza

CAPITULO XIX

Un nuevo protector

CAPITULO XX

En berlina

CAPITULO XXI

La separación

CAPITULO XXII

El rábano por las hojas

CAPITULO XXIII

Caer en la cuenta

CAPITULO XXIV

El otro

CAPITULO XXV

Resolución repentina

PRÓLOGO

Tres grandes cuestiones se están debatiendo actualmente en España: la cuestión religiosa, la cuestión social y la cuestión política. Eslabonadas entre sí, no puede resolverse una sola sin que dejen de afectarse las demás; y en la resolución de todas tres ha de fundarse el porvenir de una nación que lucha por salir del caos de dos siglos. La cuestión religiosa y la cuestión política, que hoy está casi identificada con la del matrimonio de la REINA, amenazan resolverse tan de improviso, que quizás antes que el amago tengamos que sentir el golpe: la cuestión social, más complicada aún después de las primeras sacudidas de la revolución, camina sin embargo en nuestro país a pasos lentos, aunque inciertos y tardíos, y por fortuna no está llamando a las puertas del filósofo con la precipitación de las otras, que temen tal vez exhalar en el umbral los últimos suspiros.

Urge, pues, acudir a su socorro.

Cuando está próximo a ser estrellado contra las rocas el bajel que flota en el golfo turbulento, juguete de los vientos y de las olas, no es tiempo de permanecer impasibles en la orilla, escudando la inacción con la insuficiencia y la impericia: basta ser hombre para deber salvar al hombre: basta tener libres los brazos para tener obligación de tenderlos a los naufragos. Cuando el porvenir de una nación va tal vez a estrellarse contra una resolución desacertada, no debe aguardarse a que vengan los escritores eminentes, los ingenios privilegiados, a prestar el tardío socorro de sus luces; basta ser ciudadano y tener un corazón sensible a las desgracias del país, para lanzarse en el piélago tempestuoso, aun a riesgo de que en las hirvientes olas de la publicidad perezca la reputación del escritor.

El Señor de la parábola del Evangelio no quiere que sus siervos entierren los talentos que les entregó el día de su ausencia. Pocos o muchos, de más o menos quilates, todos debemos negociar con ellos, si no preferimos ser arrojados a las tinieblas exteriores como el siervo perezoso. Pobres y escasos dones son los que Dios ha otorgado al autor de esta obra; pero tales como son, no quiere tenerlos escondidos hasta el día en que por ellos se le demande; y con el doble objeto de acudir a los ayes de la patria, y al mandato del Señor, se lanza a la palestra con un libro, que, quizá porque en él se transparentan bajo la forma literaria de una novela cuestiones religiosas, políticas y sociales de actualidad, podrá llamarse por algunos *obra de circunstancias*. En buena hora: quizá no hay una en esta época que no se resienta más o menos del fugaz influjo de los hechos y de las ideas que imperan en el momento en que toma la pluma el escritor; y sin abrigar la presunción de que su libro de hoy ha de llegar a manos de los que existan mañana, debe el autor principalmente procurar ser útil a sus hermanos, escribir para ellos, y no encerrarse como la oruga en el capullo del aislamiento y de la inoportunidad, aspirando a romper más tarde sus prisiones y revolar como la mariposa entre las generaciones futuras.

Para aprovechar estos momentos fugitivos y veloces del efímero imperio de las impresiones de un siglo, en que los descubrimientos de hoy mueren a manos de los inventos de mañana, y las ideas de mañana son destronadas por los principios del siguiente día, es preciso escribir apresuradamente hoja por hoja, día por día, tantos

inmensos volúmenes como derraman hoy a torrentes los perennes manantiales de la imprenta tantos volúmenes que no son más que el álbum gigantesco donde un siglo de transición anota diariamente sus pensamientos. Estas obras, pues, tienen que escribirse de prisa, y de consiguiente con incorrección y desaliño. El autor tal vez erige en la última página la urna cineraria donde sepulta su nombre; pero nada debe importarles el sacrificio de su amor propio, si ha conseguido ser útil; nada debe importarles este suicidio literario, si, considerándose como uno de tantos obreros que construyen el magnífico edificio de la civilización, en medio de los escombros de su obra se encuentra la idea de un plan grandioso, aunque groseramente trazado, el vestigio de un pensamiento, una sola piedra cortada con gallardía y novedad, un error siquiera, un extravío, un desorden, tan felices que engendren en otras manos el orden, el arreglo y la verdad.

El arquitecto que aproveche algún día un solo material de aquellas ruinas amontonadas, quizá le trate con indulgencia; quizá también cuando torne el Señor de su largo viaje, y le pida cuenta, se compadezca de su poca fortuna al ver el celo y actividad con que ha negociado su pobre talento, y le diga con voz consoladora: *Muy bien, siervo bueno y leal; ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: ven a tomar parte en el gozo de tu Señor.*

Madrid, 19 de noviembre de 1845.

PRIMERA PARTE

Favores que matan

CAPITULO I

La más hermosa

Era una de esas apacibles y sosegadas tardes de otoño, ricas en todos los países meridionales en prolongados crepúsculos y en espléndidos celajes violados y rojos, que flotan, ora sobre el tranquilo golfo anaranjado del horizonte, ora sobre el sereno y trasparente azul del firmamento. Alguna blanca estrella se asomaba con timidez por entre las ráfagas ligeras que surcaban el sutil ambiente, como queriendo comenzar la lucha con la tibia lumbre del ocaso; y la luna por el opuesto lado aparecía roja sobre la cresta de negras y apartadas montañas, ceñida de una aureola de suavísimos fulgores, como el trémulo cráter de un volcán que se apaga.

Una muchedumbre anhelante salía por las puertas de Madrid, derramándose por los campos y conquistando a viva fuerza una cercana colina, un repecho, un asiento, una prominencia cualquiera, formada por escombros amontonados o por materiales de obras públicas, y las personas más perezosas o menos atrevidas procuraban aproximarse a dos largas hileras de soldados, que vestidos de gala y descansando sobre el arma, guardaban la línea blanca y polvorosa que formaba la carretera. Apenas se imprimían en ésta otras

huellas por entonces que las de los caballos, que rápidos como el relámpago, pasaban manejados por diestros y elegantes jinetes, excitando la envidia y admiración de las ociosas turbas.

Reverdecido el campo por las frescas brisas y regaladas lluvias del otoño, íbase inundando por aquel torrente humano que brotaba cada vez con más fuerza de las puertas de la villa, y poco a poco desapareció el terreno bajo las plantas del pueblo de Madrid. Los dichos agudos y burlones de la gente baja, las conquistas y reconquistas de un punto culminante, los púdicos chillidos de las mujeres, cuya edad respetable las ponía a cubierto de todo motivo de chillar, y las severas cuanto silenciosas reconvencciones de las jóvenes y bellas; los gritos de las aguadoras y vendedores ambulantes, toda esta reunión, en fin, de pequeños ruidos parciales, formaba de lejos un estruendo sordo y prolongado, y una confusa algarabía de cerca, tan fácil de ser imaginada como difícil de ser descrita. Estos rumores solían ser monótonos y uniformes, hasta que un muchacho se caía del árbol a que se había encaramado, el fogoso bridón de un elegante caracoleaba en medio del camino, y encabritándose, daba con su aturdido jinete en el suelo, o pasaba a galope tendido un general de grande uniforme, o resonaba una voz estentórea, que alborozando a la crédula multitud, exclamaba:

-¡Ya viene!

Entonces aquellas olas humanas hervían, y bullían, y bramaban, quedando luego momentáneamente dormidas y silenciosas. Pero cuando más profundamente se conmovieron y agitaron, lanzando un grito universal de gozo, fue cuando después del estallido lejano de un cohete, resonaron de pronto cien y cien campanas al vuelo, salvas de artillería y músicas militares, que inundaron el espacio de una armonía alegre, placentera, tumultuosa; fiel expresión del júbilo universal que rebosaban todos los corazones himno de gloria que entonaba un pueblo ardiente y entusiasmado.

-¡Ahora sí!

-¡Ellas son!, ¡ya llegan!...

Tales eran las exclamaciones en que prorrumplieron; todos, grandes y pequeños, empinándose cada cual sobre la punta de los pies, ya desde la alfombra de armiño de brillantes carretelas, ya en los dorados estribos de los inquietos alazanes, ya en fin desde el humilde suelo, cuando súbitamente hendió el espacio aquel conjunto mágico de estruendo y de armonía.

Los jefes militares fueron dando sucesivamente la voz de *¡firmes!*, y la rojiza lumbre del ocaso, reflejada por el limpio acero de las erguidas armas, fue serpeando por entrambas filas de soldados, que perdiéndose en los confines del horizonte, podían contener apenas la ansiosa y amontonada muchedumbre. Alzáronse las banderas al son de las trompetas y clarines y rancos atambores, y un vientecillo imperceptible, pero glacial, que soplaba desde la azulada punta de Guadarrama, las hizo tremolar desplegando aquellos lienzos ennegrecidos por el humo de cien combates, acribillados por el plomo de enemigos, que hoy, ¡rasgo admirable que pinta de una sola vez el generoso carácter del pueblo español!,

hoy se hallan lealmente cobijados a la sombra de la misma bandera, que con la punta de su acero tan despiadadamente habían desgarrado.

Tenían todos vuelta la espalda a la población, y enclavada la vista en el camino, tan desierto como cuajado de gente el resto de la campaña, cuando en la cresta de una vecina loma viose también la blanca cinta de la carretera ennegrecida de repente, y un murmullo de algazara resonó en aquel inmenso campamento.

A nadie quedó ya duda de la proximidad de la persona por tanto tiempo esperada.

Las bandas de música más lejanas entonaron la marcha real, y sus ecos marciales venían confundidos con el estruendo de las más fervientes exclamaciones, atronadoras y profundas como las olas espumosas del Océano cuando se estrellan en los cóncavos huecos de las rocas.

Era la Reina Isabel, que después de algunos meses de ausencia, tornaba al seno de un pueblo idólatra de sus monarcas.

Los ojos de la muchedumbre no se fijaban en las numerosas comparsas, ricos carruajes, caprichosas y magníficas invenciones, ni en los magnates y personajes distinguidos que precedían a la augusta joven; el pueblo los dejaba pasar con indiferencia, sin dirigirles una sola mirada, como el viajero las aguas del arroyo que bullen a sus pies, cuando se embelesa contemplando la inmensidad de los mares.

Sin embargo, en medio de aquella influencia magnética que parecía ejercer el semblante de la recién venida, todos apartaron involuntariamente los ojos para fijarlos en un carro triunfal que salía de las puertas de la villa, y desde el cual doce niñas vestidas sencillamente de cándidos tules, y coronadas de rosas, arrojaban con bárbara profusión vistosas flores artificiales empapadas en delicados aromas, cubriendo el camino de matizadas alfombras, y empapando las auras en suavísimos perfumes.

Sin que la multitud pudiese adivinar el verdadero motivo; sin que nadie conociera la oculta mano que derramaba tantos tesoros; sin que ni una victoria, ni un hecho extraordinario justificase aquella prodigalidad, las fiestas preparadas para el recibimiento de las personas reales se celebraban con un lujo deslumbrador, con una pompa inusitada. En medio de aquel aparato, una carroza de construcción sencilla aunque elegante, no debía al parecer cautivar tan poderosamente la atención de un pueblo, a quien no habían podido distraer mil otras invenciones y comparsas, decoradas con todo el esplendor del gusto oriental.

¿Cuál era, pues, la causa del movimiento involuntario de curiosidad que sintieron aquellas turbas, expresada por significativos y prolongados murmullos?

¿Cuál era el móvil de tanta magnificencia?

¿De qué fuente brotaban aquellos tesoros?

Nuestros lectores nos dispensarán de que por ahora nos abstengamos de responder a estas dos últimas preguntas; pero en cambio vamos a satisfacerles completamente respecto a la primera.

En el testero de la carroza, y sobre una magnífica plataforma que se elevaba gallardamente desde el fondo del carruaje, alzábase una enorme concha cerrada, cuya parte inferior era de riquísimas maderas, y de plata afiligranada la parte superior o la cubierta. Por entre los delicadísimos calados de la filigrana, traslucíase la imagen pura y blanca de una joven que iba encerrada en el hueco, como tras de cándidos velos de tul divisamos en el mundo teatral las formas inciertas y vagas de una Sífide. El tránsito de aquella joven, encerrada en la concha como una perla de los mares orientales, y envuelta en el cáliz como el capullo de una rosa que todavía no ha mostrado sus vívidos colores, orgullo de los vergeles, anunciábase a la multitud por un movimiento general de curiosidad y por ciertos murmullos de aprobación, como los misteriosos rumores que preceden a la aparición de las divinidades

-¡Ahí va, ahí va la más hermosa!, decían todos.

-¡La escogida entre todas las bellezas de Madrid!

-Pero ¿quién es?, ¿de dónde ha venido?, preguntaban unos.

-Nadie la conoce; sin duda ha bajado del cielo, pues los que la han visto aseguran que es un prodigio.

El carro triunfal llegó entonces al encuentro del carruaje de la Reina. Aquél era el momento destinado para que la concha se abriese descubriendo los tesoros que encerraba. Un silencio profundo reinaba entonces en el campo, y nadie podía apartar los ojos de la elevada cima de aquel carro. Una de las niñas que derramaba flores artificiales, tocó entonces un resorte, y súbitamente se abrió la concha superior, dejando ver dulcemente recostada en el fondo una joven vestida sencillamente de una túnica blanca de finísima muselina de lana, tendidos por la espalda los negros rizos de sus cabellos y coronada de flores. Era tan peregrina su hermosura, que no tenía necesidad de adornos para conseguir el triunfo más completo.

Un solo grito hendió los aires cuando el misterio de la concha se reveló a los ojos de la multitud, grito agudo y penetrante de júbilo y asombro, al que siguieron sordos y apasionados rumores, eco de diferentes sentimientos: el semblante de los hombres expresaba el verdadero entusiasmo, el de las mujeres una viva curiosidad, mezclada con cierta imperceptible tinta de envidia. Los unos prorrumpían en exclamaciones ardientes, mientras que las otras hacían comentarios.

-¡La más hermosa! No hay duda, ¡es la más hermosa!

-¡No cabe mejor elección!

-¡Qué gallardía! ¡Qué rostro! ¡Es un ángel, es una diosa!

-¡Es imposible que exista una criatura más perfecta!

Tal era el lenguaje de los unos.

-¡Ahí viene, ahí viene la que ha merecido la preferencia!

-¿Y qué te parece?

-¡Hermosa!, no puede negarse... pero... está vestida con tan poco gusto!...

-Vamos, no se la encuentra un pero; sin embargo, yo creo, aquí para entre nosotras, que en esto, como en todas las cosas, habrá habido su poco de favor...

-¡Es claro! Esa muchacha es preciosa... pero ¿no ves qué poca expresión tienen sus ojos?

-Ni poca ni mucha, como que los lleva cerrados.

-Señal de que no deben corresponder a la perfección de sus facciones.

-Tienes razón, amiga mía; y cuidado con los ojos, dijo una morena andaluza; porque no teniéndolos buenos, todo lo demás es nada.

Tal era el lenguaje de las otras.

En aquel momento la joven de la concha, como si quisiese imponer silencio a la maledicencia, alzó los párpados, que sin duda por modestia, o para no desvanecerse desde aquella altura, llevaba cerrados, tendió la vista en derredor, y volvió a juntarlos.

Imposible es describir el efecto maravilloso de aquellas miradas, la sensación profunda que causaron a la muchedumbre, que se sintió agobiada bajo el peso de una aparición celeste. Los murmullos se renovaron, el entusiasmo creció, entusiasmo entonces puro y sin mezcla de los hálitos ponzoñosos de la envidia, que había enmudecido para siempre.

Como nubes de incienso subían hasta su trono nubes de palabras dulces y lisonjeras, pronunciadas en voz baja y respetuosa, aunque con el trémulo acento de la pasión más pura: nubes de palabras, que lejos de conmover su corazón lejos de desvanecerla hacían aparecer visiblemente en su semblante un fondo de melancolía que hubiera querido disimular en vano. La languidez de sus brazos, cierta tinta azulada y pálida, que circuía sus adormidos ojos, y dos lágrimas, por último, que después de asomarse y retremblar en sus poblados párpados, resbalaron por sus mejillas, no dejaban duda de que aquella mujer tan hermosa y que hacía enloquecer de gozo a un pueblo entero, era la única que permanecía aislada en medio de tanto júbilo, era la única que lloraba de tristeza, cuando los demás quizá lloraban del entusiasmo que su presencia les inspiraba.

Su carroza, conducida por seis arrogantes caballos limosinos, que se gallardeaban sacudiendo ufanos su cabeza coronada de penachos azules y blancos, dio la vuelta encaminándose al punto de donde había salido.

.....

No lejos del camino, y montados en sendos magníficos caballos, estaban observando con la mayor atención esta solemne entrada triunfal, dos caballeros de bien distintas edades, y de un mismo aspecto extranjero. Uno y otro vestían con suma sencillez, en particular el más joven, que llevaba un frac azul abrochado hasta el cuello con botones de oro; pantalones y sombrero negro y guantes claros. Era rubio, de gallarda presencia y de modales en extremo distinguidos. El más anciano le trataba al parecer con respeto, y aun

se diría que con deseo de agradarle; porque fijos los ojos en su rostro, quería adivinar sus pensamientos, para ponerlos en ejecución antes que los revelasen sus labios.

-Ya lo veis por vuestros mismos ojos, dijo el más anciano en un idioma extraño; no hay pueblo que ame tanto a sus reyes como el español; a pesar de su pobreza, cuando se trata de festejar a sus monarcas, muestra ser la nación mas rica y poderosa. Mirad, mirad esa pompa, ese lujo deslumbrador, esos trenes y magníficos arcos de triunfo; y lo que vale más que el oro, lo que no se compra, escuchad ese trueno de vivas, esas ardientes exclamaciones.

-En efecto, los reyes de España son reyes del corazón de los españoles, dijo el más joven. Pero reparad, Adalberto: ¿qué conmoción es la que se ha sentido repentinamente en todos los grupos? ¿Qué quieren decir esas medias palabras que llegan hasta nosotros? ¿Oís?, ¿oís? ¡*La más hermosa!*, ¡*la escogida!*, ¡*la flor de la belleza!* ¿A quién se dirigen estos requiebros?

-Pues qué, ¿no reparáis, respondió Adalberto, no reparáis en aquella matrona que sentada en lo alto del carro descuella sobre la multitud?

-Sí, pero ¿qué tiene de particular esa ninfa para llamar tan poderosamente la atención?, repuso el joven: han pasado tantos disfraces, tantas figuras que por su lujo o por su extravagancia pudieran excitar la curiosidad, que me admira que una mujer...

Adalberto, por toda respuesta, limpió unos gemelos que tenía en la mano, y los puso exactamente al grado de vista del joven, demostrando su mucha práctica en ejecutar esta operación, y entregándoselos con cierto respeto, añadió con aire indiferente:

-¡Pche...! Miradla.

-Me confirmo en lo dicho: la carroza es bonita y elegante, pero sencilla; el grupo de niñas gracioso, pero nada más; y yo escucho que el entusiasmo crece y se redobra, y todos clavan la vista en el carro... ¡Ah!

El joven no pudo decir más: acababa de fijar el anteojo en el rostro de la hermosa que en la concha estaba recostada, y la admiración le embargó la lengua. Después de un largo rato de silencio, en que estuvo contemplando a aquella divinidad, sin distraerse un solo momento, dijo a su compañero con profunda melancolía.

-¿Sabéis, Adalberto, que después de aquella ingrata cuya imagen no puede borrarse un punto de mi corazón, en todos nuestros largos viajes, en la interminable serie de aventuras galantes con que he procurado en vano ahogar esa funesta pasión en mi pecho, jamás he visto una belleza que pueda compararse con la de esa niña?

-¿De veras?, respondió el anciano con cierta sonrisa.

-¿Y lo dudáis? ¿Cabe, si no es en aquel ángel, cuyos arpones de desdén abatieron la estatua de mi orgullo, cabe mayor perfección, más gracia... más... ¿De dónde ha descendido esta divinidad?, ¿quién es?, ¿en dónde vive? Porque todo el mundo debe saberlo: este tesoro no puede estar oculto un solo momento a la codicia de los amantes.

-Muchas personas de las que nos rodean, hacen esas mismas preguntas, y nadie sabe responderles, dijo el viejo.

-¿De dónde ha salido, entonces?, ¿quién la ha elegido para representar ese papel?, repuso el joven, cada vez más admirado.

-Os lo diré: el pueblo y las autoridades de Madrid han querido celebrar la entrada de la Reina de un modo sorprendente. Estáis viendo, y aún veréis esta noche, la manera brillante con que han realizado su pensamiento. Han ofrecido un premio al autor de la mejor composición poética, para ser dirigida a S.M., y han querido que saliese de los labios de una joven honrada y que al mismo tiempo fuese la más hermosa. Una comisión de artistas se ha encargado de presentar esta deidad, a la cual debía dotarse luego, si era pobre, o debía hacersele un magnífico regalo si no admitía el dote. La comisión de artistas ha desempeñado estos días su encargo con la mayor imparcialidad, con el cuidado más exquisito, y ya estaban perplejos entre dos jóvenes, cuando esta mañana misma se ha presentado ésta, encendida de rubor, con lágrimas en los ojos, y acompañada de su madre. Verla entrar y decidirse todos espontáneamente por ella, ha sido obra de un momento.

-Pero ¿dónde vive?, ¿quién es?, preguntó el mancebo con impaciencia.

-Pocos lo saben.

-Es preciso que yo sea de esos pocos, repuso el caballero con tono imperioso.

-Señor, respondió el anciano, no me parece muy difícil satisfacer vuestra curiosidad.

-¡Mi curiosidad! ¿Y si es algo más que curiosidad? ¿Y si los blandos halagos de esta niña pudiesen cicatrizar las úlceras de mi corazón?

Adalberto se sintió como alarmado por las palabras que el joven acababa de pronunciar; pero disimulando este primer movimiento de turbación, pudo contestarle:

-Esos sentimientos que son algo más que de curiosidad, debéis reservarlos para objetos que sean dignos de vos.

-Vaya, vaya, no me vengáis con sermones, Adalberto: de cuando en cuando os aqueja esa especie de fiebre intermitente, y observaba con placer que hacía mucho tiempo no os sentíais acometido por una enfermedad tan fastidiosa.

-No me habéis comprendido sin duda, respondió el viejo, medio humillado y procurando sonreírse: no os hablo de un objeto más digno de vos con respecto a vuestra clase, a vuestra...

-Sí, basta, basta, entiendo: sed prudente, que puede comprender alguno de los circunstantes nuestro idioma.

-Pues bien, os hablo de un objeto más digno por su mérito, por su hermosura.

El joven, que sin quitar los anteojos de la carroza estaba siguiendo la conversación, los apartó de repente, y se quedó mirando a su compañero, como ofendido de sus palabras.

-Adalberto, mirad bien lo que decís: ¡una mujer más hermosa que ésta es un imposible!

-Os lo repito: más hermosa, y por lo menos tan cándida y modesta.

-¡Dios mío!, pero ¿en qué país estamos, donde pueden presentarse dos criaturas de un mérito tan superior?

-Estáis en vuestro país, dijo Adalberto, sonriéndose lisonjeramente.

-No entiendo lo que decís.

Adalberto le dijo algunas palabras al oído, y la fisonomía del joven expresó cierta satisfacción de su orgullo, que le hacía temblar ligeramente el labio inferior; pero luego con visibles muestras de desconfianza y mal humor, murmuró por lo bajo:

-¡Son sueños!, Adalberto, bien veo que me tratáis como a un niño, y alucináis a vuestro antojo mi fantasía; pero confieso que nada de lo que me decís me sorprende tanto como que puede haber todavía una criatura más perfecta que esa ninfa, si no me tenéis reservada la dulce sorpresa de volver a ver a Susana.

-Si me fuese dado anunciar tanta ventura, no la dilataría un solo instante.

-Pues no siendo Susana, es imposible que me mostréis una mujer más bella.

-Si no dais crédito a mis palabras, mañana podréis juzgar por vos mismo.

-¡Cielos!, ¿la puedo ver?

-¡Tal vez!

-¿Y cómo no ha sido elegida por la comisión de artistas? ¿No la conocían?, ¿no se ha presentado?

-No falta quien la conozca mucho... ¡mucho!... pero se ha guardado muy bien de decir acerca de ella una sola palabra..

-¿Por qué?

-Hay muy grande interés en que permanezca oculta.

-Y a pesar de todos esos grandes intereses, ¿he de poderla ver?

-Me lisonjeo de que sí.

-¿Cuándo?

-Mañana al amanecer.

-¿Con que hay obstáculos?

-Muy grandes.

-¡Oh!, pues eso es precisamente lo que a mí me gusta, lo que me exalta, Adalberto: mostradme vos ese ángel desconocido, que yo me encargo de que nadie vuelva a profanarlo después con sus miradas.

El semblante del anciano expresaba cada vez más su satisfacción interior, como si cada palabra de su amigo le fuera revelando la seguridad de su triunfo. El joven proseguía con entusiasmo creciente:

-¿Qué mérito tiene en efecto hacerse dueño de una muchacha que por un puñado de oro se expone en espectáculo delante de todo el mundo?, ¿que si ahora no es conocida, mañana lo será de todos? No, es otra hermosura misteriosa, es ya la que excita mi curiosidad, y tengo de verla aunque se esconda en el fondo de los abismos. Vamos de aquí, Adalberto, añadió el joven hendiendo con su caballo aquellos mares de gente que le rodeaban: y se marchó sin dirigir una sola mirada a aquella mujer de la que antes no podía apartar los ojos.

El anciano le seguía con la cabeza erguida y ademán resuelto y altanero, como si acabase de conseguir una victoria.

El viento, cada vez más frío y sutil, les obligó a espolear sus caballos, y desembarazados ya de la gente, se dirigieron a galope tendido por el camino opuesto al que llevaba la regia comitiva, y antes de llegar a su casa atravesaron varias calles de la capital, desiertas y silenciosas, aunque profusamente iluminadas.

CAPITULO II

El arco de triunfo

Es el entusiasmo, como todas las grandes pasiones, en extremo contagioso y comunicativo: brota súbitamente en las imaginaciones vivas, arrastra a los tibios, conmueve a los indiferentes, y como los ríos que se desbordan, arranca impetuoso cuantos obstáculos encuentra en su rápida carrera, y se engruesa con ellos y se ensoberbece, sin que nada resista al violento empuje de sus turbias olas. Y sin embargo, así como hay peñas tan profundamente arraigadas que se burlan de las embravecidas corrientes, y aparecen mas negras cuanto más cercadas se ven de blanca espuma, así también hay pechos tan profundamente tristes, que flotan mucho más sombríos en el hirviente piélagos de un gozo universal. La pasión dominante condensa la atmósfera en que respira aquel corazón aislado, y a medida que la primera se ensancha y se dilata, la segunda se oprime y se ahoga.

Esto es cabalmente lo que estaba pasando en el corazón de Elvira, que así se llamaba aquella joven, objeto de las admiraciones de un pueblo entero. Sólo podía respirar entonces en medio de las heladas nieblas de la tristeza, y el júbilo iba extendiendo de tal manera su dominación, que llegaría tal vez al punto de privarla de aquella melancolía que

era su aura vital. Las flores del entusiasmo amenazaban asfixiarla con sus penetrantes perfumes.

El gozo del pueblo en aquellos momentos rayaba en frenesí, y con igual fervor prorrumplía en vivas a su reina, que aclamaba la sin par hermosura de la infortunada Elvira.

Infortunada, sí, ¡cuán infortunada! Joven, oscura, desconocida, elevada de repente sobre todas las bellezas de la corte, consiguiendo el triunfo que parecía más espontáneo, el que más puede satisfacer la vanidad femenil, viendo súbitamente a sus pies un pueblo que en sus raptos de delirio la confunde en sus vivas, aplausos y adoraciones, con su misma soberana; un pueblo que hubiera obedecido entonces como un esclavo a la más leve insinuación de su capricho, cualquiera diría que su corazón se encontraba en el colmo de la ventura, y que tendría que exclamar como las almas endiosadas que experimentan las inefables dulzuras de un amor divino: «basta, señor, basta, que voy a morir de gozo». Elvira, sin embargo, era el único ser que en medio de aquel júbilo embriagador, en medio de aquella atmósfera de felicidad, permanecía cubierta de una nube fatal de tristeza, tanto más densa, cuanto radiante y puro era el cielo que a los demás alumbraba.

Nada más natural que esta melancolía en una niña que desde el seno escondido de una familia pobre, con todo el candor de la inocencia, con todas las susceptibilidades del pudor más tímido y asustadizo, con aquella sencilla y tosca, pero angelical apariencia, que da el retraimiento, sale de repente como un sol a brillar en un inmenso hemisferio, poniéndose en espectáculo a los ojos profanos de una muchedumbre que la desvanece, escuchando palabras que no entiende, afectos en que no sospechaba, murmullos que la amedrentan. Tales eran ya su decaimiento y languidez, que a no ir muellemente reclinada y aun sujeta con ataduras a la parte inferior de la concha del fantástico carruaje, seguramente que en uno de sus vaivenes hubiera caído desplomada desde la altura. Tan cruelmente previsores habían sido los artífices de aquel hermosísimo grupo y espléndida carroza. Pero la misma posición forzada, la falta absoluta de libertad para moverse de su asiento acrecentaban más y más la amargura de la joven.

A la distancia en que se encontraba, no podía advertir el pueblo la pena oculta que la consumía, y si alguna vez brillaban al reflejo de los últimos crepúsculos del occidente las lágrimas que surcaban sus mejillas, como el entusiasmo hacía brotar involuntario llanto de los ojos de la muchedumbre, parecía natural sospechar que las lágrimas de Elvira fuesen de gratitud, del gozo que su corazón rebosaba.

Hay desgracias tan fatales, que ni aun tienen el mísero consuelo de ser compadecidas.

Sin embargo, las miradas súbitamente apasionadas de la inestable multitud, podían equivocarse tan groseramente acerca de los sentimientos que agitaban su corazón; pero ¿qué sensaciones, qué afectos, qué matices del ánimo pueden escaparse al ojo perspicaz de una madre, a su instinto penetrante, a su alma sensible, que parece gozar y pensar en su hija, en aquella hija, cuya alma es un pedazo desprendido del alma de su madre?

¡Oh! Ninguno seguramente.

Una madre, pues, una pobre anciana, aunque separada de su hija por una gran barrera de gente, era la única que respondía a sus sentimientos, y luchaba con dos grandes sensaciones que alternativamente se apoderaban de su corazón. Por lisonjero que pudiese ser aquel triunfo, aquella ovación a una mujer que sólo aspirase a cautivar los ánimos, nunca podía serlo tanto como para la madre de aquella mujer, que se veía halagada en los dos más grandes móviles de un corazón femenino, la vanidad y el amor materno; pero también ella debía sentir doblemente sus dolores y aflicciones, porque ella la había obligado a presentarse al público, y era la causa de todas sus desventuras.

Viuda de un antiguo corregidor, apenas cobraba una o dos pagas mezquinas en todo el año; y como el ímprobo trabajo de la madre y de la hija no fuese bastante para su mantenimiento, tuvo que implorar los favores de un extranjero, llamado D. Ezequiel, que pasaba por muy caritativo, el cual le propuso que si su hija accedía a presentarse en el carro triunfal delante de la reina de España, podía contar con que su fortuna quedaba asegurada para siempre. La natural modestia de Elvira se alarmó algún tanto; pero disimuló después su repugnancia, y aun se mostró decididamente empeñada en llevar a cabo este pensamiento, por sacar de una vez a su anciana madre, con el sacrificio del rubor, de la situación angustiosa en que hacía tantos años se encontraba. El disimulo fue completo y alucinó tanto a la madre, que logró persuadirla, no ya de que estaba conforme, sino también pagada y satisfecha.

Pero cuando llegó el caso de la ejecución, sea que la abandonasen las fuerzas, sea que ya no creyese tan indispensable seguir disimulando sus verdaderos sentimientos, Elvira dio a conocer cuán costoso era para ella salir de su oscuridad, de su pobre retiro.

No era ya tiempo de retroceder. Las alarmas de su modestia sólo sirvieron para que la madre comprendiese cuán inocentemente había sido engañada, y cuán caro podía costarle aquel engaño. Con lágrimas en los ojos se encerró Elvira en la elevada concha, y antes de trepar al carro la abrazó su madre con la misma ternura y con los mismos sollozos que si tuviese el presentimiento de que era la última vez que sentía las palpitations de aquel corazón, que tantas veces había latido al par del suyo.

Todo hacía temer ahora que tan extraño presentimiento se convirtiese en una triste realidad.

En efecto, su rostro se había quedado excesivamente pálido, y sus miembros arrecidos de frío; mas de repente sintió un calor, un fuego extraordinario en sus entrañas: sus mejillas se tornaron encendidas como la grana, y un ligero temblor estremeció todo su cuerpo.

El ojo observador de un facultativo hubiera reconocido en su semblante los síntomas de una pulmonía.

En este estado de agitación y de malestar se hallaba, cuando las aclamaciones habían llegado a su colmo, y el carro triunfal y el magnífico landó que conducía a la real familia, penetraron bajo el inmenso arco de triunfo que se había alzado al entrar por el salón del Prado en la anchurosa calle de Alcalá.

Componíase la fachada de cinco soberbios arcos de forma oriental, contruidos con fuerte maderaje, revestidos de menudas y bien cortadas ramas de ciprés, de mirtos y arrayanes,

matizados con innumerables, menudas y brillantes florecillas rojas que destacaban perfectamente sobre el fondo verde.

Abriáanse los arcos en el centro, dando entrada a una inmensa plaza circuida por una magnífica galería, que arrancando en forma circular por entrambos lados de la fachada, se terminaba en otra simétricamente igual a la del frente. Esta galería se componía de graciosos grupos de esbeltas columnas y arcos elípticos, sustentando una balaustrada que coronaba en derredor el magnífico monumento. Estaba interrumpida de trecho en trecho la soberbia serie de balaustres por diademas, trofeos y armas de las principales ciudades de los tres antiguos reinos de Castilla, de Aragón y de Navarra. Los riquísimos bordados, arabescos y filigranas, y hasta las mismas inscripciones, tan propias de este género arquitectónico, suplíanse con preciosos dibujos formados con vasos de colores, que encendidos eclipsaban el brillo de los topacios, zafiros, ópalos, esmeraldas y demás piedras preciosas. Difícilmente la imaginación oriental de los cuentos de las *Mil y una noches* pudiera inventar un monumento que tanto sorprendiese la atenta curiosidad de los oyentes.

Cuando la regia comitiva penetró en el centro de aquella brillante plaza circular, que parecía incrustada de piedras preciosas, una lumbre viva, suave y misteriosa, que puede ofuscar la del mismo sol, una lumbre dorada y esplendorosa, aquella en fin, que parece debe ser la luz que ilumine los espacios celestiales, la luz que han inventado los indios de Bengala, llenaba el ámbito de una claridad que deslumbraba sin ofender, y los perfumes más exquisitos de la Arabia se exhalaban en nubes embriagadoras desde magníficos pebeteros de porcelana.

Las doce niñas que iban al pie de la concha derramando flores desde inagotables canastillos de oro, vertían a la sazón finísimos papeles de cien colores empapados en esencias, y dos de ellas desataron las ligaduras que sujetaban a Elvira, la cual se puso en pie, gallarda y altiva como la palma del desierto; y como se dibujasen en los pliegues de su larga y angosta túnica blanca aquellos miembros delicados, parecía un ángel esculpido en una tumba de la edad media.

Después de haber descendido en hombros de sus compañeras al fondo del carruaje, después de hacer una profunda inclinación, y de saludar a la reina con cierta expresión indefinible de amor, de respeto y de melancolía, tosió ligeramente como para prepararse a recitar los versos.

Aquel inmenso campamento agitado pocos momentos antes, turbulento y atronador como el piélagos azotado por las tempestades, estaba ahora profundamente sosegado, silencioso, como las olas dormidas del lago; y en una noche oscura cualquiera sospechara hallarse entre las desiertas y silenciosas calles de la resucitada Pompeya. Ni un grito, ni una voz, ni un aliento siquiera interrumpía aquel silencio en que todos querían escuchar los acentos que iban a salir de los delicados labios de Elvira, dulcísimo cauce de una voz armoniosa y pura, si todo había de ser perfecto en aquella criatura privilegiada.

Soltó por fin la triunfadora Elvira su blanda voz, que resonando en medio de aquel profundo silencio, pudo llegar a oídos de los que más apartados del lugar de la escena se

encontraban: era la voz de un ángel, del ángel de la inocencia y de la virtud, que felicitaba a otro ángel de virtud y de inocencia.

Un murmullo sordo y prolongado de aprobación y de mal reprimidos aplausos, resonó entonces en medio de la muchedumbre; murmullo que no impidió se percibiese uno solo de los dulcísimos acentos de la joven, como el susurro de la brisa no impide percibir uno solo de los dulcísimos trinos del ruiseñor que canta en la noche solitaria.

La voz de Elvira era sin embargo trémula y agitada: todo su cuerpo experimentaba estremecimientos cada vez más convulsivos, y un calor interno, un horno que parecía abrigarse en sus entrañas, la devoraba. Atribuían todos este temblor al respeto que inspiran siempre las personas augustas ante cuya presencia se hallaba, y a la vergüenza y timidez, naturales en una doncella, al presentarse y hablar en público; pero de repente le acometió un acceso de tos violenta, durante la cual tuvo que suspender la lectura. El pueblo estaba en uno de aquellos momentos de ansiedad suprema, principiando a sospechar siniestramente y a compadecer a Elvira. El frío de la noche era cada vez más intenso.

Cesó por fin la tos, y quiso la joven anudar el hilo de los interrumpidos versos, pero este arranque era superior a sus fuerzas, y cayó postrada en brazos de las mismas ninfas que la acompañaban en el carro, exclamando con débil y lastimero acento:

-¡Madre mía!

Un ¡ay! unánime, doloroso y espontáneo, saliendo de los labios de todos los espectadores, rompió por fin aquel temeroso silencio que parecía deberse terminar por una lluvia de aclamaciones y de aplausos: no de otra manera lanza la multitud un grito de espanto cuando en el ancho circo vemos a un lidiador en inminente y próximo peligro de ser alcanzado por la fiera.

La muchedumbre se encontraba en la mayor agitación: todos eran remolinos y vaivenes, y todos anhelaban prestar su socorro, ver con sus mismos ojos a la desventurada joven que yacía sin conocimiento en el carro triunfal en medio de sus compañeras.

Pero de repente en el pavoroso silencio de aquella general consternación, se oyeron gritos agudos y lastimeros que rasgaban las entrañas: una mujer de bastante edad, con una fuerza superior a sus años y que sólo de la desesperación podía esperarse, atravesaba por entre aquellas turbas apiñadas, hacia el lugar de la escena, gritando con penetrante y desgarrador acento:

-¡Es mi hija!, ¡mi hija!

A tan sentidas voces todos abrían paso a la infeliz, que en medio de la precipitación y ansiedad con que volaba al socorro de Elvira, no advertía que sus vestidos se hacían jiras; y desgañada, con la voz ronca y la faz desencajada, llegó hasta las dobles hileras de soldados, que en vano quisieron oponerle resistencia: por entre los pies de los caballos atravesó sin miedo ni terror alguno; y sin reparar siquiera en la augusta presencia de su soberana, trepó a la carroza y se precipitó sobre el cuerpo exánime de Elvira, exclamando con más fuerza y dolor que nunca:

-¡Hija de mis entrañas! ¡Hija de mi corazón! ¡La misma que te dio el ser es la causa de tu muerte!

Y diciendo estas sentidas palabras la pobre anciana abrazaba el cuerpo insensible de su hija, estrechándola tiernamente contra su pecho, a vista de todo un pueblo, y de la misma reina, que derramaba copiosas lágrimas de ternura.

Todo esto fue obra de un instante. Su majestad, ordenando que en su nombre se prestasen cuantos socorros fuesen posibles a aquella infeliz, a quien desde luego acogía bajo su excelsa protección, mandó que continuase la marcha, aunque sin nuevas demostraciones de alegría. Tan profundamente había afectado su corazón aquella terrible escena.

El pueblo entonces se dividió en dos grupos; el uno siguió silencio acompañando a su reina hasta el palacio, y el otro quedó con la otra reina, con la reina de la hermosura, que presto tal vez iba a descender para siempre de su efímero trono.

Una de las damas que habían salido a recibir a S.M., la condesa de Buena-Esperanza, mandó trasladar a su carruaje a Elvira y a la inconsolable anciana, llevándolas a su casa, prometiendo a todos prodigarlas cuantos cuidados y desvelos fuesen imaginables.

Daba no obstante muy pocas esperanzas de vida, porque hallándose poco después en torno de su lecho los hombres más eminentes de la ciencia de curar, unánimes convinieron en que estaba atacada de una pulmonía fulminante.

CAPITULO III

El amanecer

Las seis de la mañana acababan de dar sucesivamente en todos los relojes públicos de Madrid. A semejanza de la estatua de Memnon, que herida por los primeros rayos del alba despedía sonidos armoniosos, así las campanas parece que brotaban espontáneamente raudales de plácida y tumultuosa armonía, saludando al nuevo sol que entre celajes de nácares y rosas íbase alzando con pompa y majestad en los apartados confines del oriente. A ese magnífico lenguaje de los pueblos cristianos para con Dios, respondían las aves en el espacio, los ángeles en el cielo y las familias pobres y morigeradas en la tierra.

En efecto, solamente ciertas clases honradas y laboriosas disfrutaban el placer inefable que a tales horas se experimenta. Dulce y sabroso es el tranquilo sueño, cuando cierra los párpados la blanda fatiga de un honrado trabajo; y dulce y sabroso es despertar escuchando, no bien desvelados aún, el mágico sonido del toque del alba; armonía profunda de vibradores y penetrantes ecos, cuando apenas otros sonidos hienden las auras virginales de la mañana; himno de la cristiandad, que disipa y ahuyenta la pesadilla de los malos sueños, como la luz ahuyenta las tinieblas. Cuando las imágenes más dulces y las ilusiones más bellas han batido sus brillantes alas en torno de nuestro lecho, el despertar en medio de esa apacible y estrepitosa música que eleva el alma hasta el Señor, es una

prolongación de las venturas soñadas, o más bien, es pasar del fugaz imperio de las ilusiones al reino de consoladoras esperanzas.

A estas horas, en las grandes ciudades gozan los poderosos del primer sueño, interrumpido en los unos por los ardorosos vapores de la crápula, por las tormentosas inquietudes del juego y por los negros fantasmas de criminales amores, y sustituido en los otros por el letargo febril que la ociosidad engendra. Los poderosos han querido hacer la noche para sus deleites artificiales; pero Dios ha hecho las mañanas para delicia de la gente humilde, morigerada y laboriosa. Han inventado aquellos magníficos alumbrados, que les roban el aire vital que han menester para su pecho: han reunido orquestas y alambicado perfumes; pero el Señor derrama para los pobres la luz naciente del sol, la bulliciosa y plácida armonía de las aves, de los ríos, el susurro de los céfiros, la centuplicada orquesta de las campanas, y el blando aliento de la aurora empapado en el aroma de las flores. Callen, sí, callen ante las obras de Dios los vanos remedios del hombre, y enmudezcan ante los goces de una alma pura los descoloridos placeres de un corazón estragado.

El tañido del alba, penetrando por las mal cerradas ventanas de un gabinete, en el piso tercero de la casa número 20, calle de San Lorenzo, despertó a dos muchachas, la una de dieciséis y la otra de veintidós abriles, que en aquel estrecho recinto dormían sobre un jergón tendido en el suelo. Había también en aquel aposento, y sobre una mesa de pino, dos palomas que reposaban juntas, entrelazando mutuamente su nevado cuello. Ambas parejas tenían la misma inocencia y el mismo candor, ambas respiraban con igual sosiego, hasta que la una, a las primeras ondulaciones de las campanas, y la otra a los primeros rayos de luz, lanzaron tiernos y melancólicos arrullos, y dulces y fervientes preces al hacedor del día.

No hay tal vez un momento en que más interés, más gracia y novedad ofrezca una mujer, como en aquellos vagos instantes que promedian entre el sueño y el despertar; crepúsculo de la vida en que las acciones, maquinalmente dirigidas por la fuerza del hábito, que sustituye entonces a la plenitud de la voluntad, están revestidas de un particular encanto por su misma espontaneidad, por la ninguna parte que en ellas tiene el fingimiento; y si la persona que observamos es una niña graciosa, inocente y pura, sin otro amparo, sin otra defensa de su pureza y de su candor que la del ángel de su guarda que vela siempre a su lado, aquella escena tiene entonces para nosotros dobles atractivos.

Por un sentimiento innato de pudor divino, uno de estos primeros actos maquinales de entrambas niñas, fue alargar sus desnudos y torneados brazos, arreglando la limpia sobrecama de algodón que con leves arrugas cubría sus virginales cuerpos.

Las dos palomas al mismo tiempo, revolviendo graciosamente su terso cuello, componían con sus rosados picos las blandas plumas de sus alas.

La mayor y más hermosa de las dos jóvenes, aun antes de abrir del todo sus párpados y de bostezar ligeramente, abrazó con ternura a la otra, respondiendo ésta a su cariño con un beso estampado tímidamente en sus rosadas mejillas. Una de las palomas hundía entonces su pico en el turgente y nevado pecho de su compañera. Aquél era el último acto involuntario de las jóvenes, porque desde entonces, separando la una sus blancos brazos

de la otra, abriendo sus ojos a la luz y tendiendo sus miradas en derredor, experimentó cierta sensación de disgusto, como si todo cuanto la rodeaba le fuese desagradable. Alzó después sus ojos al cielo, y a sus miradas, parece que descendió un rocío de conformidad y de consuelo sobre su alma, y con semblante tranquilo y risueño, y voz simpáticamente afectuosa, dijo:

-Buenos días, querida hermana, ¡qué bien hemos dormido!

La hermosa joven no dudaba un solo instante que el sueño de su hermana hubiese sido tan sosegado como el suyo.

-Buenos días, María, respondió la otra sin las mismas demostraciones de afecto y de cordialidad. Tira de ese cordón, tú que estás más cerca de la ventana, para que entre bien la luz.

-Pero ¿cuándo hemos de tener nosotras una doncella que venga todas las mañanas a abrir de par en par las brillantes hojas de los balcones?, respondió María, riéndose alegremente y ejecutando lo que su hermana le había mandado.

-¿Estáis loca, mujer?, respondió ésta: ¡criadas nosotras, que tal vez dentro de poco tendremos que ponernos a servir! Vamos, ese apego que tienes a todo lo grande y a todo lo bello, son resabios, sin duda, del largo viaje que hiciste en compañía de papá.

Quedáronse un tanto tristes y pensativas por algunos instantes, pasados los cuales prosiguió diciendo la que menos gracias debía a la naturaleza:

-¡Qué hermosa eres, María!, ¡qué prodigio, qué asombro de perfecciones!, ¡qué bien dice esta dulce claridad a tu semblante sonrosado!

-Sí, soy hermosa a tus ojos, Dolores... quizá nada más que a tus ojos, y eso por el mucho cariño con que me miras. ¡Cuánto nos amamos, hermana mía!

Las pálidas mejillas de Dolores se cubrieron ligeramente con el carmín de la vergüenza.

Cualquiera otra persona que María hubiera devuelto a su hermana un cumplimiento en términos iguales a los suyos; pero la hermosa joven no sabía mentir ni adular, y repuso con sinceridad y modestia:

-Vale más tu virtud, valen más tu talento y tu corazón, y sobre todo, la pureza de tu alma, que todas las hermosuras de la tierra, que al fin no brillan sino por breve tiempo, y en un recinto tan mezquino y angosto como el que nos rodea. ¡Dichoso el hombre que una su suerte a la tuya!, porque la flor de tu belleza no se marchita jamás, aunque la muerte la arranque de su tallo!

Este pequeño diálogo se terminó con mutuos y afectuosos besos, después de los cuales se vistieron entrambas, pobre y sencillamente, con singular modestia y compostura.

Como ha podido inferirse de sus palabras, nada más opuesto entre sí que el carácter y figura de las dos hermanas.

Era María un dechado de gracia y de hermosura: todos los perfiles de su cuerpo tenían una ondulación encantadora, una proporción exacta, un vigor decidido; parecía una estatua griega que acabase de salir del taller de Fidias. Su frente, sin embargo, era más ancha que las que suelen tener las Venus de la antigüedad, a quienes tal vez les falta la grandeza de María para ser diosas. Blanco, suave y transparente su cutis, dejaba ver sus azuladas venas, que interrumpían dulcemente la sonrosada y tersa morbidez de sus miembros; azules eran también sus grandes ojos, y jamás espejo alguno veneciano ha reflejado con tanta fidelidad los objetos que estaban a su alcance, como aquéllos los pensamientos más recónditos y los afectos más imperceptibles del ánimo, y su talle erguido y esbelto estaba en armonía con la regia majestad de sus miradas. Templábanse éstas por la inefable sonrisa de sus labios, que si acertaba alguna vez a ser desdeñosa, destruyendo esta armonía, daba a su semblante un aire de altivez y de orgullo, que realizaba más su andar cadencioso, como el de la Juno de Homero. Su cabellera rubia hacía las veces de la diadema de oro, que sin duda debía coronar aquella magnífica estatua de emperatriz romana.

Tenía Dolores grandes, negros, expresivos y rasgados ojos, y una cabellera de ébano que abrumaba su cabeza cuando estaba recogida, y que pudiera servirle de velo si la soltaba. Era por lo demás, flaca, descolorida, trigueña, y en torno de sus ojos hundidos se percibía una tinta amarillenta y biliosa, que daba a sus miradas una expresión siniestra. Su extremada delgadez hacía aparecer más grandes aún de lo que eran en realidad, la nariz y la boca. De compleción extremadamente sensible y delicada, con un corazón dispuesto a resentirse de las menores impresiones, era una de esas flores trasportadas a remotos climas, que sin necesidad de ser holladas, pueden perecer insensiblemente en el momento mismo en que se cese de tener con ellas los cuidados más exquisitos, la más nimia predilección. Para hundir a Dolores poco a poco en el sepulcro, no había necesidad de irle suministrando lentamente el veneno; una mirada, un gesto podían surtir el mismo efecto que la ponzoña.

Después de haberse vestido las dos hermanas, prestándose ayuda mutuamente, dijo Dolores:

-Si te parece, María, antes de que papá se levante podemos bajar a misa, ya que la iglesia está a un paso.

-No, por Dios, contestó María bajando la voz; papá me ha dicho que no salgamos hoy a la iglesia, que es el único sitio adonde vamos. ¿No sabes qué día es hoy?

-Sí, por lo mismo que es el día de los difuntos.

-¿Con que no te acuerdas?, añadió María con espanto.

-¡Ah!, sí, tienes razón, exclamó Dolores estremecida. ¡Hoy es el fatal aniversario! ¡Hoy hace tres años te pusiste tan enferma, a las puertas de la muerte, sin que los médicos pudiesen atinar con la enfermedad que padecías: hoy hace dos años murió Fernando, aquél que tanto te amaba... y hoy hace un año, añadió Dolores con la voz sombría, hoy hace un año que nuestra madre... nuestra pobre madre... infeliz!...

-Dolores, es preciso que hoy nos mostremos dignas del padre que nos ha dado el ser, es preciso que rivalicemos con él en sufrimiento y resignación. Por lo mismo que es un día tan fatal para nuestra familia, por lo mismo que todos los años está marcado con una nueva desgracia, debemos hacer esfuerzos para que pase desapercibido, al menos de nuestra pobre madre. Ya lo sabes: hoy debíamos bajar a misa... tú conoces la mucha piedad de nuestro padre; pues bien, nos ha encargado que no salgamos, no sea que mamá pregunte por nosotras, y presumiendo a dónde hemos ido, llegué a conocer qué día es hoy, y le repita el terrible ataque. Enjuguemos, pues, nuestras lágrimas, sepulremos la pena en el fondo del corazón, mostremos el semblante más alegre y satisfecho que nunca; así me lo mandó ayer papá, y hoy te lo mando a ti como hermana mayor.

-Sí, sí, disimulemos, exclamó Dolores sollozando y enjugando las lágrimas de sus ojos, que cada vez corrían con más abundancia.

María tampoco pudo entonces contenerse, y abrazándose estrechamente las dos hermanas, se hincaron de rodillas por un movimiento unánime, haciendo una breve y ferviente oración por sus padres, que calmó la agitación de su pecho y tornó la serenidad a sus semblantes.

Las palomas, en pequeños intervalos, lanzaban tristísimos arrullos.

Con el consuelo de la esperanza se levantaron las jóvenes, y dijo María, con cierta sonrisa que participaba un tanto de la amargura de sus anteriores recuerdos:

-Mira, Dolores, hoy tengo el presentimiento de que vamos a ser felices; se me figura que este aniversario se ha de pasar sin ninguno de esos pesares que tan fatalmente nos afligen todos los años.

-Tú todo lo ves de color de rosa, respondió Dolores con gravedad: un alma como la tuya, encerrada en un cuerpo tan perfecto, ha nacido para respirar en otra atmósfera más pura, más dilatada.

-Seguramente que sí, respondió con impetuoso arranque la angelical María, tomando entonces una cierta expresión audaz que infundía respeto; te confieso que estas paredes me oprimen, este techo tan bajo me abruma, y siento en mí cierto afán de salir, de volar por el espacio que... vas a reírte; pero cuando algunas veces en los momentos de indolente y vaga meditación se pregunta una a sí misma, qué es lo que quisiera ser, yo anhelo convertirme en pájaro, subir hasta las nubes y descender al suelo como el rayo; volar de uno en otro confín del horizonte, corriendo siempre como loca, sin pararme en ninguna parte, dueña de mí misma, libre, independiente, y dominar desde mi altura al universo entero.

-Pues yo para convertirme en algo me convertiría en ti, dijo Dolores con una expresión amarga que contrastaba con la dulzura de sus palabras. Pero si esto no me fuese dado, me contentaría con ser la fresca yedra pegada al antiguo muro de mis padres, con tal de que ellos destilasen algunas lágrimas de ternura, para humedecer de cuando en cuando mis raíces. Pero dejando aparte estas locuras, dime ¿en qué te fundas para tener hoy tan gratos presentimientos?

-Me fundo, respondió María, en que hace mucho tiempo no he soñado con el rubio; ya sabes, con aquel hombre cuya aparición funesta, fue, a mi modo de ver, la única causa de mi enfermedad: con aquel hombre que, sea despierta o soñando, se representa siempre a mi imaginación procurando aparecer amable a mis ojos, disimulando la siniestra expresión de los suyos, y con aquel cabello tan ensortijado y tan bermejo, *como dicen que lo tuvo Judas Iscariote*. Te aseguro, hermana mía, que desde entonces tengo un horror a los rubios!...

-No sé por qué, la contestó Dolores con alguna alteración; porque tú bien rubia eres, y más digna de envidia que de horror; y por cierto que todos te admiran, todos te aman, todos te miman, añadió Dolores con voz algo más trémula y apagada.

-¡Todos!... sí, todos los que me ven, que apenas son más que los que me han visto nacer. Pero eso lo mismo sucede contigo.

-¡Oh!, no, la interrumpió Dolores con viveza; tú eres la predilecta de papá; mi hermano Antonio te idolatra, y... Dolores calló como avergonzada.

-¡Yo la predilecta!, ¿por qué?, ¿porque a pesar de mis muchos defectos, de mi aturdimiento, de mis vivezas, me regaña menos que a ti? Esa es la mayor prueba que puede darte de cariño: quiere que seas perfecta, y si es posible la perfección en este mundo, lo conseguirá muy pronto.

Queriendo Dolores interrumpir una conversación que parecía serle poco agradable, se acercó a la ventana que daba al Norte.

-Ven, asómate, María, disfrutemos un poco del aire fresco y puro de la mañana.

-Sí, la vista del campo dilata mi pecho y encanta mi corazón: y sobre todo, el aspecto de las montañas; esos horizontes azulados que de aquí se divisan, engendran mil ideas melancólicas y dulces, enérgicas y blandas en mi mente. ¡Con qué placer se debe respirar en la cumbre de aquella roca!, ¡qué espacios tan dilatados se deben descubrir!, ¡qué auras tan puras se deben respirar!

-Pero tú elevas demasiado los ojos, observó Dolores, bajando la vista hacia sus pies; mira al fondo de esa calle que tan sombría se presenta; allí hay dos hombres embozados hasta los ojos: por el poco cabello que se le descubre, parece el uno anciano, y joven y rubio el otro. ¡Ah!, ¡te miran con atención... con asombro, con embeleso!

-¡Cómo! ¿Nos miran?, respondió María, sin apartar la vista de la cordillera de Guadarrama.

-Te miran, sí, porque siendo tan hermosa, es imposible que al verte repare nadie en lo que tienes a tu lado.

-Dolores, exclamó la hermana mayor, con aquella dignidad hasta cierto punto severa que le daba el continente de una reina, retirémonos de aquí.

-¿Te habré ofendido sin intención tal vez, querida hermana? Yo no hago más que decirte la verdad; tú, sin quererlo y sin sospecharlo siquiera, asombras a todos cuantos te miran:

por ejemplo, si por milagro vamos alguna vez por la calle, todos los que pasan se quedan estáticos contemplándote y diciendo: ¡qué hermosa es la mayor!, ¡esa rubia vale un tesoro!, ¡es divina la más alta!, ¡qué hermosa y qué blanca! ¡Parece una extranjera!

-Dolores, yo jamás oigo semejantes cosas.

-¡Oh!, pues yo sí: no pierdo ni una sola palabra.

-Si te conociesen a fondo, si supiesen lo que vale tu cabeza y tu corazón, te dirigirían sin duda requiebros más lisonjeros y más merecidos. Pero estamos perdiendo el tiempo, Dolores: es preciso que hoy redoblemos nuestros esfuerzos para dar gusto a nuestros padres, sin que demos el menor motivo para que mamá se incomode. La falta que en otros días pudiera parecer leve, hoy sería grave, y lo que en todo el año puede pasar desapercibido, hoy afectaría seguramente su imaginación. Vamos, pues, a despertar a Antonio, para que entre antes de ir al taller a saludar a su madre, según costumbre.

CAPITULO IV

Así lo manda quien puede

Retrocediendo algunos instantes, fijemos ahora la vista en los embozados que habían llamado la atención de Dolores, y que según debe haberse presumido, son los mismos que en la tarde anterior presenciaron desde sus arrogantes caballos la entrada de la Reina; los mismos que con tanta indiferencia volvieron la espalda al triunfo de la desdichada Elvira.

El más joven de estos dos personajes se paseaba apresuradamente dando visibles muestras de enfado y de impaciencia; y en la arrogancia y desigualdad de sus pasos, y en lo audaz de sus miradas había cierta cosa que imponía y avasallaba: el más anciano jamás alteraba los suyos, siempre lentos y acompasados, y tenía la frente inclinada, menos por el peso de los años que por el hábito de meditar y de estudiarse a sí mismo. Levantaba sin embargo de cuando en cuando sus ojos para clavarlos en una ventana del segundo piso de la casa en que habitaban nuestras dos hermanas, y después de haber divisado una sombra detrás de los azulados vidrios, se volvió hacia el joven y le dijo con acento satisfecho, para calmar su inquietud:

-Ya baja.

-¿Quién, ella?

-Sí, la mujer que necesitamos.

-Ea, pues, despachemos pronto; porque se me figura que después de tantas ponderaciones, nos encontraremos con una vulgar hermosura que no merezca la pena de habernos hecho madrugar para coger un constipado.

-Pero vuestra alteza, que anoche se entusiasmaba...

-Ya sabéis, amigo Rosemberg, respondió el joven, que quiero guardar el más riguroso *incógnito*; suprimid el tratamiento.

-Señor, aunque con mucha repugnancia, dejo de dárselo a V.A. cuando nos pueden oír; pero mientras estamos solos, permítame V.A. le trate siempre con el respeto debido al heredero de la corona.

-Pues bien, proseguid como gustéis, repuso el príncipe con indiferencia.

-Tenía el honor de decir a V.A., que anoche le entusiasmaba la idea de esa beldad desconocida, misteriosa y peregrina...

-Adalberto, le interrumpió el príncipe Guillermo, después que mi corazón ha recibido la profunda herida que sabéis, hay pocas cosas que tengan el singular privilegio, no de entusiasmarme, sino de distraerme por espacio de quince minutos.

-Si V.A. se fastidia ya de esta aventura, estamos a tiempo de abandonarla; yo no tengo más empeño en proseguirla que el de proporcionar un rato de consuelo a mi amado príncipe.

-El mal está hecho: he perdido algunas horas de sueño y necesito indemnizarme con otras tantas de amores. Serán las últimas que me brinde este país encantador, porque mañana emprendemos la marcha.

En aquel momento se abrió la ventana del cuarto tercero. Un poco después se asomaron las dos hermanas, cuyo rostro bañaban por un lado los primeros rayos horizontales del sol, que también se asomaba en el Oriente.

El príncipe alzó los ojos, y sintió cierta conmoción extraña y violenta que le obligó a exclamar:

-¡Dios mío!

-¿Qué le sucede a V.A.?, respondió Adalberto Rosemberg, procurando ocultar con el embozo una sonrisa de satisfacción y de triunfo.

-¡Cuán loco soy, Adalberto!, continuó Guillermo con voz sumamente conmovida. ¡Pues no llega la exaltación de mi fantasía a figurarme que una de aquellas jóvenes es Susana... mi querida Susana! ¡Oh, mucho la debo amar, cuando su imagen me persigue aun en medio de mis placeres! ¡Oh, pero yo estoy loco, estoy soñando, yo no sé lo que me pasa! Adalberto, querido Adalberto, respóndeme... una palabra... ¿Es ella? ¿es ella?

El príncipe fijaba su ojos ora en la ventana, ora en el rostro de su ayo, que por un solo instante quiso bajarse el embozo, revelando la verdad en su inefable, en su inmensa satisfacción.

-¡Querido Adalberto!

Tales fueron las palabras en que prorrumpió el joven, sollozando de alborozo, y arrojándose a los brazos del anciano.

Aquellas cariñosas demostraciones eran la expresión de la gratitud, del gozo, del amor más acendrado que jamás cupo en un alma noble y generosa.

Radiante de júbilo y de felicidad, levantó el príncipe su semblante, y dirigió sus miradas a la ventana, tendiendo sus anhelantes brazos como si quisiese volar a los de su amada, y gritando loco de placer, a despecho de Adalberto, que se esforzaba en contenerle:

-¡Susana! ¡Susana!

Las dos jóvenes habían desaparecido.

Volvióse entonces el príncipe a Rosemberg, y tomando afectuosamente una de sus manos, le dijo:

-¡Gracias, gracias, Adalberto, por tan dulce sorpresa! ¡Mi corazón estaba convertido en cadáver, y le habéis resucitado; pero no le basta vivir, quiere vivir feliz, quiere vivir por siempre a su lado! Harto he sabido por desgracia lo que es la existencia lejos de Susana: la he visto y no quiero volver a perderla jamás.

-Si V.A. no tuviese precisión de volver inmediatamente a su corte, quizá no fuera difícil conseguir lo que desea.

-Lo conseguiré, mi corazón me lo dice.

-¡Cómo! ¿será posible que V.A. considere, como lo considera Ezequiel Widergott, y algunas otras personas de autoridad en los negocios, que la marcha no es tan urgente como nos ha parecido hasta ahora?

-Adalberto, es imposible detenerme. Estamos a primeros de noviembre; la edad de mi padre es muy avanzada, su salud achacosa, y en Madrid deben terminarse mis correrías. Los despachos que he recibido por el último correo me ordenan apresurar la marcha.

-¿Con que entonces estamos aquí perdiendo el tiempo?

El príncipe bajó un poco el embozo al oír estas palabras, y descubriendo una ancha frente orgullosa, clavó sus ojos de águila en los del anciano, que por fortuna ocultaba bajo los pliegues de su capa la casi imperceptible alteración que la audaz mirada del joven imprimía en su semblante. Éste le dijo por fin, con cierta sonrisa delicada y en un tono de broma que le tranquilizó completamente:

-Confesad, buen Adalberto, que tal vez a vuestra felicidad y a la de alguna de estas ardientes beldades españolas, le convendría mucho que el príncipe Guillermo permaneciese en Madrid por algún tiempo.

La perspicacia del joven adivinaba a medias el misterio de su situación.

-V.A. sabe mejor que nadie qué corazón tan sensible se encierra bajo las frías apariencias que mi destino me impone como deber: la amistad franca y sincera, el cariño desinteresado que yo profeso a V.A., deben acreditar me siempre de hombre de sentimientos dulces y de tiernas afecciones; pero mi edad, continuó con cierta sonrisa que

no le pasaba de los labios, mis años me ponen al abrigo de los dardos del amor. No digo que no pudiera amar, y en el caso de hallarme enamorado de alguna española, que no dejaría de ser un fenómeno, un absurdo si se quiere, haría... ¿qué es lo que haría yo, Dios mío?... Ni aun lo puedo suponer, haría... lo que V.A. piensa hacer con Susana, añadió de repente el diplomático.

-¿Con que la llevaríais en posta hasta mi corte?

-¡Pues!... o hasta París, que está más cerca.

-Tenéis razón, porque no convendría entrar en mis estados, es decir, en los estados de mi padre, no convendría entrar al lado de una joven.

-Perfectamente, V.A. me ha comprendido.

-Pues bien, Adalberto; he sido bastante loco para derramar tesoros inmensos, caudales cuya magnitud me espanta, en aventuras pueriles, en frívolos devaneos, y hoy no debo cerrar mi mano, no debo detenerme ante ningún obstáculo ni tropiezo, cuando se trata de un amor en que cifro la dicha de toda mi vida. Hoy la cordura sería una demencia.

-Hay todavía locos mayores que mi amado príncipe.

-¿Quiénes?

-El que presta ese dinero a V.A., y el que autoriza con su presencia tantas locuras, respondió Adalberto con amable sonrisa. Sin embargo, éste es mi sistema de educación, y por más que algunos imbéciles lo vituperen, V.A. mismo será la mejor prueba de los sazonados frutos que proporciona. Por ahora continuaremos con él, si a V.A. le place: sin necesidad de prodigar muchas riquezas, conseguiremos muy pronto todo cuanto anhelamos.

-¡Pero, Dios mío!, exclamó el príncipe alborozado, ¡sois mi ángel salvador, Adalberto! Es imposible que pueda pagaros nunca lo mucho que os debo.

-V.A. no me debe nada; la satisfacción que rebosa su semblante es mi mayor, mi única recompensa.

-¿Pero cómo vais a conseguir lo que me habéis prometido?

-Muy sencillamente, respondió el hábil diplomático. Permítame V.A. dejarme solo algunos momentos.

Adalberto se dirigió sin apesuramiento al encuentro de una persona que abría en aquel punto el portal de la casa: era una anciana, que sacando una mano rugosa y descarnada, hizo la señal de la cruz sobre el velo de la mantilla que la cubría el rostro, disponiéndose a continuar su camino.

Llegó entonces Adalberto, y entabló con ella un diálogo bastante vivo por algunos minutos; y según los ademanes de entrambos, parece que el diplomático exigía con firmeza alguna cosa, a la que la vieja oponía más resistencia de la que esperaba. Notábase

también que el extranjero sacó del bolsillo un papel, que desplegó a los ojos de la anciana.

El diálogo terminó del modo siguiente:

-Pero señor, ¿no es una crueldad arrancar esa pobre niña del seno de su familia?

-No lo dudo, y confieso a V. que se me parten las entrañas de dolor, respondía impasible Adalberto; ¡pero D. Ezequiel lo quiere!...

-¡Una muchacha que es el ídolo de sus padres, ser engañada tan horriblemente! ¡Y por mí! ¡Por mí! ¡Tenga V. compasión!, insistía la buena mujer.

-Lo siento, pero ¡D. Ezequiel se empeña!...

-¿Y qué me han de decir en su casa, cuando sepan que yo he sido el instrumento de su ruina?

-Tiene V. razón, su posición de V. es muy crítica; ¡pero son cosas de D. Ezequiel!...

-¡Hombre funesto!, exclamaba la anciana con indignación, ¡y cuán caros hace pagar su silencio y sus favores! Pues bien, diga V. a D. Ezequiel que será obedecido.

-Inmediatamente, por supuesto; porque D. Ezequiel me ha dicho que no debíamos perder un minuto.

-Haré cuanto se me manda, respondió la vieja suspirando.

-No tenéis más que seguir al pie de la letra mis instrucciones, que son las instrucciones de D. Ezequiel.

La vieja le volvió las espaldas, con lágrimas en los ojos, y volvió a entrar en la casa, impulsada por un poder superior a su voluntad. Adalberto se fue a reunir al príncipe, restregándose las manos bajo de la capa.

-¿Qué hay?, le preguntó éste con impaciencia.

-Dentro de algunos minutos volverá a verla V.A.; y dentro de una hora la tendremos en casa.

-¡Dios mío, exclamó el joven, mi corazón no puede resistir ya tan grande exceso de ventura!, pero cómo ¿cómo hacéis estos milagros?

-Estos milagros son muy naturales, y tienen una explicación bastante sencilla: dígnese escucharla V.A.

Las explicaciones de D. Adalberto fueron hechas en voz tan sumamente baja, que no han podido llegar a oídos del narrador de la presente historia, el cual para no dejar un vacío tan notable en este capítulo, no tiene más remedio que hacer subir otra vez a sus lectores al cuarto tercero de la misma casa; como quiera que en su mano esté el perdonarles la fatiga de trepar por los setenta y tres altos,

desiguales y endiablados escalones que constituyen el *tendimus ad alta* en cuyo pináculo se encontraba el camarín de nuestra Diosa.

Dejamos a María con el cruel y criminal designio de despertar a un joven que debía dormir profundamente; crimen que si las leyes humanas no castigan, jamás suele perdonar el desvelado. María abrió la puerta del reducido aposento, con la mayor precaución, para no ser oída, y fue a llamar a su hermano mayor, que se acostaba en un cuarto oscuro, pequeño y sin ventilación. La atmósfera era tan caliente y exhalaba un olor tan fétido, que al acercarse a la puerta no pudo reprimir un gesto de desagrado, y un ligero estremecimiento nervioso.

-Antonio, Antonio, dijo María en voz baja y sin traspasar el umbral.

Antonio no respondía; pero se oyó el crujido de la paja removida; y de un brinco se plantó a sus pies un perro de aguas, que después de estirarse y de abrir la boca desmesuradamente, saltó al seno de la joven, haciéndola mil caricias.

-Muchacho, vamos que ya es hora. No seas perezoso. Marte, Marte, le dijo al perro: busca a tu amo.

Antonio tampoco respondió, y una especie de gruñido sordo de palabras inconexas y mal pronunciadas, resonó en medio de la oscuridad, al mismo tiempo que el perro de aguas, agachando las orejas, aullaba tristemente.

El seno de María se agitaba como los nevados copos de espuma que flotan en el tranquilo espejo de los lagos.

-Ángel, Santiago, respondió, ¿dónde está vuestro hermano?

Un chico como de diez años, grueso y carrilludo, pero de color enfermizo, se levantó con el pelo erizado y todo cubierto de pajas, y bostezando y desperezándose, salió en camisa de aquel insalubre aposento, con los ojos cerrados todavía, por no poder sufrir ni aun la luz escasa que transmitía la puerta de la habitación de sus hermanas, y exclamó medio entre dientes:

-¡Qué calor, no se puede parar aquí! Otra noche me tumbo en el suelo, y no me arranca nadie del pasillo.

-Ángel, ¿y tu hermano?, exclamó María.

-¡Toma!, ahí le tienes, roncando como un patriarca.

-¡Gracias a Dios! Despiértalo y dile que tiene que ir al taller. Me había asustado Marte con sus aullidos.

-¡Ja, ja, ja! ¡Ya trabajará bien mi hermano!, como no comamos sino con su jornal, ya podemos ayunar.

-¿Quién te mete a ti en eso, habladorzuelo? A la verdad que si no fuera por el trabajo de tu hermano...

El travieso niño no pudo menos de interrumpir con otra carcajada las reconvenciones de María.

Esta, visiblemente alterada, le dijo:

-Ángel, no seas impertinente, y despierta a tu hermano Antonio.

-¡Antonio!, ¿pero a dónde he de ir a despertarle?

-Pues qué ¿ha salido ya?

-Después que nos acostamos todos, dijo que no podía parar aquí: encendió un fósforo, se fue a la cocina, pilló la llave, y dando un puntapié al perro, que quería seguirle...

-¡Dios mío!, exclamó María, ¿ha dormido fuera de casa?

-Y ha hecho bien, contestó el pequeño con audacia imperturbable, porque esto es un infierno, y aquí no se puede parar.

-¡Dios mío, Dios mío!, exclamó María; ¡calla por Dios, no grites, no sea que mamá nos esté escuchando! ¿Pero no sabes a dónde ha ido tu hermano?

-¡Toma!, ¿a dónde había de ir? A ver la iluminación. Buenas ganas se me pasaron a mí de acompañarle, y quise entrar callandito a pedirle permiso a papá; pero Antonio me puso unos ojazos... y por cierto que le caían entonces dos lagrimones como puños, y miraba a la puerta de tu cuarto de una manera tan triste, tan triste y tan particular, como cuando mamá se queda contemplándole horas enteras.

-¡Cielos! ¿Antonio lloraba? ¡Oh, no es un malvado, como dicen!, ¡estoy segura de que su corazón no está corrompido! ¿Pero dónde encontraremos a tu hermano?

En aquel momento, dos golpes discretamente dados a la puerta de la habitación, interrumpieron aquel diálogo: María, como si esperase algún socorro imprevisto del cielo, se acercó a la puerta y preguntó en voz baja:

-¿Quién es?, ¿quién llama?

-Abra V., señorita, soy yo, Ildelfonsa la del cuarto segundo; vengo a darle noticias de Antonio.

María abrió con precipitación, aunque siempre procurando hacer el menor ruido posible, y en el umbral de la puerta apareció la anciana a quien momentáneamente han conocido nuestros lectores, con el rostro pálido, los ojos encendidos, y mal enjutas aún recientes lágrimas en sus mejillas.

-Señorita, le dijo, con voz lenta y pausada, como si le arrancasen a viva fuerza las palabras; acabo de saber a punto fijo, que Antonio ha pasado la noche en casa de Poca-pena, bebiendo y jugando, y aun creo que han tenido alguna disputa.

Marte, aprovechándose de la turbación de María, se deslizó suavemente por entre los pies de la recién venida, y lanzando ladridos de gozo, bajó a saltos hasta la calle.

-¡Gran Dios!, exclamó la joven, voy a avisar a mi padre para que vaya volando: pero ¿cómo le aviso sin infundir a mi madre sospechas, que tan funestas pudieran serle en este día? Si mamá, que tanto le quiere, sabe que no ha dormido en casa; si no entra como de costumbre a darla los buenos días antes de ir a su trabajo, indudablemente va tener hoy uno de los ataques más fuertes: ¿quién sabe si su quebrantada salud podrá resistirlo? Vete, Angelito, vete a casa de ese amigo suyo, dile a tu hermano que venga, que nada sabrán sus padres; prométeselo de mi parte.

-¡Valiente caso hará de mí! Así que me vea, de un puntapié me echará más alto que las estrellas: mejor es que vayas tú, que eres la única a quien obedece.

-Pero ¿cómo he de presentarme yo en esa casa, llena de vagos, de perdidos, de calaveras que seducen a nuestro hermano?

-Le echas un grito desde la puerta, y verás como sale más listo que un galgo.

-Pero ¡yo sola!

-Pues qué ¿tienes miedo? Yo te acompañaré y veremos quién me tose.

Doña Ildelfonsa, que hasta entonces había guardado, como avergonzada, un elocuente silencio, se aventuró a decir, no sin rubor en el semblante:

-Señorita, si V. quiere que yo la acompañe, lo haré con mucho gusto.

-Sí, sí, querida amiga: sabiendo que he salido con una persona tan respetable como V., nada me dirá mi padre. Es V. la única en quien ha depositado su confianza... Voy a ponerme la mantilla: ¡V. ha venido a salvar a una familia entera! ¡Bendiga Dios tanta caridad!

La anciana dejó caer entonces el velo sobre su rostro para ocultar sus lágrimas y su turbación, y decía en voz baja:

-¡Oh! ¡cuando D. Ezequiel manda que salga de casa, sin duda quiere evitarla un mal mayor!

María, después de haber encargado a Dolores que guardase el mayor silencio, para que sus padres no advirtiesen la falta de Antonio antes que pudiese repararse, salió de su cuarto, dando el brazo a la anciana, para bajar más apresuradamente la escalera.

Tan inquieta y desasosegada iba la joven, que no reparó en los dos embozados que en la acera opuesta clavaron en ella, el uno sus miradas de fuego, y el otro las frías miradas de la astucia y de la confianza.

Cuando las dos mujeres traspusieron la esquina de la calle de Hortaleza, dijo el príncipe con arrogancia y resolución a su compañero.

-Para mañana dos sillas de posta hasta París: una para mí y para Susana, y otra para vosotros: y diciendo esto se alejó Guillermo en pos de María.

-¡Para mañana!, se quedó diciendo entre dientes Adalberto, con aquella sonrisa maliciosa que le era tan habitual; para mañana un palacio magníficamente amueblado, porque el príncipe Guillermo ya no se mueve de España.

Y marchándose por el lado opuesto, montó en un carruaje que le estaba esperando en la calle de San Mateo.

-¿A dónde?, le preguntó el lacayo respetuosamente y con el sombrero en la mano, antes de cerrar la portezuela.

-Pronto, a casa de D. Ezequiel, contestó Adalberto.

Crujió el látigo, y los caballos partieron al trote.

CAPITULO V

El aniversario

En un aposento interior de la misma casa, algo separado del gabinete de las dos hermanas, había una mala cama, compuesta de seis tablas bastante poco niveladas, sobre dos pies, cuyo nivel no era mejor que el de las tablas, los cuales indicaban haber tenido en otro tiempo un color, actualmente desconocido, y que probablemente no volverían a recobrar. Dos colchones tan tísicos y extenuados, que dejaban sentir perfectamente todo el desnivel y desigualdad de los pies y de las tablas; dos sábanas de algodón, y un cobertor raído y ahumado, completaban aquel lecho fementido, tálamo conyugal de un honrado matrimonio, cuyos cónyuges se nos figura que han de ser sobrado interesantes en esta historia, para que nos excusemos de hacer de ellos sendos rasguños, que aspiran al honor de parecerse a retratos.

Principiemos por el hombre; porque hombres somos, y aunque solteros, por si un día nos toca Dios en el corazón para casarnos, o los ojos de alguna muchacha bonita, no queremos sentar el mal precedente de haber cedido una vez siquiera de los derechos que nos concede nuestra supremacía marital, reconocida y proclamada en la famosa epístola de San Pablo.

Era, pues, un hombre de más que mediana estatura, el cuerpo un poco agobiado, complexión recia, de mucho hueso y pocas carnes, trigueño y arrugado el cutis, dando a entender a primera vista que aquellos huesos habían estado en otro tiempo mejor revestidos, y la piel más tersa. Las facciones regulares, los ojos hundidos, las cejas prominentes, y el conjunto de su rostro un tanto aplanado, que le hacía semejante a una de esas estatuas góticas de barba cuadrada y formas angulosas. En medio de la regularidad de sus facciones, notábase cierta descomposición, cierta falta de armonía, que a primera vista revelaba el sello fatal que la muerte había grabado en aquel semblante. Ancha su frente y apacible, surcábanla ciertas arrugas, hijas más bien de la meditación y de la melancolía que del crimen y de los excesos. Brillaban sus ojos extraordinariamente grandes y dilatados, con cierta lumbre particular, que se eclipsaba a veces como la luz de un fanal, dejando entonces aquel rostro pálido y bilioso, con la apariencia de un cadáver.

Sus cabellos, escasos y enteramente blancos, habían tomado este color antes de tiempo al atravesar los hielos polares del infortunio; porque su barba, generalmente atrasada una semana entera, aunque comenzando a blanquear, conservaba todavía el fondo oscuro de sus buenos tiempos.

La primera impresión que su aspecto producía era desagradable, porque en su fisonomía se pintaba la desgracia, antipática siempre a la viciada naturaleza humana, que, como las flores se abren a los rayos de luz, de la misma manera propende únicamente a abrirse a los rayos de la felicidad. Pero muy pronto aquel hombre excitaba la compasión, y poco después su aire de bondad y sus ademanes nobles y distinguidos, concluían por cautivar el corazón de cuantos le trataban.

Nadie, al ver a su esposa en medio de una dilatada familia, hubiera creído que aquel enjambre de hijos adelantados había salido de su seno: el semblante aniñado de Agustina hacía inverosímil esta suposición. Nadie, tampoco, hubiera podido sospechar que aquella niña de cuarenta años, de carnes blanquísimas, de facciones mórbidas, de color más que sonrosado, gruesa, bastante baja de estatura, sin una arruga siquiera en la frente, de boca pequeña y labios de carmín, nariz un tanto diminuta, y rostro, en fin, que rebosaba al parecer salud, robustez y tranquilidad de espíritu, nadie, repetimos, hubiera podido concebir que un acontecimiento tan extraordinario como terrible, la hubiera perturbado la razón por algún tiempo, dejándola tan propensa a funestos ataques de demencia, como la hoguera recién apagada propende a inflamarse al soplo más leve de la brisa; y lo que es más, nadie hubiera creído que cuando estos accesos no la fatigaban, fuese una madre tierna y desgraciada a quien apenas la maternidad había concedido otros goces que los que se labran con el llanto. Sin embargo, aquellos ojos de un azul oscuro, vivos y fulminantes, con miradas siempre inciertas y vagas; aquellos ojos enclavados horas enteras en un mismo paraje, donde parecía concentrada su atención, sin que ninguna razón pudieran dar de aquel punto: aquellas miradas tan pertinaces, que obligada esta mujer a trasladarse a otro sitio, parecía que por fuerza la arrancaban de allí, fijando siempre sus ojos distraídos en el punto que no veía, eran indicios de los descarríos que podía sufrir aquella imaginación ardiente y obstinada.

Su frente pequeña y retirada, su cara redonda, marcaban la debilidad de su entendimiento, a expensas del cual parecían haberse desarrollado la fantasía y el corazón.

Cerca de esta cama, y al lado de la esposa, dormía también un niño de pecho, en un cesto ovalado que le servía de cuna.

Los mismos ecos que desvelaban a sus hijas, despertaron también al buen Enrique (que tal era el nombre de aquel respetable padre de familia), y se levantó con el mayor cuidado y silencio, para no despertar a su esposa, que dormía a la sazón profundamente, por haber estado toda la noche en vela dando el pecho a su hijo, para que con su continuo lloro no despertara al marido, que disfrutaba en aquellas horas el único descanso que su incesante trabajo le permitía. De manera que toda aquella numerosa familia parecía animada de un mismo sentimiento de caridad, de una misma idea: la de sufrir cada cual la mayor parte de los trabajos repartidos entre todos. Antonio era el único a quien sus extravíos, la fatalidad, un poder invisible tal vez arrastraban a cometer él solo todas las faltas que con tanto cuidado evitaban los demás.

Levantóse, pues, Enrique silenciosamente, y después de haber lanzado una mirada de amor y compasión a su tranquila consorte, después de haber besado blandamente a su hijo, con expresión inefable de ternura, se sentó cerca de una mesa contigua a un piano chapeado de caoba: hizo la señal de la cruz, y sus facciones tomaron un aire de profundo respeto y adoración: lanzó luego un suspiro; sacó del cajón de la mesa unos papeles, cogió una pluma reclinó su frente sobre la mano izquierda apoyando el codo sobre el pupitre, y después de cortos momentos de meditación, comenzó a escribir sin vacilar y de corrida, llevando a veces el compás con el pie derecho; porque era una lección de solfeo la que estaba anotando.

Así continuó algún tiempo, suspendiendo a veces la tarea para mirar con dulzura a la mujer y al niño, que proseguían durmiendo sosegadamente: alargaba también el oído de cuando en cuando hacia la puerta del cuarto, en ademán de escuchar los leves rumores que del resto de la casa llegaban apagados, y otras veces también levantaba sus ojos al cielo suspirando; pero el cielo, sus hijos y su mujer parecían mudos y silenciosos, y únicamente turbaba aquel profundo sosiego el imperceptible ruido del roce de la pluma sobre el papel.

Íbale ya pareciendo sobrado extraño este silencio, porque sus pausas eran cada vez más frecuentes y prolongadas; hasta que por fin, algo impaciente, dejó la pluma sobre la mesa, se levantó, y con los pasos quedos y el cuerpo agobiado, se dirigió a la puerta, y abriéndola con tiento dijo a media voz:

-¿Dolores?

Dolores, sin duda, debía estar muy prevenida, porque se presentó inmediatamente, y respondió con emoción:

-¿Qué manda V., papá?

-Buenos días nos dé Dios, hija. Creía que no os habíais levantado... ¿Y María?

-María, respondió su hermana con alguna turbación, María ha dormido bien... muy bien... como yo y todos los demás hermanos.

Acostumbrado Enrique a que el nombre de María saliese de los labios de Dolores con un acento particular, no hizo alto en la turbación de su hija.

-Si no se ha despertado aún, repuso el padre, no la incomodes; deja que la pobre duerma un poco más, pero Antonio es preciso que se levante, que se vista y almuerce pronto para ir al taller; y sobre todo, que no salga de casa sin saludar a su madre. Tú ponte a estudiar inmediatamente la lección.

Entornó la puerta Enrique con las mismas precauciones con que había abierto y volvió con nuevo ardor a su trabajo.

Alguna inquietud extraña, algún mal presentimiento debían agitar hoy su corazón; porque contra su costumbre, parece que el trabajo le repugnaba. Sus miradas eran cada vez más recelosas, los suspiros más profundos, y metía de cuando en cuando la mano en el bolsillo, sacando una llavecita que al instante soltaba, como si luchase con una tentación

a la cual resistía con todas sus fuerzas. Ya no fue luego una llave la que sus deseos acariciaban: era una carta que sacó repentinamente, y después de volver sus recelosas miradas a la cama en que su mujer dormía, las fijó en el sello de la carta, donde en lacre negro aparecían estampados unos signos misteriosos que no podía descifrar. Era un escudo triangular con una especie de cruz vuelta hacia abajo, como la que pintan en el martirio de San Pedro, y coronado de siete roeles, que tenían semejanza de bustos o monedas antiguas.

-Tan poco perito soy en materias heráldicas, se dijo a si mismo el profesor de música, que no puedo adivinar cuyas sean las armas de quien me ha dado tan importante aviso.

Desdobló luego el sobre, abierto ya de antemano, sacó una carta perfumada, y leyó para sí las siguientes líneas:

« Si aprecia V. en algo la vida y la felicidad de María, no permita V. que en tres días salga de casa; y obrará muy cuerdamente si continúa guardando su hermosura de las peligrosas miradas de jóvenes seductores».

-Extraño es por cierto semejante anónimo... anónimo para mí, que no lo fuera si yo conociese este sello. Estoy seguro de que María no saldrá de casa. Con la excusa de ser hoy el fatal aniversario de nuestras desventuras, la he prohibido bajar a misa tan siquiera. Aquí no entra nadie, como no sea nuestra buena vecina Doña Ildefonsa; sí, puedo estar enteramente tranquilo. No debía hacer mucho caso de semejante aviso; pero sin embargo, ¡como es tan hermosa!, ¡como es una criatura tan perfecta!... ¡Oh!, ¡cuán desgraciada debe ser! ¡Sí, tan hermosa y tan desgraciada como su madre! ¡Su madre... ah!

El anciano, cruzando los brazos sobre el pecho, y dejando caer lánguidamente su cabeza un poco inclinada al hombro derecho, quedó sumergido en un abismo de cavilaciones y recuerdos. Levantó luego la frente. Dos lágrimas se asomaban a sus ojos.

-Sí, sí, me decido, exclamó Enrique como respondiendo a la voz interior de su conciencia; mi mujer está durmiendo, mis hijos me proporcionan la escasa felicidad con que este mundo puede ya brindarme: hasta el mismo Antonio hace tiempo que no nos ha dado un disgusto, bien puedo entregarme a la dulzura de los amargos recuerdos de mi juventud: bien puedo saborear un poco el mezquino consuelo de la memoria de los males pasados. Sí, voy a sacar esos papeles; porque mi amor y mi respeto hacia esa criatura celestial se van enfriando insensiblemente, y quiero fortalecer estos sentimientos. ¡Ah, tengo tantos enemigos que los combaten!, añadió el buen Enrique, mirando a su esposa de soslayo.

Por esta vez la lucha entre la vida presente y la pasada, se decidió victoriosamente por la postrera: el honrado profesor de música sacó la llave y abrió con ella otro cajoncito de la mesa, dentro del cual había un secreto que contenía algunos papeles y un medallón con un retrato a cada lado.

Enrique se apoderó primeramente del medallón, y con cierta expresión de horror y de cariño se quedó contemplando un rostro de mujer de una belleza deslumbradora.

-¡Oh! ¡No hay duda! ¡Tan hermosa como su hija! ¡Cómo me recuerdan sus facciones aquellos tiempos de amor y de locura, que se convirtieron luego en odio y en afrenta!

¿Cómo pudo encerrarse una alma tan perversa en un cuerpo tan celestial? Veamos los papeles. Ninguno falta. Aquí está la carta que me dictó en sus últimos momentos: leámosla, sí, leámosla otra vez; y eso que pudiera dictarla de memoria sin equivocarme en una palabra:

« Querido esposo... »

-¡Querido esposo! ¡Qué palabras tan sarcásticas en su boca!

« La mujer que ha labrado la desgracia de toda tu vida, ningún derecho tiene para recurrir a ti, pero soy madre, soy desgraciada, estoy a las puertas de la muerte, persiguen a una criatura inocente, y con estos títulos puedo presentarme confiada a un hombre tan generoso y magnánimo como tú.»

-¡Generoso, magnánimo!, no; mi natural inclinación, mi venganza, me hubieran impelido a volverte la espalda en el infortunio, a despedazar y a arrojarte al rostro los sangrientos miembros de la odiosa criatura que encomendabas a mi cuidado; pero Dios nos manda hacer bien a los que nos han hecho mal, y si he de devolvarte con beneficios los males que me has causado, muchos tengo que dispensarte todavía.

Enrique continuó su lectura.

«Cuida de esa niña, tan desgraciada ha nacido, que la persiguen de muerte desde su misma cuna. Cuídala como hija tuya, me atrevo a suplicártelo por el mucho amor que me has tenido. No reveles jamás el secreto de su nacimiento, inspírala tus sentimientos, y sera dichosa. Acuérdate de que me has amado, no que es hija de tu enemigo, no de que su existencia imprime un borrón sobre tu frente. Espero tu perdón, para presentarme menos turbada en el tribunal de Dios a responder de lo mucho que te he ofendido.»

-¡Mi perdón! ¡Ah, mi perdón lo obtuviste fácilmente! Tú debías saber que para un alma cristiana el mundo carece de enemigos.

En este momento puso Enrique los ojos en el retrato de hombre que en el reverso del medallón estaba pintado, y aquella mirada sin odio dirigida a la persona que le había privado de toda su felicidad, demostraba el heroísmo de un alma, para quien, como él decía con elocuente sencillez; el mundo carecía de enemigos.

Pareciéndole, sin embargo, que había robado mucho tiempo a su trabajo, recogió cuidadosamente los papeles, envolviendo en ellos el medallón, los encerró en el cajoncito del secreto, y al ruido del resorte se despertó su esposa, cuya primera mirada se dirigió a la cuna, y fijando en seguida sus ojos en Enrique, con voz dulce y delgada le dijo:

-¡Siempre trabajando, Enrique!, ¿qué hora es?

-Muy temprano todavía: duerme, duerme, Agustina; has pasado muy mala noche, y estás delicada.

-No lo creas: jamás me sentí mejor.

-Sí, pero el niño ha estado llorando hasta el amanecer.

-¡Ah! ¿lo has oído? Bien lo veo; no te ha dejado dormir, y sin embargo, a la hora acostumbrada vuelves a emprender tu trabajo, como si hubieses pasado una noche tranquila y sosegada.

-¿Qué quieres amiga mía?, el trabajo es la pena a que Dios ha condenado al hombre; pero el Señor ha sido tan bueno, que en la pena misma ha colocado la fuente de la ventura.

-Pero un trabajo excesivo arruina la salud, y la tuya es necesaria para la existencia de toda la familia.

-Mis hijos han de perder algún día a su padre; pero jamás perderán al padre que tienen en el cielo.

-Además de que también Antonio ayuda bastante con su jornal para mantener a la familia, replicó la madre, a quien tenían piadosamente engañada acerca de la inversión de los jornales de su hijo. ¡Qué buen muchacho es Antonio!, ¿no es verdad?

Enrique guardó silencio.

-Desde el año pasado, en que caí tan gravemente enferma, no ha vuelto a darnos en que sentir.

El esposo respondió con un suspiro.

-Y sobre todo ¡qué buen mozo!, continuó la madre, sin darse por entendida del silencio de su marido.

-¡Oh!, eso sí, contestó Enrique, difícilmente puede presentarse un joven más gallardo y más hermoso.

El elogio que más lisonjea al corazón de una madre es oír ¡qué hermoso es tu hijo! Un padre ha menester que le digan: ¡qué bueno, qué honrado es!

Satisfecha la vanidad de Agustina, quiso entrar en transacciones con sus faltas.

-Es un poco vivo, es algo atolondrado, calavera si se quiere; pero yo supongo, añadió con voz un tanto sombría yo supongo que no sabrás que haya cometido ninguna falta grave y trascendental, porque mi hijo es incapaz de cometer un crimen.

-¿Quién te ha dicho que cometa crímenes?

-Es que el corazón de mi hijo está sano, puro, ileso: me ama con ternura. ¡Sí, precisamente él es de todos mis hijos quien mas me ama!

Había en las palabras y aún más en el acento de aquella mujer, cierto misterio, cierta tristeza profunda, cierta exaltación extraña que afectaba el corazón de Enrique, sin que pudiese comprenderlos.

-No puede negarse, respondió éste, que tiene un corazón bellissimo, y si no fuera por las malas compañías... Pero aún espero en Dios que hemos de sacar partido de este muchacho.

-Sí, sí, exclamó la madre con exaltación, yo también lo espero. Porque yo creo que se conservará todavía honrado, que sabrán estimarlo las gentes...

-Pero, mujer, ¿a qué vienen al caso todas esas dudas? ¿Sabes algo que te haga temer lo contrario?

Agustina, por toda respuesta, comenzó a llorar; y después de un rato de silencio, sólo interrumpido por sus sollozos, le dijo a su marido:

-Perdóname, querido Enrique, tú sabes la facilidad con que mi imaginación se descarría. Pero ¡cuánto tarda Antonio en venir a saludarme! Otros días su voz es la que me despierta, su rostro de ángel el primer objeto con que tropiezan mis soñolientos ojos. ¿Antonio? ¿Antonio?, gritó la madre, cuya viveza le permitía sufrir pocas treguas entre una idea y un deseo, entre un deseo y un goce.

-Ten paciencia, mujer, contestóle Enrique con la mayor templanza; ya he dicho que se vista, y que entre aquí antes de ir al taller, y por más que le quieras con entrañas de madre, es preciso que por su mismo bien moderes ese cariño.

-¿Antonio? ¿Antonio?, continuó gritando Agustina, sin escucharle.

Aquellas voces, llegando a oídos de Dolores, la hicieron temblar, presintiendo una catástrofe.

-Pero mujer, ¿a qué conducen esos gritos?, replicó el anciano con dulzura.

-A nada: bien veo que a nada conducen, porque estoy llamando hace una hora, y nadie me responde.

-Ese amor inmoderado que tienes a tu hijo, le ha de perder sin remedio.

-Eso sí; haremos como tú, exclamó Agustina con exaltación, haremos como tú, que moderas tanto el amor y la ternura, que apenas tienes para él una sonrisa de las que prodigas a María, apenas una palabra menos áspera y dura de las que escaseas a esa que llamas hija tuya.

-¡Calla, calla, por Dios!, le interrumpió el esposo amedrentado.

-Y entretanto, permites que su hermana se esté secando de envidia, porque todo ese cariño que te empeñas en que yo modere para mis hijos, le guardas tú y le reservas para los hijos de aquella mujer...

-¡Silencio, Agustina!

-Para los hijos de aquella...

Agustina no pudo terminar la frase; porque su marido, levantándose precipitadamente de su asiento, le puso a la sazón la mano en la boca y le selló los labios.

El rostro de Enrique se cubrió por un momento con la mortal palidez de la cólera, sus labios temblaban y sus narices se ensancharon; pero muy pronto aquella expresión siniestra se convirtió de repente en compasión y sentimiento.

Aunque irritada cada vez más con esta resistencia, conservaba la mujer un resto de buen juicio para continuar, con ese acento, ronco, seco y particular de una persona colérica, que no puede expresar sino en voz baja los afectos con que lucha.

-¡No, no!, en vano te niegas a escuchar verdades; es preciso que las oigas, por duras y amargas que te parezcan.

El profesor de música, conociendo que la resistencia la exasperaba más, y que tratar de contener de frente y en momentos de exaltación a ciertos caracteres y ciertas pasiones, es querer que se estrellen, cruzó los brazos con resignación, y dijo a su esposa, procurando dulcificar su voz todo lo posible:

-Pues bien... habla... puede ser que tengas razón: dispuesto estoy a escucharte... pero advierte cuán poca distancia nos separa de nuestros hijos, y que tal vez la felicidad de alguno está pendiente de este secreto.

No podía presentar un argumento más fuerte como el que atacase directamente al corazón de su mujer: Enrique sabía muy bien que apelar a su razón hubiera sido inútil.

-No, no temas, replicó ésta, no soy tan imprudente como te figuras; sé muy bien que el predominio y el ascendiente que María tiene sobre Antonio, la predilección que éste ha manifestado por ella, se convertiría en un amor violento y fatal el día en que mi hijo supiese que su inclinación podía traspasar los límites de un amor fraternal, pero dime, tú que te precias de timorato y de hombre de bien, y te ves abrumado de familia, cargado de hijos a quienes no puedes sustentar, sino con miseria y a expensas de un trabajo ímprobo, continuo, incesante, ¿cómo sin interés alguno, por caridad únicamente, mantienes una hija que no es tuya, y te quitas el pan de la boca para mantenerla?

-Tú lo has dicho, por caridad únicamente.

-Pero la caridad bien ordenada principia por sí mismo.

-Es muy cierta esa máxima, Agustina, pero las más veces suele ser aplicada por el egoísmo.

-Y luego esa muchacha es hija de tu mayor enemigo, por él te ves reducido a tan miserable estado, por él te has visto... ¡cómo te has visto por él, Dios mío! ¡Me horrorizo al recordarlo! Tú que habías nacido para vivir, si no con lujo, cómodamente a lo menos, que podías dar una educación brillante a tus hijos...

-Brillante, sí, pero tal vez no tan sólida, me atrevo a decirlo, como la que reciben. La escuela de la desgracia es donde el corazón hace mayores adelantos, y en la vida del hombre una primavera desgraciada augura un invierno tranquilo y venturoso. ¿Qué culpa

tiene María de las faltas de su padre? Todos los hombres hemos sido enemigos de Dios por el pecado, y si para Dios valiese la razón que acabas de darme, ¿qué esperanza podía haber al que una vez ha delinquido?

-Bien, en buena hora, replicó la esposa, que batiéndose ya en retirada, íbase reduciendo a sus últimos atrincheramientos, en buena hora que no la desampares; pero ¿a qué mostrarla esa predilección que suscita los celos de Dolores?, ¿por qué guardas con ella tantas consideraciones y te muestras tan inflexible con tus hijos?

-¿Por qué?, porque a mis hijos los quisiera ver perfectos, irreprochables; porque tal vez faltó a mi deber de una manera contraria a la que piensas: faltó a mi deber por reprenderla menos que a mis hijos. Pero, Agustina, cuando recuerdo la clase elevada del padre que le ha dado el ser; cuando recuerdo la distancia que media entre ella y nosotros, las fuerzas, el ánimo, me abandonan para obligarla a los penosos ejercicios a que debo acostumbrar a esas pobres criaturas.

Los apacibles acentos de Enrique fueron calmando poco a poco el ánimo perturbado de Agustina; y una vez disipada aquella nube que había oscurecido por breve tiempo la paz y la tranquilidad de aquel honrado matrimonio, el profesor de música, con el rostro encendido y las venas hinchadas por el esfuerzo violento que había hecho para contenerse, continuó con más ardor escribiendo, y en lo mal formado de las notas cualquiera hubiera podido reparar la alteración de su pulso. No le era posible sin embargo perder tiempo, porque tenía que salir inmediatamente a dar lecciones particulares.

La imaginación de Agustina no era de las que pueden estar ociosas muchos instantes; y como quiera que el diálogo anterior la hubiese distraído de su idea principal, asaltó ésta de repente y con más viveza a su fantasía, e incorporándose en la cama exclamó:

-¡Pero ese Antonio!... ¡cómo tarda!...

Su esposo la conocía demasiado para no comprender en estas solas palabras el anuncio de una nueva borrasca, si no se presentaba inmediatamente el hijo predilecto.

Salió, pues, de su cuarto, por toda respuesta, y comenzó a llamar:

-¡Antonio, Antonio!...

Dolores se le presentó al punto como anteriormente; pero su agitación y sus sollozos anudaron la voz en su garganta.

El aspecto de su hija, muda y llorosa en un día tan fatal para su familia, hizo adivinar al pobre Enrique una historia entera. La sangre toda se le agolpó al corazón, que comenzó a latir fuertemente; cerró la puerta del cuarto para que su esposa no pudiese oír las funestas revelaciones que aguardaba de boca de su hija, y cogiéndola de la mano y llevándola al gabinete, exclamó con sobresalto:

-¿Conque Antonio no está en casa?, ¿conque ha hecho alguna de las suyas?...

-Padre, por Dios, no se altere V., debe volver inmediatamente.

-No debemos fiarnos en sus promesas.

-No ha sido él quien las ha hecho.

-¿Pues quién?

-María.

-¿Con que María sabe que ha salido? ¿Él se lo ha dicho antes de marchar?... ¿La pidió permiso?... Eso es otra cosa: ¿dónde está María?, que venga, ella me contará todo; pues cuando ella le ha permitido marchar, habrá sido con justa causa... ¿Pero qué hace María?

-¡Padre!

-¿Qué es eso?, ¿qué significan esos sollozos?

-María ha salido.

-¡Imposible, imposible!, exclamó Enrique como herido de un rayo, sería la vez primera que me hubiese desobedecido. ¡Hoy os he prohibido bajar ni a misa...! Debe estar ahí vistiendo a sus hermanos... llámala.

-Yo bien lo decía, papá.

-Pero ¿qué es lo que decías tú? ¡María!, ¿dónde está María?... ¿Con qué ha salido a misa? ¡Qué imprudencia! Entra en el cuarto de tu madre; sácame el sombrero; voy inmediatamente a buscarla.

-Es inútil, papá, porque no sabemos a dónde.

-¡Dios mío, Dios mío!, ¿qué es lo que aquí pasa?, ¿a dónde han ido los dos hermanos?

-Yo no lo sé, pero no marcharon juntos: Antonio ha pasado la noche fuera de casa; Doña Ildefonsa, la del cuarto segundo, ha venido a prevenimos que podía suceder a nuestro hermano alguna desgracia, porque ha tenido con sus amigos no sé qué disputa; y como María es la que tiene algún ascendiente sobre Antonio, ha ido a buscarle acompañada de Doña Ildefonsa, para traerle a casa antes que mamá se despierte.

-¡Oh! ¡tal vez todo lo que me cuentas no sea mas que un lazo! Ese aviso que yo he recibido este día... no soy supersticioso, pero todo me hace temblar: y ¿cuánto tiempo hace que salió de casa?

-¡Señor!...

-Dime la verdad.

-Dos horas.

-¿Dos horas? ¿Y dónde está Antonio?

-No lo sé.

-¡Dios mío!, ¡alguna desgracia terrible nos amenaza! ¡Esos presentimientos que he tenido hoy... esta carta... este día...!

-Sí, el aniversario.

-Escucha, Dolores, voy a informarme de los vecinos, voy a preguntar en la calle...

-¿Y mamá?, ¿me deja V. sola con mamá, que preguntará por Antonio, por María, por V.?... Esperemos un poco más, tal vez hayan tenido que ir a otra casa; no estaría Antonio donde creyeron encontrarle.

-Sí, esperaré un poco más. Cuando voy a salir de casa, dejando en manos de niños una mujer expuesta a la demencia, siento un peso en las plantas que no me deja mover. Me quedo: tú, sin salir de casa, infórmate de los vecinos, procura saber alguna noticia... pero mira que no tenga que gemir también por ti. Serénate, sí, serénate... como yo... añadió el anciano enjugándose las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Puso la mano en la falleba para abrir la puerta de la habitación de su mujer, y su turbación era tal, que le costó trabajo el levantarla.

-¿Vienes solo?, ¿y Antonio?... ¿Qué hace ese chico que no entra a saludar a su madre?

Tales fueron las primeras palabras con que lo recibió Agustina.

-Antonio ha salido, pero volverá pronto.

El buen Enrique pronunció esta respuesta con el mismo aire de solemnidad y de confianza en Dios, con que Abraham dijo a sus siervos, al subir al monte Moria para degollar a su hijo: « Quedaos aquí, el muchacho y yo volveremos luego ».

Pero sus palabras no consiguieron tranquilizar a la madre, que con sus arrebatos de costumbre replicó:

-¡Mentira! Antonio me ha prometido no salir jamás de casa sin darme un abrazo: ¿dónde está Antonio?, ¿dónde está mi hijo?

-Es una exigencia innecesaria, es un extravío de ternura maternal el empeñarte en verle todas las mañanas antes de marchar al taller.

-¡Mi hijo, mi hijo!

-Sosiégate, mujer; luego lo verás.

-¡Mi hijo!, exclamaba cada vez con más ahínco y exaltación Agustina.

-Debe volver pronto, le respondió el anciano con mansedumbre.

-¿A dónde ha ido?

Enrique estaba un poco perplejo para responder: jamás había mentido, y al cabo de sus años, le costaba bastante trabajo disimular la verdad.

-Ha ido con unos amigos suyos, respondió tímidamente.

-¿Con unos amigos?... ¿Tan de mañana?... ¿Hoy día de trabajo?... ¿Y sin verme?..., ¿sin abrazarme?..., ¿sin pedirme ningún ahorro?... No, es imposible, ¡alguna desgracia le sucede a mi pobre hijo!

En vano Enrique trató de aventurar nuevamente algunas palabras, algunas esperanzas, algún consuelo; Agustina se arrojó del lecho, vistióse apresuradamente, y desgredada, mal encubiertas sus anchas y blanquísimas espaldas, se dirigió al cuarto donde solía dormir su hijo, como el sabueso que ha perdido al amo, se dirige a reconocer sus vestiduras.

-Antonio no ha dormido en casa... esta cama está sin tocar... yo la hice ayer con mis propias manos... ¡infeliz!, ¿dónde está mi hijo?

Era terrible, desgarrador el acento con que la madre pronunció estas palabras.

-Tranquilízate, mujer; sus hermanas han ido a buscarle, ha pasado la noche con unos amigos, y vendrá presto.

-No vendrá sino a la voz de su madre: ¿dónde está?, dímelo, ¿qué amigos son esos?, ¿a dónde ha ido?

Cada pregunta era un puñal que traspasaba el corazón de Enrique.

-¿Callas?, prosiguió Agustina, ¿lo ignoras?, ¿y no sabes dónde está tu hijo, y estás con esa calma, con esa serenidad, ocioso, inmóvil...? ¡Oh!, ¡no tienes entrañas de padre!

Y sin detenerse a tomar una mantilla, ni echarse un chal sobre los hombros, abrió Agustina la puerta de la escalera, y sin que Enrique pudiera detenerla, íbase a precipitar por ella, cuando apareció Dolores en el primer escalón.

-¿Y tu hermano?

Los sollozos de Dolores revelaron a la madre que ningún consuelo, ninguna noticia favorable podía esperar de sus labios.

Agustina conoció entonces toda la extensión de su desgracia, y le faltó el valor para sufrirla. Las fuerzas la abandonaron, y cayó de rodillas diciendo:

-¡Dios mío, tened compasión de una pobre madre!

En aquel momento subía lentamente una vecina, que les dijo con voz entrecortada por el sobrealiento que le producía el trepar por tantas escaleras:

-Vaya... señora Agustina, no se aflija V. por su hija... que bien empleada va por cierto... pero todo lo merece su buen palmito.

-¿Ha visto V. a María?, exclamó Enrique sobresaltado, no sabiendo si entregarse a una nueva esperanza.

-¡Vaya si la he visto!, y en coche nada menos.

-¡En coche!

-Toma, sí señor, en un coche que iba echando chispas, de esos de todo rumbo.

-¡María, María! ¡Oh, no hay remedio!, ¡está perdida!

-¿Pero nadie ha visto a mi hijo? ¿Antonio no parece?

-Calla, infeliz, exclamó Enrique desesperado; tu hijo volverá cuando se le haya concluido el dinero que nos ha robado; tu hijo volverá como el pródigo al amparo de su casa, para reposar de sus desórdenes y cobrar fuerzas para otros nuevos; pero María quizá no torne sino con el sello del baldón sobre su frente: quizá en un instante de imprudencia habremos perdido tantos años de desvelos.

-Vamos, buena gente, dijo la vecina con voz cascajosa y habiendo acabado de subir los escalones de la buhardilla; no vayan a temer desgracia ninguna, porque hoy es día de los Difuntos y no permitirán las ánimas benditas...

Una exclamación de horror que salió a un tiempo de los labios de todos los individuos de aquella desdichada familia, no permitió a la vieja concluir su impertinente charla.

El terror estaba retratado en todos los semblantes, excepto en el de Agustina, que puesta de pie, con ambas manos en los costados, se reía a carcajadas; pero con una risa estúpida y brutal con que siempre se anunciaba su demencia.

El padre y los hijos la condujeron a su aposento.

CAPITULO VI

El delirio

Cualquiera otra persona que Enrique, habría sucumbido al redoblado embate de tantas desgracias sucesivas, que por haberse verificado en aquel día fatal, renovaban la memoria de todas las desventuras pasadas; pero el anciano estaba muy familiarizado con ellas, las había combatido muchas veces, para cruzar ahora cobardemente los brazos a su vista, y abatir la frente sin resistencia. No daba tampoco rienda suelta a su dolor con alaridos, imprecaciones, lágrimas y sollozos: medios comunes con que suele expresarse un corazón que rehuye el yugo del padecimiento: la calma del anciano era imponente y terrible, sus ojos no tenían una sola lágrima, ni sus labios se abrían para quejas e inútiles lamentos. Olvidado de sí mismo, sólo atendía a los demás, y su paciencia y resignación eran sólo comparables a su actividad y energía.

-Las píldoras inmediatamente, dijo a Dolores al entrar.

-No hay ninguna: se han consumido todas.

-Dales al punto dinero a tus hermanos para que vayan por ellas a la botica, respondió el anciano sin inmutarse.

-¡Señor!...

-¡Qué!, ¿no hay dinero? Estás equivocada; ayer entregué a María la mesada de octubre; ¿no te ha dejado las llaves?

-Sí, señor: toda la noche las ha dejado en el cajón de la cómoda, y por este descuido...

Dolores temía pronunciar una acusación contra su hermano; pero Enrique le salió al encuentro.

-¿Con que también Antonio se lo ha llevado? Pues bien, no hay que apurarse, hija mía; hoy es día de prueba, y sólo calamidades debemos prometernos; pero es preciso valor para resistirlas; es preciso no desmayar, que las penas de este mundo no pueden ser muy largas. Ángel o Santiago pueden ir con la receta, y el boticario les despachará inmediatamente.

-Es que... no se han pagado las últimas.

-Pues ¿de qué sirve en este mundo la honradez, la hombría de bien?, repuso imperturbable el buen Enrique, escribiendo dos líneas detrás de la receta: toma, que entreguen esto al boticario, y no dejará de dárselas.

Pero antes que llegase Dolores a recibirla, Agustina, que estaba detrás brincando y triscando, se apoderó súbitamente del papel y lo hizo mil pedazos, riéndose a carcajadas.

Formaba un horrible contraste aquella alegría maquinal de la madre con el terror de toda su familia.

-Está visto: no quiere Dios que tome hoy las píldoras que tanto suelen calmarla en otras ocasiones, prosiguió Enrique con una calma que hacía helar la sangre. Ángel y Santiago, corred en busca del facultativo: tú, Dolores, coge ese niño que está llorando en la cuna; llévaselo a la vecina de la buhardilla: dila que por amor de Dios, haga la caridad de tenerlo un rato; no sea que tu madre, si le acomete el furor, le despedace como a la receta.

Sus tres hijos le obedecieron con igual prontitud.

Quedóse entonces solo en la habitación de su mujer, que proseguía cantando y bailando, con todas las apariencias y demostraciones de la más estúpida alegría; y como esperase algún acceso de furor, se puso Enrique a recoger cuantos muebles e instrumentos pudieran serle peligrosos, y ni una sola lágrima asomaba a sus ojos, mientras que silenciosamente verificaba esta operación. Pero un rumor, otras veces insignificante, hízole abrir su corazón a la esperanza, y correr abundantemente el llanto por sus mejillas.

Parecióle oír los ladridos y arañazos de un perro que pugnaba por entrar en la habitación, y no dudó un momento que fuese Marte, que jamás abandonaba a su hijo. Esta circunstancia hízole concebir las más vivas y fundadas esperanzas del retorno de Antonio a la casa de sus padres. Su presencia debía ser la mejor medicina para su esposa; quizá

dentro de breves instantes tendría que lamentar únicamente la desaparición de María; ¿y quién sabe si Antonio podría dar razón de su paradero? ¿Quién sabe si volverían juntos los dos hermanos? Todas estas ideas, todas estas esperanzas se agolparon en un momento a su imaginación.

-¡Oh! ¡bendito sea Dios!, exclamó el buen Enrique, dirigiéndose precipitadamente a la puerta. Es Marte, Marte que se adelanta a darnos la buena noticia de la llegada de mi hijo.

Los arañazos y ladridos eran cada vez más fuertes, más impacientes, más apresurados; y Enrique, llorando de gozo al abrir la puerta, no dijo: « ven Marte, ven », haciéndole las caricias de costumbre, sino que lleno de la confianza más viva, gritó:

-Ven, hijo mío; ¡ven, Antonio, ven!

El perro de aguas entró cabizbajo y mustio, y aullando tristemente, se tendió a los pies del anciano, que fijó los ojos en la escalera, y tendiendo sus amorosos brazos al hijo que esperaba, no echó de menos las demostraciones de alegría con que otras veces le asediaba el cariñoso animal.

Pasados, sin embargo, algunos instantes sin que apareciese aquel objeto tan afanosamente suspirado, fijó sus miradas en Marte, que a la sazón lanzaba otro aullido lúgubre y siniestro, arrastrándose por el suelo y levantando la cabeza, con el hocico y los largos y blancos mechones de sus orejas bañados en sangre.

No pudo reprimir Enrique un grito de terror: quiso reconocer en aquella sangre la de su propio hijo; sin embargo, todavía se le ocurrió que el perro podría venir herido: bajóse a reconocerlo, y sus fuerzas le abandonaron casi enteramente, cuando después de un escrupuloso examen, se convenció de que aquella sangre no era del perro, sino la sangre de su hijo, como las tristes miradas y lúgubres quejidos de Marte se lo indicaban.

-¡Basta, Señor, basta, exclamó levantando las manos al cielo: tantas desgracias son ya demasiadas para una criatura tan miserable y flaca como yo!

Su presencia de ánimo no le abandonó tampoco en aquel instante, y se arrepintió muy en breve de aquella impaciencia, tan natural por otra parte en un corazón lastimado; y cuando vio que su esposa jugaba inocentemente con aquel animal, teñido en la sangre del hijo predilecto, aunque horrorizado por aquel espectáculo, bendijo en su interior a la Providencia; porque en medio de tantas calamidades, era casi una dicha la locura de aquella infeliz, a quien este acontecimiento, en su cabal juicio, indudablemente hubiera ocasionado la muerte.

En medio de su desesperación, se le ocurrió entonces la idea generosa de ocultar a sus hijos esta nueva desgracia: quiso lavar la mancha de sangre del perro, y en aquel amargo trance, su corazón sentía un triste consuelo en sufrir él solo aquella pena, sin hacer partícipes de ella a su familia; proponiéndose también salir a la calle siguiendo las huellas del perro, que indudablemente le conduciría a la presencia del desdichado Antonio.

No pudo sin embargo llevar a cabo su noble y magnánimo propósito: aquel horrible juego con la sangre de su hijo, sin duda que por instinto llegó a entristecer el corazón de la

madre demente. Sus facciones se desencajaron de improviso, los ojos parecían saltársele de las órbitas, el color de su rostro se tornó pálido y amoratado como el de un cadáver, y todos sus nervios y tendones estaban horriblemente crispados. Lanzaba bramidos terribles, gritos inarticulados, que con los aullidos del perro formaban un estruendo y armonía pavorosos.

Era inútil que Enrique tratase de contener a su esposa: sus fuerzas eran débiles contra el coraje y la energía feroz que desplegaba aquella mujer en sus acciones, y todo el celo de su esposo tenía que limitarse a impedirle ciertos movimientos que pudieran serle funestos.

En medio de aquellos ademanes bruscos y salvajes, Agustina imitaba con su voz las descargas de armas de fuego, y vagando por el aposento, remedando las acciones y actitud de una persona que está en acecho, apuntando con un trabuco, prorrumpía en estos gritos:

-¡Alto! ¡Alto! Al que chiste o se mueva, se le salta la tapa de los sesos. ¡Hola, postillón, a tierra!, ¡mayoral, abajo todo el mundo!

-Siempre la misma manía, pensó Enrique: desde que fue robada hoy hace un año la diligencia en que venía mi mujer, tal impresión le ha hecho este acontecimiento, que en todos sus delirios se lo representa su imaginación extraviada: pero con todo, es cosa notable que en aquella desgracia saliese Agustina mejor librada que ninguno de los pasajeros. Ella fue la única a quien respetaron: ni un hilo de ropa, ni dinero, ni papeles, nada le faltó ¿qué causa, pues, Dios mío, ha podido producirle una impresión tan profunda?

La loca entonces proseguía con más exaltación que nunca.

-¡Él es! ¡él es! ¡Ahí está, en medio de ellos; le conozco a pesar de su disfraz! El instinto de una madre no se equivoca nunca. ¡Él es! ha puesto en mí sus manos... tiembla... se queda inmóvil, helado de terror. ¡Oh!, ¡no, no temas! ¡Jamás mis labios pronunciarán este secreto! Jamás, ni tú mismo... ¡oh!, tú menos que nadie, conocerás que no lo ignoro. Ambos nos moriríamos de vergüenza; yo al abrir los labios, y tú al escucharlo.

Enrique miraba entonces a su esposa con espanto, no concebía el sentido de aquellas palabras inconexas, y sin embargo le helaban la sangre de sus venas.

-¡Un secreto! ¡Un secreto tan vergonzoso que no puede salir de sus labios sin causar la muerte y sin matar también al que la escucha!...

Un sudor frío, glacial, corría por los pálidos miembros del anciano.

Entretanto habían cesado los furiosos movimientos de Agustina: su semblante tomó un aspecto y apariencia de la más dulce expresión de cariño: sus ojos tenían una expresión celestial de bondad, de ternura y melancolía, a la que parecía imposible resistir.

-¿No ves cómo te miro? ¿Nada te dicen mis ojos cuando me embeleso en contemplarte? ¿Esta inquietud, esta ternura que ahoga mi corazón en un mar de lágrimas; este amor tan grande, tan inmenso; este desasosiego continuo, estos desvelos siempre incesantes,

previsores siempre?, ¡ingrato!, ¿nada te dicen? ¿Es posible que no he de conseguir a fuerza de amarte, a fuerza de llorar por ti, lo que tal se empeñarán en conseguir los hombres con reprensiones, con quejas, con cárceles y con la muerte? ¡La muerte!, ¡no! ¡Es imposible!, me matarían también a mí; y ¿qué he hecho yo, hijo mío, para merecerla, sino amarte mucho, llorar mucho por ti? ¡Cruelles!, ¿no respetaréis su juventud, su gallardía, su hermosura?, ¿no respetaréis siquiera los motivos secretos, las causas nobles y generosas que pueden conducir al crimen a un corazón honrado?

-¡Cielos!, es indudable que mi mujer se refiere a Antonio, ¿pero qué tienen que ver los suplicios, los crímenes, el robo de la diligencia... qué tienen que ver con mi hijo? ¡Oh!, ¡nada, nada! Indudablemente son extravíos de su imaginación. Ninguna relación existe entre esas dos ideas. ¿Quién hace caso de las palabras incoherentes de un loco?, exclamó Enrique, procurando calmar su inquietud, y a pesar suyo cada vez más inquieto, más agitado.

No sabiendo, sin embargo, cómo salir de las terribles dudas que le asaltaban, se aventuró a dirigir la palabra a su esposa, por más que le pareciese inútil, y hasta fuera de sentido común entrar en contestaciones con una persona privada de razón; pero en las grandes crisis de la vida, mientras meditamos una resolución grave y profunda, solemos a veces dejarnos arrastrar por una circunstancia, por una idea pueril. Así se ven reos de muerte, que pocos minutos antes de llegar al suplicio, se ocupan en aliñarse nimiamente, en conversaciones frívolas, en bagatelas, en fin, extrañas en aquellos momentos supremos.

Enrique, pues, se dirigió a su esposa, cual pudiera hacerlo en los momentos de lucidez y de cordura.

-Pero, Agustina, ¿a quién te refieres?, ¿hablas de Antonio?

-¡Antonio! Sí, eres tú; te conozco: ¿has mudado de traje?, ¿tienes el rostro horriblemente manchado! ¡Pero una madre no puede equivocar tu mirada con otra alguna!...

-Pero ¿en dónde estaba yo?, ¿en dónde estaba Antonio?, ¿a dónde le has visto?

-¡Estabas allí con ellos!, ¿no te acuerdas? También se encontraba el perro, que se arrojó a mi seno, inquieto, bullicioso, loco de alegría: ¡Pobre Martel!, él solo era feliz en medio de tantos desgraciados. Él se lanzó a mi regazo... me lamía las manos... me las mordía blandamente, ladraba de júbilo; y tú, tú permaneciste inmóvil, frío, helado en aquella oscuridad, sin arrojarte a los brazos de tu madre, que al ver tus lágrimas, todo te lo hubiera perdonado.

-¿Pero qué hacía allí tu hijo?, exclamó con desesperación el desdichado padre, entreviendo por las declaraciones de su mujer un secreto espantoso: ¿qué hacía allí tu hijo?, volvió a repetir, ¡responde!, ¿estaba robando?, ¿es tal vez un bandido?, ¿un salteador de caminos?

-¡No, no!, le contestó Agustina con exaltación, ¡mentís, mentís, los que así le llamáis! No temas, hijo mío, no, tu madre sabrá defenderte: es sola, sola en el mundo; pero no importa... yo basto para ampararte contra todos. Mi hijo es honrado, es valiente; respetad su corazón, respetad su desgracia, respetad hasta sus mismos extravíos. ¡Hijo de mi

alma!, ¡hijo de mi vida!, ¡con un corazón como el tuyo, es imposible que dejes de volver a mis brazos!, ¡es imposible que seas feliz lejos de tu madre! Algún poder superior te detiene, una mano invisible te separa: no sé cuál es... la desconozco, pero estoy segura de ello. ¡Ven, hijo mío, ven, y no tardes, si no quieres llegar a presenciar mis últimos momentos!

La desdichada madre no pudo pronunciar una sola palabra más. Exhausta de fuerzas, cayó desplomada y sin conocimiento en brazos de su esposo que la sostenía, y éste, sin mucha dificultad, pudo conducirla hasta el lecho y recostarla. Llamaron entonces a la puerta de la habitación, y acudiendo a abrir Enrique, lanzó un débil grito de alegría al ver entrar a su hija Dolores y a Doña Ildefonsa, la vecina del cuarto segundo que acompañó a María.

CAPITULO VII

Doña Ildefonsa

Era Doña Ildefonsa el satélite de la familia del profesor de música. Hacía muchos años que giraba en torno suyo, y nunca se mudaba Enrique de domicilio, sin que a toda costa procurase adquirir ella una habitación en la misma casa, siéndole indiferente vivir en una buhardilla o en un cuarto principal, pagar un alquiler módico o exorbitante, con tal de morar en un mismo edificio, y lo más próxima que fuese a sus amigos. Enrique había llegado a depositar en ella plena y absoluta confianza, debida a las singulares pruebas de cariño que diariamente recibía de aquella anciana respetable. Enemigo de sostener un trato de gentes que no era compatible con sus escasos medios de subsistencia, con sus graves y continuas ocupaciones, ni aun menos con su rígida moral, exceptuaba honrosamente de esta medida general a Doña Ildefonsa, que entraba y salía a todas horas en su cuarto, y era visitada con igual frecuencia por las hijas del profesor.

La reconocida virtud de aquella señora ponía a Enrique al abrigo de todo temor por un trato tan íntimo; y si a eso se agrega la circunstancia de vivir sola, enteramente sola y apartada del mundo, era natural que el padre viviese completamente tranquilo sobre los riesgos que aquella amistad pudiese acarrear a sus hijas.

Habiéndole chocado aquella vida solitaria, y compadecido al ver a Doña Ildefonsa abandonada de todos, destituida de amigos, de parientes, de familia, pasando días enteros sin que entrase en su habitación otra persona que una joven asistente (huérfana desgraciada que pasaba los días trabajando en casa de una modista y las noches en su casa), muchas veces le había instado el buen Enrique para que pasando a formar parte de la familia, fuese a vivir con ellos en una misma habitación; pero Doña Ildefonsa, agradeciendo semejantes muestras de atención y de cariño con lágrimas en los ojos, jamás consintió en admitir el honor que se la dispensaba, cifrando toda su ambición y su ventura en permanecer dentro de la misma casa, aunque en cuarto diferente de la familia de Enrique. Este último anhelo nada tenía de extraño si se considera que en el caso de ser afligida por una enfermedad, no la quedaba más amparo ni más consuelo que el que pudiesen proporcionarla sus amigos y vecinos.

El trato de las jóvenes del cuarto tercero, era sin duda más franco, más cordial, más irreflexivo si se quiere, que el de aquella anciana, en quien nunca se notaba el júbilo y el abandono, que nacen de la confianza y de la serenidad de conciencia.

La profunda tristeza de Doña Ildelfonsa les inspiraba compasión, y como evitaba siempre hablar de su vida pasada, no sabían sus amigos a que atribuir su misantropía y amargura, aquel destierro, soledad y aislamiento, extraños en una persona a quien, según las apariencias, no le faltaban cierta comodidad y desahogo que contrastaban con la estrechez y pobreza de la familia de Enrique. Sabíase que hacía grandes limosnas; su piedad era extrema, su virtud reconocida y respetada; y como quiera que su esposo hubiese muerto, según sus mismas revelaciones, muchos años antes de que la familia del profesor la hubiese conocido, no era verosímil que el dolor de la viudez y desamparo fuese tan vivo y penetrante que turbase tan hondamente su ventura.

A pesar de su vida oscura, pacífica y solitaria, hubiera podido observarse que de cuando en cuando, y en las horas misteriosas de la entrada de la noche, una persona de elevada estatura, aunque no de mucha corpulencia, embozada hasta los ojos, y el sombrero calado hasta las cejas, subía con precaución por las escaleras, mirando recelosamente si por alguno era observado. Llamaba después en el cuarto de Doña Ildelfonsa de una manera particular, a cuyas señas entreabríase la puerta, sin que ni una pregunta ni una respuesta interrumpiese el silencio de aquella casa; y a pesar de que el embozado permanecía horas enteras en la habitación, nadie había conseguido verle dentro.

Los muchos años, la repugnante fealdad de Doña Ildelfonsa, la ponían al abrigo de toda sospecha injuriosa; pero la malignidad, que nunca detiene sus tiros por temor de que se estrellen contra una reputación virtuosa, y que antes bien parece dirigirlos con preferencia a las personas que gozan de crédito y estimación, hubiera podido sospechar de aquellas visitas misteriosas algo que menoscabase el honor de la joven modista que había admitido la anciana por las noches, para que la hiciese compañía; era muy celosa de su honor, sin embargo, y muy precavida la dueña del cuarto segundo, para que dejase de prevenirse contra tan perversa interpretación de aquel extraño suceso, y nunca el misterioso embozado traspasaba el umbral del aposento cuando en él se encontraba la modista. Verdad es que no tardaba mucho tiempo en llegar; pero entonces Doña Ildelfonsa hacía llamar a María y a Dolores, para que, con la labor o sin ella, bajasen entrambas a hacerla un rato de compañía.

Las ocupaciones de aquellas cuatro personas eran en extremo variadas y amenas: la dueña evitaba la monotonía de su conversación, de sus juegos, de sus pasatiempos y diversiones con un cuidado tan prodigioso, que hacía honor a la fecundidad de su fantasía.

Una vez se ocupaban gravemente en sus labores de manos, cosiendo o bordando, con una aplicación contra la cual no dejaban de rebelarse el carácter indómito y los instintos ambiciosos de María; en cambio, en la primera entrevista se proscribía todo género de labores: las bromas más inocentes, los juegos más infantiles, la algazara y el alborozo llenaban aquellas horas, que se deslizaban insensiblemente, mientras las niñas bailaban y corrían por la sala, siempre bulliciosas, inquietas, festivas, con el abandono que engendra la seguridad de que las acciones y palabras inadvertidas que pueden aparecer indiscretas,

son únicamente vistas y escuchadas por personas de una misma edad y un mismo sexo, que suelen incurrir a cada paso en aquellas leves faltas y pequeños deslices.

Hubo días también que se entretuvieron en rezar sus oraciones, que subían al cielo, exhalándose de unas almas tan candorosas y puras, como las nubes de incienso en torno del santuario. El semblante de las jóvenes, y en particular el de María, revestíase entonces de una expresión de adoración angelical y profunda; y con los ojos elevados al cielo, y sus labios entreabiertos con gracia, e inmóviles por el respeto, parecía una estatua sepulcral. Como si Doña Ildefonsa temiese fatigarlas con aquellos piadosos ejercicios, a que tan deliciosamente se entregaban, la primera vez que volvían a verse juntas las amigas, olvidándose de los cielos, hablaban púdicamente de los amores de la tierra.

Eran entonces de ver aquellas tintas suaves y purpurinas que se asomaban tímidamente al rostro de María; aquella vaga inquietud que precedía a sus cordiales y francas revelaciones; aquellas miradas asustadizas, y aquel temblar al menor ruido que de fuera sonase; el estremecimiento de su pecho, los latidos del corazón, el tránsito repentino de una alegría infantil a un aire de profunda reflexión y de tristeza. Por último, no pocas veces Doña Ildefonsa las hacía leer en un libro ameno y entretenido, complaciéndose en ver interrumpida la lectura por las agudas reflexiones, observaciones graves, oportunas críticas y ligeras bromas y burlas, en fin, donde se ostentaban sin orgullo ni afectación, el recto juicio, el ingenio y el talento de las tres amigas.

¿Qué hacía en tanto aquel misterioso personaje, que, aunque invisible para todos, se hallaba dentro de la casa?, ¿en dónde se escondía?, ¿para qué?, ¿a quién iba a buscar?, ¿qué hacía?

Un poco difícil es que respondamos ahora a todas estas preguntas amontonadas: el lector, sin embargo, no dejará de presumir cuál puede ser la respuesta de alguna de ellas, si con nosotros se toma la molestia de seguir los pasos del embozado, y escuchar las breves y secas palabras que solía dirigir a Doña Ildefonsa.

Hemos ya visto de qué manera se introducía en la habitación; la anciana era la única que le abría la puerta.

-¿Está?, le preguntaba en voz baja el recién llegado.

-No señor.

-Que baje.

-Tal vez hoy sea imposible.

-Para mí no hay imposibles: que baje.

-Pero, Sr. D. Ezequiel, si llega a saber su padre...

-¡Silencio!, ¿queréis evitar mi muerte?, ¿queréis evitar mi ruina?, pues haced que baje al punto.

Y D. Ezequiel, sin bajar el embozo de su negra capa, entraba en una habitación oscura, que sólo recibía una luz escasa y débil por una pequeña celosía colocada cerca del techo, que caía al aposento donde estaban las tres amigas.

Había en aquella angosta habitación una especie de andamio preparado, por el cual trepaba el nuevo huésped, sentándose en un sillón enclavado en la cima; y desde allí, en postura incómoda, pegando el rostro contra la estrecha celosía, esperaba con ansiedad que las jóvenes apareciesen.

Entraban éstas: digámoslo de una vez, entraba María, y el semblante tétrico y profundamente sombrío de aquel hombre, se inundaba de un júbilo celestial.

Allí estaba con sus ojos fijos, inmóviles, con sus pupilas extraordinariamente abiertas, con el oído atento, ansioso; allí estaba, olvidado de sí mismo, olvidado del mundo entero, espionando el menor gesto, el más leve ademán, la más imperceptible sonrisa, el suspiro más débil de María: allí estaba horas enteras, cada vez con más afán, con más ansia, sin atreverse a respirar siquiera, por no perder un solo aliento de aquella joven: allí estaba vertiendo lágrimas silenciosas que resbalaban insensiblemente por sus encendidas mejillas.

Así había pasado dos años enteros, viéndola, si no tan frecuentemente como anhelaba, al menos todas las veces y todo el tiempo que era compatible con la prudencia; porque aquel amor tan grande, tan profundo, que se acrecentaba de día en día, aquel amor infatigable que parecía gozar únicamente con la presencia del objeto amado, de la cual nunca se hartaba, nunca se satisfacía; aquel amor, sin embargo, no participaba de la violencia, de los instintos egoístas, de una pasión brutal. Aquel hombre hubiera dado su vida entera por ver un solo instante a María; y sospechando que podría perder esta felicidad escasa, si anhelando otra felicidad mayor, se aventuraba a mostrarse ante sus ojos, a dirigirla su voz, a respirar su mismo aliento, sabía contentarse con saborear de cuando en cuando la dulzura de su aspecto, adorándola en silencio, como los cautivos de Babilonia adoraban desde el profundo de los calabozos al Dios de sus padres.

Una conducta tan extraña, llenaba de admiración y asombro a Doña Ildefonsa, que en un principio sospechó desfavorablemente de las intenciones de D. Ezequiel. Ni el oro, ni las brillantes promesas, ni el lujo deslumbrador, ni las amenazas; ningún género de seducción pudo determinar a Doña Ildefonsa a prestarse a tan poco delicadas entrevistas; pero estas seducciones, estas amenazas habían sido hechas por tercera persona: presentósele por fin el mismo D. Ezequiel, llevando una arma terrible, el arma de un secreto que hizo temblar a la anciana. Presentósele D. Ezequiel armado sobre todo con una mirada mágica, fascinadora, irresistible, y como la paloma no es dueña de moverse cuando el azor clava en ella sus ojos, así Doña Ildefonsa, cuando D. Ezequiel la miraba, ya no podía resistir sus órdenes y mandatos.

Su conciencia, inquieta en un principio, se fue sosegando poco a poco, hasta tranquilizarse completamente, ya por la costumbre de cometer aquella falta, ya también por la conducta delicada y prudente del misterioso amante.

Doña Ildefonsa llegó a mirar con lástima al que en un principio contemplaba con repugnancia y horror, y si en los primeros tiempos le obedecía por una especie de coacción moral, o coacción magnética, ya después le servía con cariño y con celo. Ella fue la primera en inventar medios ingeniosos de hacer brillar las gracias personales, el talento y las habilidades de la inocente María, que hubiera muerto de vergüenza al saber que aquellas horas de entretenimiento, pasadas en el seno de su amistad, eran horas de revista de sus adelantos y perfecciones, pasadas ante los ojos profanos de un amante desconocido.

Los matices que median entre el vicio y la virtud son más imperceptibles en el corazón humano, que las tenues y delicadas tintas que en el iris forman la transición de los tres colores primitivos: el que se desliza en la primera falta, se encontrará insensiblemente y sin apercibirse de ello, en un abismo que contemplaba algunos días antes con horror desde su borde.

Así fue que Doña Ildefonsa, sorprendida por la conducta extraordinaria de D. Ezequiel, y sin remordimiento alguno de su conciencia, se aventuro a preguntarle por qué no se dejaba ver de María.

El embozado, entonces, lanzando un profundo suspiro, respondió con voz sombría...

-¡Jamás!

-¿Y no ha de llegar algún día en que se muestre V. a sus ojos?, repuso la anciana, casi satisfecha de la extraña resolución de aquel hombre, cuya presencia la subyugaba a un tiempo y la ofendía.

-¡Jamás!, volvió a repetir D. Ezequiel.

-Pero señor, ¿a qué aspira V. con ese amor imposible? ¿por qué razón viene V. a empapar su corazón en un carino sin objeto, sin término, sin medida?

-Las razones son más, y no necesito ya razón para obrar. Ya que mostráis, sin embargo, tanto interés y tanto celo por mí, preguntadla, respondió D. Ezequiel con voz profunda, preguntadla a quién vio hace tres años el día de los difuntos.

Y con el aspecto tétrico, sombrío, profundamente taciturno, alejábase aquel hombre extraordinario, cuando Doña Ildefonsa se atrevió a preguntarle otra vez:

-¿Conque tanto, tanto la ama V.?

-¡Ay!, exclamó entonces D. Ezequiel, con un acento de dolor que partía las entrañas. ¡Si la amo...!, ¡ella sola me hace llorar!

Y cubriéndose el rostro cuidadosamente con el embozo de la capa, partió sin volver atrás los ojos.

Esta escena había pasado pocos días antes de los acontecimientos donde principia nuestra humilde narración.

Al volver hoy Doña Ildelfonsa a su casa, después de haber acompañado a María, se encontró con una carta que habían echado por debajo de la puerta, y cuyo sello en lacre negro, le hizo conocer al punto de parte de quién venía.

La anciana la miró con indignación, con amargura.

-¡Oh!, ¡aquí vendrá el precio de mi deshonor, el pago de la maldad que acabo de cometer! ¡Dios mío!, ¡que no tenga yo valor para rechazar la tiranía que está ejerciendo ese hombre sobre mi ánimo!... ¡Yo, yo seré el instrumento de la perdición de María, de la deshonor de esta familia! No; es imposible que D. Ezequiel trate de perderla: un corazón que atesora tan puro, tan grande, tan sublime y delicado amor, es imposible que trate de causar la menor ofensa a la persona amada. ¡Es imposible, sí!... Mi conciencia descansa en su corazón. ¡Sin duda que algún peligro amenaza a María en casa de sus padres, y por estos medios extraordinarios y dolorosos, hasta que se expliquen satisfactoriamente, trata de evitar un mal mayor, una desgracia más grande que la desaparición momentánea del hogar paterno! Sí, esto debe ser lo cierto: de lo contrario, si mis manos son las que han de labrar la ruina de esa joven, mis manos serían también las que causasen mi muerte. En esta carta debe explicarme D. Ezequiel los motivos que ha tenido para obrar hoy de una manera contraria a su anterior conducta... Sí, sí, abrámosla. Aquí está el remedio de mis males; aquí mi consuelo, la quietud y tranquilidad de mi conciencia.

Abrió entonces con la fe más viva la carta que tenía en sus manos, y estaba concebida en estos términos:

«Hoy, a la hora de siempre, preparadlo todo para que no deje de verla. Hoy hace tres años que aparecí a sus ojos por primera y última vez; como tengo necesidad de aire para respirar, tengo necesidad de verla hoy para vivir. Vigíladla estos días más de cerca que nunca; no consintáis en que nadie la vea, ni menos en que ponga los pies fuera de su casa: la conservación de este tesoro me hace pasar una vida inquieta y desasosegada: su pérdida sería también la pérdida de mi vida. »

-¡Dios mío!, exclamó la anciana con espanto, si de su parte han venido a sacarla de casa de sus padres; si de su parte la he conducido al punto que me han designado, ¿cómo es posible que ahora me escriba en estos términos? Si habré caído, ¡desdichada de mí!, ¿si habré caído incautamente en un horrible lazo? ¿Si al mismo tiempo que he llevado el deshonor y la tribulación al seno de una familia honrada y virtuosa, si al mismo tiempo que he desgarrado mis propias entrañas, incurriré también en el desagrado de ese hombre extraordinario, a quien estoy esclavizada? ¡Oh! ¡esta situación es cruel, es terrible, es insoportable! ¡Odiada de todos, de todos maldecida! ¡Justo castigo en verdad de mi vida desordenada!... ¡Julia! ¡Julia! ¿Cuándo han traído esta carta? ¡Julia...! ¡Oh!, se ha marchado ya... ¡sola! Estoy aquí sola, con mis remordimientos que me acosan, que me persiguen por todas partes. Esta soledad me amedrenta, este silencio me hace estremecer! ¡Oh! ¡María! ¡María deshonrada por mí! ¡Entregada por mí en manos de jóvenes procaces, libertinos, que de un ángel, de una divinidad la convertirán pronto en un ser tan inmundo como es una mujer deshonrada! ¡Oh! morir, morir, es el único camino que resta. Pero no; morir ahora sería para mí una felicidad que no merezco: morir ahora fuera una acción cobarde que pondría el sello a todas las infamias de mi vida. Mi oprobio ha llegado a su colmo, y es necesario que sepa yo sufrir con resignación todas sus

consecuencias. Si me he decidido a cometer una acción tan indigna y tan despreciable, ha sido por obedecer a ese hombre fatal que me alucina, que me subyuga y que me hace seguir en pos de sus caprichos como la sombra en pos de sus pasos, ha sido en la confianza que su amor puro me inspiraba; mas ahora, Adelaida, ¡llegó ya el tiempo de sufrir con resignación las consecuencias de tu crimen! Alguna vez en mi vida, después de tantos años de acciones indignas y bochornosas, y de una humillación degradante alguna vez siquiera procederé con valor, con franqueza con lealtad. ¡Ah!, ¡tal vez podrá repararse la falta que he cometido! ¡Así pudieran repararse las demás! Una confesión franca y sincera, es el único medio de que ese honrado padre de familia no maldiga, no execre perpetuamente mi memoria.

Y diciendo estas palabras, abrió con resolución la puerta de su cuarto, la cerró con violencia, y con más bríos de los que podían esperarse de sus años, subió al cuarto tercero, al tiempo que estaba llamando a la puerta la hermana de María.

CAPITULO VIII

Revelaciones

Cuando Enrique vio entrar a Doña Ildefonsa, creyó que nada debía temer por María, y arrojándose a sus brazos, lleno de la más viva confianza, prorrumpió en estas palabras:

-¿Y mi hija? ¿Qué ha hecho V. de María? ¿A dónde ha ido? ¿Cómo no ha vuelto? ¿Está tal vez abajo, en su cuarto de V.? ¡Ah! Si... como es la primera vez que ha salido de casa sin mi permiso, no se atreve a ponerse en mi presencia. ¡Oh!, yo la perdono todo. ¡María, María! ¡Que suba, que venga a los brazos de su padre! Pero no... mi impaciencia no sufre dilaciones; bajemos, señora, bajemos nosotros a los suyos.

El anciano podía hacer una tras otra todas estas preguntas, y responderse a sí propio; porque la vecina no estaba muy dispuesta a contestarle. La lucha que interiormente sostenía, la vergüenza de confesar la falta (más grave tal vez por los resultados, que por la intención con que se hubo cometido), le embargó la lengua, y su único lenguaje eran su turbación y sus sollozos. No impedían éstos, sin embargo, que su presencia fuese un consuelo para el desdichado padre; al menos ahora podía tener noticias positivas del paradero de la joven, y aunque fuesen poco gratas, entre la incertidumbre de muchas desgracias y la certeza de una sola, la elección no es dudosa.

-¡Ah!, ¡bien lo veo!, exclamó Enrique dolorosamente: me dejo deslumbrar muy pronto por las apariencias de la dicha, y mis deseos se me antojan realidades. María no ha vuelto con V., señora, lo conozco, pero no importa: tan desdichado soy, que las calamidades que V. pueda referirme en este instante, me servirán de consuelo como sean conocidas, como sean las únicas que puedo temer: hable V. ¿Qué ha sucedido a María? ¿Por qué la ha sacado V. de casa? ¿En dónde, en dónde está?

Doña Ildefonsa guardaba siempre un terrible silencio.

Es preciso conocer el corazón humano: muchas veces en el retiro y la soledad de nuestro aposento, cuando no resuena otra voz que el grito sordo y pertinaz de los remordimientos; cuando se presenta vivamente a nuestra fantasía la imagen de las desventuras que hemos causado, tomamos fácilmente una resolución noble y generosa de reparación y arrepentimiento. Entonces quisiéramos precipitar el tiempo, salvar las distancias, volar a los pies de la persona ofendida; pero llega el momento decisivo, nos hallamos en el caso de llevar a cabo tan leales y nobles propósitos, no nos falta más que doblar la rodilla, pronunciar una sola palabra, levantar los ojos pidiendo misericordia, y en aquel instante el orgullo, el amor propio, la vanidad, redoblan sus esfuerzos para mantenernos fijos, inmóviles, erguidos y silenciosos. No importa que todo estuviese previsto; no importa que conociésemos de antemano el precio de la reparación; no importa que nuestro corazón esté animado de los mejores deseos: falta el valor para dar el último paso, y una mirada de ternura, una palabra de confianza de parte de la persona a quien hemos hecho traición, se nos figura un nuevo obstáculo insuperable, un acontecimiento inesperado que nos debe hacer retroceder del buen camino, cuando ya tocábamos al término de la carrera.

Hemos aplaudido la honrada determinación de aquella señora; hemos escuchado las razones con que la apoyaba, la hemos visto subir apresuradamente las escaleras para cumplirla; pero ¿había contado con el terrible efecto de aquellas palabras del anciano, de aquellas preguntas desgarradoras, de aquellas miradas de confianza y de dolor a un mismo tiempo?, ¿había contado con desafiar aquel acento que le partía las entrañas al pronunciar el nombre de María? No era posible resignarse fácilmente a perder en un instante tantos años de buena y sólida reputación, de abandono y de amistad, contestándole: « ¡Señor!, soy la única persona en el mundo a quien confiáis por breves momentos vuestra hija; y en lugar de corresponder con lealtad y agradecimiento a tan singulares muestras de aprecio, os he vendido cobardemente, os he lastimado en lo que más amabais: con villana astucia, y abusando de la confianza ilimitada con que me honráis, he arrancado a vuestra hija de su casa, haciéndola subir a un carruaje, so pretexto de llegar más pronto al socorro del hermano; la he puesto a discreción de un cochero, cómplice de los raptos, que dando mil vueltas por barrios y calles extraviadas, se ha parado dentro del portal de una casa, donde he tenido la crueldad de dejarla sola, entregada a personas desconocidas: he vuelto aquí en el mismo carruaje; y después de una serie de acciones tan villanas, vengo a implorar el perdón, porque no tengo valor para sufrir vuestro aborrecimiento ».

Laudable hubiera sido esta revelación, pero hay pocas personas de una virtud tan acrisolada, de un carácter tan enérgico y resuelto que hubiesen podido hacerla de repente.

-¿Y mi hija, mi hija?, ¿qué es de María?, exclamaba cada vez con más ahínco el desdichado Enrique.

-No lo sé, respondió por fin con débil acento Doña Ildefonsa.

-¿En dónde está?

-Lo ignoro.

-¿No ha salido con V. de casa?

-Sí señor.

-Pues bien, ¿a dónde ha ido?, ¿en dónde se ha quedado?

-Se ha quedado en una casa que desconozco.

-Pero si V. la desconocía, ¿cómo ha entrado en ella?

-Deseando llegar pronto a casa de los amigos de Antonio, contestó Doña Ildelfonsa, disimulando en parte la verdad, hemos tomado un carruaje, que nos ha llevado a un edificio, dentro de cuyo portal ha penetrado: las puertas principales se han cerrado tras de nosotros, han subido a María al interior, y a mí me han vuelto a traer a mi misma casa.

-¿Pero V. no ha podido gritar?, ¿pedir auxilio contra los raptos?, ¿tomar las señas de la casa, de la calle, del cochero? ¿Ha tenido V. corazón para dejar abandonada a María, exponiéndola a la infamia, a la deshonra, y tal vez a la muerte?

-¡Ah! ¡Perdón, perdón!, exclamó entonces Doña Ildelfonsa arrojándose confundida a los pies del padre desventurado.

-Pero a lo menos, si no sabe V. qué es de María, podrá V. darme razón de Antonio: éste es su perro... escuche V. sus aullidos, que ahora comienzan de nuevo... vea V. esta sangre... dígame V., ¿es la sangre de Antonio?, ¿es la sangre de mi hijo?

La anciana se estremeció: hubiera deseado que en aquel momento se abriese la tierra y la tragase en sus entrañas.

-¡Hable V., por Dios, señora! Ese silencio me mata. ¡Dios mío, Dios mío!, ¿qué padre ha perdido tan desastrosamente y en un instante sus dos hijos? ¡Es imposible que entrambos hayan perecido! Hábleme V., ¿qué sabe V. de Antonio?

-Nada.

-¿Dónde ha pasado la noche?

-No lo sé.

En aquel momento la voz de la mujer que tan despiadadamente estaba dando tortura al corazón del anciano, trajo a la memoria un eco débil de la voz de otra mujer que también había sido el verdugo de su juventud: una y otra parecían haber nacido para su tormento, pero la imaginación exaltada de Enrique, confundiendo entrambas en una misma persona, o creyéndolas mas bien la personificación de un espíritu maligno que le perseguía en todos los tiempos y en todas partes, exclamó despavorido y aterrado:

-¡Apártate!, ¡apártate de mí, sombra funesta! ¡Huye, mujer infernal! ¡Déjame respirar un momento fuera de la atmósfera emponzoñada en que tú respiras!

Doña Ildelfonsa le contemplaba con espanto: una estatua de marfil antiguo era menos pálida que su rostro desencajado.

-¡Hoy Ildefonsa...!, ¡ayer Adelaida...! ¡Oh, Señor!, tornó a exclamar el padre, ¿es el ministro de tus iras que me acompaña a todas partes?

La anciana clavó entonces sus espantados ojos en los ojos de Enrique, y ambos se estuvieron mirando fijamente por algunos instantes, como si quisiesen devorarse con la vista, como si tratasen de penetrar en el fondo de su corazón y de sus pensamientos.

El primero que cedió en aquella tenaz contienda, fue el profesor de música, que poniéndose la mano delante de los ojos, queriendo apartar de sí una visión que le aterraba, exclamó con sordo acento:

-¡No, no!, ¡es un sueño, es un delirio! Señora, añadió alargando la mano a Doña Ildefonsa, perdone V. mis extravíos, perdone V. mis acerbas palabras... no sé lo que me digo, no sé lo que me pasa; pero... ¡por Dios!, ya ve V. que no pueden satisfacerme las explicaciones que V. me da sobre la suerte de mis hijos... Si ha cometido V. alguna falta, algún delito, algún crimen... porque, señora, si la sombra del brazo de Dios nos falta, todos estamos dispuestos a cometerlos; pero si esto es así, hábleme V. francamente, lléveme V. al lado de mis hijos: ¡vuelva yo a verlos, vuelva a estrecharlos en mis brazos, y todo, todo se lo perdono a V.! ¡Será V. siempre nuestra amiga, nuestra única amiga, formará V. parte de nuestra familia, tendrá en su regazo a mi pobre hija, a esa hija a quien profesa V. tanto cariño, a quien ha hecho tantas caricias, por quien hemos derramado juntos tantas lágrimas...!

-¡Sí, sí!, ¡salvaremos a María!, exclamó Doña Ildefonsa anegada en llanto; salvaremos a Antonio, será feliz toda la familia, brillará por fin para todos un día de ventura que no se oscurezca jamás.

-Vayamos, pues, y salvemos a mis hijos, se apresuró a añadir D. Enrique.

-No, a sus hijos de V., no; vamos a ver al único hombre que puede salvarlos.

-¡Un hombre!

-Sí, señor.

-¿Quién es?

-D. Ezequiel.

-Jamás he oído nombrarle. ¿Pero qué podrá hacer en favor nuestro? ¿Sabe el paradero de mis hijos? ¿Con qué títulos puedo yo solicitar su protección?

-Él lo puede todo, y nadie mejor que V. tiene derecho a sus favores.

-¡Señora! explique V. por Dios este enigma; y si todavía no quiere encrudecer mis padecimientos, por Dios, ¡no haga V. renacer en mi corazón esperanzas que no se han de ver realizadas!

-¡D. Enrique!, exclamó la anciana con la fe más viva; si no se logran, no sería yo la última que cayese abrumada por tantas desventuras.

-¿Pero qué misterios son éstos?

Doña Ildefonsa entonces, aparentando una tranquilidad que no tenía, y con una ligereza de lenguaje que contrastaba con su inquietud, le contestó:

-¿Conoce V. a una señora anciana, viuda de un corregidor, que tiene un hija hermosísima, de grandes ojos y cabellos negros, que vive en el cuarto segundo interior de esta misma casa?

-Sí, la conozco: es una persona tan respetable como desgraciada.

-Pues bien: a pesar de su viudedad, y de un ímprobo trabajo, se han visto apuradas y en la última miseria; han tenido que implorar la caridad de D. Ezequiel, a quien no conocían, y al momento les propuso un medio de asegurar completamente su fortuna.

-¡Bendito sea Dios!, exclamó el anciano, consolándose en su dolor con la felicidad ajena. ¿Pero qué tiene que ver su desgracia con la mía?

-D. Ezequiel, sin duda por no humillarlas, no ha querido hacerlas una limosna, un préstamo, que hubiera sido una carga fatal, insoportable a quien no tiene recursos para salir del día; y sin duda por esto propuso a la madre que su hija saliese vestida de ninfa a recibir a la Reina, ganando así honradamente muchos miles de reales.

-¿Y admitió?

-Por supuesto: la pobre ha tenido la desgracia, según he sabido, de ser atacada por una pulmonía; pero eso, como V. conoce, es cosa de Dios y no de Don Ezequiel.

-¡Pero yo no estoy en el mismo caso; yo necesito mis hijos y no premios ni dinero!, respondió el anciano impaciente.

-Yo le diré a V., repuso la buena mujer, en el mismo tono, frívolo en la apariencia, y con el cual trataba de inspirar mayor confianza al desdichado padre. Un capitán de granaderos de a caballo, de feroz aspecto y grandes bigotes, tuvo, yo no sé cuándo, ciertas palabras con D. Ezequiel; éste, que no deja de tener el genio vivo, le dio una bofetada; el granadero, como es natural, se puso hecho una furia, le desafió en el acto, y a muerte; D. Ezequiel, sin inmutarse, se acercó al capitán, le dijo una palabra al oído, y éste cerró los labios, bajó los ojos, y se alejó de la concurrencia, manso como un cordero: desde entonces D. Ezequiel y el militar han sido íntimos amigos. El capitán comenzó a subir como la espuma y hoy le tiene V. con entorchados; y si no fuera porque al poco tiempo se enemistó con todos sus parientes, quienes le miran con odio y con desprecio; si no fuera por la muerte de su esposa a quien adoraba, el capitán de granaderos sería hoy el hombre más feliz del universo.

-Pero, ¡Dios mío!, ¿quién es ese hombre que tiene semejante poder? ¿Por qué motivo ejerce esos favores, que al parecer concluyen de una manera desastrosa?

-¿Qué motivo ha de tener sino el de su caridad? Un anciano conozco yo, sexagenario e impedido, que vive en uno de los cuartos bajos de esta casa con dos hijos de unos diez y ocho a veinte años de edad: el uno de ellos, aplicado y laborioso en su oficio de albañil, y

el otro a quien le ha dado por hacer el caballero. Cayó soldado aquél en las últimas quintas, y aunque realmente era el único que sostenía a su familia, como tiene otro hermano mayor de diez y seis años, la ley no le exime del servicio. Faltando él, sin embargo, su padre y su hermano iban a perecer de hambre; porque el primero está imposibilitado de trabajar, y el segundo se ha desdeñado de aprender un oficio: buscar un sustituto era imposible, quimérico, es una cosa tan cara que sólo está reservada a las familias ricas. La desesperación del anciano era terrible; Don Ezequiel lo supo, y no sé cómo se gobernó, lo cierto es que el muchacho dejó de ir al ejército, y con su honrado trabajo ha seguido manteniendo a su familia.

-Pero dígame V., Doña Ildefonsa, ¿no es ese muchacho el pobre Juan, que días pasados se cayó de un andamio y se rompió una pierna?

-Sí señor, el mismo, respondió Ildefonsa, casi con espanto, al reparar el trágico fin que tarde o temprano alcanzaba a las personas favorecidas por D. Ezequiel.

-¡Es singular coincidencia!, exclamó Enrique: sin embargo, sería culpable que un corazón cristiano retrocediese ante la imagen de la fatalidad. La providencia es la única que dispone de la vida del hombre; y debo abandonarme a sus brazos. Esa persona parece piadosa y caritativa, y si las desgracias la compadecen, ha dicho V. muy bien, nadie tiene más títulos que yo a sus favores: vamos, pues, en su busca; V. le hablará por mí.

-No, yo tengo que seguir las huellas de María: debo hacer lo posible por encontrar la casa adonde nos han conducido; V. no necesita más que anunciar su nombre, y será recibido de él con los brazos abiertos.

-Pues qué, ¿me conoce?

-Y aun creo que mantiene con V. correspondencia.

-¿Conmigo?

-Sí señor, hace dos días vi a un criado suyo con una carta sellada en lacre negro...

-¡Cielos! ¿La carta es suya? ¿Es suyo el aviso, cuya importancia conozco ahora, de no dejar salir a María?

-Yo ignoraba su contenido.

-¿Pero no repara V. advirtió Enrique, cada vez más preocupado, que hace dos días, antes de recibir esta carta, era yo tan dichoso como puedo serlo cuando me olvido de lo pasado, y que hoy, después de deber a ese personaje un favor, soy el hombre más infortunado?

-¡Oh! ¡Sí! Tiene V. razón, exclamó Doña Ildefonsa amedrentada, y aún recuerdo que preguntándole yo días pasados por qué no tenía una mano generosa sobre esta familia, me respondió con voz sombría:

-«¡Ah! ¡no! ¡Los quiero demasiado!».

-Pues bien, esas palabras, esos hechos que V. ha referido, me infunden terror: señora, lo confieso, no iré a ver a ese hombre, sino en el último extremo, y antes de apelar a sus favores, quiero implorar la generosidad de una persona de grande influencia en la corte, y que alguna vez ha solido animarme prometiéndome su protección. Venga V., pues, venga V. conmigo para que de sus labios escuche la relación de tan extraños sucesos; y sólo cuando esta persona me desengañe de que no puede averiguar el paradero de mis hijos, sólo entonces acudiremos a D. Ezequiel.

El anciano se dirigió al cuarto de su esposa, y la encontró durmiendo profundamente y anegada en su sudor: los tres hijos, sin pronunciar una sola palabra, estaban alrededor de su lecho.

Pocos minutos después, los dos ancianos y el perro salían de casa, dirigiéndose al palacio de la condesa de Buena-Esperanza.

CAPITULO IX

Retrato por escrito de un retrato en miniatura

Entremos ahora en un magnífico gabinete circular que figuraba una ancha tienda de campaña, compuesta de magníficos schales de cachemira de la India, alternativamente de color azul oscuro y de claro azul del trasparente cielo del Mediodía: la franja de la colgadura, que llegaba a tocar el pavimento, era de canelones de oro con dibujos arabescos del mismo precioso metal primorosamente recamados. Las cachemiras, formando pliegues venían a reunirse en el centro de la techumbre en un inmenso rosetón, también de dibujos orientales, que sostenía al mismo tiempo una lámpara de alabastro de forma etrusca, y a la mitad de la altura del aposento. Aquellos schales arrancando todos desde lo alto, y formando graciosas ondulaciones, se retiraban hacia atrás sostenidos por cordones de oro, y recogidos luego en pliegues por un anillo, también a la mitad de la pared, descubrían inmensos espejos de Venecia con marcos de marfil delicadamente tallados a la usanza chinesca. Entre espejo y espejo brotaban en pintados tiestos de porcelana de Sevres, naranjos raquíuticos, camelias y plantas exóticas que florecían en medio de los rigores del invierno, merced al templado ambiente que allí se respiraba.

En vano buscaríamos en tan voluptuosa habitación canapés ni sofás, butacas ni sillones; pero en su lugar veíanse esparcidos en derredor almohadones y cojines sobrepuestos, según costumbre de orientales, mucho más cómoda por cierto, y más agradable para reposar, que todos esos muebles europeos. En medio del aposento elevábase también un magnífico *diván*, y tanto los almohadones de éste como los que estaban tendidos en torno al gabinete, se componían de listas claras y oscuras de cachemiras azules, que hacían resaltar más y más la blancura deslumbradora de la alfombra turca.

Penetraba una luz suave y templada por los pintados vidrios de las ventanas afilegranadas, teniendo que atravesar aún esta dulce claridad por cortinas transparentes de seda blanca, y bordadas de oro. Los almohadones tendidos al derredor estaban interrumpidos por mesitas y consolas de marfil, de lapislázuli y de mosaicos delicados, llenas de los objetos más exquisitos del arte; sin que faltase tampoco el arpa elegante, cuyo pedestal ceñía una

guirnalda de rosas menudas hechas del esmalte más fino, y un piano magnífico, cuyas teclas solamente, eran una obra maestra del arte.

Delante del cortinaje que caía sobre la puerta alzábanse dos estatuas preciosas de mármol de Carrara; la de la derecha representaba el dios del Silencio, que con el dedo en los labios parecía ordenar el mayor respeto y recogimiento a los que penetrasen en tan misteriosa estancia: con la otra mano sostenía el cortinaje que descendía en graciosos pliegues desde su brazo. La estatua del lado izquierdo figuraba el Amor en ademán de disparar su flecha al primero que asomase al umbral de la puerta.

No está completa aún la descripción de tan delicioso gabinete: de propósito hemos dejado de hacer mención hasta lo último de una circunstancia rara, extraña, caprichosa y hasta cierto punto inverosímil para las personas que no conozcan a fondo el carácter más raro, más extraño y caprichoso aún de la diosa a quien se rendía culto en aquel templo de los deleites.

En medio de tantos adornos y colgaduras, que pueden dar una idea de los recónditos y voluptuosos aposentos donde yacen escondidas las beldades del harem; en medio de aquella pompa oriental y de aquella molicie sibarítica; allí donde se respiraban los perfumes penetrantes de flores balsámicas, que, irritando los sentidos y embriagando el corazón, incitaban al deleite; en aquel misterioso gabinete del placer y de los amores, había colocados de trecho en trecho y en espléndidos marcos de bronce dorados a fuego, cuadros de asuntos místicos debidos a los severos pinceles y religiosa inspiración de Zurbarán, de Ribera y de Murillo. Y porque fuese mayor el contraste, no representaban aquellos lienzos imágenes o asuntos en que el pintor cristiano, para dar a nuestros ojos terrenales una idea de las dulzuras de la religión, tiene que robar al mundo su falso colorido. No había allá una Gloria, una Virgen, un Ángel custodio, eran todas pinturas de anacoretas, que sepultados en el centro de las cuevas o de los claustros, se destacaban sobre un fondo sombrío con su semblante tétrico, amarillento, macerado por la penitencia, figuras cadavéricas que sólo existían abstraídas totalmente de lo terrenal y perecedero, alimentados por el fuego de amor divino que brillaba en sus ojos endiosados.

Era de un efecto terrible el contraste que presentaba la efigie de aquellos hombres que huyendo de los placeres mundanales se habían retirado a los desiertos, y ahora se veían en medio de todos los placeres que menospreciaron; era una profanación chocante, un contrasentido, una irrisión, si se quiere, a los ojos de toda persona que no fuese la dueña de la casa.

Llamábase ésta Doña Matilde de Meneses y Alarcón, condesa de Buena-Esperanza.

Frisaba ya su edad con los treinta años: gruesa, de grande estatura, blanca de carnes, aunque un poco quebrada de color; sin ser completamente hermosa, tenía una gracia encantadora; y sus ojos pardos, sombreados por dos cejas negras y pobladas, que describían un arco gentil, correcto y extendido, tenían una expresión de malicia y de dulzura, que alternativamente hacían de ella una mujer temible o una criatura adorable. La débil y azulada tinta que desde sus párpados venía a perderse suavemente en las mejillas, indicaba bien a las claras su voluptuosidad, y los cabellos de un negro lustroso, cayéndole en rizos abundantes, parecían ser el marco de ébano que encerraba un rostro de

ópalo y de alabastro. Por lo tersos y blancos, su garganta, sus espaldas y pecho parecían de marfil, teñido débilmente con los postreros rayos del día, y sus manos y pies tenían toda la pequeñez, toda la pureza de las razas poco degeneradas.

Amaba los deleites con pasión, por necesidad: no podía existir fuera de aquella atmósfera regalada, que inunda el ámbito de los salones; muelle, indolente, sibarítica y abandonada, hubiera sufrido mejor que nadie la vida oscura y retirada, pero voluptuosa, de una sultana favorita: la libertad no era para ella un bien, y sin turbar su dicha, podía ser esclava, con tal que las cadenas fuesen de rosas.

Tanto como amaba los placeres era ansiosa de riquezas: pero no les tenía esa afición mezquina y ciega del avaro que amontona caudales sobre caudales por el gusto de tenerlos amontonados; el oro era el ministro de sus deleites, y los inmensos tesoros que poseía íbanse convirtiendo en sus manos en el humo de los aromas, en el estruendo de los saraos, en las viandas de los festines, en telas para su adorno, y en muebles para su casa.

Por lo mismo que se mostraba tan ávida de riquezas, aparecía también ganosa de influjo y poderío: digámoslo de una vez, era ambiciosa; porque en las sociedades modernas y en la clase más elevada de la sociedad, la avaricia es la ambición, y la ambición es la intriga. He aquí, pues, cuán naturalmente una gran señora, por amar excesivamente los placeres, venía a ser avara, ambiciosa e intrigante.

Su educación, sin embargo, la había encaminado por diferente rumbo.

Hija de una dama de la corte de María Luisa que en sus últimos años había venido a parar de una vida disipada en una vida devota, estaba amamantada en las máximas rígidas y austeras de una moral indiscreta. Matilde parecía en sus primeros tiempos una novicia, predestinada al claustro por la vocación de sus padres: para ella el mundo no ofrecía ningún género de atractivos, y prematuramente misántropa, consideraba la tierra como un sendero de espinas que es necesario atravesar llorando: detestaba, en una palabra, con la voluntad aquello que no podía juzgar con el entendimiento: nacida para brillar en medio de las grandezas de la tierra, las despreciaba, porque no las conocía; cuando el corazón cristiano las debe menospreciar cuanto más las vaya conociendo.

Llegó empero la edad en que con la perfección orgánica de nuestro cuerpo se perfeccionan y desarrollan también las pasiones que dormían en el alma, y al estallar súbitamente este oculto volcán, perdió Matilde a su madre y quedó entregada a sus vehementes impulsos, que no tenían otro freno que el eco de una tumba cada vez más lejano, cada vez más apagado, y la historia de los primeros extravíos de la antigua condesa, cada vez más viva, cada vez más al alcance de su comprensión.

Entonces se desposó con un hombre a quien amó dos meses para aborrecerle toda su vida. La explosión de aquella mina fue terrible, y mucho tiempo anduvo desatentada la condesa acallando sus remordimientos con el canto de los festines, con el halago de los amores y procurando adormecer el dolor de sus punzadas con la embriaguez de los deleites.

Llega, sin embargo, cierta época de la vida, en que las pasiones se gastan y quedan roncadas y sin voz a fuerza de habernos gritado mucho, a fuerza de rodar por la pendiente no siempre suave y resbaladiza del mundo, y entonces es cuando solemos volver los ojos a

nuestros primeros años, y recordamos con amargura y sentimiento las primeras impresiones de nuestro corazón: y si arrastrados aún por el hábito y la costumbre (tan poderosos en nuestras acciones, la mitad de cuyo impulso es meramente maquinal), no nos decidimos a seguir el primitivo rumbo, cuando menos nuestra vida futura se resiente de estos dos móviles, el uno que nos inclina al bien, el otro que nos inclina al mal; el uno es la voz de nuestro deber, el otro el grito de nuestras pasiones. Sucede, sin embargo, algunas veces que la voz del deber no está bien dirigida, que la conciencia es falsa, es errónea, como en el caso presente en que la madre de Matilde había hecho consistir la religión únicamente en ciertas exterioridades: el corazón transige entonces fácilmente con uno y otro principio; hermana cómodamente el bien y el mal, el alma y los sentidos, para gozar en adelante de los deleites de una vida mundana, sin los sobresaltos de una conciencia poco tranquila.

Esta es la historia del corazón de la condesa de Buena-Esperanza; historia que explica la reunión heterogénea de misticismo y voluptuosidad que reinaba en su gabinete.

Estaba Matilde muellemente recostada entre almohadones y cerca de la ventana, vestida con una bata sencilla de muselina blanca con cenefa de seda de color de rosa, bordada a mano, y sujetaba el ancho traje a la cintura con un cordón magnífico de hilo de plata: bajo los pliegues graciosos del vestido asomaba la punta de un pie pequeño y bonito, calzado con chinelas turcas de grana recamada de oro. Tenía delante de sí una mesita de ébano con embutidos de marfil, y estaba escribiendo con una pluma de oro que a poco rato soltó con el aire satisfecho de una persona que ha terminado a su gusto la tarea que se había impuesto; y como si quisiese saborear este placer, leyó a media voz las siguientes palabras, con que debía terminar su escrito.

«En resumen, la nación está contra nosotros, somos pocos; pero valemos más que la nación. El enemigo más terrible, o más bien, el enemigo más próximo, es el príncipe Guillermo, que tiene un protector decidido en D. Ezequiel Widergott; sin embargo, no hay que apurarse, amigo mío, D. Ezequiel domina a todos; pero yo domino a D. Ezequiel.»

Dobló la carta, dio luego vueltas a un tornillo de una pequeña máquina de bronce que tenía sobre la mesa, y los gases que se desprendieron a un tiempo de dos tubos encontrados, produjeron una luz clara y brillante. Sacando Matilde de su estuche una barra de lacre de venturina perfumado, selló la carta con un escudo de plata, cuya multitud de cuarteles anunciaba lo antiguo y complicado de su alcurnia.

Tiró luego del cordón de una campanilla, y se presentó una doncella a la puerta del aposento.

-Que lleven esta carta inmediatamente a la embajada de Nápoles.

La doncella se acercó respetuosamente y dijo al tomar la carta:

-¿Manda V.S. alguna otra cosa?

-Dime, ¿se ha sabido algo más del retrato?

-Sí, señora, por fin aquella persona ha conseguido verlo.

-¿Verlo, o verla?

-A ella no: el retrato en miniatura es lo único que ha visto.

-¿Y no será posible conseguir una copia?

-Imposible.

-¿Ni aun de memoria?

-Ni de memoria.

-¡Imbéciles artistas!

-Dice que el original debe ser de una perfección tan peregrina, de un contorno tan delicado y de una expresión tan animada, que los pinceles se resisten a trasladarla al marfil.

-Eres muy indiscreta, Josefina, en hacer delante de mí tan estúpidas ponderaciones, contestó la condesa con marcada expresión de disgusto y sufrimiento.

-Señora, nada digo yo de mi cabeza; refiero palabra por palabra las expresiones del artista encargado por V.S. de sacar una copia del retrato que otro pintor está haciendo.

-Bien está, pero cuando menos, habrá tenido cuidado de tomar bien las señas de esa persona, según las indique el retrato.

-Sí, señora, las señas son éstas, respondió Josefina, entregando un papel a la condesa; él mismo ha querido escribirlas de su puño y letra para la mayor exactitud.

Veamos, dijo la condesa pasando los ojos sobre el papel.

« Señas de la persona que de orden de D. Ezequiel Widergott, está retratando el artista de la calle de la Independencia: Aparenta tener veinte y dos años de edad...

-¡Hola, hola!, ya no es una niña.

«Rubia... ».

-¿Rubia y tan hermosa?, ¡qué aprensiones tienen los artistas! Afortunadamente las personas de buen gusto son de distinto modo de pensar, exclamó la condesa, recogiendo con sus delicados dedos uno de los negros rizos que lánguidamente le caían por sus blanquísimas espaldas. Prosigue tú leyendo, Josefina, porque yo no podría continuar de risa.

La condesa quiso esforzarse para sonreír, y no pudo.

-«Rubia -volvió a decir la doncella-, los ojos de azul oscuro... ».

-¡Jesús, Jesús qué cosa tan ridícula!, tornó a exclamar la condesa. ¡Y se empeñarán todavía en hacer hermosa a una persona de ojos azules!

Josefina, sin replicar, continuó su lectura.

-« Rubia y de ojos azules, pero en nada semejante a las personas de este color en el Mediodía de Europa y que por lo regular desagradan; esta joven, procede indudablemente de las razas más puras del Norte, y el color rubio en ella es el colmo de una perfección adorable...

-¡Impertinente bachiller!, exclamó la condesa visiblemente picada, ¿quién le manda al pintorzuelo entretenerse en observaciones necias? Basta, no leas más: pero no, prosigue, si al fin es necesario que nos atengamos a estas noticias... ».

-«Aspecto majestuoso, casi regio, la expresión de sus ojos altanera; color sonrosado, cintura delgada: alta y esbelta, a lo que se infiere de sus proporciones; el traje humilde, mantilla negra de tafetán, pañuelo pequeño de lana, vestido de indiana de cuadros.»

-¡Jesús, Dios mío! Todo lo sobrelleva con paciencia si fuese una persona de alta clase y digna rival mía; pero, ¡Dios me perdone!, no puede tolerarse eso del aire majestuoso y casi regio con semejantes apariencias de modistilla. ¿Y ésa es la persona cuyo retrato ha mandado sacar D. Ezequiel con tanto misterio, haciendo que la siga el pintor a todas partes, que vaya todas las mañanas a la misa que ella oye, profanando de esta manera el templo del Señor? Te confieso, Josefina, que este asunto me desagrada mucho.

Y dirigiéndose al piano, comenzó a pasar los dedos con soltura y ligereza sobre las teclas, como si al eco de la música quisiese ahuyentar de su fantasía alguna imagen desagradable.

-¡Este piano está insufrible!, exclamó la condesa levantándose precipitadamente; me desgarran los oídos.

Fijando luego la vista en un cuadro de Santa María Egipciaca, de Rivera, añadió:

-No ha llorado, no se ha mortificado tanto esta santa en el desierto, como lloro yo y me mortifico en el seno de los placeres.

-Señora, acaba de decir V.E. que el piano desafinaba, y esto me ha hecho recordar que aquel viejo afinador que suele también venir a tocar en la orquesta, está importunando hace una hora al portero para que pasemos recado a V.E.

-¿Se ha marchado ya?

-Creo que no.

-Dile que suba: quiero que me ponga corrientes todos estos instrumentos. Yo necesito distraerme, divertirme mucho: ven luego a vestirme, porque vamos a salir a misa: dile al mayordomo que a la noche recibo, y es preciso tener dispuestos los salones; hoy convidaré yo a comer media docena de personas, y mi marido no sé cuántas... Te aseguro, Josefina, que no sé qué hacer para distraerme.

-Con que diré al profesor...

-¡Que suba, que suba inmediatamente! Escucha Josefina, ¿cómo sigue aquella muchacha que traje ayer enferma en mi carruaje?

-¡Mal, señora, muy mal!, creo que está expirando.

-Por Dios, por Dios que no se omita gasto ninguno para su salud; pero me afectaría cruelmente si oyese alguna cosa de Viático o de entierro... Vamos, vamos, dile al músico que suba: yo necesito alguna cosa para aturdirme y no padecer.

Josefina salió del aposento, y la condesa se quedó respirando el penetrante aroma que exhalaba la inmensa y nevada corola de una magnolia.

CAPITULO X

La protección del cortesano

Cuando los ancianos salieron de casa no se dirigieron inmediatamente al palacio de la condesa de Buena Esperanza, como habían pensado. El perro les obligó a variar de dirección; y ladrando fuertemente, mordiéndoles con suavidad el vestido, el inteligente animal quería arrastrarles a viva fuerza a la casa de Poca-pena, donde sin duda Antonio había pasado la noche. Al ver un empeño tan decidido, Enrique y Doña Ildelfonsa juzgaron conveniente seguir en pos de Marte, que alborozado con esta resolución, marchaba ya con la cabeza erguida y la cola enarbolada, ufano y satisfecho del triunfo que había conseguido. El guía entonces los dirigió por la calle del Barquillo, y hacia el promedio de ella, se detuvo delante de una casa de un solo piso bajo y de la más humilde apariencia: comenzó luego a zarpear en la puerta con impaciencia y enérgicos ladridos; y entregándose de nuevo el anciano a una esperanza que tantas veces se había burlado de su corazón, también ayudaba al perro dando fuertes aldabonazos, lisonjándose de que únicamente los débiles muros de aquella casa le separaban de su hijo Antonio.

Marte y Enrique, sin embargo, se fatigaban en vano; y el eco sólo les respondía repitiendo sus golpes en el interior de la casucha, dejando adivinar que, aunque de tan humilde aspecto, tenía más fondo, más divisiones y sinuosidades de las que aparentaba.

Desconsolados el amo y el perro, aquél con el semblante pálido, los brazos cruzados y las miradas vagas y distraídas, y estotro con el hocico tenazmente pegado al suelo, salieron de su distracción al escuchar las poco urbanas palabras con que una vecina de la casa inmediata, les advirtió que era inútil se desgañitasen y se rompiesen la muñeca, dando porrazos, porque nadie había dentro.

-Señora, le preguntó Doña Ildelfonsa, ¿tendrá V. la bondad de decirnos adónde ha ido el Sr. Poca-pena?

-¡Qué si quiero!, respondió la vecina, puesta en jarras con desenfado y mirándoles por encima del hombro; ¿pues diga V., tengo yo cara de madre abadesa o de aya de niños,

para que el Sr. Poca-pena no salga de su casa sin que a mí me dé la real gana? Oiga V., señora aquella, ¿es Poca-pena un doctrino que no mueve un pie sin licencia del maestro?

-Perdone V., señora, no lo decíamos por tanto, le contestó el anciano con el acento de un hombre que rehúsa darse por ofendido, pero soy un padre desdichado que viene en busca de su hijo que ha debido pasar la noche en esta casa... díganos V., por Dios, si ha visto salir de aquí un joven alto, de barba negra y espesa, un poco moreno, de ojos negros...

-Oiga V., ¿tengo yo trazas de alcalde de barrio que ando poniendo señas en las cartas de seguridad?

-Es que si V. rehúsa dar buenamente las noticias que se le piden con la mayor cortesanía, repuso gravemente Enrique, tal vez no podrá excusarse de dar muy pronto sus declaraciones ante la autoridad.

En mal hora pronunció Enrique estas palabras: la vecina se alborotó y alborotó a su familia; su familia alborotó la casa; los de casa alborotaron a los vecinos; los vecinos al barrio: el fuego de la insurrección se comunicó con la rapidez de la electricidad, y pocos minutos después del diálogo precedente, no había una sola mujer de la calle del Barquillo que permaneciese dentro de su casa; no un tabernero ni zapatero de portal, que con los pulgares de ambas manos metidos en la boca, no aturdiere a los pobres ancianos con sus insolentes silbidos; ni muchacho de los que revolcándose en el polvo estaban tomando en la calle una lección del curso de educación moral, que dejase de tirar a nuestros amigos su proyectil de más o menos calibre.

Entretanto la fautora de este motín se hacía lenguas para contar el suceso, y apuraba todos los improperios de su abundante diccionario contra los pobres ancianos. Con la frente inclinada y encogidos de hombros, seguían siempre al medroso Marte que con el rabo entre piernas, iba silencioso por la calle abajo, dejando ver en su postración y abatimiento que se reconocía como causa y origen, aunque inocente, de tantas desventuras.

Sin embargo, no escarmentó el perro de aguas por el mal éxito que había tenido su primera tentativa, y al desembocar en la calle de Alcalá, en lugar de dirigirse al interior de la población, volvió a hacer las mismas demostraciones para conducir al campo a Enrique y su amiga. Siguiéronle los ancianos, a quienes duraba todavía el aturdimiento del alboroto, y detrás de las tapias del Retiro se detuvo el perro delante de un charco ya seco de sangre denegrida, cerca de la cual, las huellas de plantas humanas estampadas en todas direcciones, indudablemente testificaban que allí se había verificado un combate personal.

La persona que al amanecer estuvo hablando en secreto con Doña Ildefonsa cuando ésta salía de casa, al instruirle de los medios con que podía sacar a la joven del seno de su familia, indudablemente tenía razón: Antonio estuvo la noche entera en casa de Poca-pena, y al amanecer había salido desafiado. ¿Pero a dónde se dirigió después de este lance?, ¿en dónde se ocultaba?, ¿había quedado muerto?, ¿cómo no dio ningún aviso a su casa?

Todas estas dudas, avivadas más y más con aquel triste espectáculo desgarraban el corazón de Enrique y de Doña Ildefonsa, cuyo sombrío aspecto revelaba cuánto la hacía sufrir el horrible torcedor de sus remordimientos.

El anciano, abrumado de dolor, cubrió respetuosamente con tierra la sangre de su hijo, y lanzando severas miradas a Doña Ildefonsa, ésta le respondió por toda disculpa:

-¡Vamos a casa de D. Ezequiel!; él sólo es capaz de remediar tantos males.

-No, vamos antes a ver a la condesa, replicaba el anciano tristemente, ¡pero ni ella, ni nadie podrán ya restituirme a mi hijo!

Este rodeo fue la causa de que llegasen al palacio de Matilde más tarde de lo que habían pensado...

Poco tiempo después de haberse retirado la doncella, guiados por ésta, entraban en el salón que precedía al gabinete de las cachemiras, el anciano Enrique, con el sombrero en la mano, y una capa descolorida sobre los hombros, Doña Ildefonsa, y Marte, que desengañado ya de la inutilidad de sus excursiones, les seguía a todas partes con docilidad, con indiferencia.

A pesar de que el profesor de música, según hemos indicado, había poseído si no grandes riquezas al menos algunas comodidades, tantos años habían transcurrido ya desde aquellos tiempos felices y prósperos de su mejor fortuna, que el hábito de la pobreza y de la miseria le tenían como encogido, y eran para él enteramente extraños los refinamientos del lujo. Atravesó, pues, el salón con timidez, pero sin reparar en su pompa, y dejando en él a Doña Ildefonsa, Josefina le abrió las puertas del gabinete, cada una de cuyas hojas era de un solo cristal. El anciano se quedó encogido de hombros en el dintel, sin atreverse a dar un solo paso: tenía miedo de hollar con su poco limpio calzado aquella magnífica alfombra turca sólo comparable por su blancura a la nieve recién caída sobre el blanco césped de una pradera: parecía que aquello no se había hecho para ser pisado, sino para ser visto; y no había fuerza humana que le obligase a seguir adelante.

Marte, menos escrupuloso que su amo, se internó por el gabinete, dejando estampadas sus huellas en la alfombra, sin remordimiento alguno, y escogiendo el almohadón más blando y mullido, se tendió en él para reposar de tantas fatigas y de tantas emociones.

-Adelante, adelante, maestro; dijo Matilde con voz cariñosa.

-¡Chucho!... decía Enrique. ¡Marte, ven aquí!...

-Adelante: deje V. al perro: está perfectamente, tiene las mismas inclinaciones que yo... franco y amigo de la comodidad y del regalo; él le ha dado a V. el ejemplo. ¡Adelante!

El anciano, pisando con temor, como si el pavimento fuese a hundirse bajo sus plantas, entró por fin en el gabinete, y acercándose a la condesa le dijo sin turbación, pero con dignidad y respeto:

-Señora...

-He mandado llamar a V., le interrumpió ésta, porque el piano está horriblemente desafinado y quiero que lo arregle V. inmediatamente; a la noche pienso tener sociedad, y V. se encargará de la orquesta. Ahora voy a salir a misa. Aquella señora que se ha quedado en el salón ¿es su esposa de V.? ¡Hola!, me alegro mucho de conocerla. ¿No le ocurre a V. nada?, ¿no es verdad? Vaya, ahí se quedan Vds. y de paso vea V. si el arpa está tan cruel como el piano. Agur, agur, hasta luego.

Consideren nuestros lectores la impresión que causarían estas palabras en el ánimo de Enrique, que en todo el camino estuvo meditando y estudiando la arenga con que había de saludar y contar sus desventuras a la condesa, de la manera más propia para cautivar su atención, y que ahora se encontraba enteramente desconcertado por aquella volubilidad, por aquel torbellino de ideas y de palabras. Confiaba el anciano en que la condesa, haciéndole el honor de admitirle en su presencia, le había abierto el paso a la protección que solicitaba, y ahora aparecía que lejos de dispensarle una gracia, fuese distraída, fuese engañada, a los ojos de aquella señora, Enrique obedecía simplemente sus órdenes. A un padre que en un mismo día perdió dos hijos, le quería entretener en afinar el piano, y le daba sus órdenes para reunir la orquesta. ¿Con qué expresiones había de manifestar a la condesa que ni venía dispuesto, ni le era posible en su situación, desempeñar el frívolo trabajo que le encomendaba, ni menos ocuparse de un baile, con el corazón partido de dolor? Agréguese a todas estas circunstancias el abismo que mediaba entre un artista humilde y una señora tan excelsa y poderosa, cuyas alfombras no se atrevía a pisar. El que sea pequeño y desgraciado y se haya visto delante de un personaje grande y venturoso, frívolo y superficial, comprenderá la situación embarazosa de Enrique.

No pudo responder una palabra, pero miró a la condesa de una manera tan tierna, tan triste y expresiva, que al poco tiempo se le asomaron las lágrimas a los ojos y exclamó sollozando:

-¡Señora... señora!... ¡soy tan desgraciado!

-¿Qué es eso?, ¿qué es eso, mi buen amigo? ¿Qué le sucede a V.? ¿he dicho yo algo que pueda ofenderle? Tal vez, si... estoy muy distraída. ¡Ah!, ya recuerdo que Vds. me venían a buscar, que solicitaban verme con ahínco. Entre V., entre V., buena señora. Hablen Vds. con franqueza, ¿con que es V. desgraciado? ¡Y yo con mi aturdimiento he ofendido a V. sin pensarlo!

-¡Gracias, señora, gracias por tanta bondad!; bien lo decía yo que debíamos confiar en el generoso corazón de V.E.

-Sí, sí, ¿pero qué les sucede a Vds.? ¡Vaya!, no hay que afligirse, tomen Vds. asiento... vamos, yo lo mando... aquí a mi lado, dígame V. Enrique ¿qué le pasa?

-Señora... ¡he perdido dos hijos!...

-¡Ay!, ¡yo los he perdido todos! ¿Pero cuándo?

-Hoy mismo.

-¿Los dos han muerto en un mismo día?

-¡Casi valdría más que hubiesen perecido!

-¿Qué ha sucedido pues? ¿Qué desgracia ha sido ésa?

-Señora... uno de ellos ha desaparecido, y no tengo más noticias tuyas que las que ese perro me ha traído, manchado, como V.E. lo ve, en la sangre de su amo... La otra, mi hija María... Señora... ¡me la han robado de casa!, exclamó el anciano haciendo un esfuerzo con su acento, que quedó confundido entre sollozos.

-¡María! ¡María!..., dijo la condesa con aire pensativo; ¿es aquella joven de tan buena voz que V. me presentó un día para los coros de uno de mis conciertos, morena... delgada.. amarillenta?

-No, no, señora; ésa es mi hija Dolores; la otra nunca ha tenido la honra de ver a V.E.; es alta, rubia...

-¿Alta y rubia?

-Sí, señora.

-¿De ojos azules?

-¡Sí, señora!

-Pues nunca me había V. hablado de esa niña.

-Ha nacido en Alemania: es hija de mi primer matrimonio.

-¡En Alemania!, exclamó la condesa, cada vez más pensativa, y dirigiendo una mirada furtiva sobre el informe del artista, que tenía delante de la mesa: ¿con que es *de las razas puras del norte*?

-Su madre era de esta raza... ¡ay!, era tan hermosa como la hija.

-¿Y qué edad tiene?

-Veinte y dos años.

-¡Veinte y dos años! ¡Es singular esta coincidencia!, exclamó sobresaltada la condesa. ¿Y cómo no me la había V. presentado?

-Señora... como es tan hermosa, evitaba todo lo posible el que las gentes la viesen.

-¿Y sin embargo, la deja V. salir todas las mañanas a misa?

-En mi compañía, señora, o en compañía de su madre y hermano.

-¿Lleva mantilla de tafetán?, prosiguió la condesa, con el papel en la mano y cada vez más conmovida.

-No tiene otra, contestó Enrique sencillamente.

-¿Con un pañuelito de lana?

-¡Ah!, ¿la conoce V.?

-¿Con un vestido de cuadros de indiana?, insistió Matilde sin contestarle.

-¡Sí, sí, la misma!

-¿Y esa, esa es la joven que os han robado esta mañana?

-¡Esa es mi hija María! ¡Esa era el consuelo de mi vejez! ¡Vivo retrato de aquella mujer a quien amé tan locamente en otro tiempo!

Doña Ildefonsa se enjugaba con un pañuelo las lágrimas que corrían por sus mejillas.

-¡Ah!, ¡el rapto es obra de Ezequiel!, se dijo a sí misma la condesa, sintiendo en su pecho el aguijón de los celos. ¿Y una joven oscura y miserable arrebatarle así el imperio de su corazón? No, no lo conseguirá. ¿Josefina?, ¿Josefina?, exclamó llamando a un tiempo con la voz y con la campanilla.

-¿Qué manda S.E.?, dijo la doncella, apareciendo al poco tiempo en la puerta del gabinete.

-El coche.

-Está muy bien.

-¡Ay señora!, si no parece mi hija yo moriré sin remedio, exclamó Enrique.

-¡Parecerá, sí, parecerá! Esta es una acción indigna que clama al cielo, y está pidiendo venganza. Yo buscare los raptos aunque se escondan en el fondo de los abismos. ¿No hay más sino que, hollando todo temor de Dios, las leyes divinas y humanas, abusando tal vez del candor y de la inexperiencia de una niña, se la seduzca y se la arranque a un padre pobre y miserable, que no tiene otro tesoro, que no tiene otro consuelo que la inocencia y la virtud de su hija? ¡No, no! Si hay poderosos que abusan de sus riquezas para satisfacer sus caprichos, si los hay que juegan con el honor y la tranquilidad de una familia, también hay otros que sabrán oponer a los esfuerzos del vicio todos los esfuerzos de la virtud, a su poder todo su poder: también hay otros que no descansarán un solo instante hasta restituir lo que ellos han robado.

-¡Gracias, señora, gracias!, exclamó el anciano cayendo de rodillas a los pies de la condesa: un ángel sin duda, me ha inspirado la determinación de venir a implorar el auxilio de una persona tan magnánima y generosa.

-¡Sí, sí!, ha sido una inspiración del cielo; pero es necesario que me dé V. algunas noticias de cómo se ha verificado un escándalo tan inaudito... la hora... el lugar... todo, hasta la circunstancia que parezca más insignificante. Yo, como han podido Vds. conocer, tenía algunas vagas noticias acerca de este suceso; pero no me bastan. Tengo influjo con las autoridades; si es necesario me postraré a los pies de la misma Reina: todo

mi poder, todos mis intereses, toda mi actividad serán pocas para la reparación de vuestro honor, y el castigo de los culpables.

La condesa parecía una leona herida que en la soledad de los desiertos lanza terribles rugidos de dolor y de venganza.

-Señora... respondió Enrique, que bendecía a Dios en su corazón por haberle inspirado la resolución de venir a buscar tan buena protectora, suponiendo estos mismos deseos de V.E. he tenido el atrevimiento de presentarme con esta señora, vecina nuestra, que ha presenciado el rapto de María.

-¿A qué hora ha sido el rapto?, preguntó con energía Matilde, dirigiéndose bruscamente a Doña Ildefonsa.

-Al amanecer, dijo ésta conmovida.

-¿Y quiénes, quiénes han sido los autores de tan inicua trama? ¡Sus señas!... Pronto... su traje. ¿Se habrán aprovechado de las indiscretas salidas de la joven a la iglesia?

-María no salía a misa de algún tiempo a esta parte, por un aviso que recibí del peligro que la amenazaba.

-¿Pues entonces...?

-Salió en busca de su hermano, que aquella noche durmió fuera de casa.

-¡Oh!, ¡no hay que dudar! la fuga del joven y el rapto de María es obra de una misma mano; han hecho desaparecer al uno para robar a la otra. ¿Pero cuántos han sido los raptos?

-Dos, contestó Doña Ildefonsa.

-¿Sus señas?

-El uno, el principal, es un anciano cubierto de canas...

-¡Un anciano!

-De aventajada estatura, un poco agobiado, las mejillas muy encarnadas, como si tuviesen lo que se llama calor del hígado; nariz grande, afilada... el aire extranjero...

-¡Cielos! ¡Adalberto!, exclamó la condesa en voz imperceptible y sonriendo a una idea extraña que entonces se le ocurrió súbitamente.

-¿Y el otro?, ¿el otro?, preguntó Matilde con más curiosidad que ahínco. ¿Era por ventura un joven, rubio, de altiva frente, porte arrogante y ademanes distinguidos?

-A ése le vi menos; pero todas esas señas concuerdan con la idea que de él he conservado.

-¡El príncipe Guillermo!, tornó a exclamar para sí la condesa, no pudiendo ya disimular su alegría. ¿Y dónde, dónde se llevaron a la joven?

-En un coche.

-¿Coche, o berlina?

-Berlina, sí, berlina, contestó la anciana.

-¿Una berlina forrada de terciopelo blanco, bonita, elegante, color carmesí?

-En efecto, es la misma.

-¡Mi berlina, mi berlina!, dijo entre sí la condesa, soltando una carcajada.

Los dos ancianos se miraban mutuamente estupefactos, sin saber lo que les pasaba, ni a qué atribuir el cambio repentino y poco disimulado de la condesa. Esta les dijo para calmar su inquietud.

-No extrañen Vds. el verme tan jovial, cuando antes me he puesto furiosa como un tigre. Bien averiguado, la cosa no merece la pena de entristecerse: sosiéguese V., buen Enrique, ésta es una broma sin consecuencia alguna, y yo tomo a mi cuidado la solución de este negocio.

-¡Broma!, ¡broma!, exclamó casi indignado el padre de familia: ¡broma la deshonra de una hija!, ¡broma la sangre derramada de Antonio!, ¡broma la locura de mi esposa!, ¡broma la miseria de una familia entera, a quien hoy no he dejado un pedazo de pan para llevar a la boca...!

-Por Dios, por Dios, amigo mío, no me ha entendido V.: he dicho que es una cosa de broma, porque ha de ser una cosa sin consecuencia. Fíelo V. a mi cuidado, y apuesto a que dentro de dos o tres días ha vuelto V. a abrazar a sus hijos...

-¡Dentro de dos o tres días! ¡Ah!, ¿no sabe V. que ese plazo es toda una eternidad para el corazón de un padre?, dijo Enrique, olvidándose en su amargura de la dignidad de la persona a quien dirigía la palabra: ¿no sabe V. que si transcurren algunas horas sin que mi esposa abrace a su hijo, tal vez muera de dolor? ¿Y qué será de mí si en un solo día pierdo dos hijos y una esposa?, ¿quién me consolará?

-¡Bah! no discurra V. tan tristemente, respondió la condesa visiblemente contrariada con las palabras del anciano, no perderá V. sus hijos, ni su esposa. Ya lo ve V., yo se lo digo, y estoy enteramente tranquila. Vamos, enjuguen Vds. esas lágrimas; que no me gusta ver semblantes apesadumbrados: y en cuanto a la miseria de que hace pocos instantes se quejaba V., yo daré orden a mi apoderado para...

Las lágrimas que brotaban de los ojos de Enrique, cesaron repentinamente, y con rubor y dignidad interrumpió a la condesa:

-Señora... ¡yo he venido a buscar protección, pero no limosna!

En aquel momento se asomó a la habitación un portero de estrados, con magnífica librea. Llegó por cierto muy oportunamente, para evitar a su señora el sonrojo de responder al pundonoroso profesor de música.

-Señora... cuando V.E. guste, el coche está a la puerta.

-Que desenganchen, contestó Matilde de mal humor, ya no salgo de casa.

Apenas desapareció el criado, entró Josefina para vestir a su señora; ésta la dijo:

-¿No has oído que ya no salgo a misa, ni a ninguna parte? Tengo que escribir mucho, si he de dar buenas noticias a una familia cuyos intereses protejo.

Estas palabras, que de manera alguna aludían a Enrique, se las aplicó sencillamente a sí propio el anciano, y neutralizaron el mal efecto que le habían producido los últimos ofrecimientos de la condesa.

-Tengo el sentimiento de dar a V.E. una mala noticia, repuso Josefina: aquella joven que V.E. se dignó traer a casa... aquella joven...

-Acaba: ¿está peor Elvira?

-Señora... ¡Elvira ha muerto!

-¡Ha muerto!, ¡sin haberla vuelto yo a ver desde anoche! ¡Dios la haya perdonado! ¡Jesús, no tengo corazón para resistir a tantas impresiones! ¿Y acaba de expirar en este momento?

-No, señora: como el palacio es tan grande y V.E. había mandado colocarla tan lejos de su habitación... la verdad es que no hemos sabido nada, y ha expirado antes de amanecer.

-Pues es necesario hacerla un entierro magnífico. ¡Pronto, pronto! que se suspendan los preparativos del baile... convites, todo. El hecho de haberla traído ya a mi casa ha sido demasiado público, demasiado ruidoso, para que yo me excuse de coronarle de una manera más pública, más ruidosa todavía. La orquesta que iba V. a traer para el baile, puede servir, Enrique, para el entierro. ¡Ah!, pero me olvidaba de que V. está hoy terriblemente afectado. ¡Nada, nada!, mi mayordomo lo dispondrá todo inmediatamente.

-¡Pobre Elvira!, exclamó Doña Idefonsa. ¡Víctima de la pobreza y del amor filial!...

-¿La conocían Vds.?, exclamó la condesa; ¡pues ahora que me acuerdo!, esta mañana han traído aquí una carta muy abultada para su madre; si Vds. quieren acompañarla un rato, podrán llevar ese paquete, donde debe encontrar consuelos que mitiguen sus penas.

-Sí, sí, exclamó Enrique, aun cuando no la veamos más que un momento, será para nosotros una satisfacción el que por nuestras manos reciba alguna noticia que pueda calmar los sufrimientos del corazón de una madre.

La condesa entregó a Enrique una carta sellada que tenía sobre el pupitre, y encargando a Josefina que los condujese a la habitación de la desventurada madre, se despidió de los ancianos, prometiéndoles nuevamente su protección.

Quedóse entonces sola en su aposento.

Sentándose delante de la mesa, comenzó a escribir en estos términos:

«Amigo mío: las importantes noticias que acabo de saber en este momento, me obligan a dirigirle una segunda carta, donde hallará el correctivo de las últimas noticias que le comunicaba en mi anterior. Decía a V. hace una hora, que el príncipe Guillermo era nuestro más temible rival: puedo asegurarle ya, que no debe infundirnos temor alguno: el príncipe Guillermo ha hecho una calaverada, que pudiera ser insignificante, reparándose inmediatamente; pero yo que conozco todo el partido que podemos sacar de este acontecimiento, si el escándalo se consuma, haré lo posible por que las cosas lleguen al último extremo y el desenlace sea violento, terrible, y sobre todo, estrepitoso.

»No lo dude V.: el príncipe Guillermo quedará *inutilizado* dentro de un par de días, y en tal caso don Ezequiel no tendrá más remedio que favorecer al nuestro.

»Mis respetos más profundos a vuestros Augustos Amos.

»Siempre su más fiel amiga:

»Madrid 2 de noviembre, a las once de la mañana.

LA CONDESA DE BUENA-ESPERANZA»

Después de cerrar este pliego, tiró Matilde del cordón de la campanilla, y se presentó un criado.

-Esta carta a la embajada de Nápoles... volando... antes que marche la estafeta. A Josefina que venga a vestirme. El coche inmediatamente.

-Señora... V.E. ha mandado desenganchar...

-Pues ahora mando que enganchen... Pero no... sí, mejor es; pronto, un carruaje de alquiler: no quiero ninguno de los míos. Cuando salga decid a todo el mundo que estoy en casa... indispueta... muy triste con la muerte de esa joven... en fin cualquier cosa... y que por eso no recibo.

-Está muy bien, contestó el criado, haciendo una profunda inclinación y retirándose respetuosamente.

- - - - -

Sigamos ahora los pasos de Doña Ildelfonsa y de Enrique, cuya caridad les hacía olvidar momentáneamente su aflicción, y acudir gustosos a tomar parte en las penas de la vecina de su casa.

Halláronla sentada en el suelo delante de la puerta del aposento, donde yacía el cadáver de su hija. Desde que ésta había expirado en sus brazos, no quiso separarse de ella un solo momento, y puestos los labios en los yertos labios de Elvira, como si anhelase hacerla revivir con su tibio aliento, quería que una sola tumba cobijase a entrambas. Los facultativos habían ordenado arrancarla a viva fuerza de los restos horribles de aquella joven tan hermosa. La madre, empero, con una obstinación que partía las entrañas, no pudiendo estrechar el cadáver de su hija, permanecía lo más cerca de ella que le era posible; sin derramar una sola lágrima, sin exhalar un suspiro ni un sollozo, sentada,

porque sus fuerzas no eran bastantes a sostenerla en pie, con el rostro desencajado, inmóvil, como el perro que se obstina en dejarse morir de hambre sobre la tumba de su dueño.

El dolor de aquella infeliz mujer era terrible: Elvira, su hija única, el único amparo, el único consuelo que le quedaba en este mundo, Elvira ya no existía: Elvira asombraba ayer por su belleza, arrebatada de entusiasmo a la muchedumbre, hacía enloquecer de amor, y Elvira era ya un objeto hediondo y asqueroso que horrorizaba; Elvira había sacrificado su rubor por el bienestar de su madre, y este sacrificio le había costado la vida. Agréguese a todos estos dolores, la idea, tan cruel en todas las desgracias, de no tener a nuestro lado un semblante conocido, un corazón que participe de nuestras penas, unos ojos que lloren con los nuestros. La madre desventurada, al tender sus miradas en derredor, tan sólo encontraba los semblantes efímeramente conmovidos o estúpidamente indiferentes de los criados de la condesa: ni un pariente, ni un amigo, ni un rostro que antes de aquel amargo trance hubiese visto; así fue que al entrar Enrique y Doña Ildefonsa en tan lúgubre habitación, al sentir aquella desdichada las caricias del perro, que le lamía afectuosamente la mano, se le rompieron por vez primera las venas de un llanto tan copioso como consolador, y puesta de pie se arrojó a los brazos de sus honrados vecinos, que también lloraban.

Ni unos ni otros habían pronunciado hasta entonces una sola palabra. Por fin, la madre pudo exclamar con acento de dolor profundo:

-¡Mi hija! ¡Mi querida hija! ¡La hija hermosa de mis entrañas! ¡Yo he matado a mi hija!

-Amiga mía, le contestó Enrique, V. ha perdido a su Elvira y yo he perdido a mis dos hijos. V. ha encontrado asilo y protección, y de mi dolor se burlan en todas partes: para mí no hay esperanza de consuelo; pero a V. le traigo uno y muy grande, según dicen, en esta carta.

-¿Qué consuelo puede traerme nadie después de haber perdido mi hija?... ¿Quién puede ya reanimar mi esperanza? ¿Quién aguarda para consolarme a que mi hija no pueda ser testigo de mi consuelo? ¿Para qué quiero yo abrir esa carta? ¿Qué me dirán en ella que pueda mitigar un punto mis tormentos?

-Sin embargo, señora, debe V. abrirla: en estos momentos supremos de angustia y de dolor, el cielo suele enviar una gota de rocío que refresque nuestro corazón.

La madre de Elvira la cogió maquinalmente en sus manos, y pasando por ella sus ojos indiferentes exclamó de improviso con horror.

-¡Oh! ¡ese hombre, ese hombre todavía! ¡La letra de D. Ezequiel! ¡Apartad, apartad!...

Y diciendo estas palabras, arrojó la carta lejos de sí con indignación. Enrique la levantó del suelo y contestó a la madre.

-Amiga mía, ahora debemos insistir más que nunca en que lea V. la carta: ese hombre, según me han dicho, sólo dispensa favores, sólo derrama consuelos.

-¡Consuelos!, ¡ah!, ¡favores! ¿Quieren Vds. saber lo que son los favores y los consuelos de ese hombre?, exclamó la madre cada vez más indignada: ¡Aquí están, aquí están!, prosiguió abriendo la carta de D. Ezequiel, ¡Vedlos, vedlos: billetes de banco! ¡El precio de la sangre de mi hija! ¡Oro, oro, en cambio de una existencia tan dulce, tan preciosa, en cambio de una vida llena de lozanía, llena de esperanzas! No mancharé yo mis manos con esta merced villana, exclamó la madre con nuevo furor, haciendo trizas los billetes. ¡Aquí, aquí tenéis lo que son los favores y consuelos de D. Ezequiel! ¡Consuelos que envenenan!, ¡FAVORES QUE MATAN!

La madre de Elvira tornó a caer desplomada en el umbral de la puerta, y en mucho tiempo no volvió a pronunciar una sola palabra.

SEGUNDA PARTE

La palanca de Arquímedes

CAPITULO XI

Historias de una mujer contadas por su marido

En una de las calles más solitarias de la parte occidental de Madrid, y delante de una plazuela que, daba regular ensanche y desahogo a la desierta calle, alzábase una casa de construcción moderna, cuya modesta elevación anunciaba que el arquitecto había consultado más a la comodidad que al lucro que pudiese proporcionar el solar inmenso que ocupaba. Componíase de dos pisos; el principal de gallardas y arrogantes proporciones, y el segundo construido únicamente para mayor dignidad y realce del primero, indicando claramente que aquel edificio había sido fabricado para morada de una sola familia, pero grande, rica y poderosa; y la fachada, en la que desde un zócalo enorme que comprendía el piso bajo, arrancaban ocho columnas de orden jónico, de piedra blanca de colmenar, deslumbraba cuando la herían de frente los rayos del claro sol del mediodía.

Pocas veces se pasaba por la ancha acera de la casa sin que por las rejillas de las vastas cocinas subterráneas brotase un calor sofocante, y ciertos miasmas sustanciosos y confortativos para los estómagos hambrientos de los transeúntes ayunos, que dejaban caer al interior ciertas miradas furtivas y de soslayo, parecidas a las que Tántalo dirigía al fruto jamás gustado y siempre apetecido. Estaba también a todas horas interceptado el tránsito por una docena de carruajes, ora de esos altos, espaciosos, incrustados de escudos de armas y forrados de raso o terciopelo un poco raído, indicando pertenecer a un señor de más cuarteles que doblones; ora de estotros pequeños, elegantes, brillantemente acharolados, con tal cual cifra y corona con pretensiones heráldicas, y tan poco elevados del suelo, como si quisiesen atestiguar que sus dueños andaban a pie no hacía mucho tiempo, y tenían la prudencia de no querer subir muy alto de repente, temerosos sin duda de desvanecerse por falta de costumbre.

Notábase también una circunstancia que al parecer envolvía singular contradicción. Los cocheros y lacayos de los primeros carruajes, vestían por lo general una modesta librea de paño gris, azul oscuro, o blanco con galones de plata u oro, mientras que los servidores de los coches bajos y flamantes de la moderna aristocracia iban ridículamente embutidos en calzones cortos, medias o polainas, casacas antiguas, chupas y chupines de los colores más rabiosos e irreconciliables, tan divorciados entre sí, como reñidos con el buen gusto, y formando un armazón de arlequín que sostenía a toda una cabezota asturiana, colorada y carrilluda, con peluca que afrentaba a las del siglo de Luix XIV, y que embadurnada horriblemente de polvos heterogéneos, se cobijaba a la sombra de un inmenso tricornio galoneado, digna cúpula del churrigueresco edificio lacayuno.

Hacía sospechar esta diferencia de librea una de dos cosas, o más bien dos cosas a la vez (que en achaques de sospechas nunca solemos quedarnos cortos): primera, si aquellos que tanta autoridad querían dar a sus personas con la extravagancia y excentricidad de sus criados y la ostentación de timbres y blasones, carecían de éstos en realidad y no se autorizaban por sí mismos, tratando de encubrir bajo tan inmensa balumba de oropeles la oscuridad, la desnudez y pobreza de su origen. Segunda sospecha: si los otros, es decir, los de la aristocracia antigua tenían no más gusto, sino menos dinero para malgastarlo en tan ridículo aparato.

Estas y otras dudas se irán aclarando en el curso de esta obra, si el lector, después de haber presenciado en la primera parte los efectos del misterioso influjo de un personaje a quien todavía no conoce de vista, se siente con ánimo de tratar en las siguientes mano a mano con este caballero, y de ir comprendiendo las causas y móviles de tan extraños como verídicos acontecimientos.

Antes, sin embargo, de dejar esta materia cocheril en que nos hemos extraviado, y para que nada falte a la puntualidad histórica indispensable, al par de impertinente, en esta clase de escritos, diremos que entre unos y otros carruajes estaban vergonzosamente mezclados en días de lodos algunos mugrientos y desvencijados simones, torcido el uno, descoyuntado el otro, aquél sin lustre, el de acullá con grietas y no pocos con todos estos leves defectillos juntos. Estas máquinas tan venerables por su antigüedad como temibles por su decrepitud, pertenecían momentáneamente, y mediante la módica cantidad de dos duros, inclusa la propina, a tal cual honrado ex-ministro, *rara avis in terra*, que después de soltar las riendas del gobierno de la mal parada nación, se abandonaba a las de un cochero, harto peor comido que bebido, y en un coche tan mal andado como parado. Solían éstos (no los coches, ni los cocheros, sino los ministros cesantes) resignarse filosóficamente a dirigir con igual acierto los negocios de una oficina, establecimiento, fábrica o casa particular, que los negocios del Estado; y parodiando la facilidad con que Cincinato soltaba la esteva para empuñar el cetro, y aflojaba el cetro para agarrar la esteva, ellos así pasaban de simples abogados a ser ministros simples, y *vice-versa*.

La atracción newtoniana del dueño de la casa no se extendía únicamente a los cuerpos inertes que se dejan arrastrar por animales cuadrúpedos; también ejercía su influjo sobre los modestos elegantes pedestres que con sus botas acharoladas, su bastoncito giratorio en la punta de los dedos, sus ensortijadas melenas y guantes amarillos, haciendo ridículos meneos, subían por la alfombrada escalera de la casa, sin dirigir siquiera una mirada al

cuchitril del portero, sin cuyo permiso nadie podía subir de derecho, sin embargo de que todos subían de hecho, sin curarse de tal permiso.

Y no se circunscribía esta afinidad a un pequeño círculo; por ejemplo, al radio de la corte: sus límites eran los del mundo, y al pie de aquella casa se apeaban, o por mejor decir, apeaban los criados, a una momia ambulante, a un correo de gabinete ruso, que, durmiendo y comiendo a caballo, venía en diez y ocho días desde San Petersburgo; a un enviado de Roma, un expreso de la China, un comisionado de Calcuta, de Méjico, de Lima, y en fin, un paisano y amigo, muy amigo de la reina Pomaré, tan célebre por sus amistades en los fastos de la historia contemporánea.

Y como si su atracción no se limitase a los animales que se arrastran sobre la tierra, también dominaba los volátiles que cabalgan sobre el viento, y no pocas veces se veía posarse una bandada de palomas en la cima de un elegante y pintado kiosko de la casa, dejarse dócilmente arrancar un finísimo papel lleno de misteriosos caracteres, que pendía del pie; llenar el buche y volver a emprender el viaje a Pekin o a las Californias, sin que en tan larga tirada les molestase ningún dependiente de policía para pedirles el pasaporte, ni arrendatario alguno exigiéndoles el portazgo, porque en la época a que se refieren los extraordinarios acontecimientos de nuestra historia, todavía, siguiendo los consejos del ECO DEL COMERCIO, no se habían establecido las *aduanas en el aire*.

¿Quién era el dueño de aquella casa?

¿Era algún ministro presente, algún privado futuro, algún plenipotenciario de las cortes extranjeras, algún alto dignatario, un mediano senador siquiera, un flamante diputado que, salido apenas de la pubertad, ya sueña ser ministro, embajador y favorito, gracias a la importancia social de un *sí* o de un *no*, que saliendo de sus labios imberbes, decide de la justicia y de la injusticia, de la razón y de la sinrazón, del engrandecimiento o de la ruina del Estado, en una época en que las cuestiones se resuelven por el número, como en otro tiempo se resolvían por la fuerza? ¿Era algún general presente, pretérito y futuro, de todos tiempos, de todas edades?

El dueño de aquella casa, no era nada de esto; ni tenía una cruz, un hábito, una banda, una cinta de mala muerte; y en los aluviones de empleos, grados y condecoraciones con que de cuando en cuando regala el cielo a la España, para su mayor brillo, prosperidad y ventura, no le había cabido ni una toga, ni una faja... y ¡cosa particular, inusitada, inaudita!, ¡¡¡ni siquiera una sola vez, ni aun por unas cuantas horas había sido ministro de la corona!!!

¿Era tal vez uno de esos pobres diablos que se acuestan muy desconocidos y olvidados, hechos un Juan particular, y amanecen de repeten condes, marqueses o duques, libres de lanzas y medias anatas, sin más trabajo que el de haber hecho sufrir mucho a sus semejantes?

El personaje enfrente de cuya casa estamos todavía detenidos, había visto pasar delante de sí el torrente que arrastraba en revuelta confusión y en venturosa abundancia tantas coronas de todas clases, sin haberse tomado el trabajo de alargar la mano y atrapar una

baronía, para poner una especie de argolla sobre sus tarjetas, o campeando anchamente en panes de oro sobre el fondo negro de sus carruajes.

De manera que este hombre, a fuerza de no querer distinción alguna, venía a ser distinguido.

¿Quién era, pues, para que chicos y grandes, nobles y plebeyos, hasta los mismos que en virtud de un *fiat* real habían salido de la nada, los que desvanecidos con el humo de la ambición, o mareados por lo rápido de la subida, pierden la memoria de sus amigos, la voluntad de hacer bien, y no conservan más que el poco entendimiento que tenían para creerse firmes, seguros, inmóviles en la cumbre de la fortuna, hasta esos mismos hombres, olvidándose de su dignidad y decoro, como ellos dirían sin reírse, descendiesen y se rebajasen hasta el punto de hacer la corte?

¿Quién era, pues, este hombre?

Era D. Ezequiel Widergott.

¿Y qué era el tal D. Ezequiel?

Una sola cosa:

Era rico, inmensamente rico.

Y como es un axioma mercantil que el dinero atrae al dinero; como es un axioma físico que los cuerpos atraen a los cuerpos de su misma naturaleza, D. Ezequiel tenía también por un axioma moral, confirmado por una larga experiencia, que el dinero atrae al que de él necesita. Ahora bien, ¿quién en el mundo creará no necesitar de dinero? ¿Quién está contento con lo que posee? Los más ricos suelen por lo común tener más necesidades; y he aquí, como decía perfectamente don Ezequiel, que para atraer a todo el mundo hacia sí, es cosa probada que en este siglo es menester dinero, mucho dinero.

También solía repetir con frecuencia que cuando Arquímedes, el célebre matemático siracusano, ponderando la fuerza de la palanca, pedía una máquina de éstas y un punto de apoyo, para remover el mundo entero, aludía figuradamente a la palanca moral que remueve la sociedad humana hasta -en sus cimientos; y en sentir de D. Ezequiel, esta palanca, la verdadera palanca de Arquímedes, es el dinero.

No es extraño, pues, que como las moscas a la miel, acudiesen en derredor de sus talegas un enjambre de hambrientos moscones, que continuamente estaban zumbando en sus oídos.

Réstanos decir que D. Ezequiel, residiendo ordinariamente en París o en Londres, donde tenía sus casas principales, hacía tres años largos que con asombro de todos los agiotistas que hormigean en las Bolsas de entrambas capitales, se había fijado en la coronada villa de Madrid.

El lector nos permitirá que le transportemos inmediatamente a las habitaciones interiores de la casa, haciéndole gracia de la descripción de las escaleras, del portero y de las infinitas galerías y antecorredores por las que tiene que atravesar antes de llegar a un salón

inmenso y espacioso, revestido de terciopelo morado, sujeto con enormes barras de bronce dorado a fuego, interrumpido por magníficos espejos de cuerpo entero que descansaban en el friso de alabastro, con molduras de bronce igualmente doradas.

Tres personajes estaban sentados al amor de la lumbre y en torno de una chimenea de transparentes y exquisitos mármoles orientales, entretenidos al parecer en una conversación tan poco interesante, que sin pena ni disgusto alguno la suspendieron cuando en el umbral de la puerta apareció un personaje, levantándose todos para darle las manos o un abrazo, no tanto afectuoso como irónico y de algazara.

Todavía duraban estas bulliciosas demostraciones cuando entró un criado vestido de negro de la cabeza a los pies, y las manos cubiertas de guantes blancos.

-Que tenga V.E. la bondad de aguardar, dijo el de lo negro al recién llegado, inclinándose respetuosamente.

El caballero a quien se habían dirigido estas palabras, no pudo reprimir cierto gesto de orgullo ofendido, y aun se le asomaron los colores a la cara: sin duda no estaba acostumbrado a hacer antesalas a personajes de inferior categoría, y dijo al portero de estrados, frunciendo las cejas y con cierta gravedad ridícula.

-¿Le ha dicho V. que soy yo...

-El señor conde de Buena-Esperanza, replicó el primero, con una profunda inclinación y saliendo lentamente por donde había entrado.

-No lo debe V. extrañar, señor conde, le dijo uno de los caballeros que en la sala estaban; los hombres de negocios no pueden perder tiempo.

-¡Hombres de negocios!, replicó el buen conde, con una admiración estúpida. No veo yo que dé tanto quehacer el tener mucho dinero. Si fuese como V., señor ministro, ya yo comprendería que los hombres de Estado no tienen mucho tiempo que perder; pero un capitalista a quien le llueve el dinero como el maná, y eso... que ayer corrieron rumores alarmantes. ¿Ha oído V., señor general?

-¡Hum!, ¡hum!

-¿Y V., señor ministro?

-¡Pche!, ¡pche!

-¿Y V., D. Saturnino, que es jugador y es...

-¡Uf...!, ¡uf...!

-Quedo enterado: sus explicaciones de Vds. me satisfacen completamente. ¡Si no podría ser otra cosa! ¿Si lo estaba yo pronosticando? Ese hombre, con tanto gastar, ¡tenía que venir a dar un batacazo!

-El acontecimiento que V. supone, tendría al menos de bueno el excusarle a V. menudear tanto las visitas a D. Ezequiel.

-No lo crea V., mi general: puedo asegurarle que vengo aquí poco, muy poco; porque a hombres como a mí, añadió pavoneándose ridículamente el bueno del conde, D. Ezequiel se digna visitaros en su misma casa, y puedo asegurar a Vds. que apenas hay día en que mi mujer o yo no tengamos el gusto de verle por allí.

-No todos alcanzamos esa dicha, señor conde, no todos tenemos esa amabilidad que a V. le distingue... y sobre todo, una mujer tan hermosa, tan elegante, tan influyente, como mi señora la condesa, respondió el general, picado sin duda por la estúpida vanidad del marido.

-Pero, ¿qué hace V. de Matilde, señor conde?, ¿dónde se oculta? Estos días no hemos tenido el gusto de verla en el palco, ni en paseo, ni en las sociedades, y sólo apareció ayer a la entrada de S.M., como un ángel bienhechor, para tender oportunamente las alas de su caridad sobre una joven oscura y miserable, que acometida súbitamente por una enfermedad, fue trasportada, con edificación universal, a su casa de V., en el carruaje de la condesa.

El personaje que con tanta familiaridad como lisonja acababa de hablar al conde, no era ministro, ni general: era un simple jugador de bolsa, pero sin fondos; jugaba sin riesgo de perder, porque nada tenía: era sobre todo un buen mozo, elegante, bizarro que gastaba tilburí en el buen tiempo y un landó en los días turbios, construido en Londres, en el cual competía la sencillez con la elegancia: era uno de esos hombres sin más títulos que su arrogante presencia, un aplomo imperturbable, un descaro que a nadie más que a ellos sienta a las mil maravillas, que en ellos únicamente es una prenda de recomendación, y es en los demás excéntrico, ridículo y absurdo; uno de esos hombres que de la noche a la mañana se hacen amigos íntimos de los poderosos, se sientan a su mesa, ocupan su asiento en el palco, pasean en su caballo, les acompañan a todas partes, les acosan, les persiguen; plantas parásitas que se alimentan de la savia que roban al árbol a que se arriman; insectos vampiros que se pegan al hombre y viven de su sangre, sin hartarse nunca, hasta concluir con la existencia del que los mantiene. Tal era Don Saturnino de Artieda, que acababa de dirigir la palabra al conde de Buena-Esperanza.

Éste le contestó, pagado y satisfecho:

-¿Pues cómo querrá V. creer, Sr. D. Saturnino, que son asuntos de mi mujer los que me traen a esta casa? No piensen Vds. que vengo a pedir cosa ninguna a D. Ezequiel. !Oh! Prescindiendo de si en estos momentos se encuentra en situación de ser muy generoso, yo estoy, gracias a Dios, muy contento con lo que el Señor me ha dado; y parece que es una bendición del cielo, pues a pesar de los inmensos gastos de mi mujer, nunca he conocido mis rentas en mejor estado.

-Para los que somos tan amigos de V., respondió Saturnino, son estas noticias muy lisonjeras, y no extraña V. que el mejor día tengamos que recurrir...

-Cuando quiera, cuando quiera: me gusta esa franqueza y marcialidad... Pero, amigo mío, aquí donde V. me ve, estoy sumamente afligido, deshumorado... nunca me ha de faltar un triquitraque... Mi mujer está fatal, ni come, ni bebe, ni se divierte...

-¡Cómo!, ¿el acontecimiento de ayer tarde ha podido afectarla de manera que le quite el apetito? ¡Qué sensibilidad! ¡Qué ternura! ¡Si eso es casi inverosímil en una mujer de mundo, en una mujer... perdone V. la expresión, ¡en una mujer de Estado!, exclamó el ministro sonriendo.

-No, no es eso, se apresuró a contestar el conde. Matilde tiene un corazón hartamente blando, como Vds. conocen, para exponerse dos veces a la influencia de un espectáculo semejante, y la verdad es que no ha vuelto a ver a la joven que llegó ayer enferma en su carruaje. La pena que aflige a la condesa es mucho más antigua, y yo vengo aquí a buscar remedio...

-¿Y cree V. formalmente, señor conde, repuso el general, que D. Ezequiel tenga algún elixir contra el mal humor de la condesa?

-¡Señores, señores, no hay que echarlo a broma!, replicó gravemente el marido. Por más que Vds. se rían, D. Ezequiel es el único que posee realmente el elixir.

-¡Hombre, hombre!, exclamaron todos, vamos a ver; explíquese V.

Vista su porfía y tenacidad en aparecer ridículo, convinieron los tres amigos, con un cambio de miradas malicioso y repentino, en entretenerse un rato a sus expensas. Satisfecho el conde de llamar la atención general, se colocó en medio y con gestos y ademanes exagerados, comenzó en voz hueca, y con cierta gravedad afectada, a referir la historia siguiente:

-Han de saber Vds. que no hace muchos días se le antojó a mi esposa hacerse retratar; llegaba muy pronto mi cumpleaños, y quería sin duda hacerme este obsequio. Pues señor, como es natural, mandó llamar al más afamado pintor en miniatura: yo quise que emprendiese un viaje a París, para que allí la retratasen, porque en España sólo se encuentran pintores de brocha gorda; ella, sin embargo, que ha dado en la flor de proteger las artes, como protege a todo el mundo, me trató de necio y de estúpido, según su buena costumbre, y se aferró en que el retrato lo había de hacer un artista español. Bien que, por otra parte ¿cómo había de llamar a un extranjero?, ¿cómo había de ir a retratarse a París, cuando quería tener la obra concluida dentro de cuatro días?

Todos los circunstantes soltaron espontáneamente una carcajada, y convinieron después muy formalmente con el conde en la imposibilidad de ir a París, retratarse y volver con el retrato en cuatro días.

-Por esto mismo, prosiguió el conde, imperturbable, a pesar de todas mis instancias, se decidió a llamar al artista español.

-¡Adelante, adelante!, le interrumpió el general con impaciencia.

-Le llamó, y le dijo que necesitaba el retrato dentro de cuatro días. -Señora, respondió el pintor, siento mucho no complacer a V.E., pero en cuatro días me es imposible hacer un retrato en miniatura. -¡Cómo no!, repliqué yo, ¿cuando en París le retratan a uno al daguerrotipo en cuatro minutos?

-¡Excelente razón!, exclamaron todos, no pudiendo contener la risa; ¿pero cómo el pintor logró desenredarse de tan intrincado argumento?

-¡Qué sé yo!, se quedó frío como un hielo; me miró de arriba abajo, y encogiéndose de hombros me dijo:

-¡Pues ahí verá V.! Y luego volviéndose a la condesa añadió, que le hacía perder mucho tiempo un retrato que le había encargado Mr. Widergott.

-¡D. Ezequiel!

-Sí, señores, el mismo D. Ezequiel Widergott que viste y calza, le había encargado un retrato de mujer: él, que metido en sus negocios, tan poco caso suele hacer de las mujeres... al menos que se sepa.

-Pero vamos, vamos a ver, repuso el jugador de bolsa, ¿que mujer es esa cuyo retrato ha mandado hacer D. Ezequiel? ¡Si es imposible!, ¡sin decirme nada!, ¡cuando yo se por ápices todo lo que hace y todo lo que piensa!...

-Pues aquí entra lo más chistoso del cuento; porque no sólo lo ignoramos nosotros y lo ignora V., sino que ni el mismo pintor sabe a quién retrata, y sólo le pudimos sacar que era una buena cabeza, una excelente modelo la persona retratada.

-¿Pues no va a su casa?

-No, señores.

-Entonces la retratada irá a la suya.

-Tampoco.

-¿O a casa de alguna amiga?

-Nada de eso: el pintor la ve únicamente en la iglesia todos los días muy de mañana; y sin que la joven se aperciba, el artista, en un rincón de la nave, toma sus apuntaciones, tira sus líneas y hace sus bosquejos, que luego perfecciona en su cuarto de estudio; y vuelve a corregir al día siguiente lo que hizo en el anterior.

-No deja de ser extraña un poco esta aventura, si algo puede haber que no lo sea en un hombre tan extraordinario como D. Ezequiel; pero ¿qué tiene que ver con el elixir y la visita?

-Tiene, sí, por que el pintor ponderó tanto las perfecciones artísticas de aquella *cabeza*, como él llamaba técnicamente al retrato, que mi mujer, artista decidida, quiso obtener una copia, y resistiéndose el pintor, faltó poco para que la diese un ataque de nervios.

-¡Cáspita!...

-Sí, señores, cuanto más ahínco, cuanto más empeño formó la condesa en exigirle una copia del retrato, tanto más obstinado el retratista en negárselo; y aún tuvo la osadía de no querer decirnos qué iglesia era aquella donde la *cabeza* oía misa todos los días:

¡pintorzuelos en fin!, gentecilla, grosera y mal educada. Desde aquel día se advirtió una grande alteración en el humor de mi esposa. No es esto decir que para mí lo haya tenido bueno nunca; pero, amigos míos, eso de no verla comer más que dos o tres platos de almuerzo, una media docena a la comida, y luego un té sencillo y cualquiera friolerilla fiambre por la noche, me alarmó sobremanera: ¡cuando Matilde ha perdido tan lastimosamente el apetito, no hay duda que la aqueja alguna grave pesadumbre! Así pensaba yo, y anoche, al ver que sólo se entretenía con un pavo relleno de trufas flotando en un piélagos de gelatina, no pude menos de exclamar: ¡Mujer, tú no estás en el caso de afligirte con esa niñería: de algunos días a esta parte observo que no te desayunas, y la culpa la tiene esa maldita cabeza...! -¿La del pavo?, me contestó Matilde, de mal humor. - No, mujer, le repliqué, la cabeza de esa Venus de Médicis, de esa Niobe, de esa estatua griega; la cabeza de D. Ezequiel, para que me entiendas.

-¡Bravísimo!, ¿y qué respondió la condesa?, preguntó el general, pudiendo dominarse un poco, y contener la risa que no disimulaban los demás.

-¿Qué había de responder?, replicó impertérrito el conde de Buena-Esperanza: como de costumbre me llenó de improperios, y me llamó bruto y tonto... y... ¡qué sé yo! Lloraba y reía a un mismo tiempo como una loca. ¡Los nervios! ¡¡En teniendo nervios las mujeres, son atroces!!, pero yo me he quitado de cuentos, y por mí y ante mí vengo a pedir a D. Ezequiel una copia de su *cabeza*, como único remedio de volver el buen humor y el apetito a mi desdichada esposa.

La broma y algazara con que los caballeros acogieron las historias del conde de Buena-Esperanza, no llevaban trazas de terminarse, si no hubiese aparecido en la puerta un personaje extraño, que en voz baja, aunque con aire de autoridad, venía hablando en francés con el portero de estrados.

-Pero ¿no le habéis dicho que estuve aquí por la mañana?

-¡Señor!... si todavía no ha salido de su gabinete...

-¡Todavía no!

-En él está desde media noche.

-¿Sin salir?

-Ni un solo momento.

-¿Y no recibió mi esquila?

-Yo mismo se la entregué en mi propia mano.

-¿Y la leyó delante de vos?

-Sí, señor.

-Por supuesto que mostraría desagrado en sus facciones.

-Todo lo contrario, señor; no disimuló su contento.

-Pero a lo menos manifestaría inquietud, desasosiego.

-No, señor, quedó sumamente tranquilo, y aún recuerdo haberle oído decir medio entre dientes: «puedo descansar sobre este negocio».

-¿Y no será posible pasarle un recado?

-Estando metido en su gabinete, al que osase interrumpirle le despediría en el acto...

-Avisad a Arturo que estoy aquí, y que urge extraordinariamente el que yo le vea, ya que no puedo ver a D. Ezequiel.

-Está muy bien, señor.

-Siempre ha de haber importunos, exclamó entre dientes y con mal gesto el recién llegado, dirigiendo una mirada a los que estaban en el salón.

El criado se alejó.

Adalberto Rosenberg se adelantó, sonriendo afectuosamente a los caballeros que tanto le importunaban.

CAPITULO XII

Don Ezequiel y su secretario

En el centro de una espaciosa biblioteca, cuyos estantes de caoba maciza estaban cubiertos de anchurosos cristales y cortinaje de raso verde, alzábase una magnífica mesa de despacho, de ébano resplandeciente, con adornos de plata. Sobre ella había dos pupitres de la misma madera, y dos sillones a entrambos lados, de una hechura más cómoda que gallarda. Sendas pieles de oso blanco, tendidas delante de los sillones, se destacaban sobre la magnífica alfombra de fondo oscuro y con dibujos pérsicos.

Uno de los asientos estaba desocupado; en el otro aparecía lánguidamente reclinado y con la pluma en la mano, un joven de veinticinco a treinta años de edad, de mediana estatura, vestido con primor y sencillez; fisonomía melancólica, dulce y expresiva, ojos negros, cabello crespo del mismo color, mejillas levemente sonrosadas, tez morena, los labios gruesos, barba y bigote espeso, corto y oscuro, que hacían resaltar unos dientes menudos y de un esmalte tan delicado, que casi parecían transparentes. Era, en fin, uno de esos tipos un tanto degenerados de la raza árabe; indolentes y meditabundos a veces, enérgicos y expresivos al salir de su letargo; entusiastas por la causa que abrazan, apasionados siempre, y ardientes y volubles como las arenas del desierto, agitadas por el soplo del *Simoun*.

Después de haber permanecido un rato con la mano izquierda en la frente, y abandonada la derecha sobre el mullido brazo del sillón, levantóse de repente con resolución, y andando a pasos acelerados por el aposento, apenas sus plantas hacían ruido alguno sobre la blanda alfombra. La inquietud estaba pintada en sus penetrantes ojos rasgados, que

solían detenerse en una puerta de ébano y con molduras de plata mate, como la mesa, que le daba un aspecto sombrío y majestuoso.

Alguna vez se acercaba, no sin recelo, al dintel de la puerta, que cerrada herméticamente, sin hueco alguno para la llave, no dejaba paso a ningún rumor de los que tan ávido se mostraba el agitado mancebo. Cien veces sacaba el reloj del bolsillo, y cien veces volvía a meterlo con desaliento y desconfianza. Por fin, encogiéndose de hombros y con un gesto en los labios, que expresaba una indiferencia que no tenía, volvió a sentarse en el sillón, exclamando a media voz:

-¡No hay remedio con este hombre! Es en todo extraordinario, y... ¡nada!, ¡dejarle hacer lo que quiera!....

El joven, se puso entonces a contestar a varias cartas que tenía sobre la mesa; y no habrían pasado diez minutos, cuando arrojó la pluma con impaciencia, y cruzando las manos tornó a exclamar:

-¡Pero, señor, sin fondos! Sin fondos ¿cómo se hace todo esto? ¡Y ese hombre inaccesible toda la noche, toda la mañana!... ¿qué le habrá sucedido? Nunca tanto tiempo ha permanecido encerrado.

Tiró entonces del cordón de una campanilla, y tampoco se sintió el más leve rumor en el aposento.

Al poco rato entró un criado.

-¿Quién fue el último que estuvo ayer con el amo?

-Yo, señor.

-¿Estaba triste?, ¿recibió alguna mala noticia?

-Todo lo contrario: a las primeras horas de la noche le entregué una carta de Mr. Rosemberg, que leyó complacido; después vino un pintor de miniatura, y no sé qué asuntos trataría con él, lo cierto es que me llamó y me dijo: «Tomás, acompaña al señor a la caja, y di que le paguen la cuenta de una obra que ha hecho para mí». En seguida le abrazó estrechamente repitiéndole que estaba prendadísimo de su pincel, y muy contento y satisfecho de la obra. Después que acompañé al artista, me mandó llamar, me entregó una carta para que la llevase hoy por la mañana, y me dijo: Esta noche no duermo. -¿Sale V. de casa? -No, paso la noche en el gabinete; que nadie me interrumpa.

-¡Pero ya es demasiado!, ¡doce horas! Está bien, vete. -Mr. Adalberto Rosemberg quiere ver a V.

-No estoy visible para nadie.

-Dice que un negocio urgente...

-Para nadie.

El criado salió del aposento.

-El negocio urgente, prosiguió murmurando el joven, será pedir dinero. ¡Pedir, pedir como todos! ¿Y cómo le confesamos que ayer para pagar dos mil duros al artista, hubo necesidad de andar arañando hasta el último maravedí? Pedir fondos a estos banqueros de tercera clase, pobretones y hambrientos, sería un descrédito, una humillación... Y entretanto gire V., ¡gire a todas partes contra la casa...!, y entretanto... Pero ¿qué hará ese hombre ahí dentro, tantas horas en ese gabinete? ¿En ese maldito aposento de donde siempre sale despavorido, pálido y desencajado?

El joven no pudo contener un ligero estremecimiento, porque la puerta del misterioso gabinete se abrió sordamente; y como para contestar y desmentir al joven, apareció en el umbral una figura altiva, imponente, melancólica; pero dulce, tranquila y resignada.

Era D. Ezequiel Widergott.

Imposible de describir, imposible también de olvidar aquella fisonomía móvil, fugaz, verdaderamente de Proteo, que mudaba de formas a cada instante; alternativamente sarcástica y melancólica; pero jamás risueña. Su frente recta, ancha, espaciosa, surcada por hondas arrugas que arrancaban del entrecejo, expresaba una ambición sin límites, y un pensamiento siniestro y destructor; y sus azules ojos, escépticos, inquietos y reflexivos, hacían conocer al mismo tiempo que lejos de estar satisfecha su ambición, en su desasosiego y zozobra, temía, como Alejandro, que el mundo había de faltarle a sus conquistas. Para completar su retrato, debemos añadir que tenía gran cabeza, labios pequeños y delgados, donde se anidaba la astucia y la finura; las demás facciones, pronunciadas, y el todo de su rostro, con cierta analogía con el del águila, que le caracterizaba enérgicamente. Era, en fin, un conjunto extraño de ambición, de maldad, de sarcasmo y de infortunio, que a primera vista espantaba; después se compadecía, y por último tenía que amarse con pasión o aborrecerse con encono. Nunca, a su lado, se conocía la indiferencia, nunca la distracción; y los mismos placeres que proporcionaba, violentos y fatales, hacían gozar y sufrir a un mismo tiempo.

Cuando apareció a la puerta del aposento, cubría sus cabellos rubios, bermejos, por mejor decir, que descendían en rizos a los hombros, con un gorro carmesí bordado de perlas y oro por una mano delicada, que había querido echar en esta obra el resto de su habilidad y de sus primores. Luenga y magnífica bata de raso, morada, con dibujos de oro, y ajustada a la cintura con un cingulo de los mismos colores; un pequeño schal de legítima cachemira, descuidadamente ceñido y anudado al cuello, completaban el traje de aquella figura imponente, que por vez primera salía, triste, sí, tranquilo empero y sosegado, del misterioso aposento.

-¿Estáis aquí todavía, querido Arturo? dijo Don Ezequiel a su secretario, con voz dulce, y adelantándose lentamente por la mullida alfombra.

-Hace dos horas que he llegado; estuve despachando el correo, y os aguardaba.

-¿Qué hora es? En verdad que ya es tarde.

-Son las doce.

-¿Con que han transcurrido ya doce horas de este día? exclamó D. Ezequiel con cierta expresión de gozo; pero luego se contestó a sí mismo con desconfianza y decaimiento: ¡aún faltan otras doce!

-¿Queréis firmar estas letras?

-Veamos, respondió el banquero, sentándose en el sillón, en frente de su secretario.

-A tres días vista, y a favor de Mr. Peterson, veinte mil florines contra la casa, en Baden.

-¿Hay noticias del movimiento?

-Sí señor; satisfactorias.

-Me parece pequeña esta cantidad.

-Es la que piden.

-Corriente: firmada.

-A favor de Mr. Sumaloff, contra la casa, en Varsovia... dos mil quinientos rubios. Esta la he puesto a la vista... ¡como es una cantidad tan insignificante!...

-Bien está. Otra.

-A dos meses fecha, en Calcuta, con destino a los propagadores de la China; a favor del reverendo George Wigam, cincuenta mil libras esterlinas.

-¡Diablo! ¡Mucho consumen éstos!

-Y adelantan poco.

-¿Hay noticias?

-Malas.

-¡Nada! ¡Se les acorta la ración! A ver si con el hambre aguzan más el ingenio y esfuerzan los pulmones. Otra.

-A favor de monseñor Savelli, y a ocho días vista, contra la casa, en Roma, ciento cincuenta mil sueldos.

-¡Fuego!, ¡entre los ministros protestantes y los ministros católicos me van a chupar la sangre! ¡Esta gente de iglesia tiene un vientre de antropófagos! ¡Es un abismo sin fondo! ¡Qué tragar dinero!, ¿pues no se le mandó la semana pasada...

-Veinte mil sueldos.

-Arturo, hacedme el favor de pasar la vista por el Sacro Colegio de cardenales, multiplicadlo entero por monseñor Savelli, a ver si hay tesoros en el mundo que satisfagan su avaricia. Muy cara nos vende su conciencia el cardenal... ¡y eso que vale tan poco! Veremos de que nombren a Somariva; de lo contrario me arruinan.

-Difícil lo veo.

-¿Por qué?

-Porque más arruinado que estáis actualmente, dudo que os encontréis jamás.

-¡Arruinado yo!, exclamó D. Ezequiel con una expresión de orgullo satánico.

-No hay un cuarto en caja, y ahí fuera tenéis esperando media docena de tigres, dispuestos a lanzarse contra vuestras talegas y a despedazarlas en un instante.

-¿Cuánto se necesita?

-Ni me atrevo a calcularlo.

-¡Vamos!

-Por de pronto, para pagar estas otras letras, los gastos de las fiestas reales, las deudas enormes que deja el príncipe Guillermo, al salir de Madrid; los pedidos del filántropo Mr. Adam; para sostener la jugada de Bolsa que hemos principiado en unión con el señor ministro...

-Acabad.

-Para seguir teniendo contentos y a nuestra disposición los buenos amigos de Poca-pena...

-Acabad.

-Para todo serán necesarios... por de pronto... media docena de millones...

-¿De reales?

-De duros.

-Está bien: los tendréis.

-¡Cómo!

-¡Que los tendréis, os repito!

-¿Antes de cumplirse el plazo de las letras?

-¿Cuál es más corto?

-A dos días vista.

-Los tendréis dentro de dos horas.

-¿Vais a salir de casa?

-No, hasta el anochecer no salgo.

Arturo sacó maquinalmente el reloj del bolsillo y le dirigió una mirada furtiva.

-Sí, es la una de la mañana, prosiguió el banquero; pero no temáis: sin salir yo de casa antes del anochecer, tendréis a la hora convenida seis millones de duros en caja.

El secretario tenía los ojos muy acostumbrados a ver pasar delante de sí y desaparecer como el humo torrentes de oro que nunca se agotaban, y sin embargo, no pudo menos de dirigir una mirada de asombro, de estupefacción al Crespo de nuestro siglo.

Éste observaba con orgullo y con satisfacción el atónito semblante de su secretario: su labio inferior se contrajo un poco, temblando ligeramente. Si hubiera podido sonreírse D. Ezequiel, se hubiera sonreído entonces.

Muchas veces en un cielo encapotado y sombrío, está luchando el sol para romper las densas nubes que velan sus alegres rayos, con los que intenta acariciar la faz de la tierra; percíbese una claridad un poco más viva, por donde la niebla es tenue y trasparente; el sol parece próximo a triunfar; pero se extienden mas y más los nubarrones, la tierra ingrata los alimenta con las exhalaciones de sus bosques y de sus ríos, y se hunde Febo en los mares de Occidente sin haber sonreído un solo instante a los campos infortunados.

-¿Habéis recibido, Arturo, preguntó aquel hombre acaudalado, alguna nueva comunicación acerca del asunto principal?

-Sí, señor; aquí tenéis una carta de Bourges.

-¿A qué se reduce?

-A pedir como los otros, como todos, vuestro apoyo moral y auxilios pecuniarios.

-¡También ellos! ¡Bien!, no falta ya ninguno. ¿Habéis contestado?

-Sí, señor.

-¿Qué le decís?

-Como a todos, les animo, les prometo vuestro influjo; y sobre todo, pongo a su disposición 50.000 francos contra nuestra casa principal de París: aquí la tenéis, a catorce días fecha y a favor de D. Alejandro de Aramburu.

-Perfectamente: ¿supongo que esta cantidad de 50.000 francos no será arbitraria?

-Efectivamente, no lo es; interpretando siempre vuestros deseos, y calculando además las influencias que pueden tener en el país, trato de equilibrar sus fuerzas. Al que tiene muchas simpatías, poco dinero; al que carece de ellas, grandes caudales.

-Muy bien, muy bien: estáis dando pruebas de un talento admirable y de un tacto exquisito. Sí; bien merecéis que os consulte mi plan, y le desenvuelva completamente a vuestros ojos: pero, ante todas cosas, decidme, ¿habéis recibido noticias de Fernando?

-Ninguna.

-¡Ninguna! ¿Cuándo llegó la última carta?

-Hace tres meses.

-¡Tres meses! Mucho temo que haya burlado la vigilancia de nuestros amigos, y vuelva otra vez...

-No, no lo creáis: la última carta me anunciaba que se habían tomado todas las medidas imaginables; yo desde aquí he seguido encargando a casi todos los correos el mayor cuidado, que no se perdonase gasto ni medio alguno... hasta...

-¡Sí, hasta la muerte!, contestó Ezequiel, con expresión siniestra; y prosiguió diciéndose a sí propio: ¡Todo será preciso para impedir la vuelta del amante de María!, ¡hasta la muerte! ¿Qué importa ya, si al fin ha muerto para ella?, ¿si al fin no han de volver a llorarle sus ojos?

Estas palabras las pronunció D. Ezequiel en voz apenas perceptible, cubriendo su rostro con entrambas manos, y dejando caer su cabeza sobre el pupitre.

-¡Oh!, ¡era necesario desterrar de mi corazón un amor tan insensato! Es indigno, es ridículo que yo que ambiciono dominar el mundo entero; yo que estoy siguiendo la lucha de los gigantes, que ha principiado hace diez nueve siglos... yo, yo continúe atado al carro de una mujer oscura; de una mujer que me aborrece, que me detesta, que se horroriza de mi presencia.

El secretario de D. Ezequiel debía estar sin duda muy acostumbrado a estos trasportes, a estas interrupciones, a estos descarríos de su imaginación; porque sin fijar los ojos en el banquero, que proseguía siempre con la frente reclinada sobre el pupitre, continuó cerrando la correspondencia y poniendo bajo distintos sobres las letras que su principal había firmado.

Éste continuaba inmóvil, como si de repente le hubiese sobrevenido una parálisis: pero en el hueco que había entre su cuerpo encorvado y la mesa, sin que pudiese notarlo Arturo, sacó del pecho un medalloncito de oro que contenía un retrato. Bien pronto la imagen de la mujer hermosa que en él estaba pintada, iba tomando formas irregulares y caprichosas, por los fenómenos de óptica que presentaban las lágrimas, que de los ojos de D. Ezequiel caían en abundancia sobre el cristal de roca que resguardaba la miniatura.

Escondió Widergott su retrato en el pecho, y permaneciendo todavía algún, tiempo en aquella postura, para enjugar sus lágrimas y ocultar su turbación, exclamó:

-¡No hay remedio!, su vida es mi vida, y este llanto el consuelo único de mi corazón.

Alzó luego su frente, levantóse del sillón, y dominándose a sí propio, dijo a su secretario con voz firme y serena, paseándose por el gabinete:

-Escuchadme, Arturo: os voy a consultar sobre uno de los negocios más importantes de mi misión en el mundo.

CAPITULO XIII

Dos príncipes

Observando Arturo que el banquero seguía paseándose con aire meditabundo y sin dirigirle la palabra, le dijo:

-Si queréis consultarme acerca del negocio de Jerusalén, hoy hemos recibido noticias importantes.

-No, esa es cuestión de algunos millones y no merece que en ella nos detengamos.

-¿Es por ventura sobre el estado de las minas de carbón de piedra del Lancashire? Ya he respondido a los directores que no nos satisfacen los rendimientos, y es necesario que apuren más a los trabajadores.

-Bien, muy bien; pero no son negocios mercantiles, acerca de los cuales voy a pedir os consejo; son de más importancia y gravedad. Sí, ha llegado ya la hora de obrar con energía, y aplicar de una vez la mecha al inmenso montón de combustibles, que tantos años hace estamos hacinando.

-Yo quisiera, señor, advirtió modestamente el secretario, que en tan arduos asuntos buscáis los consejos de una persona de más saber y de más experiencia que yo.

-Arturo, creedme: no son los consejos de esas personas los que yo necesito. Aunque no tanto como vos, yo también soy joven... pero quizá tengo la experiencia de muchos siglos, añadió con voz sombría, y si la experiencia, si lo pasado significan algo, era necesario renunciar a lo que el hombre tiene de más bello; a la esperanza, sin la cual no hay goce en el mundo que haga apreciar la existencia. El saber de la experiencia es un saber muy amargo. El arrojo, la temeridad, la confianza que alimenta la juventud, es lo que yo busco: todo lo espero de lo presente, todo del porvenir, nada de lo pasado. ¿Qué os dirá esa turba de sabios encanecidos en el estudio, vicios insensatos que han consumido sus años en la observación del mundo? Gracias si os saben decir lo que ha sido; y siempre querrán vaciar la sociedad futura en la turquesa de la antigua. Creedme, un latido del corazón de un joven, un arranque suyo vale más que los consejos estériles de un anciano, incapaz de obrar y de sentir.

-Pues bien, señor, respondió Arturo con entusiasmo, una vez que os fiáis de mis primeros impulsos, hablad, y mis labios serán intérpretes fieles de los latidos de mi corazón.

-Escuchad, Arturo, he pasado tanto sobre este punto, que mis ideas a fuerza de alambicadas han venido a ser confusas, y es preciso que vayáis escribiendo lo que acordemos, para tener después una pauta segura de nuestra conducta.

-Está bien.

-¿Juzgáis, ante todas cosas, que ha llegado el momento oportuno de lanzarnos a la palestra, hiriendo de frente la cuestión, o suponéis que todos nuestros esfuerzos deben encaminarse a dilatarla?

-Eso, amigo mío, respondió el secretario con viveza, jamás lo preguntéis a un joven. Propio de cobardes es hacer grandes preparativos para la batalla; el que está seguro de

vencer, apenas resuena el clarín de la guerra, desde el seno regalado de los placeres debe lanzarse impávido al combate.

-Tenéis razón, amigo; por otra parte hemos tenido buen cuidado de hacer brotar y de fomentar ambiciones sin cuento; y divididos ya los intereses, sin opinión alguna marcada y constante, en medio de tantas luchas parciales y encontradas, y de tanta indiferencia universal, como habéis dicho muy bien, estamos seguros de obtener el triunfo, y éste será del que más tenga, es decir, del que yo quiera. Escribid:

« Llegó ya el tiempo de tomar parte de una manera resuelta y decisiva en el matrimonio de la Reina.»

-Ya está: pero entre esa turba de príncipes a quienes favorecéis igualmente ¿tenéis algún candidato predilecto que pueda llevar adelante las grandes miras que os habéis propuesto?, ¿hay alguno que sea capaz de secundar los grandes fines sociales que debemos llevar a cabo?

-Existe un príncipe joven, ardiente y animoso, cuyo nombre apenas es conocido, y está más que nadie interesado en dar dichosa cima y remate a nuestra obra. Estoy sin embargo perplejo sobre cuál pudiera darnos mejores resultados; si un príncipe imbécil, de pobre y mezquina educación, que por la costumbre de vivir dominado, que por su poco carácter y falta de energía sea incapaz de tener un pensamiento propio; forzado por su misma indolencia y debilidad a buscar apoyo en los brazos que le tienda el más atrevido: un príncipe que empeñado en detener imprudentemente con antiguos valladares las olas espumosas de la democracia, que han removido de su asiento titánicos peñascos, llegue a verse envuelto y anegado con la nación en las olas del piélago que avanza, o un monarca empapado enteramente en nuestros principios, enérgico, de talento, resuelto y decidido, y sujeto a mí con vínculos indisolubles. ¿Cuál de los dos te parece preferible?

-El último, amigo mío, el último, sin dudarlo.

D. Ezequiel, que continuaba paseándose por el gabinete, miró al joven que le servía de secretario, con aquella mirada perspicaz ante la cual desaparece la grosera corteza de que está ceñido el corazón del hombre, y dijo en voz baja:

-No, no me engaño en la prueba que de él estoy haciendo; merece el puesto que ocupa. Luego añadió, dirigiéndose al joven: ¿en qué fundáis esta preferencia? Un monarca débil es una masa blanda que toma fácilmente todas las formas que quiere darle su favorito: el imbécil hará siempre el mal con la misma tranquilidad y satisfacción que si obrase bien: la ignorancia es obstinada, es terca y presuntuosa, y una vez le hagamos entrar por un carril, no hay miedo de que retroceda jamás. Ved el fruto que han dado esos monarcas; a su sombra se cobijan a los privados, soberanos sin corona, que mandan más que los monarcas, porque reinan sobre los monarcas mismos. La ruina de todas las naciones principia siempre y se termina bajo el imperio de un príncipe débil, y cuando un favorito desea parar a su antojo la inestable rueda de la fortuna, todo su anhelo se dirige a perpetuar el imperio de aquel maniquí con cetro y corona, que a semejanza de los oráculos antiguos, mueve los labios para pronunciar las palabras que los sacerdotes le dictan. Tienen estos soberanos otra ventaja más: si por desgracia su razón se despeja, si el

clamoreo incesante del país encuentra algún eco de sentimientos nobles en su alma, el privado puede ofuscar la llama de la inteligencia que brilla en su entendimiento, encendiendo en su corazón otra más viva, la llama de los amores y de los deleites; su dominación entonces es segura y eterno su triunfo.

-Y qué, amigo mío, ¿por ventura ambicionáis el angustioso puesto de un privado, vos que os hacéis obedecer de los monarcas? ¿Es esta una cuestión de privanza, o una parte de la cuestión inmensa que ha de decidir la suerte de la sociedad entera?

D. Ezequiel seguía paseándose, y al volver las espaldas a su secretario, se encogía de hombros involuntariamente.

-Yo, a lo menos, tal la considero, añadió el joven con entusiasmo, y creo que hemos emprendido una cruzada del pensamiento nuevo, del pensamiento del siglo, contra la autoridad y la rutina. Conozco las razones poderosas que os asisten para pretender que el trono sea cómplice, o más bien coadjutor de la buena causa, en esta lucha de la humanidad, y por lo mismo no debemos desacreditarle. Al verle como le veis en España cercado todavía de una aureola deslumbradora, hacéis bien en mostrar empeño en que del trono emanen nuestros principios.

Arturo detúvose de repente al observar la mirada escéptica y el movimiento sarcástico y malicioso del banquero, y no pudo menos de interpellarle:

-Hablemos claro, ¿deseáis la ruina del trono?

-No, por ahora, no, contestó D. Ezequiel con calma y sin variar de expresión: mientras pueda servir a nuestros designios, ¿para qué nos hemos de privar de su influencia?

-Pues bien: jamás los españoles consentirán de buen grado, que un sitio donde acostumbran a sentarse los ídolos que venera, sea ocupado por un príncipe inepto que lo profane y amengüe. La fuerza y la violencia, una voluntad superior, podría tal vez sellar nuestros labios, pero cada disposición, cada mandato que salga de la esfera vulgar, aquéllos principalmente donde se trasluzca otra inspiración, otra voluntad que la voluntad legal, serían una provocación, un guante arrojado al rostro de una nación pundonorosa, que no ha dejado de recoger ninguno. En fin, no debemos por ahora desautorizar los labios que han de ser intérpretes de nuestras doctrinas.

-Bien, amigo, bien: os estoy escuchando con placer, y aunque no os habéis explicado con toda claridad, vuestras ideas son fijas. Un príncipe imbécil, desacreditado, de viciosa educación, será siempre repugnado por sus súbditos; y cualquier innovación que a su sombra introdujésemos, buena o mala, sólo por ser suya sería mal recibida. Habéis dicho bien: quédense los ineptos para pantalla de privados, que ninguno de nosotros ambiciona un papel tan miserable, que aquí termina siempre en el destierro y en el cadalso. Reservémosle para el día en que fuese necesario provocar una revolución sangrienta; pero entretanto... escribid, añadió de repente aquel hombre singular, con un ademán de monarca.

«El príncipe Guillermo sera rey de España.»

-Señor, repuso Arturo respetuosamente (tanta influencia había ejercido sobre su ánimo el tono de seguridad con que el banquero le había dictado aquellas palabras); señor, el príncipe marcha mañana para sus estados.

-¡Escribid!, contestó D. Ezequiel con voz imperiosa.

« El príncipe no debe marchar de España hasta después de haber ceñido la diadema.»

-Advertid, señor, insistió el secretario, que el príncipe hace mucho tiempo que está viajando de incógnito por Europa, y que su augusto padre, peligrosamente enfermo anhela morir en sus brazos, y trasladar con sus propias manos la corona de sus sienes a la frente de su hijo.

-El príncipe no marchará, porque yo no quiero que marche, y es preciso que se acostumbre a someterse a mi voluntad. Sobrados años de fatigas y desembolsos me ha costado el derecho que tengo sobre sus acciones, para que deje de aprovecharme de él en momentos tan preciosos. ¿Queréis saber a qué está reducida la voluntad, la independencia de ese príncipe a quien me place hacer monarca de España? Esperad, se contestó a sí mismo Ezequiel, abriendo un cajón de la mesa, y sacando un gran manojo de papeles: miradlo: estos son otros tantos talismanes que lo encadenan a un hombre oscuro que ha nacido de un judío miserable: al hombre que hace veinte años iba descalzo por los barrios más pobres de Berlín, con un rollo de telas groseras debajo del brazo.

-¡Cielos!, exclamó con asombro el joven, pasando los ojos por una porción de recibos de sumas fabulosas; supongo yo que el príncipe tendrá empeñadas las rentas de su corona por media docena de años?

-No puede vivir tantos, que con sus rentas alcance a cubrir la mitad de lo que importan estos papeles.

Arturo miró a D. Ezequiel con asombro, casi con miedo.

-Pero ¡Dios mío!, ¿queréis decirme de dónde sacáis esos caudales?, preguntó el secretario, como abismado por la inmensidad de sus cálculos.

El rostro de D. Ezequiel, poco antes casi regio y animado por un fuego de energía que le daba una belleza sobrenatural, tornóse de repente sombrío, y sus ojos, distraídos y vagos, parecían dirigir sus miradas adentro de sí mismo, y que su pensamiento se fijaba en otras regiones.

Eludiendo, empero, la respuesta, dijo a su secretario:

-¿Os asombráis, Arturo? Pues lo que el príncipe ha recibido, es una vigésima parte de lo que yo he gastado; una centésima parte de lo que yo necesito. ¿No es verdad, prosiguió el banquero, enardeciéndose poco a poco y hablando con cierta pausa, como si quisiera saborear sus mismas palabras: ¿no es verdad que estamos en un siglo de corrupción y de miseria en que todo se compra, todo se vende, todo tiene precio; poder y dignidades, ideas, honor, virtud, el alma, en fin, está tasada entre los hombres? ¿No es verdad que si en la prolongación de los siglos siempre ha sido el interés uno de los principales móviles del corazón humano, hoy en que las ilusiones de la gloria y del honor van

desmoronándose al impulso del egoísmo, hoy en que, merced a la organización viciosa de la sociedad, el hombre humilde y miserable puede llegar a ser erguido e inmensamente poderoso, levantando su fortuna sobre la ruina de sus semejantes; hoy en que todas las invenciones, todos los descubrimientos no tienen otro origen que el ansia de sacar mayores utilidades, hoy en que todo se materializa, todo se pesa, todo se mide y todo se reduce a guarismos, hoy, el hombre que más posea, será dueño del honor, de la conciencia, de los pensamientos, del alma entera de sus semejantes? ¿No es verdad que las cámaras y los parlamentos, los cónclaves mismos, se ganan y se corrompen con el oro, y que basta una miseria, un puñado de monedas para que los Mirabeaus, truenen en las convenciones con una elocuencia admirable, aterradora, pero esclava de nuestra voluntad, para que los Alejandro Sestos se sienten sobre la cátedra de San Pedro? ¿No es verdad que son más fáciles estos triunfos en un siglo en que la hidrópica sed de los goces materiales está devorando a la sociedad, removiendo desde el hondo a las clases pobres, deslumbrando con el lujo las familias ricas, para excitar su envidia y sus enconos? ¿No es verdad que se ha trabado una lucha lenta, sorda, pero terrible, eterna, universal, entre los pobres y los ricos? ¿No es esto, amigo mío? Pues bien... ¡Oh!, por esta vez el triunfo no se me escapará de las manos...! ¡Oro tengo, sí, y un príncipe ateo se sentará bajo el solio de la católica España, y un sacerdote renegado bajo la cúpula del Vaticano! Oro tengo, y si con oro no puedo realizar estos dos grandes designios, cuando menos en ambas sillas aparecerán dos príncipes imbéciles, fanáticos, que intenten en vano oponer una resistencia loca, absurda y temeraria a las ideas del siglo, confundiendo en un mismo anatema los principios salvadores con los principios que destruyen.

Al terminar estas palabras era tal la exaltación del banquero, que tuvo necesidad de sentarse, y con sus mejillas encendidas, su pecho levantado y palpitante, sus ojos que brotaban fuego y los torvos surcos de su espaciosa frente, parecía al hermoso y terrible Lucifer de Milton, cuando sentado en medio del pandemonio acababa de arengar a los infiernos.

-¿Pero quién, quién os mantiene viva siempre la fuente perenal de los tesoros que habéis menester para tamaña empresa?

-¡Quién! ¿Pues no estáis viendo que esta fuente existe en las mismas naciones a quienes hago la guerra? Yo, como los grandes conquistadores, pago y mantengo mis tropas con la sangre y el sudor de los pueblos conquistados. ¿No estáis viendo en España millares de gente que se agolpan a mis puertas solicitando con pérdidas enormes, anticipos a cuenta de los atrasos que tarde o nunca han de cobrar del Erario, y que en mis manos al punto se hacen efectivos? ¿No estáis viendo cómo pudiendo yo disponer de inmensos caudales, los fondos públicos suben y bajan al compás de mi mano, como el azogue en el termómetro al influjo atmosférico? ¿No estáis viendo cómo la Francia me suministra sus empresas de caminos de hierro, Inglaterra sus minas de carbón, y todas las plazas el agio, y todas las fábricas el monopolio? No, no os apuréis, querido Arturo, jamás ha de faltarnos el dinero, aunque para gastarlo se den muchos la prisa que se ha dado el príncipe Guillermo.

-¿Pero si el príncipe sabe que queréis abusar de las ventajas que sobre él habéis adquirido?...

-¿Qué ha de hacer sino revolverse inútilmente como un potro indómito y tascar el freno con que le sujeta el arrogante jinete? Sin embargo, sólo en último extremo apelaré a la fuerza: entretanto tengo garantías suficientes en las costumbres y en las inclinaciones de este joven. Amigo de los placeres, de ardiente imaginación, enamorado, galán, todavía no ha experimentado el fuego abrasador de los ojos de vuestras bellezas meridionales; hoy debe haberlo conocido... y no tengáis cuidado, Arturo, el príncipe no marchará de la corte.

Arturo meneó con aire de duda la cabeza, y D. Ezequiel, tirando vivamente del cordón de una campanilla, dijo a un criado que apareció a la puerta.

-Que vayan a llamar a Mr. Adalberto Rosenberg.

-Está aguardando en el salón.

-Que venga inmediatamente.

Marchó el criado, y dos minutos después entró el ayo del príncipe en el despacho de D. Ezequiel.

CAPITULO XIV

Caer en sus propias redes

Tendría el mentor del príncipe Guillermo unos sesenta años; sus cabellos pocos y enteramente blancos; el rostro de color encendido, sobre todo en las prominencias de sus descarnadas mejillas; el cutis terso y lustroso, aunque de pocas carnes, señal de que nunca había sido más grueso: barba afilada, lampiña y sacada un poco hacia adelante; labios delgados y maliciosos; nariz puntiaguda y un tanto inclinada hacia la boca; ojos saltones, vivos e indagadores; fisonomía inmóvil, esclava las más veces de su voluntad avara y maligna; su cuerpo ligeramente encorvado era bastante grueso, y las piernas delgadas. Los modales distinguidos de este personaje, y el aseo, o más bien, el esmero y pulcritud con que vestía, hacían menos repugnante su figura.

-¡Cuánto me lisonjea, Sr. Widergott, dijo al entrar Adalberto, en idioma alemán, cuánto me lisonjea la preferencia que acabo de mereceros! Mil personajes quedan en el salón envidiándome el honor de esta primera visita: pero a bien que pocos podrán traeros nuevas más importantes y más gratas que las que voy a tener la dicha de comunicaros. Llevado de mi impaciencia, pude cometer esta mañana la indiscreción de querer interrumpir el *dulce y tranquilo sueño* que sin duda habréis disfrutado esta noche, después de la carta que os escribí.

-Tan seguro estaba yo, querido Rosenberg, de las felices nuevas que venís a darme, que no debéis agradecer por esta vez el gusto de haberme adelantado a recibirlas, ¿con que según la carta que acaban de darme...?

-¡Que acaban de daros!

-¡Ah! sí, exclamó D. Ezequiel, ¡tenéis razón! La carta me la dieron anoche, y anoche la leí.

-Un enemigo que se distrae, dijo para sí Rosemberg, deja un portillo abierto en su armadura, por donde puede penetrar un puñal.

-Me decíais, prosiguió Ezequiel, que el príncipe se queda en Madrid...

-Y no se moverá por mucho tiempo, ¿no es verdad?, repuso el ayo con cierta sonrisa.

-¿Pero no me diréis cómo lo habéis conseguido?

-Siguiendo en todo ciegamente vuestros excelentes planes, respondió Adalberto, procurando dar a su fisonomía el aspecto más agradable.

-¿Con que según eso ayer tarde lo llevasteis a presenciar la entrada de la Reina?, preguntó D. Ezequiel, lisonjeándose del buen éxito de su propia obra.

-¡Oh!, ¡sí, sí! Allí estuvimos estáticos, embelesados con tanta magnificencia.

-Aquel aparato le deslumbraría; aquel lujo extraordinario debió exaltar sin duda su imaginación, hacerle concebir ideas grandiosas, pensamientos bizarros; y en aquel estado de fiebre y de agitación, se presentaría...

-¡Sí, sí, se presentó; lo estáis diciendo vos mismo!, añadió Adalberto con un entusiasmo de que se estaba burlando interiormente, se presentó...

-¡Oh!, estoy seguro del efecto que produciría en la imaginación del príncipe aquella aparición celestial, aquella virgen, saliendo, como Venus, de entre la espuma de los mares en una concha de nácar. La circunstancia misma de ser elegida entre todas las hermosuras de la corte, debió revestirla de nuevos encantos: su misma oscuridad, su modestia virginal le prestarían el hechizo del misterio, y las ponderaciones de las turbas, las aclamaciones de que, según me decíais, se vio colmada, no hay duda que debieron irritar sus deseos, y hacerle apetecer un fruto ardientemente suspirado por todos y por él solo conseguido. Cada vez me felicito más, querido Adalberto, de un proyecto tan brillante como fecundo en magníficos resultados. ¿Qué importan las riquezas que se han derramado? ¿Qué importa, si cada moneda que sembremos nos ha de producir tesoros inmensos? Pero observo que nada decís... Contadme, contadme la presentación del príncipe en casa de Adela. A mí me pareció conveniente que después de la ovación que forzosamente debía tributarse a Elvira; después que apareciese radiante y deslumbradora, nada mejor que llevarla al espléndido sarao de Adela, donde debisteis llevar al príncipe como un rico lord inglés. Contádmelo todo, Rosemberg. El baile sería magnífico, la cena debió durar hasta el amanecer; Guillermo, como siempre, espléndido, generoso, un tanto alegre y calavera, pero irresistible, seductor; las damas muy compuestas en un principio, tímidas y modestas; pero luego con la agitación de las danzas, con los vapores del Champaña, del Rhin y del Tokey... ¡Elvira eclipsaría a todas con la lumbre celestial de sus negros ojos! Referidme pues este triunfo, confiado a vuestras manos, y os juro que ha de ser uno de vuestros mayores títulos a mi agradecimiento.

Adalberto dejaba que el banquero se espaciase por los ilimitados campos de su fantasía, describiendo a su placer la fiesta, la cena y el baile; pues por más que compusiese sus facciones y las arreglase de mil formas y maneras diferentes, no hallaba una expresión adecuada, un gesto que la satisficiera, para poder decirle a D. Ezequiel, que ni el príncipe ni su ayo habían puesto los pies en casa de Adela.

El banquero, interpretando este silencio por asentimiento, prosiguió diciendo:

-¡Oh!, apenas se presentó Elvira delante de mí, conocí que era imposible que el príncipe pudiese resistir a sus encantos: allí donde clava sus ojos esa niña, tiene que haber una víctima. Yo quise que fuese realmente una muchacha virtuosa y modesta; porque una mujer vulgar, artificiosa, hubiera conseguido tal vez una victoria fácil, pero fugaz, y nosotros necesitamos...

-Efectivamente, tenéis muchísima razón, le interrumpió por fin Adalberto, que acababa de encontrar una buena coyuntura para romper el silencio: de nada nos hubiera servido una victoria fácil, un amor efímero, artificial, y por lo mismo, añadió el diplomático sonriéndose con inefable candor, por lo mismo me pareció prudente no llevar al príncipe a casa de Adela.

El salto que dio el opulento banquero sentado a la sazón en su butaca, fue tan súbito, que por más que el redomado Adalberto lo aguardase, quedó sorprendido cuando vio a D. Ezequiel de pie delante de sí:

-¿Con que no habéis ido?...

-No.

-¿Ni vos ni el príncipe?

-Ni el príncipe ni yo!, contestó Adalberto, que había cobrado toda su serenidad, momentáneamente perdida.

-¿Y el príncipe marcha mañana para sus estados? ¡Oh no será, lo oís, aunque todo el mundo se empeñe en lo contrario!, exclamó D. Ezequiel con energía. Aunque no se trasluzcan por ahora nuestros deseos, aunque todo nuestro empeño deba cifrarse en ocultarlo, y todos le crean muy ajeno a las intrigas que hoy se están agitando en las cortes de Europa, él deberá quedarse aquí, debe ser conocido y amado del pueblo, más que nunca; debe captarse ahora el afecto de los españoles, halagar su orgullo nacional, lisonjear sus hábitos, sus costumbres, sus preocupaciones, y no se moverá de España, ¡no, Mr. Rosemberg!

-Y yo os lo repito, Mr. Widergott, dijo el ayo sonriéndose.

-¡El príncipe es esclavo mío y no se moverá sin mi permiso!, repitió el banquero con insolente orgullo.

-El príncipe es vuestro esclavo, y yo soy esclavo del príncipe, contestó el ayo con la humildad más profunda.

-Pues acabad de una vez con vuestras risas y vuestros enigmas, Rosenberg, repuso medio enfadado Widergott; estamos tratando un asunto tan principal, un negocio tan importante, como un juego de niños. Manifestad de una vez lo que habéis hecho.

-Seguir ciegamente vuestras instrucciones, os lo repito, contestó el ayo clavando sus ojos saltones y perspicaces en el banquero, que no pudo resistir una mirada tan inmóvil y expresiva, y una sonrisa tan amable y aduladora.

Adalberto había excitado las sospechas en el corazón del banquero, y como el diestro pescador de los mares del Norte, que después de clavar el arpón en la espalda de la ballena, suelta brazadas inmensas de cable para que el enorme cetáceo se lance y revuelva a su placer por la inmensidad de los mares, sujeto siempre a la mano del hábil pescador, así Adalberto, seguro de dominar al banquero, dejábale extraviarse en el confuso piélago de sus temores.

-Me estáis impacientando, le dijo D. Ezequiel: ¿cómo os preciáis de seguir mis instrucciones, cuando éstas os prescribían llevar el príncipe a presenciar la entrada triunfal de la Reina, acompañándole después a casa de Adela, y acabáis de decirme que ni vos ni vuestro discípulo os habéis presentado allí?

-Ésa no pasa de ser una pequeña modificación de vuestro plan, tan sabiamente concebido.

-¡Pues qué! ¿Elvira fue a otra casa?, ¿o llevasteis el príncipe a la suya propia?

-¡Ca!, no, señor, no ha habido necesidad alguna ni de Adela ni de Elvira.

-Explicaos, dijo D. Ezequiel impaciente.

-Ayer me dijisteis: «Querido Rosenberg, es preciso que vuestro augusto discípulo no salga por ahora de Madrid; si vos -proseguisteis, con un rasgo de ingenio que os honra sobremedida-, si vos con toda vuestra autoridad de ayo y de Mentor, se lo mandáis expresamente, es más que probable que vuestro dócil discípulo tome mañana la posta»... Me cayó muy en gracia el epigrama y me hizo reír para rato, bien os acordaréis: El único medio -os respondí-, de que permanezca será entonces el que su ayo le mande marchar mañana. «Esto no basta -observasteis profundamente-: por vez primera en vuestra vida podríais estar de acuerdo; porque las instancias de su augusto padre, son cada vez más eficaces, y es necesario que de ésta, de ésta y de la otra manera le hagamos caer en los lazos del amor. Afortunadamente vos no le habéis enseñado una moral tan rígida que pueda fácilmente resistir a sus pasiones». Vuestro plan era magnífico, excelente, admirable. Imposible que a la rudeza de mi entendimiento se le hubiese ocurrido nunca otro mejor, pero...

-¿Pero qué?

-La suerte me lo ha deparado.

-Vamos a ver.

-Es una verdadera aventura novelesca: figuraos que en una de las excursiones del príncipe Guillermo... allá... no sé por dónde, se quedó perdidamente enamorado de una

muchacha extranjera; pero loco... no podéis figuraros... nosotros los hombres de negocios jamás podemos dar crédito a esas pasiones volcánicas, terribles; pero aunque os parezca inverosímil, lo cierto es que existen.

-¡Adelante, adelante!

-Para concluir pronto os diré que hemos tenido la singular ventura de que el príncipe se haya tropezado aquí de manos a boca con esa niña.

El semblante de Adalberto expresaba en aquel instante un aire de júbilo, de broma y de ingenuidad que hubieran alucinado a la persona más prevenida en contra suya. D. Ezequiel le dijo completamente tranquilo:

-¡Magnífico, amigo mío! Os confieso que en mis primeros movimientos de impaciencia, haciendo una verdadera ofensa a vuestro talento, llegué a temer del buen éxito de este negocio.

-Pues os falta saber lo mejor, prosiguió Adalberto, poniéndose de pie y dándole a D. Ezequiel una palmadita cariñosa en el hombro.

-¿Qué hay, qué hay?

-Ya conocéis el genio de mi augusto discípulo; ardiente, atolondrado, travieso, exigente como él solo, trató de averiguar dónde vivía la muchacha, y quitándose de cuentos, la ha robado de casa de sus padres.

-¡Bravo, bravísimo! Ese es un golpe que os honra sobre-manera; pues aunque vuestra modestia lo oculta, no puede desconocerse que se os debe el mérito de la invención; y si la muchacha es honrada, virtuosa, y resiste siquiera un par de días...

-¡Oh!, ¡en ese punto podemos estar tranquilos!, figuraos que la joven es tan esquivada como hermosa, y es mas hermosa que un ángel...

-Vamos, cada vez me confirmo en que todo nos sale a pedir de boca, ¿pero sabéis, Adalberto, que en nuestro entusiasmo por el venturoso rumbo que habéis dado a este negocio, os dejáis arrastrar por el ímpetu de la imaginación? Porque, amigo mío, después de haber visto a Elvira, deben excusarse un poco esas ponderaciones de la hermosura de la joven.

-¡Entusiasmo yo, querido Widergott!, ¡entusiasmo un corazón de sesenta años! ¡Ay!, sólo existe por una cosa: por el celo de nuestra causa. Cuando os digo que la hermosura de Elvira es una sombra al lado de nuestra joven, no hago más que anunciaros sencillamente una verdad.

-Pues bien; no insistiré en defender a punta de lanza la sin par hermosura de Elvira; y yo mismo recuerdo haberos dicho que si el príncipe tuviese una pasión legítima y verdadera, podría evitarnos todas esas seducciones ficticias y preparadas.

-He ahí, respondió Adalberto encogiéndose de hombros, enarcando las cejas y frunciendo los labios con un gesto de imbecilidad con que parecía renunciar a toda idea propia, he

ahí como os he dicho muy bien, que en este asunto no me cabe otra gloria que la de haber seguido ciegamente vuestras órdenes. ¿Pero qué tenéis?, ¿parecéis un tanto pensativo?

-¡Pche...!, ¡no es nada! Pero... ¡qué diantres!, la idea de que esa muchacha aventaja en hermosura a Elvira, me parece un poco extraña, y como que me siento humillado, después de haber merecido mi preferencia entre todas las de la corte. ¿No pudierais decirme qué señas tiene esa joven?

Adalberto hizo todo lo posible por ocultar una sonrisa que apareciendo en sus labios, podía hacerle traición, y tomando un polvo de una caja de oro, dijo clavando los ojos en el suelo:

-Confesad, amigo Widergott, que a mi edad sería muy extraño que fuese a reparar... en... en fruslerías.

-Pero siquiera podréis decirme si era morena... o rubia... o alta o baja.

-Sí, eso sí; contestó Adalberto como discurriendo y fijando sus ojos de lince en el banquero; me hacéis recordar que efectivamente es rubia; ojos azules, muy oscuros y expresivos, rostro ovalado; alta sí, más alta que baja; pero no mucho. Yo creo que debe ser oriunda de Alemania, porque es un tipo de raza escandinava. Pero ¡Dios mío!, ¡parece que estáis incomodado!, prosiguió Adalberto.

-No, no es nada, respondió el banquero, que a cada palabra de Rosemberg iba cambiando de color y de fisonomía.

-¿La conocéis por ventura?, repuso imperturbable el diplomático; ¡oh!, ¡me alegraría mucho!, así os llegaríais a convencer de que nada exagero.

-Proseguid, proseguid; me va interesando mucho vuestro cuento. ¿No sabéis dónde vive esa muchacha?, ¿no sabéis cómo se llama?

-¡Donde vive!, ni podré decíroslo. He frecuentado tan poco las calles de Madrid, he ido tan pocas veces a pie, y menos por barrios extraviados...

-¡Hola! ¿Con que vive en barrios extraviados? ¡Si Enrique no habrá recibido mi carta! ¡Si Doña Idefonsa!.. Si... ¡oh!, no, no quiero pensarlo, exclamó para sí D. Ezequiel, no disimulando ya su inquietud y desasosiego: ¡es una idea que me horroriza!, ¡sería capaz de revolver el mundo entero! ¡María, María en poder de un joven libertino, insolente!

-¡Callad!, exclamó Adalberto sonriéndose tranquilamente; ahora me habéis hecho recordar que vive allá, hacia lo último de una calle muy larga, muy larga... que se llama... ¿cómo diablos se llama esa calle?...

-La de Hortaleza?

-¡Justamente!, calle de Hortaleza.

-¿Y esa joven vive en la calle de Hortaleza? ¿Estáis seguro de ello?, exclamó D. Ezequiel, vislumbrando un rayo de esperanza.

-¡Oh! ya veo que teméis por alguna beldad protegida vuestra, que deba vivir en esa calle; pero si así es, prosiguió Adalberto abrazando cordialmente al banquero, tranquilizaos, amigo mío, la joven que el príncipe ha robado esta mañana de casa de sus padres, no vive en la calle de Hortaleza; vive... y lo recuerdo ahora fijamente, en la calle de San Lorenzo, número 20, cuarto tercero.

-¡María, María!, exclamó D. Ezequiel con una explosión de cólera y de dolor aterradora. ¡No, miserables, no!, ¡no conseguiréis vuestros villanos intentos! ¡Viles insectos que os arrastráis en torno un gigante, con sólo mover un pie seréis aplastados! ¡Pronto, Arturo, un coche!, voy a salir inmediatamente: yo haré conocer al príncipe que es un esclavo, que no debe alzar jamás los ojos adonde los clava su señor. ¡Ay de vos, prosiguió D. Ezequiel, dirigiéndose a Adalberto, ay de vos y de vuestro discípulo si ha llegado a poner sus impuras manos en María! ¡Ay de todos, porque mi venganza sería ciega, inmensa, espantosa, y debiese yo perecer en las ruinas del universo, pero del mundo todo me vengaría! ¿A dónde ha llevado el príncipe a la joven?, preguntó D. Ezequiel en un tono de voz, al cual era imposible dejar de contestar.

Arturo había salido ya del aposento.

-Aquí tenéis las señas, respondió Adalberto tranquilamente, sacando un papel de su cartera: id, id pronto a esta casa, preguntad al príncipe quién le ha estado aconsejando toda la mañana que restituya la joven a casa de sus padres; preguntadle quién ha tomado la defensa de María con un calor cual no pudiera esperarse de sus años; preguntadle quién se ha opuesto enérgicamente a que la llevase a un país extranjero como lo pensaba; y después que os responda a todas estas preguntas, repetidme, si podéis, las palabras que me habéis dirigido.

-Pues bien, Adalberto, guiadme a casa del príncipe, mi presencia sola debe anonadarle.

Al salir D. Ezequiel del aposento para vestirse, se presentó un criado.

-A nadie recibo, le dijo el banquero, antes de que el criado moviese los labios.

-Señor, que es...

-¡A nadie, a nadie absolutamente!, prosiguió don Ezequiel andando apresuradamente hacia su cuarto de tocador.

Pero insistiendo el criado, debió decirle algunas palabras que le hicieron variar súbitamente de propósito.

Lo cierto es que el banquero volvió a entrar en su despacho, repitiendo al criado estas palabras:

-Que venga, que venga pronto.

CAPITULO XV

Debajo de una mala capa...

Diremos ahora cuatro palabras al lector acerca del personaje que en circunstancias tan críticas, y a pesar de la urgencia que D. Ezequiel tenía de salir de casa, al solo anuncio de su nombre pudo detenerle en ella.

Desde el magnífico portal del edificio donde moraba el opulento banquero, arrancaban cuatro gradas de mármol blanco, terminadas por una espaciosa meseta, en cuyos extremos había dos puertas vidrieras. La de la izquierda daba entrada a la habitación del animal doméstico que llaman portero. Pasada esta meseta abríanse dos tramos de escalera que se unían en un mismo descanso, y en medio de entrambas rampas elevábase un suntuoso candelabro de bronce, todo cincelado de las más caprichosas figuras.

El portero, ocupado a la sazón en limpiar cuidadosamente los numerosos mecheros del candelabro, interrumpió su trabajo al ver a un hombre de no muy buena traza, que quería salvar los primeros escalones.

-¡Eh!, ¿a dónde se va? Las oficinas están a la derecha, ¿pues no está V. viendo el rótulo sobre la puerta?

-Yo no voy a las oficinas.

-Pues entonces... ¡largo!, que aquí nada tiene que hacer.

-Usted no lo sabe: yo tengo que ver al Sr. D. Ezequiel Widergott.

-¿A pedirle dinero, eh? ¡A pedir, a pedir! ¡Siempre nos están molestando con la misma cantinela! ¿Por qué no trabaja?

-Suplico a V. me permita pasar a ver a D. Ezequiel.

-Pero hombre, ¿está V. loco, o debe haber almorzado fuerte?, le contestó el insolente asturiano.

-Estoy en mi derecho, solicitando ver a ese caballero, replicó con humildad y entereza el pacientísimo recién llegado.

-Pues yo le digo que el Sr. D. Ezequiel no está en casa, y con todos los derechos del mundo se quedará con la gana de verle.

-¿No está en casa? ¡Dios mío, Dios mío! ¿Seré tan desgraciado? ¿Es cierto que no está en casa?

-Sí, señor, no está... al menos para gente de esa calaña y de esa... ¡Bueno fuera!, que cuando los generales y los ministros y los ricachones se van de aquí muchas veces tamañitos y con las orejas gachas, viniese ahora un... ¡Eh, largo, que ya hemos hablado bastante!

El recién llegado, sin hacer caso de las insolencias del portero, permaneció delante de las escaleras con la mano en la barba, los ojos clavados en el suelo, inmóvil como una estatua, y profundamente pensativo.

-¡Dios mío, exclamaba entre dientes, si la aspereza de este hombre será un nuevo aviso del cielo? Pero ¿qué he de hacer? No me queda otro recurso que insistir, y sería un abandono criminal dejar de tentar este medio. D. Ezequiel está en casa, no hay duda; pero ¿cómo he de conseguir llegar a su presencia? Amigo mío, volvió a decir a su desabrido interlocutor, tenga V. caridad, soy un padre de familia...

-¡Caridad, caridad!, eso es lo que nos dicen todos los que vienen a saquearnos. Pues que, ¿le parece a V. que nuestro bolsillo está aquí a disposición de cualquier badulaque? Váyase con Dios, y si quiere una limosna, aguárdese en la calle, y puede ser que al subir o bajar del coche, el señor Don Ezequiel le arroje un duro.

El rostro pálido, del importuno recién llegado, tornóse de repente encendido como la grana al escuchar los insultos del portero; pero reprimiendo su cólera, le dijo con el acento suave, aunque trémulo y conmovido.

-¿Quiere Vd. decir a cualquiera de la casa, amigo mío, que está aquí Enrique de Carvajal?

-¡Enrique de Carvajal!, exclamó con terror el portero. ¿Es V. el señor D. Enrique?...

-De Carvajal, sí señor.

-¡Adelante, adelante!, pase V. adelante, respondió el portero, apresurándose para abrir la puerta al recién llegado.

Éste, no atreviéndose a dar crédito a tan súbita transformación, permanecía aún al pie de la escalera.

-¿Qué dice V.?

-Que pase V. adelante, Sr. D. Enrique, y perdone V. mi equivocación.

-¿Podré ver a D. Ezequiel?

-Tenemos orden de abrir a V. o a cualquiera de su familia, a todas horas, y con sólo anunciar su nombre podrá V. llegar hasta las habitaciones más reservadas de D. Ezequiel. ¡Ah! ¡caballero! perdone V. mi modo de hablar... a veces uno se equivoca, y no sabe con quién trata. Por Dios, nada diga V. al amo de lo que ha pasado, porque será capaz de despedirme, y pierde V. a un padre de familia.

Enrique nada respondió; su corazón estaba alegremente preocupado con la esperanza que le infundían aquellas muestras singulares de aprecio con que sin conocerlo le honraba el banquero, y era por otra parte sobrado generoso para vengarse. Subió, pues, hasta el cuarto principal, lleno el corazón de las más gratas ilusiones; y allí hubiera pasado una escena semejante a la que acabamos de referir, si al notar la mirada desdeñosa que desde alto abajo le dirigían los porteros y lacayos, que sentados en los bancos verdes de la antesala, estaban dándose tono de señores, no se apresurase a decir el buen Enrique:

-¿El señor D. Ezequiel Widergott?

Nadie se dignó contestarle; pero en el rostro de algún rozagante gallego, menos distraído, estaba retozando una carcajada insolente.

-Pregunto por D. Ezequiel, y me llamo Enrique de Carvajal, añadió el anciano, apelando desde luego al talismán de su nombre.

-¡D. Enrique de Carvajal!, exclamaron todos, los unos bajando los ojos, los otros inclinándose profundamente, aquéllos echando mano estúpidamente a la cabeza, como para quitarse el sombrero que no tenían, y todos poniéndose de pie y apresurándose a abrir las puertas, y guiar por ante-salas, ánditos, y galerías, al atónito anciano, que se encendía de rubor al verse tratado de una manera tan honorífica, que contrastaba con la modestia de su traje y la estrechez de su situación.

Acompañado de dos criados, llegó cerca del aposento donde permanecían aún el conde de Buena-Esperanza, el general, el ministro y D. Saturnino; y los lacayos, antes de que Enrique pronunciase una palabra, dijeron al portero de estrados:

-Este caballero, es el señor D. Enrique de Carvajal.

-Sírvase V. aguardar en este salón, respondió el criado, abriéndole la puerta e inclinándose respetuosamente; voy a pasar recado a D. Ezequiel.

Enrique, con la capa raída sobre los hombros, entró en el magnífico salón, quedándose de pie y cerca de la puerta por modestia y por respeto a los señores que delante de la chimenea seguían todavía entretenidos en amenas conversaciones, y calculando el tiempo que podrían tardar en ver al célebre banquero.

La aparición de un personaje tan nuevo y tan extraño sobre todo en aquellos regios aposentos, no podría menos de dar pábulo a los epigramas y chanzonetas de gente, por entonces cuando menos, ociosa y mal entretenida. Bien pronto las risas no disimuladas, las maliciosas miradas de soslayo, ciertas palabras sueltas y carcajadas bruscas, hicieron conocer a Enrique que la urbanidad de los porteros corría pareja con la de los amos; y Saturnino, por fin, le dijo en voz alta, sin volverle el rostro.

-Pase V. adelante, buen hombre, acérquese V. a la chimenea, que hace un frío de mil demonios.

-Gracias, caballero.

-Venga V. por aquí, prosiguió el elegante, mirándole con una lente. Me parece que esa capa no le debe a V. indemnizar del calor de la chimenea.

-Estoy perfectamente, gracias.

El elegante se levantó a la sazón, y tomando el junquillo por la mitad, dándose suaves golpecitos en el labio inferior con su puño de oro, se acercó a Enrique y le apostrofó con el mayor descaro:

-Siento mucho decírselo a V.; pero me parece que viene V. equivocado: V. busca...

-A V. no, contestó Enrique gravemente.

-V. sin duda busca... continuó Saturnino, sin darse por entendido de la respuesta del anciano, debe V. buscar... a alguno de los pinches de la casa, y siento mucho decirle a V. que no es éste el camino de la cocina.

-Yo, caballero, contestó con dignidad Enrique, siento infinito tener que advertirle, que no es V. quien debe enseñarme el camino.

-¡Pero esto es una insolencia sin límites!, exclamó el elegante, y esos estúpidos criados deben saber que aquí entran sólo las personas decentes.

-Yo soy más que persona decente, caballero; soy un hombre honrado.

-No lo dudo un momento, y desde luego esa facha me está indicando que tal vez la honradez y la virtud no son hoy los caminos más cortos para la prosperidad.

-Efectivamente, tal vez la de V. me confirme una verdad tan amarga.

-¡Hola, hola!, respondió Saturnino medio avergonzado, volviéndose a sus amigos; ¿saben Vds. que el hombre no se muerde la lengua para explicarse, y que si no fuera por la distancia que media entre nosotros, tal vez pudiera terminarse seriamente nuestro diálogo? Siéntese, amigo mío, siéntese, que si espera a D. Ezequie, ya tiene para rato: nosotros estamos aquí desde las once de la mañana.

En aquel momento se abrió la mampara y entró el criado.

-Señores, D. Ezequiel acaba de decirme que negocios de la mayor importancia le privan del gusto de ver a Sus Excelencias.

-¿Cómo es eso?, exclamó el conde de Buena-Esperanza; le ha dicho V. a D. Ezequiel que estoy yo aquí, yo, el conde de Buena-Esperanza?

-¿No le ha dicho V., exclamó el ministro, que teníamos que arreglar aquello?...

-Vuélvale V. a decir, repuso el general, que soy yo el que le estoy aguardando hace dos horas, y añada V. que tal vez otros no tengan la misma paciencia.

-Uno de estos señores es el único a quien se digna recibir mi amo.

-¡Ése soy yo!, exclamó D. Saturnino, dirigiéndose con aire presuntuoso a los demás; como soy su amigo íntimo, su comensal, su...

-El Sr. Enrique de Carvajal puede pasar inmediatamente a ver a mi señor.

El anciano cogió el sombrero de un sillón cercano, saludó con respeto a los circunstantes, miró sin orgullo a D. Saturnino, y atravesó el salón, siempre con su capa raída sobre los hombros, y en pos del criado, que al abrirle la puerta de enfrente, se detuvo para dejarle pasar el primero, haciéndole una profunda cortesía.

-¿Quién será ese hombre?, exclamó el ministro con admiración.

-¡Tanta preferencia!, contestó el general con asombro.

-¡Anteponerlo a mí, siendo yo el conde de Buena-Esperanza y marido de mi mujer!, pensaba el conde estupefacto. Yo se lo contaré a mi esposa... no pongo los pies en esta casa. El irá si quiere por la mía.

-¿Con que no vuelven Vds.?, preguntó D. Saturnino.

-¡Yo no: yo no vuelvo... hasta la noche! Estoy muy ocupado, respondió el ministro, los negocios de Estado no me dejan vivir.

-Es cosa dura; pero... en fin... hasta la noche, exclamó el general.

Y todos se encaminaron hacia la puerta con el sombrero puesto, excepto D. Saturnino.

-¿V. se queda?, le dijo el general.

-Hombre sí, un ratito más; me quedo a... a hacer tiempo.

-Tiene V. razón; D. Ezequiel no ha debido almorzar todavía; ¡agur, agur!...

-No es eso precisamente; pero Vds. han sido testigos de lo que ha pasado entre ese caballero y yo... ha sido una chanza... inocente... sencilla... pero... ya se vé... mi delicadeza exige que aguarde a la salida del señor D. Enrique, para darle la más amplia y cumplida satisfacción.

Todos los circunstantes convinieron unánimes en la justicia, y sobre todo, en la conveniencia de aquel paso, para el comensal de D. Ezequiel, y con un apretón de manos se despidieron hasta la noche.

CAPITULO XVI

Esperanzas frustradas

Aturdido Enrique por la inesperada y benévola acogida que había recibido en aquella casa, le palpitaba el corazón de gozo y sobresalto, con tanta más violencia, cuanto menos pasos le separaban del banquero.

Enterado éste por Adalberto de la historia del rapto de María, en los términos que le plugo explicársela, aguardaba con ansiedad que Enrique apareciese, lisonjeándose aún de que sus noticias serían tal vez más satisfactorias. La primera entrevista, pues, de estas dos personas, extrañas absolutamente la una a la otra, y que nunca se habían conocido, fue del todo familiar, al menos por parte del banquero.

-¿Y María?, ¿qué es de María?, exclamó D. Ezequiel al ver entrar a Enrique en el aposento.

-¿Es V. el señor D. Ezequiel Widergott?, le dijo Enrique sin contestarle.

-Yo soy.

-¿El hombre caritativo y temeroso de Dios, el paño de lágrimas de los desgraciados?

-No sé hasta qué punto puedo temer a Dios: pero deseo saber noticias de María.

-Perdone V. el atrevimiento de venir a interrumpir sus graves ocupaciones; pero el bálsamo de la caridad trasciende a todas partes y no puede estar oculto.

-¿Dónde está?, María.

-Vengo a saberlo.

-¡Cómo!, ¿no ha parecido aún?, ¿no ha vuelto a su casa?

-Señor, sólo en Dios y en V. tengo esperanza de que parezca.

-Parecerá.

-¿Será posible?

-Parecerá.

-¡Ah!, bien me decía Doña Ildefonsa, que nadie salía de esta casa sin el consuelo en su corazón. ¡Bendita sea la divina Providencia, que sabe dar las riquezas a quien las reparte con mano tan equitativa y bienhechora! ¡Señor, he perdido dos hijos!, ¡dos, los más queridos!, ¡los más hermosos!, ¡los más crecidos de todos! La desaparición de uno de ellos ha vuelto loca a mi esposa, y si tarda mucho en entrar por las puertas de su casa, en vez de lanzarse a los brazos de una madre tierna y amorosa, hollarán sus pies un cadáver insensible y yerto. Yo quedaré solo en el mundo, enfermo, pobre, sin recursos para vivir, oyendo pedir pan a cuatro hijos que me restan, sin tener con que cerrarles la boca. Alguno de estos hijos, señor, todavía no ha sabido apartar sus labios del pecho de su madre. ¡Vuélvame V. mis hijos, V. que lo puede todo! ¡Vuélvame V. mis hijos, y evitará una cadena interminable de desgracias!

-Sí, tornará, tornará María al regazo de sus padres! Tan grandes como son mis recursos, todos, todos los voy a interponer para salvar a María. No perdamos tiempo, salgamos inmediatamente en busca suya...

-¿Pero a dónde?

-¡Adónde!

-Sí, señor; mi desventura es tal, que ignoro dónde se encuentra, y quién ha perpetrado el crimen.

-Yo lo sé.

-¡Dios mío! ¿Lo sabe V.? ¿Quiénes son esos malvados?... Pero, no... no debo saberlo. ¿Para qué, si no quiero tenerles odio, si no quiero pedir su castigo? Yo sólo quiero a María, pura, honrada, virtuosa. ¿Pero sabe V. también en que paraje ocultan a mi hija?

-Sí, todo lo sé.

-¿Dónde está?

-Vendrá V. conmigo a verla.

-¡A verla!, ¿cuándo?

-Ahora mismo; V. se presentará, y con su autoridad de padre, y con el influjo que yo puedo ejercer, dentro de pocos minutos estrechará contra su corazón a esa hija que tanto ama.

-¡Oh! ¡Bendito sea Dios! Del cielo sin duda ha descendido un hombre tan cristiano y generoso, para calmar mis angustias y dolores. ¿Pero dónde está María? ¡Oh Dios mío! ¿Se hallará tal vez en esta casa? Después de la esperanza que me ha hecho V. concebir, cada rumor que siento se me figura el de los pasos de María.

-¿Pero cómo, cómo amándola tanto, y después del aviso que recibió V. días pasados, ha dejado arrancársela de casa?

-María salió contra mis órdenes expresas a buscar a su hermano Antonio que había desaparecido la noche anterior; pero ni ella ni Antonio han vuelto, y el único rastro que queda de mi hijo es el reguero de su sangre.

-Antonio parecerá también: sí, estoy al fin resuelto a proteger a una familia tan desgraciada, y nada tema V. en adelante, que no he de consentir que personas a quien tanto aprecio, permanezcan sumidas en la escasez y en la miseria, mientras yo me anego en la abundancia y los deleites.

El gozo del anciano era inmenso, inefable: parecíale un sueño todo cuanto miraban sus ojos: el lujo, el esplendor de aquella casa, las singulares muestras de preferencia, aquel recibimiento casi fantástico, hacíanle esperar el término de sus padecimientos. Veíase ya en medio de sus hijos, acosado por sus caricias, estrechándolos alternativamente en su seno, libre su esposa de la enajenación mental con la vuelta de Antonio: veía las dulces lágrimas de arrepentimiento del extraviado mancebo, y sobre todas estas gratas imágenes descollaba la de María, con la hermosura de un ángel, con la altivez de una diosa; retrato vivo de la mujer inolvidable que le había hecho sufrir y gozar intensamente, y que por lo mismo había dejado huellas indelebles en su corazón.

En el exceso de su entusiasmo cayó de rodillas delante de D. Ezequiel, llamándole su ángel protector y amparo de toda su familia.

Hízole levantar el banquero, y salió del aposento para vestirse.

Enrique y Adalberto quedaron solos en la biblioteca.

-Debe V. considerarse por muy afortunado, le dijo el ayo del príncipe, en haber recurrido a solicitar la protección de este caballero que tan desinteresadamente suele dispensarla.

-¡Ay!, que éste es sin duda uno de los más visibles favores del cielo, contestó Enrique. Bien claro se muestra aquí el brazo consolador de la divina Providencia: ¿a qué atribuir si no, el interés tan grande que nuestra familia le inspira a nuestro bienhechor, esas órdenes preventivas de recibirnos a todas horas, y la inquietud y la ansiedad tan vivamente retratada en su semblante?

-Yo así lo creo, contestó Adalberto, tomando un aspecto de religiosa credulidad: es un verdadero milagro de aquellos con que de tarde en tarde ostenta Dios su poder en favor de sus escogidos, y aunque la hermosura de María es capaz de hacerlos más estupendos, no debemos con sospechas injustas rebajar una acción tan generosa.

-¿Pero conoce D. Ezequiel a María?

-Creo que nunca la ha visto.

-¿Pues entonces...?

-Ahora me hace V. recordar haberle oído tributarla elogios tan ardientes como merecidos; sin embargo conozco mucho a mi amigo Don Ezequiel para empañar con sospechas temerarias el brillo de la caridad que resplandece en el fondo de esta buena obra.

El anciano guardó silencio, y Adalberto observaba con placer sus miradas distraídas y vagas, y las hondas arrugas de su entrecejo, que descubrían la sombra del pensamiento receloso que cruzaba a la sazón por la frente del profesor de música.

D. Ezequiel apareció entonces a la puerta del aposento.

No venía dispuesto para salir de casa; traía la misma bata, el traje mismo con que saliera de la biblioteca: nada había cambiado en él, excepto su rostro, pocos minutos antes animoso, ardiente y airado, y ahora pálido, y decaído; una nube de tristeza y de dolor, velaba el brillo de sus hundidos ojos y alzándolos una vez al cielo con desesperación, clavándolos otra en la tierra con abatimiento, parecía que en lo alto estaba leyendo una sentencia irrevocable y dura, y que sólo en el seno de los abismos encontraba el término de sus padecimientos.

-¿Qué tenéis?, le preguntó Rosemberg.

D. Ezequiel calló.

-¿No salimos?, exclamó Enrique con terror, acostumbrado a ver desvanecidas como el humo sus más gratas esperanzas.

El banquero, de pie sobre el umbral de la puerta y cruzados los brazos en el pecho, guardaba siempre silencio.

-¡Dios mío, Dios mío!, tornó a exclamar el padre, retorciéndose las manos con dolor, ¿qué nueva desgracia me tenéis reservada?

-Ninguna, contestó por fin D. Ezequiel, con voz seca y profunda.

-Vamos, pues, a salvar a María.

-¡Yo... jamás!

-¿No lo ha prometido V.?

-Es cierto.

-¿Por qué no cumple sus promesas?

-¡Ay! ¡Es imposible!

-¿Con que todos me engañan y se divierten conmigo, y juegan con el dolor de un padre, con el honor de una doncella, con las canas de un pobre anciano?

-¡Oh!, basta, basta, no traspaséis mi corazón.

-¡Dios mío! ¿y es tan grande mi desventura que donde todos encuentran consuelo y alivio en sus necesidades, yo he de hallar nuevos tormentos, nuevos dolores y desengaños? Descubra V., al menos, dónde está mi hija; me ha dicho V. que lo sabe, que conoce a sus raptos; yo no necesito más. Iré allí, me presentaré delante de los verdugos de su honra, me arrastraré a sus pies, verán correr mis lágrimas, y si no son tigres, ellos me volverán a María. Hay leyes, hay justicia en la tierra y sabiendo el paradero de mi hija, en nombre de la ley tendrán que abrirme las puertas. ¿En dónde, en dónde está María? Una palabra, y mi gratitud será eterna! Yo nada valgo, señor, pero las bendiciones de una familia honrada son las bendiciones del cielo.

D. Ezequiel permanecía silencioso.

-¡Oh!, ¡por Dios, una sola palabra! Si perdemos un momento, tal vez de este momento dependa la honra de una familia entera; tal vez María haya tenido fuerzas para resistir hasta este mismo instante las seducciones o la violencia de su raptor; tal vez lleguemos como un socorro de la Providencia en un momento crítico y fatal.

-¡Basta, Enrique, basta!, contestó D. Ezequiel, con el rostro horriblemente desencajado por la violencia de los celos, que las imágenes del anciano le habían despertado.

-¡Oh!, no, no cesaré de clamar hasta que V. me restituya lo que he perdido. Si ha sido V. padre, si ha visto V. crecer poco a poco, día tras día a sus hijos, si ha escuchado V. las primeras palabras de sus labios balbucientes, con las que se van formando frases de cariño, de ternura, con graciosa rudeza, que suenan en el corazón paternal como los cánticos de los ángeles en el cielo; si sabe V. las inquietudes, los sobresaltos, los tormentos que hace sufrir un hijo hasta que llega a la edad de Antonio y de María; si conoce V. los desvelos, los afanes que a un padre le cuesta el conservar inmaculada la honra de una hija, que asombra por su hermosura...

-¡Basta, basta! ¡El infierno os está dictando esas palabras, con las que dais tortura a mi corazón! Idos, idos de aquí, que mueran vuestros hijos, que muera María, pero no serán mis manos las que la maten.

-¡Piedad, piedad!, exclamó el anciano, cayendo de rodillas y bañando con sus lágrimas los pies del inflexible banquero.

-¡Dejadme!...

Enrique se levantó entonces con resignación cristiana, y dijo a D. Ezequiel, cogiendo el sombrero y dirigiéndose lentamente hacia la puerta:

-Dios vuelva a V., señor, todo el bien que a mí me niega.

-No consiste en mí negároslo, respondió con impetuosa ternura D. Ezequiel, deteniéndole para que no se alejase, ¿no conoce V. por ventura la extensión de mi dolor? ¿Sabe V. que adora a María; que su vida es mi vida, su honra mi honra; que daría yo gustoso toda la sangre de mis venas por un solo pensamiento suyo, por evitarla el más leve dolor, por merecer de ella una sola mirada que no fuese de horror y de espanto? ¿Sabe V. por ventura que los tesoros inmensos que poseo no valen para mí lo que una leve sonrisa de María, y que mi corazón duro, insensible, egoísta para todos, es sólo para ella tierno, delicado, generoso, y que todo el amor, todo el cariño que niego a los demás, los conservo intactos para esa mujer que sólo una vez me ha visto, hoy hace tres años, para no volverme a ver jamás?

-¡Hace tres años!

-Sí, hoy hace tres años, contestó D. Ezequiel con voz sombría.

-Hoy hace tres años cayó María peligrosamente enferma, y estuvo al borde del sepulcro.

-¡Sí, por haberme visto!...

-Desde entonces este aniversario está marcado en nuestra familia por todo género de desgracias.

-También lo está para mí.

-¿Quién es V.? ¿Qué relaciones le unen con nosotros?

-¿Quién soy yo? No lo sé. ¿Qué lazos me unen a vuestra familia? ¡Ay!, los vínculos de una fatalidad oculta, los lazos de una pasión violenta, feroz, que ha de ser mi tormento, el infierno de mi vida.

-Y ¿por qué, por qué hace V. esas revelaciones a un padre desventurado? ¡He perdido para siempre a María! Esa pasión me espanta más que la violencia de que ha sido víctima y si ha de perecer después, si la flor de su inocencia ha de ser agostada al soplo de esa pasión horrible, aunque la viese próxima a la muerte, no debía tender la mano para salvarla.

-No, no: en mis manos no perecerá: por grande que sea vuestro cariño paternal, el mío es mayor, es inmenso, me ahoga, me mata; pero es un amor puro, inconcebible; es un amor, Enrique, que ha sabido encerrarse tres años en los más estrechos límites del respeto, como sabrá contenerse toda mi vida.

-Pues bien, aunque sea un sacrilegio, aunque sea una humillación, padre como soy, me atrevo a invocar ese amor para salvar a María. Si V. la ama, si no puede vivir sin ella, si

se interesa V. en su felicidad, ¿por qué dejarla tanto tiempo abandonada a merced de sus raptos? Si esto es amor ¿qué otra cosa haría quien la tuviese el odio más profundo?

-Callad, callad, exclamó D. Ezequiel con voz sombría, éste es mi secreto.

-Pero ante todos los secretos está el deber que Dios nos ha impuesto de socorrer a nuestros hermanos, porque todos lo somos, y todos estamos obligados a favorecerlos mutuamente en las grandes calamidades de la vida.

-¡Oh! ¡tal vez, tal vez!, exclamó el banquero, poniéndose la mano en la cabeza y mirando al cielo como si quisiese penetrar los arcanos de la Providencia.

-Sí, exclamó Enrique, concibiendo entonces alguna esperanza, no como amante de María, como hombre debe V. evitarle esta desgracia; que al cumplir el hombre con una obligación, no debe retroceder ante la imagen de peligro alguno.

-Enrique, esperadme un solo momento; voy a entrar en ese gabinete... habéis hecho renacer dudas en mi corazón, y la duda es ya para mí un consuelo; no tardaré muchos instantes. ¡Ah!, si me resuelvo, María está salvada, vuestra familia será dichosa; no necesito más que quererlo, decidirme de una vez, y vuestra suerte será en adelante próspera, tranquila y venturosa. Aguardadme, quizá seré víctima de una preocupación, quizá la fatalidad no sea conmigo tan inexorable.

Dijo D. Ezequiel, y dirigiéndose hacia la puerta de ébano del gabinete, tocó un resorte; abriéronse las hojas de par en par, y volviéndose a cerrar enseguida, desapareció el banquero a los ojos de Enrique y de Adalberto.

CAPITULO XVII

Don Ezequiel en su gabinete

Las personas que más blasonan de indiferentes y de corazón inflexible y entero, suelen rendir silencioso tributo a una pasión, tanto más temible y violenta, cuanto mayores son los obstáculos que le opone su alma, virgen de sentimientos y delicadas afecciones. De igual suerte los hombres de entendimiento escéptico, que suelen burlarse de las verdaderas creencias, y ambicionan ser tenidos por espíritus superiores y privilegiados, por dudar indistintamente y sin criterio de lo que afirma la generalidad, esos mismos, ¡prueba irrecusable de la flaqueza humana!, suelen ser víctimas de una preocupación ridícula, y negando su asentimiento a las verdades admitidas y sancionadas por los siglos, creen ciegamente en lo que nunca admitiría un hombre de recto juicio y de sentido común.

Como si la inmovilidad y el hielo de la indiferencia fuesen la muerte del corazón, y la duda y la incredulidad la muerte del entendimiento, todos amamos, ¡ay!, todos creemos; porque el amor y las creencias son el calor vital del alma. El adusto misántropo pondrá los ojos de su afición en objetos indignos quizá del hombre, y el escéptico acogerá las más absurdas preocupaciones: el amor de aquél, puede degenerar en delirio, y la fe de

estotro en fanatismo: el uno suele amar para su tormento, y creer el otro para tormento de los demás.

Duro, insensible y egoísta D. Ezequiel Widergott, ocupado siempre en amontonar riquezas para satisfacer la ambición que le estaba devorando desde la cuna, se había burlado de los sentimientos más puros del corazón humano, y como nada ciega tanto las fuentes de la ternura, ni nada embota más pronto los sentimientos generosos que el dinero, era D. Ezequiel despiadado, tiránico y exigente; hasta que la Providencia, queriendo sin duda vengar a los que sucumbían víctimas de su esquivia insolencia y humillante desdén, le inspiró una pasión terrible, devoradora, superior tal vez a las fuerzas humanas; desdeñada y mal correspondida, porque de otra manera ni la pasión sería tan grande, ni la venganza completa; y como si la Providencia hubiese querido también vengarse de la guerra que sostenía contra las verdaderas creencias religiosas, lo había hecho víctima de una superstición.

D. Ezequiel estaba vivamente persuadido de que sus favores causaban la desgracia y la muerte de las personas que los recibían, con tanta más seguridad y mayor estrago, cuanto mayor era el afecto que el banquero les profesaba.

¿Era ésta una preocupación? ¿Era una verdad? ¿Era quizá la voz acusadora de la conciencia? ¿Era un símbolo tal vez de la vana y aparente dicha que proporcionan las riquezas, corteza brillante que oculta la inquietud y el desasosiego, como los espléndidos mármoles de un mausoleo ocultan la fetidez, la podredumbre y los gusanos?

No se sabe.

Las personas de sólida piedad quizá lo tengan por un misterio; las de recto juicio por una ilusión; pero en la mente de D. Ezequiel era una verdad funesta comprobada por una larga experiencia, por una cadena de desastres y calamidades.

Como quiera que sea, esta pasión y esta preocupación, eran los dos polos sobre que giraba la vida miserable de aquel hombre, cuyas fabulosas riquezas debían atraer en torno suyo todas las venturas humanas.

Idolatraba en María con ceguedad, con entusiasmo; y el que se jactaba de remover el mundo con la palanca de sus tesoros, era impotente, no ya para ser correspondido, sino para vencer la repugnancia y horror de una niña, débil y desconocida. Amábala con esa pasión inmensa, tiránica, que subyuga y avasalla todos los demás afectos del ánimo; era el único Dios en cuyos altares quemaba el incienso de su dicha y se sacrificaba él mismo en holocausto; y al verla sumergida en la miseria, sobrellevando una vida penosa de trabajos y de privaciones, nunca se atrevió a dirigirla una mirada compasiva, por temor de hacerla más infortunada aún con sus favores homicidas. Y al contemplarla ahora en brazos de un seductor, acosada por sus caricias, alucinada por el encanto de palabras dulces y lisonjeras, próxima tal vez a caer en un abismo de deshonra, no se atrevía a tenderla la mano, por temor de asesinarla con la mano misma que la tendía.

Todos, sin excepción alguna, podían ser partícipes de sus favores: a todos podía repartir sus riquezas, y abrumarles con esa felicidad que anhela el mundo; porque D. Ezequiel, mirando a los hombres como instrumentos de su ambición, a ninguno amaba, a ninguno

compadecía; pero al único ser a quien hubiera sacrificado la dicha de todos, al único a quien tras de sus tesoros le hubiera dado hasta la última gota de su sangre, a éste sólo debía rehusarle su protección, resignándose a ser testigo mudo de su desgracia y de su deshonra.

Al tener noticia del rapto de su amada, en su acaloramiento, en su primer impulso de rabia y de dolor, quiso volar a salvarla, y acostumbrado a no encontrar resistencia a sus deseos, creyó que no tenía más que llegar, ver y vencer, como César, anonadando al príncipe con su presencia. Entonces le anunciaron la llegada del padre de María; su aspecto, su dolor y su confianza, contribuyeron a mantener lejana siempre aquella preocupación fatal. Salió, por fin, del aposento: desaparecieron ante sus ojos los objetos que más vivamente le recordaban la desgracia de su querida, y como si un rayo estallase sobre su frente, le asaltó de improviso la idea cruel, de que favoreciendo a María, a quien amaba tanto, iba a salvarla de un riesgo, en que podía salir vencedora, a costa de una calamidad mayor, cierta, inevitable, y lo que era para él más espantoso, una calamidad que procedía de sí mismo.

¿Por qué daba asentimiento a una preocupación tan extraña? ¿Por qué tan vivamente esta idea fatal se arraigaba en su imaginación, como una rémora que detenía sus pasos, cuando de ellos dependía la salvación de la mujer que adoraba?

¡Ah!, por más que nos sea conocido el irresistible influjo de las ilusiones, por más que una creencia justa y racional se arraigue menos hondamente en nuestro entendimiento que una preocupación absurda, nosotros sospechamos que en el fondo del alma de aquel hombre debía haber alguna cosa fatídica, sobrenatural y misteriosa, que diese un colorido de verdad al extravío de su mente.

¿Estaba D. Ezequiel expiando algún crimen? ¿Estaba cumpliendo alguna condena? ¿Tascaba el freno, por ventura, que le imponía Dios, para que no se desbocase con el inmenso poder de sus riquezas, o tal vez lo que nosotros hemos llamado preocupación sea una verdad amarga a un tiempo y consoladora? ¿Será que los favores que se labran con el oro, desarrollando en nuestro corazón pasiones extrañas, ambiciones súbitas y desconocidas, son siempre dañinos a la felicidad y aun a la vida del hombre? ¿No es cierto que el ansia del oro es una sed hidrópica que nunca se apaga con todos los manantiales de la tierra? ¿No es cierto que el ansia de las riquezas es una hoguera voraz que se alimenta con el dinero, y que cuantos más caudales se le arrojen más crece, más necesita, más se ensancha y más consume? ¿Y no es cierto que una pasión que más exige cuanto más se satisface, debe matar uno a uno los sentimientos nobles del corazón, ahogar los gérmenes de nuestra felicidad, y con ellos los de la existencia?

Sea de esto lo que quiera, las palabras dulces y consoladoras de Enrique, pronunciadas con emoción y fervor religioso, causaron profunda impresión en el ánimo del banquero, haciéndole vacilar y fluctuar en la duda.

Retiróse entonces al misterioso gabinete donde solía sepultarse cuando los hombres le importunaban, cuando la sociedad le causaba hastío y quería pasar largos ratos a solas con sus altivos pensamientos, con sus insondables recuerdos, con las imágenes queridas de su corazón apasionado.

Aquel gabinete era hecho para el goce y recreo de los sentidos, para consuelo del alma; goces y deleites celestiales, empero más puros y varoniles que las sensaciones excitadas en el aposento de la condesa de Buena-Esperanza. El gabinete de D. Ezequiel encerraba objetos de una belleza sólida, rica, incontestable: sorprendidos deliciosamente los sentidos por un conjunto mágico de artefactos, armónicamente colocados, si después se iban considerando despacio uno por uno, el espíritu encontraba un minero inagotable de asombro y de contentamiento.

Era un vasto y magnífico paralelogramo decorado con el gusto y el lujo arquitectónico del tiempo de Luis XIV: componíase de tres cuerpos de maderas preciosas: el primero, un friso de ensambladura de ébano y cedro del Líbano, con embutidos de marfil y molduras de oro primorosamente cinceladas, y en él había robustos cajones donde el banquero tenía encerrados sus tesoros. El segundo cuerpo, que descansaba sobre este zócalo, era de orden corintio, en cuyos intercolumnios se ostentaban riquísimos espejos, que se destacaban sobre el fondo blanco de la raíz del aliso y del olivo primorosamente labradas. El tercer cuerpo, como más visible, era donde el arquitecto, a porfía con el escultor, había echado el resto a sus primores: cuadros simétricamente iguales y de asuntos profanos de los frescos y brillantes pinceles de Tiziano, de Vandick y de Rubens, en preciosos marcos dorados, campeaban entre las caprichosas molduras, hojarascas y arabescos de bronce dorado, de donde arrancaban preciosos arandelas de plata, que derramaban a la noche una luz blanda, suave y regalada. La techumbre de este aposento, modelo en sus detalles de la delicadeza de los cinceles del escultor, dejaba ver en el fondo de las caprichosas combinaciones artesonadas, preciosos rosetones y pinturas al fresco de los más vivos y agradables matices. Los sillones y banquetas, primorosamente dorados y esparcidos en tomo del aposento, estaban interrumpidos por mesas de mosaico, de las que pendían preciosas guirnaldas de rico esmalte y delicada argentería, y en los cuatro ángulos, y a entrambos lados de las puertas y ventanas, alzábanse sobre sencillos pedestales, estatuas de mármol blanco, copias perfectamente ejecutadas de las más famosas que nos ha legado la antigüedad, para asombro y desesperación del arte moderno; cubría el pavimento una mullida alfombra, donde en vivos colores había recamado el artista uno de los más amenos y pintorescos paisajes de la Suiza. Todos los muebles, todos los objetos que se ostentaban en aquel aposento, exhalaban una fragancia que recreaba sin ofender, y reinaba allí siempre una temperatura igualmente suave y templada en todos tiempos y en todas estaciones.

Entre los cuadros que hemos observado en el tercer cuerpo arquitectónico del aposento, había algunos que pudieran tenerse por retratos.

Era el primero un judío de los antiguos tiempos, de barba y cabellos bermejos ensortijados, de mirada falsa, traidora y avariciosa: vestía un traje talar y luengo manto le cubría la cabeza.

El segundo un joven romano de gallarda presencia y de mirada feroz, ceñidas las sienes con una corona imperial.

El tercero un guerrero cubierto de pieles, con apariencias de tigre, osado, intrépido y sanguinario.

El cuarto un hombre de lengua barba y de edad madura, cubierta la cabeza con un turbante blanco y verde.

El quinto un fraile agustino de aspecto inquieto, tétrico y sombrío.

El sexto una figura sarcástica y maliciosa, con el ridículo traje de los últimos tiempos, anteriores a la revolución francesa.

Y el séptimo y último de todos era el retrato del mismo D. Ezequiel Widergott.

Apenas entró el banquero en aquel aposento, se dirigió inmediatamente a un sillón que tenía delante de un escritorio: tendió la vista por los cuadros, deteniéndose particularmente en los retratos; bajó luego sus miradas al sitio donde tenía encerrados sus tesoros. Sacó después un libro manuscrito del pupitre y comenzó a leer con ansiedad y profunda atención, y cada página hacía aparecer en su frente el dolor, la desesperación y la amargura, o la esperanza y el consuelo.

Era aquél un libro donde el banquero, desde que por vez primera se hizo cargo de la fatalidad que perseguía a sus favores, iba anotando la historia de las personas a quienes favorecía.

-Pero este D. Luis de Céspedes, exclamó don Ezequiel, ayer capitán de granaderos de a caballo, y hoy general de ejército, si ha perdido el aprecio de su familia, si le aborrecen o desprecian, ¿es culpa mía por ventura? Mientras yo perseguí a su esposa, se atrevió delante de mí a colmarla de caricias; le pegué un bofetón, sin cólera, sin pasión, nada más que por humillarle a sus ojos; me desafía en el acto, le ofrezco un millón si desiste, acepta, muere su esposa al poco tiempo... ¡es verdad!, mas ¿por qué ha sido? Su esposa le amaba con delirio: él la correspondió finamente mientras gozaba de una mediana fortuna; pero hinchado de repente con las riquezas, el marido celoso y leal, fue en adelante infiel, abandonado, tiránico y orgulloso; su esposa, que no podía resistir la pérdida de su corazón, murió al poco tiempo de pena, amándole siempre y siempre desdeñada por él: ¿qué culpa tengo yo de su muerte? No: si el capitán hubiese hecho buen uso del tesoro con que yo compré su deshonra, mis favores no hubieran muerto a esa mujer que siempre le fue leal y constante. Veamos otro. La condesa de Buena-Esperanza. ¿No estoy colmando de favores a esta señora? ¿No es capaz ella sólo de consumir la mitad de mis riquezas, y sin embargo está recibiendo impunemente mis favores, es feliz, nada le falta? ¡Ah!, ¡sí, le faltan sus hijos! ¡Todos, todos los ha perdido! ¡Oh!, esta espina la tengo clavada en mi corazón. ¡Sus hijos, sus hijos!, ¿pero soy yo culpable de su muerte? ¿No es ella, ella sola, que lleva una vida desordenada, siempre en bailes, en festines, en agitaciones que juzga compatibles con ciertas exterioridades devotas? ¡Ah! Ella, con sus deleites, imita a Saturno, que se tragaba a sus propios hijos.

D. Ezequiel se fue serenando poco a poco, y sus facciones adquirieron aquella regularidad y belleza que imprime la felicidad en el semblante. Había llegado a las páginas más gratas del libro: ni una sospecha, ni una sombra de fatalidad las empañaba: todo en ellas era puro, satisfactorio y consolador; por eso las leyó en voz alta, como queriendo deleitar sus oídos con la suave música de sus palabras, como se deleitaba su corazón con el significado que de ellas se desprendía.

Algunas de estas páginas decían así textualmente:

«EL PRÍNCIPE GUILLERMO»

«A nadie he prodigado tanto mis tesoros como a este agosto joven, en cuyas manos se deshacen como la nieve sobre las ascuas. Los caudales que ha consumido no tienen cuento; asustan a la imaginación. Tengo de todos ellos recibos que puedo hacer valer con grande éxito en tiempo oportuno. El príncipe es espléndido, inconstante, ardiente y generoso, entusiasta y atrevido, y no ha sufrido jamás contradicción alguna: la resistencia le exaspera; los obstáculos son acicates de sus deseos. No tiene más que un superior en la tierra, y ese soy yo: si conociese cuanto pesa sobre su indómita cerviz este yugo, le sería insoportable; pero yo procuro hacérselo suave y ligero, hasta que con él me convenga abrumarle. Es disipado, libertino, calavera; pero todas sus empresas logran un éxito venturoso, y todas sus faltas hallan disculpa en su arrogancia, en su franqueza, en su facundia y gallardía. Hasta ahora ha sido siempre venturoso; no hay seducción que no intente, ni hermosura que se le resista. »

El banquero se estremeció al leer estas últimas palabras, y en su ánimo luchaban dos contrarios sentimientos: por un lado se le presentaba un ejemplo vivo, una prueba irrecusable de la vanidad de sus preocupaciones; por otro, aquellas últimas líneas parecían ser un horrible vaticinio: la sentencia pronunciada por él mismo contra el honor y la pureza de María.

Apresuróse, pues, a leer otras apuntaciones, decidido a volar al socorro de su amada, si le confirmaban en la favorable impresión que las anteriores habían producido en su ánimo.

El primer nombre con que tropezaron sus ojos fue el de

«ELVIRA»

«Joven, huérfana, hermosísima, de diez y ocho años, se me ha presentado con su madre, solicitando algunas cantidades a cuenta de la viudedad: a vista de la hermosura de esta niña, concebí el proyecto de que el príncipe Guillermo se enamorase de ella, y para deslumbrarle más con su belleza, imaginé presentársela a sus ojos de una manera fantástica y brillante. Debía aparecer en un carro triunfal, como elegida entre las más hermosas de Madrid. Lo he conseguido, y según los últimos avisos que acabo de recibir de Adalberto Rosemberg, Elvira ha triunfado completamente, excitando un entusiasmo frenético, y ganando el corazón del príncipe, que, según el mismo aviso, ya no se moverá de Madrid, objeto único a que he destinado las gracias y la hermosura de la huérfana. Ésta es ya feliz, no tiene que temer en adelante la inconstancia de la fortuna. He dado orden para que entreguen a su madre 20.000 duros. Hasta ahora mis favores no le han sido funestos.»

-¡Oh!, exclamó D. Ezequiel, con una expresión de gozo que parecía ensanchar y levantar su pecho. ¿Para qué quiero saber más? ¿No es esto bastante? ¡Sí, sí! He sido víctima hasta ahora de una preocupación vergonzosa, indigna de mí. Nadie pone ya freno a mi dominación. ¡Oh! sólo en este instante he concebido la extensión de mi poder. Es grande, es inmenso, irresistible, omnipotente.

Bajo este punto de vista favorable y risueño consideraba ya Wiergott cuantas imágenes se representaban en su fantasía, convertidas ahora en otros tantos testimonios contra la existencia de aquel influjo funesto.

Llegó entonces a persuadirse tan vivamente de que podría impunemente favorecer a María, que no contentándose con una protección ordinaria, se resolvió a colmarla de felicidad, a embellecer su existencia, haciendo que descollase por su brillo, por su prosperidad y ventura, sobre todas las fortunas, como ya brillaba por su hermosura sobre todas las bellezas.

Esto era natural; se explica con dos solas palabras: su amor era tan grande como su poder.

Levantóse, pues, el banquero con la frente erguida, serena y apacible, en que se traslucían mil proyectos colosales, gigantescos; por vez primera aparecieron como borradas las hondas arrugas que partían de su entrecejo, porque por vez primera se le había ocurrido un pensamiento grande, generoso; un pensamiento puro, digno de un corazón magnánimo y virtuoso.

-Sí, continuó D. Ezequiel, sacando de su seno el retrato de María, sí, consuelo de mi vida, único ser a quien debo algunos instantes de felicidad a costa de muchos años de tormentos; yo haré que el mundo todo te respete como a su Dios, yo haré que ese joven procaz a quien tu regia mirada de indignación no ha bastado a confundir, te eleve por justa reparación a la dignidad de su esposa, y si ha de ceñir muy pronto la real corona que ya vacila en las sienes de su moribundo padre, partirá contigo su trono y su diadema. Aunque sea preciso renunciar a todas las ventajas que tengo sobre él, y a todos los sacrificios que para la consecución de mis planes estoy haciendo desde antiguos tiempos; aunque sea preciso renunciar por siempre al amor de tu corazón, tú quedarás pura, inmaculada, y ese joven insolente sabrá que tu honra vale más que una corona. Tú podrás mirarme con menos repugnancia, sabiendo que me debes tu dicha, tu elevación, pero si el príncipe te ha respetado, ¡ay!, todo, todo se lo perdonaré: yo sabré elevarte de repente a una altura donde todas te miren con asombro y con respeto. Vivirás al abrigo de todo temor para el porvenir, y no turbaré, no, con mi odiosa presencia la dicha que te habré proporcionado, yo me privaré hasta del placer de verte; pero, quién sabe si oyendo bendecir siempre mi nombre en boca de tus padres, si llegas a conocer que me eres deudora del bienestar de tu familia, de tu honra, de tu fortuna, y de la dicha de todas las personas que amas; ¿quién sabe si al fin podrás contarme en este número?

Esta sola idea que cruzó rápidamente por su corazón, hizo estremecer de gozo sus entrañas, y apareció su rostro iluminado con el sol de la felicidad: no era ya la imagen de un ángel caído, que se revuelve en vano para morder la planta ponderosa que le tiene sujeto en los abismos; era su mirada la de un bienaventurado, cuando rotas las prisiones de la mezquina cárcel de su cuerpo, abre por vez primera los ojos y se encuentra en los inmensurables ámbitos del empíreo.

Con ánimo, pues, de realizar aquellos pensamientos gigantescos y generosos, y de satisfacer las exigencias de su secretario, abrió los cajones donde tenía encerrados sus tesoros.

Quedóse luego inmóvil en medio de aquel magnífico aposento, donde por todas partes brillaban las obras maestras del arte, donde el genio del hombre, parecía haberse puesto a prueba para el embeleso del ánimo. Un nuevo atractivo se presentaba a los ojos del banquero; aquellos depósitos rebosaban en metales preciosos, cuyo brillo irradiaba sobre todos los objetos del aposento, sobre el mismo semblante de Don Ezequiel: aquellos tesoros eran entonces el alma, el espíritu vivificador de todo cuanto aparecía en torno: el fuego de Prometeo que animaba las estatuas y daba colorido a las grandiosas imágenes que se agolpaban a la fantasía del banquero.

La figura de éste parecía crecer, ensancharse, tomar formas y proporciones colosales; su mirada era ya arrogante, soberbia, insolente. Aquel salón, a pesar de su grandeza y magnificencia, le oprimía, le agobiaba, parecía una cárcel estrecha; y cerrando los ojos, quiso mejor dirigir las miradas de su imaginación a los confines del mundo, a los espacios de la inmensidad.

-¿Quién como yo?, pensaba aquel hombre, dirigiéndose a los cielos con la fiereza sacrílega de un Ajax, con la soberbia estúpida de Nabucodonosor, con la grandeza de un Alejandro, con el furor de un arcángel revelado. ¿Quién como yo? ¡Nadie pone ya coto ni límites a mi poder! ¡Con esta palanca desquicio el mundo entero! Los hombres se mueven a mi antojo como el trigo de las eras al impulso del aventador. Yo con el oro, cortaré el cabello donde estriba la pujanza de los Sansones, de los fuertes del siglo; yo soy la piedra de la montaña que derriba la estatua de los poderosos, y las ideas y los pensamientos antiguos huyen delante de mí como el polvo delante del huracán. Sí, yo he de conquistar el universo; yo he de conquistar el corazón de María.

Entonces aquel hombre extraordinario, embriagado con el pensamiento de sus triunfos, alargó la mano sobre un montón de oro, y como si el contacto con aquel metal hubiese sido el de una pila voltaica y sus débiles sonidos la explosión de un rayo, lanzó un grito agudo y pavoroso, perdió el color de su rostro, sus miembros todos se crisparon, y cayó de rodillas desplomado, pegada la faz contra el pavimento y cubierto de sudor helado.

¿Qué era lo que entonces había sentido? ¿Qué es lo que le había causado un efecto tan súbito y tan espantoso?

Un azote con que Dios aflige a los malos, lo mismo al rico que al pobre, lo mismo al débil que al fuerte...

Los remordimientos...

Hemos dicho que por vez primera había tenido un pensamiento generoso, un pensamiento puro, un pensamiento magnánimo: el de sacrificar su propia dicha, sus deseos, su corazón a la honra de María: por vez primera, si bien por breves instantes, había vislumbrado la felicidad de la virtud, de la tranquilidad de conciencia, la calma y pureza del bien obrar; y por vez primera debía conocer forzosamente los remordimientos.

Es preciso confesarlo, éstos no asaltan jamás a los hombres perversos y encanecidos en el vicio: los hábitos criminales cubren de una dura corteza su corazón, que les hace insensibles a las punzadas de los remordimientos. D. Ezequiel, que por vez primera iba a perpetrar una acción buena, sin ser dirigida por un mal fin, vio también por vez primera el

fondo horrible de miseria, de degradación y de injusticia que se ocultaba bajo el velo deslumbrador de sus caudales: dotado, de una naturaleza extraordinaria, con una organización privilegiada y una fantasía ardiente y fervorosa, agolpáronsele de repente las espantosas imágenes de los medios con que había adquirido sus riquezas, y en su delirio llegó a confundirlas con la realidad.

Sus manos ¡ay! puestas delante de los párpados, querían alzar una barrera de separación entre el mundo y sus miradas; pero sus ojos veían con más claridad que nunca; tenían una perspicacia cruel, un alcance prodigioso, y al través de los mármoles de su aposento, divisaba un espectáculo horrible que helaba la sangre de pavor.

CAPITULO XVIII

La fuente de la riqueza

El lugar es un profundo subterráneo, un abismo al parecer sin fondo.

Es un laberinto de ánditos y galerías abiertas en penas arenosas, lóbregos, angostos, pero largos, muy largos, que cruzan el abismo en todas direcciones.

Reina en el hueco una atmósfera nebulosa, caliente, espesa y húmeda, y las pardas y negras capas de gres y de carbón de piedra, destilan por todos sus poros un líquido impuro, que cae gota a gota en charcos fangosos, remedando en el silencio gemidos lastimeros como los sonidos melancólicos que lanzan los insectos en países húmedos a la caída de la tarde.

El calor es intolerable, la humedad tan intensa, que pudiera penetrar hasta la médula de los huesos si algún viviente osara sumirse en aquella horrible mazmorra.

La oscuridad es completa, pavorosa: penetran sin embargo, por altísimas y estrechas claraboyas y prolongados respiraderos, rayos de luz tan débiles, que no pudiendo traspasar la densidad de la niebla, iluminan pálidamente tan sólo la negra boca de las galerías, para que se infiera todo el horror de aquellas hondas concavidades.

El aire es infecto, impregnado de gases mefíticos cuya aspiración oprime el pecho, y pudre lentamente los más robustos pulmones.

Reina a la sazón un silencio profundo, turbado únicamente por el ruido de los hilos de agua que se deslizan sin ímpetu, muertos, de una en otra galería.

Imposible parece que haya un hombre de ánimo tan esforzado que se atreva a penetrar en aquella morada letal, vestíbulo sin duda del alcázar de las regiones infernales. Sin embargo, por la boca más ancha de la caverna, asoma una escalera de mano, cuyos primeros travesaños son los únicos que se divisan, perdiéndose los demás en la espesura de las tinieblas. Hay hombres, pues, tan audaces, tan desesperados o tan miserables, que obligados sin duda por una fuerza superior, no rehúsan sepultarse en aquel abismo.

Es el amanecer: despuntan apenas los primeros rayos del alba, y una claridad rojiza ilumina dulcemente un país fragoso y nevado, donde los tejos y los pinos, en vez de hojas que como franja cuelgan de sus ramas horizontales, se ostentan cubiertos de nieve helada y de carámbanos puntiagudos. Por una senda casi borrada por las escarchas de la noche, aparece un enjambre de seres humanos, escuálidos, amarillentos, tiritando de frío y casi enteramente desnudos, encorvados todos, con los ojos clavados en el suelo, como si la débil claridad de la naciente aurora fuese insoportable para sus pupilas, como si hubiesen perdido la costumbre de andar derechos.

Acércanse a la boca del subterráneo, y ¡cosa singular!, los que acometen la temeraria empresa de descender al profundo, son en su mayor parte niños de ambos sexos, de ocho, diez y doce años. Titubean sin embargo antes de poner el pie en la escala: dirigen una mirada profundamente melancólica y tierna a la claridad que asoma en el Oriente. Es una mirada de envidia, de cariño, de despedida; pero un hombre de aspecto feroz blandiendo una verga, lanza un grito ronco y siniestro, y aquellos niños húndense temblando en los horribles calabozos, y bajan tras de ellos vertiendo lágrimas sus madres desventuradas, como si conociesen que sus hijos estaban destinados a perder la vida en las entrañas de la tierra tras de penoso martirio, y se condenasen a los mismos horrores, para no sobrevivir a su desgracia.

Y no por breves momentos van aprivarse los infelices de la luz consoladora del sol, del aire libre para respirar, de estas dos necesidades de la vida, de estos dos consuelos del infortunio, de estas dos grandes riquezas que Dios ha repartido con profusión, con igualdad a todos los hombres, de las que no carecen ni los brutos que hemos esclavizado; aquellas familias miserables van a enterrarse por catorce horas bajo de tierra; entran allí antes que su pálida frente pueda ser teñida con un solo rayo del sol, y salen mucho después que el astro rutilante que ha derramado sus tesoros, y vivificado el hemisferio con su presencia, ha desaparecido ya del horizonte, donde sólo queda el crepúsculo moribundo, débil trasunto de su poder y de su magnificencia.

No existe para ellos el día: el tiempo es una serie de noches trabajosas, largas, eternas, divididas entre padecer y morir, entre no existir o existir invocando la muerte.

El subterráneo, hasta ahora profundamente silencioso y solitario, retumba ya con el estruendo de pico y palas y otros instrumentos, con que aquellos vivientes van extendiendo sus dominios y horadando la tierra, para formar poco a poco y con improbo trabajo un mundo de horror y de tinieblas, bajo el mundo de luz y de hermosura que Dios ha creado en un instante.

Aquellas miserables criaturas que hemos visto a la boca de la cueva, se atan ahora un cinturón de cuero del que penden dos cadenas de hierro, con las que arrastran a gatas, un carrito cargado de mineral y tomando la figura de sapos, entran por una galería estrecha de pocas pulgadas, por cuyo pavimento de fango y de guijarros, desigual y tortuoso, tienen que conducir a viva fuerza una carga pesada, del un extremo al otro del interminable agujero, andando con pies y manos como las bestias, sin más tregua ni descanso que el preciso para cargar y descargar el carro, operaciones en que les obligan a estar tan diestros que se ejecutan con una rapidez cruel y desconsoladora.

¡Cuán penoso es el tránsito por aquellas galerías llenas de sinuosidades y revueltas, en las que deben tener el mayor cuidado y procurar no padecer la más pequeña distracción, para no estrellarse contra las rocas!

Si una capa de mineral se desprende, o les aplasta de una vez, o les intercepta el paso, teniendo que volverse atrás, acaso para tropezar con los mismos obstáculos insuperables, la situación de aquellas criaturas es entonces angustiada, horrible, desesperada. Encerrados en un angosto recinto donde no pueden revolverse: enterrados vivos en aquel sepulcro de rocas, hacen terribles, inauditos esfuerzos para apartar los inmóviles escombros del hundimiento con sus débiles manos infantiles, que se fatigan en vano, sin lograr la más pequeña ventaja: se vuelven al otro lado, y allí las mismas angustias, las mismas dificultades, la misma inmovilidad. Lloran, gritan, claman con desesperado acento, invocan el nombre de su madre, que subiendo espuestas de mineral sobre sus espaldas por la escalera de mano, ignora la desaparición de su hijo, hasta que viene la noche y emprende con uno menos el camino de su cabaña.

El infeliz, entretanto, redobla sus esfuerzos, se revuelve como una serpiente herida, hasta que rendido, desmayado, desgarrados sus miembros, sin voz ni aliento para gemir, se tiende sobre el duro suelo y va contando uno por uno los instantes que faltan para su muerte. ¡Muerte horrible y prematura! ¡A los ocho años de edad! ¡Ah! ¡Cuántas esperanzas concibió su pobre madre al estampar el primer beso sobre su blanca frente!...

Hay allí sin embargo, otros seres más miserables todavía. Su trabajo corporal es nulo, es insignificante, está reducido a abrir y cerrar una compuerta cuando pasa su compañero arrastrando el carro de mineral, y sin moverse nunca más que para esta sencilla y monótona operación, permanece horas enteras dentro de aquel agujero, acurrucado, inmóvil, silencioso, convertido por la avaricia del hombre, de un ser inteligente creado a imagen y semejanza de Dios, en una máquina, en un autómatas que sólo sirve para alargar y encoger los brazos. Aquella inmovilidad, aquella inacción, aquella monotonía estúpida, continua en medio de la oscuridad y del silencio, son un suplicio horroroso, mil veces más insoportable que el trabajo más duro, para un niño que entra en aquellas mazmorras a los ocho años, con toda la frescura de la infancia con toda la viveza y travesura de una edad, en que la sangre hierve, la naturaleza ha menester aire, luz y libertad para su desarrollo, y la inmovilidad es la muerte.

El banquero, asistía con su imaginación a todos estos trabajos, y escuchaba los gemidos de sus víctimas, que como dardos ardientes le traspasaban el corazón.

Sentía caer una por una todas las lágrimas sobre su pecho, que no eran lágrimas, sino gotas de metal derretido que le abrasaban: zumbaban en sus oídos las imprecaciones de los trabajadores, como los graznidos del cuervo que se cierne sobre el cuerpo de un moribundo.

Entretanto los infelices querían suspender un momento su trabajo; pero un sobrestante les empujaba a latigazos, dejando en sus espaldas un surco sanguinoso que luego se tornaba cárdeno y denegrido, o les privaba de un miserable, hediondo y escaso alimento, peor condimentado aun que el que damos a nuestros animales domésticos. Querían ponerse una vez siquiera en pie, recobrando su dignidad, la actitud que Dios ha dado al hombre

para mirar al cielo, y al alzarse en aquellas cavernas, se estrellaban la cabeza contra las rocas del subterráneo: querían enjugar las lágrimas con los harapos que cubrían sus carnes; pero estaban empapados en la humedad de aquella atmósfera y el sudor de sus cuerpos, y dirigían luego a D. Ezequiel una mirada estúpida de envidia y de horror, que le partía las entrañas.

-Somos los trabajadores de tus minas de carbón de piedra, exclamaban al pasar, aquellos desventurados; aquí estamos catorce horas seguidas por un jornal que no basta para alimentarnos; explotas nuestra miseria y nuestra degradación, tú que rebasas en oro para que tus propiedades te lo aumenten y derramas, esos tesoros, que labras con nuestra sangre y con nuestro embrutecimiento, en caprichos y devaneos. ¡Toma, toma el oro de tus minas! ¡TOMA EL ORO QUE NOS DEBES...!

Y aquellos espectros iban pasando, pasando en una larga fila, y cada uno de ellos arrojaba puñados de oro a la cabeza, que como lenguas de fuego le abrasaban.

De repente en aquella hilera de fantasmas apareció María...

¡María!, a los ocho años de edad, agobiada también como los otros, cubierta de andrajos, extenuada, amarillenta, andando a gatas por el duro suelo, con las rodillas descarnadas, que iban dejando atrás un reguero de sangre... Volvió también sus ojos tristes y melancólicos al banquero, y como todos le arrojó las monedas, diciéndole con voz lastimera:

«¡Toma, toma el oro de tus minas, TOMA EL ORO QUE NOS DEBES!...».

Aquellas monedas lanzadas con ímpetu por la mano de María hirieron el corazón de D. Ezequiel con dolores súbitos, intensos, más horribles que todos los dolores juntos que había experimentado en su vida.

Quería huir de aquel espectáculo horroroso, pero en vano; sus plantas no obedecían al impulso de su voluntad: estaba clavado al pavimento como una roca a las entrañas de la tierra, y entretanto llovía el oro que le abrumaba; llovía el fuego sobre su corazón, y zumbaban en sus oídos aquellas palabras de los mineros.

«¡Toma el oro de tus minas, TOMA EL ORO QUE NOS DEBES!...».

Al ver sus angustias y sufrimientos, la interminable fila de espectros prorrumpió en una carcajada horrible, que fue resonando de hueco en hueco por todas las galerías, por todos los ánditos del subterráneo.

Desaparecieron por fin aquellas funestas visiones, y todavía en el fondo de la caverna, resonaban los ecos lejanos con apagado acento aquellas palabras:

« ¡TOMA EL ORO QUE NOS DEBES... QUE NOS DEBES... QUE NOS DEBES!...».

La escena se cambió entonces completamente.

Era una pradera deleitosa de blando césped, matizada de brillantes florecillas, que a la falda de una suave y prolongada colina se extendía del Oriente al ocaso.

La atmósfera pura y regalada recogía todos los aromas que del ensanchado cáliz de las flores, se exhalaban en invisibles nubes que nada le hacían perder de su transparencia. Lamía el pie de la colina un riachuelo serpeando graciosamente con sus pobres y escasos raudales, mansos y cristalinos; y al opuesto lado cerraba la pradera un fresco y pomposo bosquecillo, en cuyos laberintos susurraban los céfiros con bullicioso ruido, y el ruiseñor cantaba sus amores.

Sobre la copa de los álamos y acacias, descollaban cien y cien torres de una ciudad lejana y populosa, teñidas de un velo azulado, y al pie de la alameda extendíase en suave declive un cauce profundo de verde y frondoso césped, y en cuyo fondo no corrían ni murmuraban, sino que dormían silenciosamente las olas verdosas y sembradas de plantas acuáticas de un canal tranquilo como un espejo.

La superficie reflejaba un cielo puro y transparente.

Sobre uno de los graciosos puentecillos que daban paso del bosque a la pradera, apareció un venerable anciano en cuyo semblante estaban retratadas la honradez y la hombría de bien, y la desesperación y abatimiento.

El nevado cabello de su espaciosa y arrugada frente, le caía en desordenados mechones, y sus ojos se fijaban en el fondo del canal, con una expresión siniestra y desesperada: ponía las manos en el antepecho del puente como si quisiese trepar para arrojarse al agua, y le faltaban las fuerzas físicas, o más bien las fuerzas del ánimo.

Alzó luego los ojos, y tendió sus miradas por los espacios inmensurables de un cielo sin mancha: la naturaleza entera estaba tranquila, sosegada; los prados sonreían, los álamos susurraban, y aquel rumor, aquella sonrisa, y aquella calma le estremecían.

Tornaba luego los ojos a la ciudad, y entre los confusos murmurios que de su centro salían, escuchaba los sollozos y gemidos de una mujer todavía joven, todavía hermosa y rodeada de niños tiernos y sonrosados.

De una vida feliz, holgada, llena de regalos y de comodidades, iban a pasar de repente y por el mal éxito de una jugada de bolsa en que había tomado parte el jefe de la familia, al abandono, a la miseria más inevitable y espantosa.

Las manos tiernas y delicadas de aquella mujer que sólo habían tocando blandas y suaves telas de seda y delgado lino, tenían que acostumbrarse ahora a los más groseros ejercicios, y sus pobres hijos, criados en la abundancia y los regalos, llorarían muy pronto, y no tendría su madre pan con que acallar el hambre que los devoraba.

Aquel espectáculo desgarraba el corazón del anciano. ¡Ay!, iba a añadir con su muerte nuevos tormentos a los que ya pesaban sobre su familia: ¡iba a dejarlos abandonados, sin amparo, sin recursos, sin protección alguna sobre la tierra!

Entonces se apartó con horror del puente, y encaminó sus pasos a la ciudad.

-¡Sí!, exclamó, es una cobardía, es una acción indigna de un padre. No, no es posible determinarme a dejar a mis hijos y a mi esposa, solos en la desgracia y en la miseria, y que prefiera evadirme de tantos padecimientos por medio de un crimen. ¡Ah! ¡pero vivir,

vivir sin pagar a D. Ezequiel Widegortt las inmensas cantidades que han vencido en este plazo! Yo, que llevo sesenta años de reputación sin mancha; yo, respetado y querido de todos, ¿cómo me declaro en quiebra y destruyo en un solo instante el crédito labrado con tantos años de honradez y de exactitud? Todos mis capitales no bastan para cubrir una mínima parte de las pérdidas que he sufrido; ¿quién me ha tentado a separarme del comercio de buena fe, del comercio honrado, cuyas ganancias no se labran con la ruina de nuestros semejantes? ¿Quién me ha expuesto a perder caudales que no tenía? ¡Oh! No hay remedio... ¡El descrédito!... ¡La bancarrota!... ¡La deshonra!...

Al decir estas palabras, tornóse atrás el anciano, y como arrebatado por el torbellino de la fatalidad, atravesó rápidamente la distancia que le separaba del canal, y cerrando los ojos y cruzando los brazos, se lanzó al profundo.

Un estruendo siniestro, hueco y pavoroso, vino a interrumpir el plácido silencio que reinaba en la pradera.

El cielo se oscureció de improviso, los árboles enmudecieron, y los céfiros quedaron tranquilos: mustio y sombrío el ruiseñor, guardó dentro de su pecho la armonía de sus quejas, encanto de los bosques enamorados.

Las flores esquivaron sus perfumes, y las olas agitadas del canal exhalaban un olor fétido y hediondo como las de un pantano.

Apareció entonces a la orilla una mujer pálida y desgredada, rodeada de niños que al ver el movimiento del anciano para arrojarse a las aguas, lanzaron un gemido de horror, y gritaron con acento agudo y penetrante.

-¡Padre, padre!

-¡Esposo mío!

El anciano apareció poco después en la superficie, luchando y reluchando con las olas, y en medio del aturdimiento y el zumbido de las aguas, resonaron en sus oídos aquellos lastimeros acentos. Abrió sus nublados ojos, y vio las imágenes confusas de las personas queridas de su corazón, e hizo entonces esfuerzos desesperados para salvar su vida, esfuerzos irregulares que sólo sirvieron para precipitarle al fondo, enredándose cada vez más con las plantas acuáticas y abismándose en el fango.

Tres veces asomó sobre las olas, tres veces abrió los ojos para mirar a sus hijos y a su esposa con ojos cada vez más turbios, y tres veces tomó a hundirse; hasta que por último, inmóvil, con el semblante amoratado, los ojos cristalinos y amarillentos, pero sin luz, y los miembros hinchados y denegridos, flotaba tendido a lo largo como una estatua sobre el sepulcro.

Una persona estaba presenciando esta escena.

Esta persona no perdió ni un solo gesto, ni una palabra, ni un gemido de aquella familia desolada; las olas conmovidas le salpicaban en el rostro, y las miradas del anciano la taladraban el corazón.

Pero a los ojos de esta persona, detrás de aquel cadáver, se presentaron otros muchos, y entrambas orillas se coronaron de las familias a que habían pertenecido.

Hervían allí las ondas en cuerpos humanos, como los pantanos cenagosos en insectos inmundos, el canal era semejante al cauce por donde diariamente corre el río de la muerte a desaguar en los profundos mares de la eternidad.

Al pasar delante del único espectador de aquel terrible drama, se alzó de repente sobre las olas, como sobre un pavimento de mármol, el cadáver flotante del anciano recto siempre, sin hacer la más pequeña inclinación, con los brazos extendidos, los miembros inflexibles, los ojos abiertos y los labios denegridos, única parte de su cuerpo que conservaba todavía movimiento.

-¡Nosotros somos los suicidas, exclamó con acento pavoroso, arruinados por tus agios, en los que siempre tienes seguridad de ganar! ¡Tú con tus inmensos capitales inclinas la balanza de los fondos del lado que te conviene; tú con tu influencia y predominio sobre los hombres de Estado, conoces los secretos que pueden influir en las jugadas! Eramos ricos, éramos felices, éramos el consuelo de una familia dilatada y venturosa; pero tu inmensa fortuna es un monstruo que devora para su alimento la mitad de los vivientes. ¡Ahí te dejamos una prole mísera que sólo ha conocido hasta ahora la sonrisa de la vida; ahí la dejamos para que te maldiga eternamente!

-¡Sí!, exclamaban entonces los de la orilla, ¡maldito sea el hombre que sólo puede ser rico, empobreciendo a los demás! ¡que sólo sonrío cuando los otros lloran! ¡Maldito sea el hombre para quien cada moneda representa la muerte, la esclavitud o la desdicha de sus semejantes...!

Y tanto los unos como los otros le arrojaban puñados de oro, que le caían encima y le abrumaban.

Aquel montón de monedas convirtiéndose de repente en un lago de lágrimas y de sangre, cuyas olas en vez de murmullos lanzaban gemidos desgarradores, y se iban hinchando y creciendo, levantándose poco a poco.

El banquero hacía esfuerzos inauditos para salvarse de la inundación: su figura tomaba formas colosales, proporciones gigantescas; pero aquellas terribles olas iban subiendo y avanzando siempre gemidoras, y cada vez más negras y espantosas.

Ya le llegaban al pecho, ya le subían a los hombros, y crecían y se hinchaban hasta ceñirle la garganta con un dogal.

Ya tocaban a sus labios, penetraban en su boca, y a pesar de su invencible repugnancia, no podía menos de gustarlas y de tragar aquel brebaje amargo y nauseabundo que le abrasaba las entrañas...

Era aquel un tormento insufrible, un suplicio horroroso, en que hubiera caído por tierra el valor y el sufrimiento del más esforzado.

De repente resonó una voz atronadora en sus oídos:

-«¿Tienes sed de riquezas?, ¡BEBE, PUES, LA SANGRE DE LOS POBRES Y LAS LÁGRIMAS DE LOS DESGRACIADOS!».

Y aquel hombre tenía que beber aquel horrible lago para no ser anegado en sus olas.

Cuanto más bebía, más horror y repugnancia le causaban: por dejar de beber una gota hubiera dado la mitad de su vida y sin embargo no podía rehusar ni una sola, porque tenía que obedecer a la voz irresistible que le gritaba:

«¡BEBE!, ¡¡BEBE LA SANGRE DE LOS POBRES; BEBE LAS LÁGRIMAS DE LOS DESGRACIADOS!!».

Pasaron aquellas figuras y llegó en pos de ellas un grupo de jóvenes, en otro tiempo hermosas y honradas, y en cuyo rostro se divisaban ahora todos los caracteres del vicio y de la más espantosa degradación.

-Nosotras, exclamaron, gozábamos pensiones por el tesoro; con ellas y con un honrado trabajo, hubiéramos sido queridas y estimadas toda la vida, conservaríamos aún nuestro decoro y nuestra virtud. Pero como pasaban meses y meses y no cobrábamos una sola pensión, recurrimos a ti azoradas por la necesidad, y hemos tenido que cederte los atrasos de muchos años por el valor de algunos meses, para que al día siguiente tú las cobrases por entero. ¡Míranos!... ¡Eramos el encanto y el embeleso de los hombres, y hemos llegado a ser su horror y vilipendio...! ¡Ay!, quizá tú mismo nos has seducido con el dinero que nos has robado. ¡Serás muy rico; pero serás tan opulento como desdichado!

En aquel grupo de jóvenes degradadas, vio también D. Ezequiel a María.

¡Cuán diferente de aquella María que conoce el banquero, de aquella que deslumbra por su hermosura!

María, con los ojos hundidos, inyectados de sangre, el cutis arrugado, las mejillas excesivamente rojas, hinchados los labios y los dientes denegridos, era a sus ojos un espectáculo más horrible que todos los que había presenciado.

Hizo entonces el banquero un esfuerzo sobre sí mismo: se levantó del pavimento, con la sangre arrebatada, el cabello erizado, los ojos despavoridos y anegado en sudor glacial:

-¡María! ¡María!, exclamó, tendiendo sus miradas alrededor.

Las visiones habían desaparecido.

De todas ellas sólo le quedaba al banquero impresa vivamente en su fantasía la imagen de la deshonra, de la degradación de María.

Parecíale aquella visión un aviso, un anuncio de que el príncipe Guillermo había abusado de su inexperiencia y de su debilidad, y que desde entonces comenzaba la perdición de su amada.

Seguro, sin embargo, de que podía impunemente favorecerla, revolviendo en su cabeza mil proyectos de tremenda venganza, iba a salir precipitadamente del aposento, cuando un nuevo suceso detuvo sus pasos.

CAPITULO XIX

Un nuevo protector

Los ecos suaves y melancólicos de una música apacible poblaron el espacio de vagas melodías, que ahuyentaban las funestas imágenes enseñoreadas por algún tiempo de la exaltada fantasía del banquero, y acabaron de despertarle de sus ensueños pavorosos; como los dulces cánticos de la serenata despiertan a la enamorada joven, cuando entre angustias y congojas sueña en la deslealtad y falsía de su amante.

No habían pasado muchos minutos desde que Don Ezequiel entró en su gabinete, por más que en aquellos breves instantes se le hubiesen agolpado tantas ideas, tantos y tan contrarios pensamientos, cuya explicación nos ha costado algunas páginas. Podía resarcirse aún del tiempo perdido, y avivado por los celos y por crueles sospechas, podía volar al socorro de María. En medio de los terribles padecimientos que había sufrido, le consolaba la idea de poderla favorecer impunemente, sin riesgo de atraer sobre su frente mayores calamidades, como sus favores no habían atraído a su parecer desgracia alguna sobre la desdichada Elvira.

Hemos ya dicho que los ecos de una melodía le detuvieron de improviso, y tal efecto produjeron en su ánimo, que no queriendo dar crédito a sus sentidos, temiendo hallarse aún bajo el influjo de su imaginación acalorada, miraba a todas partes atónito, creía hallarse en otro mundo, en otras regiones, y se pasmaba del poderoso atractivo, de la mágica influencia que ejercían aquellos dulcísimos concetos que derramaban consuelos en el alma.

Aquellas patéticas armonías iban siendo cada vez más claras y perceptibles, y serenaban poco a poco el ánimo agitado del banquero, alejando el recuerdo de sus funestas visiones; como los sonidos del arpa de David alejaban el espíritu maligno del corazón de su monarca.

Nada había aquí de sobrenatural; nada de fantástico ni de ilusorio.

No procedían los ecos de espíritus invisibles que vagando por las auras inundaban el ámbito de regalados acentos: era un coro fúnebre con gran riqueza de armonía instrumental, que atravesando la calle, penetraba por las ventanas del aposento.

Arrastrado por una fuerza irresistible, como los compañeros de Ulises por los seductores cánticos de las Sirenas, asomóse D. Ezequiel a la ventana y tendió sus miradas a lo largo de la calle.

Toda ella estaba ocupada por dos filas de personas vestidas de luto que con los ojos en el suelo y una antorcha en las manos, caminaban con grave paso y triste continente.

No era el banquero el único que había dado treguas a sus pensamientos y ocupaciones para presenciar aquel espectáculo: coronadas estaban ventanas, y balcones de las casas circunvecinas, de gente muda y abatida que se asomaba con semblante mustio y asombrado.

Ni la curiosidad ni la pena se limitaban tampoco a los que presenciaban aquella interminable procesión desde su morada.

Entrambas aceras de la calle rebosaban en muchedumbre apiñada; y no había un rostro donde brillase la sonrisa, donde no estuviese retratado el dolor y abatimiento.

Algunos transeúntes sin embargo llegaban desapercibidos, alegres y risueños por las bocacalles inmediatas: tendían luego una mirada de sorpresa en derredor; acercábanse con curiosidad a los grupos silenciosos, y extrañando el fúnebre aparato y el desaliento de los espectadores, preguntaban sin duda por el objeto de aquella solemnidad. Entonces alguno de los circunstantes, alzando sus ojos al cielo con expresión dolorosa, pronunciaba con sorda voz algunas palabras, y los recién venidos perdían el color de su rostro, hacíanse cruces y tomaban muy pronto el mustio y sombrío aspecto de los demás.

Aquella procesión debía ser cada vez más larga, más interminable: no había persona alguna vestida con traje serio y decoroso que no quisiese tomar parte en ella; era un río que en su prolongado curso se engruesa y alimenta con los arroyos que desaguan en su seno; y ya los ecos de la orquesta que iba al frente de la procesión llegaban débiles y apagados, cuando otra música más grave y profunda vino a borrar las últimas impresiones de la primera.

Era una salmodia fúnebre y religiosa, que los impíos no pueden escuchar sin estremecimiento, y los justos sin esperanza, canto monótono y pausado como la expresión de los dolores humanos; sentido y profundo como inspirado por la amargura y el desengaño; dulce al mismo tiempo y consolador, porque rebosa confianza en un Dios de misericordia.

En medio de tan solemnes armonías escuchábanse también el resonante estrépito de seis blanquísimas yeguas, que con ferrado casco, batían con gracia y majestad el duro pedernal del pavimento. Venían cubiertas de sendas gualdrapas de paño negro, galoneadas de oro y ostentaban sobre la frente pobladas plumas de penachos negros que descendían en lánguidos desmayos, como las ramas de un sauce funeral.

Arrastraban los seis briosos animales un carro magnífico forrado de terciopelo del mismo color, con galones y franjas de plata, y en la cima del carro aparecía un ataúd descubierto y un cadáver.

Cuando éste pasaba delante de los grupos, y debajo de las ventanas, escuchábase un sollozo general, y no había un corazón tan empedernido que no se derritiese en lágrimas.

En pos del carro fúnebre seguía una fila de carruajes, que lenta y sosegadamente y con el sordo estruendo de las ruedas y pisadas de caballos, iban unos tras de otros indicando en su lentitud la solemnidad de la ceremonia.

No se alcanzaba a ver el término de aquel acompañamiento.

Si el horror a la muerte es un instinto y un sentimiento general en todos los vivientes, para nadie, sin embargo, es tan repugnante y horrible como para las personas opulentas, rodeadas de todos los goces y encantos de la vida, y que tienen apegado su corazón a las riquezas.

Apenas conoció el banquero que era un espectáculo fúnebre el que tenía delante de sus ojos, quiso apartarse de la ventana con un gesto de desagrado: mas a pesar de toda su repugnancia, una fuerza superior le obligaba a permanecer inmóvil. Cuanto más desagradable era para él aquella escena, tanto más interés sentía en presenciarse.

Quería burlarse de la sagrada ceremonia, buscaba sarcasmos en su mente para ridiculizar cuanto veía, pero en vez de sarcasmos encontraba suspiros, y cada vez mostraba mayor interés, mayor afán en conocer el fin de aquella lúgubre aventura y saber a qué persona se debían tan extraordinarios honores.

¡Cuán lejos estaba de sospecharlo!, ¡cuánto le hubiera costado creerlo si no lo hubiese visto! Y aun después de visto, ¡cuánto no diera porque fuese una ilusión de sus sentidos, un sueño, aquel espectáculo más terrible que todos los anteriores!

Tributáronse los últimos honores a una joven; flor tronchada por la guadaña de la muerte en el día de su belleza; marchita por el hálito de los sepulcros cuando más frescos y vivos se ostentaban los matices de su brillante corola. Era un cadáver que al lado derecho traía la palma de la pureza, cuyo extremo sobresaliendo un poco del ataúd, se cimbreaba graciosamente, como allá cuando formaba parte de la gallarda copa de la palmera, mecida por las auras de la mañana.

D. Ezequiel no pudo mirarlo sin estremecimiento.

Era una joven, una virgen, y estas dos ideas le trajeron a la mente el pensamiento de la posibilidad de la muerte de María.

Hubo un instante en que creyó vislumbrar en el cadáver los rasgos de su amada, y aquel instante de duda equivalía a un siglo de tormentos.

Pronto se desengañó.

La hija de Enrique tenía cabellos rubios, como el oro; y el cadáver negros y lustrosos como el ébano, tendidos hasta las rodillas en desmayadas trenzas.

Al hacer estas observaciones, otra idea más exacta, más cierta, pero cruel, horrible, asaltó la imaginación del banquero.

Aquella joven estaba vestida con una túnica sencilla de muselina blanca; sus negros cabellos ceñidos por una guirnalda de rosas; su traje se asemejaba al de los ángeles esculpidos en los sepulcros de la edad media... ¡era el mismo que D. Ezequiel había escogido para Elvira...! Aquella joven tenía cabellos negros... ¡cómo Elvira! Su estatura... ¡era la estatura de Elvira...!, su rostro aunque desfigurado ¡era una sombra del rostro de Elvira!...

Sí, no había duda... ¡Aquel cadáver era el cadáver de Elvira!

La muerte de esta joven ayer robusta, triunfante y venturosa, a nada podía atribuirse sino a los favores homicidas de D. Ezequiel...

¡Cuán doloroso, cuán terrible era este pensamiento en los críticos instantes en que el banquero se había decidido a proteger a María!...

Tan inmensa, tan profunda le parecía su desgracia, tamaño el rigor de su destino, que D. Ezequiel se imaginó que todo era un sueño como los pasados, que era inverosímil tanta desventura, y quiso dudar de que aquel cadáver fuese el de la joven vitoreada ayer por la ardiente y loca muchedumbre.

Tendió los ojos en derredor.

En cada semblante quería leer una respuesta satisfactoria.

Parecíale que aquel anciano en que se fijaban sus ojos, lloraba la muerte de una hija, aquel joven la de una hermana, la de una querida... Así el banquero se consolaba con que todos llorasen la pérdida de lo más amado de su corazón, como no llorasen a Elvira.

Pero ¿quién podía excitar un llanto tan universal, quién podía infundir tan acerbo dolor en los semblantes, sino aquella joven llevada ayer en triunfo por la multitud en el trono de la hermosura, y conducida hoy al sepulcro en el trono de la muerte? ¿Quién podía arrancar gemidos tan lastimeros, sino aquella Evira que avasallaba ayer con una mirada de sus ardientes ojos y hoy los tenía perpetuamente cerrados a la luz?, ¿aquella boca de donde ayer salían acentos consoladores que hallaban ecos en el fondo del corazón y hoy estaba para siempre muda? ¿Aquellos labios que hoy exhalan fetidez, y donde ayer se anidaba la sonrisa? ¿Aquel semblante tan encendido, encanto y regocijo de un pueblo entero y hoy rígido, inmóvil, insensible al dolor universal que excitaba?

¡Ay!, ¡sí, era ella! La que ayer era envidia de los unos, y encendía la fiebre del amor y del entusiasmo en los otros, hoy inspiraba lástima a todos; la reina de la hermosura era ya un poco de polvo corrompido: y para que no quedase duda ninguna a D. Ezequiel, el nombre de Elvira, pronunciado por todos entre sollozos, llenando los ámbitos, subía en las preces que se dirigían al cielo.

Renunciemos a pintar la profunda desesperación y abatimiento del banquero. Hay escenas que el lector más insensible y rudo, las comprende mejor que pudiera expresarlas la más diestra y ejercitada pluma.

El dolor y la desesperación de D. Ezequiel, sólo pudieron comprenderlos Enrique y Adalberto, cuando al verle salir del gabinete, notaron su semblante apesadumbrado y sombrío.

El padre de María fijó sus ojos con terror y estremecimiento en el banquero.

Adalberto le clavó los suyos con aire investigador y reflexivo.

Después de algunos momentos de silencio, le dijo D. Ezequiel con voz áspera y sombría.

-Marchad, Enrique: no esperéis de mí protección ninguna, ni vos ni vuestros hijos.

El anciano quiso replicar; pero sus palabras quedaron anudadas en la garganta: miró a D. Ezequiel con una expresión de dolor, de amargura y de despecho que el banquero no tuvo fuerzas para resistir: su corazón se enternecía, se partía de dolor. Conoció que su valor estaba próximo a desmayar, que iba a sucumbir, y haciéndose violencia, volvió a repetir bruscamente con la misma aspereza:

-Marchad de aquí, no puedo hacer nada por vos.

Enrique volvió las espaldas dirigiéndose a la puerta del aposento, y procurando reprimir sus lágrimas que se agolpaban a sus ojos.

Entonces Adalberto, que había estado observando profundamente a entrambos, se dirigió con aire de resolución y de franqueza al profesor de música, y le dijo con acento de lástima y de ternura:

-Amigo mío, todos os abandonan; pero habéis encontrado un nuevo protector.

Enrique, mirando al cielo con turbios ojos, le indicó que sólo en Dios tenía confianza, y se alejó desdeñosamente.

-Es justa vuestra desconfianza, repuso Adalberto volviendo a detenerle: los hombres se han burlado tantas veces de vuestros padecimientos, que no tienen ya derecho a que los creáis sinceros; mas por lo mismo que lo conozco y os hablo en este lenguaje, debéis creerme.

El anciano no hacía ya resistencia para marchar, y le miraba con recelo, pero sin desdén.

-Creedme, amigo mío, tal vez, aunque indigno, yo sea un instrumento de la protección que sólo esperáis del cielo.

-¡Ah!, exclamó por fin Enrique con dolor, ¡no hay consuelo para mí!...

-No esperéis de mí vanas promesas: ahora mismo vendréis conmigo; yo conozco el paraje donde ocultan a María, yo conozco a sus raptos: venid, venid y no perdamos un solo instante.

Tantas veces se había dejado Enrique alucinar por las esperanzas más bien fundadas, que apenas le hacían impresión alguna las palabras de Rosemberg. Pero Don Ezequiel como si despertase de una horrible pesadilla, miró al ayo del príncipe con una expresión inefable de gozo, de afán y de profundo reconocimiento, mucho más elocuente que cuantas frases pudiera dirigirle.

Adalberto conoció todo el valor de aquella mirada.

- Sí, sí, prosiguió, tomando afectuosamente la mano del buen Enrique: consolaos al fin, honrado y virtuoso padre de familia: el cielo se apiada de vos; pero no inculpemos la extraña conducta de nuestro buen amigo D. Ezequiel. Respetemos los secretos que

puedan encerrarse en su corazón: deben ser muy terribles y poderosos, para impedirle obrar por sí mismo en la consecución de sus más ardientes deseos.

El ayo del príncipe se mostraba severo y religioso, para atraerse la confianza de Enrique, y tierno, dulce y buen amigo para cautivarse el afecto de D. Ezequiel.

A cada palabra que pronunciaba, íbase descubriendo para el banquero un cielo de felicidad, un mundo desconocido. Su corazón no le cabía dentro del pecho.

Enrique estrechó fuertemente la mano con que Adalberto le tenía asido.

-¡Ah!, me conocéis por fin; ¡habéis comprendido la sinceridad de mis ofertas!, desde este momento me consagro enteramente a vuestra felicidad. Venid conmigo, buen anciano, venid a los brazos de vuestra hija.

Adalberto pronunció estas palabras dirigiéndose a la puerta del aposento, llevando del brazo al profesor de música, que se dejaba arrastrar maquinalmente.

El astuto diplomático no quería fijar los ojos en Don Ezequiel: pero estaba seguro del efecto que producía, y no se sorprendió en manera alguna cuando el banquero, no pudiendo contener el gozo que le rebotaba, se arrojó a sus brazos, le estrechó fuertemente, y con acento inefable de gratitud profunda, le dijo entre sollozos:

-¡Adalberto, Adalberto, amigo mío!...

-¿Pero qué tenéis?, le respondió el ayo del príncipe como sorprendido.

El banquero repetía sus abrazos y palabras.

-¡Adalberto, amigo mío!

-He interpretado vuestros deseos, ¿no es verdad, querido Widergott? Este es todo mi mérito... Vamos, vamos, que no merece tanto un poco de perspicacia.

-¡Gracias, gracias!, os debo más que la vida.

-Ya lo estáis viendo, D. Enrique, repuso el diplomático; quizá dejándoos arrastrar por engañosas apariencias, habíais dudado de los sentimientos de vuestro buen amigo: pero yo que le conozco muy a fondo, añadió con cierta sonrisa entre amable y maliciosa... En fin, venid conmigo: habéis perdido mucho tiempo y es necesario aprovecharlo.

D. Ezequiel le estrechó nuevamente en sus brazos.

Enrique no tenía palabras para manifestarle reconocimiento; pero tenía miradas que revelaban la nobleza de su corazón.

Al salir del aposento los dos ancianos, dijo D. Ezequiel al ayo del príncipe:

-Adalberto, tan sólo os pido una cosa.

-¿Qué queréis?

-Obrad siempre en nombre vuestro: no hagáis nada por mí... yo no me mezclo en este asunto... soy enteramente extraño, ¿no es verdad? Pero...

-Proseguid.

-Enviadme continuos avisos de todo cuanto ocurra.

Adalberto se lo prometió con una mirada de ternura: volvió la espalda, salió del aposento, y aquella mirada se cambió en una expresión de malignidad, de altanería y de triunfo.

CAPITULO XX

En berlina

Es preciso que el lector vuelva la vista atrás por algún tiempo, si quiere seguir con nosotros uno por uno los pasos de la joven que, a las primeras horas de la mañana, había sido robada de casa de sus padres.

No se habrá olvidado que después de las explicaciones que tuvo Adalberto con Doña Ildelfonsa, sobre las cuales pesa todavía el velo del secreto, subió la anciana con lágrimas en los ojos e impulsada por una irresistible coacción moral, al cuarto tercero donde habitaba María, y que allí, con el pretexto verdadero o fingido de la riña de Antonio, había podido hacer que la joven contraviniese a las órdenes expresas de su padre, saliendo de casa con la buena intención de remediar en lo posible las faltas de su hermano, salvándole del peligro.

De lo que sucedió de aquí en adelante, también hemos dado algunas noticias; pero siendo éstas inexactas, como que salían de boca de uno de los personajes de nuestra historia más interesados en disculpar el rapto de María; siendo además incompletas, porque no había llegado hasta ahora el caso de podernos ocupar detenidamente de una parte de nuestra relación, que francamente lo decimos, nos agrada más que toda esa barahúnda de planes y proyectos, preocupaciones, remordimientos y espectros que nuestra exquisita puntualidad histórica nos obliga a referir; debemos hacer de todos aquellos sucesos una relación exacta, maguer tengamos que repetir algunos hechos.

Marchaban silenciosas Doña Ildelfonsa y María hasta cruzar la esquina de la calle de Hortaleza; pero a los pocos pasos, viendo la primera una elegante berlina que estaba detenida cerca de la acera, dijo a María, como si de repente le ocurriese una idea.

-¿Le parece a V., señorita, que para llegar más presto y salir al campo, si fuese menester, alquilemos este carruaje?

María miró a la anciana con agradecimiento, revelando en sus ojos que sus deseos serían, no de tomar un carruaje, sino de tener alas para volar al lado de su hermano, traerlo inmediatamente a casa antes de que sus padres se apercibiesen de su falta. Pero temiendo al mismo tiempo ser gravosa, respondió a su vecina:

-No, no: más vale que vayamos a pie.

-Vamos, amiga mía, delicadezas a un lado, que lo que a mí me sobra es dinero: tengo poquísimas necesidades, bien lo sabe V.; y por una friolera como esa...

-Pues entonces... acepto la oferta, y de nadie más que de V. la aceptaría.

Aquellas palabras confundieron a la anciana, que tuvo impulsos vehementes de volverse atrás. Detúvose un momento titubeando; pero sus ojos se fijaron en los de uno de los embozados, y lanzando un suspiro, llamó súbitamente al cochero.

Era María sobrado inexperta, y su método de vida no de los más a propósito para conocer que una elegante berlina inglesa con dos caballos normandos de proporciones colosales no se alquila, como ciertos carruajes, en calles y plazas.

Doña Ildelfonsa ajustó a la berlina del príncipe con el cochero, prevenido ya por Adalberto, y subiendo entrambas, los caballos partieron velozmente.

La idea de llegar con tanta prontitud a la presencia de Antonio y de traerle con igual prisa, y hasta la vanidad femenil, lisonjeaba con la sorpresa que pudiese producir en su hermano verla descender de un carruaje tan hermoso, tranquilizaron el ánimo de la joven, en cuyo semblante se vislumbraban entonces las más vivas esperanzas del buen éxito de su empresa.

Doña Ildelfonsa, por el contrario, cabizbaja y abatida, no se atrevía a fijar los ojos en la joven, y parecía sumida en un abismo de extraños y contrarios pensamientos.

-¿Por qué está Vd. triste?, le preguntó María.

-No, no estoy triste, hija mía; se equivoca V., respondió la anciana haciendo el esfuerzo de levantar la frente y de sonreírse con melancólica dulzura.

-Pero, ¿si yo lo veo!

-¿Qué ve V.?

-Veo que el interés que se toma por nuestra familia, le hace a V. sufrir en este momento: veo que es V. para nosotros una segunda madre...

-¡Ah!, exclamó Doña Ildelfonsa apretándola afectuosamente una mano, que la joven tenía abandonada entre las suyas.

-Veo, prosiguió María, que tal vez nuestra desventura debe ser mayor de lo que imagino...

-¿Por qué?, preguntó Doña Ildelfonsa con sobresalto.

-¡Por qué! Yo soy la que debo preguntárselo, señora.

Doña Ildelfonsa se cubrió de rubor: María la sintió estremecerse ligeramente.

-No entiendo a V., María, repuso con voz apagada.

-Ese sobresalto, esa inquietud, esa profunda tristeza me anuncian...

-¿Qué?

-Que tal vez mi hermano... Por Dios, amiga mía, dígame V. la verdad: ¿qué sabe V. de Antonio?

-¡Ah!, ¡los temores son por Antonio! Entonces tranquilicémonos, hija mía, tranquilicémonos, porque yo creo que Antonio no debe estar amenazado de ningún grave peligro.

-Sí, sí: debemos estar más tranquilas; porque V. me lo dice, y yo sé que es V. incapaz de engañarme; y sobre todo, porque vamos a verlo presto... muy presto... ¿no es verdad? Dentro de pocos momentos le veremos, le sentaremos aquí en medio de las dos ¿no es verdad, amiga mía...?

Doña Ildelfonsa hacía esfuerzos por hablar, y sólo pudo inclinar suavemente la cabeza en ademán afirmativo.

-¡Qué contento se va a poner mi hermano!, qué satisfecho, qué orgulloso, cuando me vea en este carruaje, sentada como una princesa: y le diga yo: «Oiga V., mala cabeza, ¡suba V. pronto a este coche, y vamos a casa!». ¡Si me parece que lo estoy viendo! ¡Él, tan vanidoso, tan arrogante, tan...! Volverá los ojos a sus compañeros diciéndoles con una de sus expresivas miradas: «¿Qué tal? ¿Soy o no soy personaje de importancia cuando vienen a buscarme en carretela?». Apuesto, amiga mía, que en aquel momento se avergüenza de tratar con personas que él considerará entonces como inferiores. Porque... dígame V., Doña Ildelfonsa, ¿tendrán todos ellos una amiga tan buena, y una hermana tan cariñosa, tan inquieta por su suerte a que se tomen la molestia de irlos a buscar en un coche cuyo alquiler les habrá costado....? ¿Cuánto ha costado, Doña Ildelfonsa? Lo menos habrá sido dos pesetas.

La anciana se sonrió de su candorosa ignorancia y le dijo:

-Sí, lo menos han sido dos pesetas.

-Vea V., exclamó María con infantil asombro: ¡dos pesetas!, y no tardará media hora en ir y volver; ¡y un artesano está trabajando de la mañana a la noche y no suele ganar más!...

-Vamos, ya estás más tranquila, hija mía, ¿no es verdad?

-Tranquila no; estoy... ¿Cómo diré a V.?... estoy aturdida. Este ruido, este estremecimiento me hacen ser lo que no soy ¿No le parece a V. que es muy distinto el mundo visto desde las ventanillas de un coche o desde el humilde suelo? ¿No le parece a V. que las calles, las casas, los hombres tienen otro aspecto y que están pasando delante de nosotros como las vistas de unos de esos panoramas, a donde papá nos ha llevado algunos domingos? ¡Qué bueno es ser rico! ¡Qué bueno es tener un coche para no confundirse con el vulgo, para no exponerse a las miradas, a las palabras indiscretas de la gente ociosa; para correr y volar y estar a un mismo tiempo en todas partes!

-Tienes mucha ambición, María, es preciso que recuerdes la humilde clase en que has nacido.

-¡Ambición, señora!, yo quisiera saber qué es lo que hay en este mundo digno de ser ambicionado.

-Tú querías ser hija de algún príncipe ¿no es verdad?

-¡De un príncipe!

María se sonrió: pero después de un momento de silencio dijo:

-No; por ninguno trocaría el padre que Dios me ha dado. Tiene un corazón que vale más que todos los monarcas de la tierra, y si mi madre viviese...

La joven se enjugó entonces una lágrima que corría por sus rosadas mejillas.

Doña Ildelfonsa le dijo con trémulo acento, sin atreverse a mirarla, pero olvidándose del tratamiento de *usted* que parecía poner trabas a su cariño.

-¿Te acuerdas mucho de tu madre?

-¡Ah! ¡No la he conocido! Yo fui quien le privó de la existencia: murió después de darme a luz, después de haber sufrido por mí todos sus dolores, y después de haberme dado un beso... un solo beso. Pero yo la recuerdo a todas horas. ¡Dicen que era tan hermosa, tan sumamente perfecta, tan gallarda!

-¡Menos que tú!, exclamó Doña Ildelfonsa, clavando sus dulces ojos en el melancólico semblante de María.

-¡Ah! señora ¿La conocía Vd.? ¿Por ventura ha visto V. alguna vez a mi madre? Yo no me atrevo a hablar de ella a mis hermanos, porque los unos ignoran que hemos tenido distintas madres y a los otros no quisiera recordárselo: con papá hablo rarísimas veces de ella, porque le afecta demasiado; pero yo me paso horas enteras silenciosa, distraída, pensando en mi pobre madre: con mi madre sueño todas las noches, y me la represento allá cerca del trono de Dios, ¡gozando de la eterna bienaventuranza de los justos, en recompensa de sus virtudes y de los padecimientos que ha debido sufrir por mí! Pero si V. la ha conocido, hablaremos de ella todas las horas: dígame V., ¿cómo era?, ¿qué hacía?, ¿qué pensaba? ¡Yo quiero parecerme a mi madre, no sólo en la figura, sino en sus acciones, en sus virtudes, en sus pensamientos!...

Doña Ildelfonsa había dejado caer el espeso velo de su mantilla... no se divisaba su semblante; pero se veían caer sus lágrimas silenciosas.

-No, yo no he conocido a tu madre, respondió conmovida; pero D. Enrique me habla muchas veces de ella...

-¡Ah!, ¡la quería tanto!

-Y si tu madre en vez de ser una criatura tan noble como tú te figuras, tan virtuosa, tan perfecta, hubiese sido una mujer ingrata al cariño de tu padre, infiel y criminal, ¿la podrías amar?

Señora, mi madre no ha sido tal, respondió María con cierta altivez; no destruya V. la imagen que tengo formada en mi corazón; mi madre es un ángel que está gozando de Dios.

-Sí, así debe ser, yo no tengo ninguna noticia en contrario, pero supongamos que hubiese sido criminal, pecadora; entonces...

-¡Siempre sería mi madre!...

Doña Ildefonsa la estrechó contra su seno; pero su conmoción era tan grande que le dijo María:

-Doña Ildefonsa, ¿qué tiene V.?

-Nada, no es nada, amiga mía... pero tengo que hacerte una confesión muy importante.

CAPITULO XXI

La separación

Grandes debían ser los apuros de Doña Ildefonsa cuando, no sabiendo qué contestar a las afectuosas preguntas que acerca de su extraña conmoción le hizo María, la dijo bruscamente, y como equivocando la respuesta, que iba a hacerla una revelación importante; dejando suspenso el ánimo de la joven.

La confianza plena que ésta depositaba en su amiga, el candor, y hasta el cariño y respeto con que hablaba de su madre, eran otros tantos puñales que le partían el corazón; porque engañar a una persona astuta y maliciosa, es un triunfo para el amor propio; una satisfacción muy natural en el hombre la de abatir al que blasona de superior a los demás; pero burlarse del candor de la ignorancia, de la inexperiencia, supone cierta perversidad de corazón que no era posible abrigarse Doña Ildefonsa.

Esta conocía que, mientras más esperanzas fundaba la sencilla joven en hallar presto a su hermano, más y más se iba extraviando el coche, cuyo conductor, guiándole por vueltas y revueltas, trataba sin duda de que les fuese desconocido el término de su viaje.

Pero dejemos hablar a las dos amigas, porque sus palabras nos harán conocer los delicados matices de su alma, mucho más que nuestras impertinentes reflexiones.

-¿Una confesión importante? Oigámosla, dijo María después de un rato de silencio, con menos sobresalto que curiosidad.

-Es una confesión penosa para mí, pero que debe tranquilizarte mucho, y desvanecer todos tus temores por la suerte de tu hermano.

-¡Qué!, ¿Antonio estará en casa? ¿Habrá vuelto? ¿Ha pasado la noche en alguna ocupación legítima?, ¿en algún sitio de confianza?

-No me hagas preguntas, María, porque tú eres la que me vas a responder.

-¡Yo!

-Sí.

-¿Quién debe hacer entonces la confesión?, ¿usted, o yo?

-Soy yo; pero tengo tanto miedo de no salir absuelta, que antes de decir la culpa, quiero estar segura del perdón.

-Siendo vos la penitente, amiga mía, y yo el confesor, debe V. suponer que no será mi manga tan estrecha, dijo María con amable sonrisa; y luego añadió en el mismo tono: sin duda debe ser el pecado muy gordo.

-El mal está, hija mía, en que el penitente viene tan rebelde y con disposiciones tan poco humildes, que no quiere reconocer su culpa.

-Sin embargo, mucho le debe remorder la conciencia cuando tan remiso anda en confesarla.

-Tienes razón, María; pero respóndeme primero...

-¿Acerca de mi hermano?

-No, acerca de tu madre.

-¡De mi madre! ¡Infeliz de mí!, ¡qué puedo decir de mi madre, si no me han grabado en mi memoria un solo recuerdo suyo!

-No importa, hija mía: con el corazón has de responder a mis preguntas.

-Vamos a ver; pero no comprendo qué relación puede haber entre la salida de mi casa, la desaparición de mi hermano, la memoria de mi pobre madre, y el corazón, y la confesión, y la culpa. Este es un misterio... que me sobresalta.

No era el misterio lo que ya comenzaba a sobresaltar a María: a los veinte y dos años no se temen los misterios. Los vapores nebulosos que dan vaguedad a las formas y contornos de los objetos suelen hacerlos más interesantes, y sólo en la fría edad del cálculo y desencanto, deseamos ver las cosas sin velo, sin vaguedad, con su árida desnudez. María, pues, no se asustaba del misterio de aquellas palabras, sino de las desgracias que vislumbraba al través de tantas aventuras.

-Díme, María, le dijo por fin Doña Ildefonsa, cuando un médico te dice voy a sacar sangre de tus venas, a sajararte una herida: tu lo sientes, ¿no es verdad?

-Yo lo siento, sí, señora, respondió la joven en un tono que daba a entender que estaba sufriendo entonces la sajadura. Pero siento más todavía el aparato y los preparativos, y

los discursos estudiados del facultativo, que la operación misma; quiere V. acabar de decirme ¿cuál es la situación en que me encuentro?

-Y si tu madre viviese, continuó Doña Ildefonsa con visible alteración, si de orden suya salieses de casa sin noticia de tu padre, y con el pretexto de salvar a tu hermano, te arrancasen por algunas horas del seno de tu familia ¿que dirías?

-Diría: cuando lo hace mi madre debo respetar los motivos que tenga para obrar así; pero nadie más que mi madre tiene derecho para exigir que dé tan grande disgusto a mi familia, y si ésta es mi verdadera situación, si ésta es la culpa que tenía V. que confesar, ¡V., señora, no es mi madre!

-¡Ah!... no, no lo soy, pero te quiero como a hija, y cuando veas a tu padre congratularse por el mal rato que debe sufrir ahora, cuando le veas bendecirme por haberle evitado muchos otros tal vez irreparables...

-¿Pero qué mal me amenaza? ¿Qué peligros son éstos?, ¿qué desgracias puede haber mayores que tras de la fuga de mi hermano, mi desaparición, el sobresalto de mamá cuando no nos vea a su lado, la repetición de sus ataques, la cruel incertidumbre de toda la familia, una cadena interminable de desgracias que mi imaginación no puede abarcar? ¿Qué males me amenazan superiores a éstos?

-No lo sé.

-Pues entonces ¿a dónde vamos?

-Lo ignoro.

-¡Doña Ildefonsa! ¡Doña Ildefonsa!, exclamó María con resolución, no demos un solo paso más, volvámonos a casa.

-Es imposible ya retroceder.

-¿Qué es esto, Dios mío?, ¿qué es esto? ¿En dónde estoy metida?, repuso María sollozando.

-No llores, por Dios, hija mía, esas lágrimas me desgarran el corazón. Sabes cuán grande es mi afecto por toda la familia, cuán entrañablemente te quiero. ¡Oh!, ¡por Dios, por Dios no vea yo correr de esos ojos lágrimas arrancadas por mis palabras!

-Prométame V. una cosa, una sola, dijo María.

-Todo lo que quieras.

-Que no se ha de separar V. de mi lado hasta que vuelva a casa de mis padres.

-¡Ah!, ¡no he perdido tu confianza!, exclamó la anciana con voz llorosa.

-Es lo único que me resta.

-Pues bien, te lo prometo.

Doña Ildefonsa tenía uno de esos caracteres buenos en el fondo, que por evitar un mal pequeño e inminente, son pródigos en promesas; pero débiles e indecisos para llevarlas a cabo, después que con ellas han conjurado la tempestad.

-Ya estoy más tranquila, repuso María después de un momento de pausa. Estoy dispuesta a seguir a V., y obedecer sus órdenes; pero dígame V. francamente qué peligros me amenazan; si han de alcanzar a toda la familia; adónde vamos, y cuánto tiempo hemos de tardar en volver a casa.

-A ninguna de esas preguntas puedo satisfacerte.

-¿Es porque V. lo ignora, o porque no juzga V. conveniente el que yo lo sepa?

-Porque lo ignoro.

-Entonces ¿por qué me ha dicho V. que me amenaza un peligro?, y si este peligro es desconocido ¿cómo sabe V. que es mayor el mal que puede causarme que las desgracias y calamidades que de seguro nos van a sobrevivir?

-¡María!, yo no sé nada; yo sé tan solamente una cosa, que te quiero más que a mí misma, que te quiero como a hija y que una fuerza superior me ha puesto en este trance.

-¡Una fuerza superior!

-Sí: una persona extraña es la que dispone de nosotros.

-¿Quién puede disponer de mí sino mis padres?

-Un hombre que te ama con el amor de padre, con el amor de hermano, de amigo, de amante, de marido, con cuantos afectos cariñosos y puros puede abrigar el corazón; que vela por tu vida, por tu bien, por tu felicidad; que sería capaz de sacrificarte la suya por excusarte la pena más leve. Esa persona me ha dicho: «sacadla de casa, llevadla donde la conduzca ese carruaje», y cuando él lo ha dicho estoy segura que alguna calamidad iba a sucederte y no ha encontrado un medio más a propósito para evitarla.

-Pero ¿quién es esa persona?, ¿qué derechos tiene sobre mí?, ¿quién es él para juzgar si mi suerte misma no sería preferible a los disgustos que este lance debe ocasionar a mi familia?

La joven en aquel momento manifestaba más tristeza que inquietud. La idea de aquella pasión tan singular y extraordinaria la había traído a su imaginación el recuerdo de los amores de Fernando que ya no existía, y las lágrimas se le agolparon otra vez a los ojos.

-Ese es un hombre que hace tres años está dando tan singulares y extraordinarias pruebas de cariño, que yo que te amo tanto, yo que te quiero como te querría tu madre si existiese, me digo muchas veces a mí misma: «¡Parece imposible, pero ese hombre la quiere más que yo!».

-¿Pero quién es ese hombre?

-Tú le conoces.

-¿Le he visto alguna vez?

-Una sola.

-¿Cuándo?

-Hoy hace tres años.

-¡Él!, exclamó con terror María, cubriéndose el rostro con las manos queriendo borrar de su frente un recuerdo que la horrorizaba.

Doña Ildefonsa la veía temblar: escuchaba los hondos suspiros que se exhalaban de su corazón, y no sabía a qué atribuir aquel espanto. Por fin, María apartó las manos de su rostro, que desenchajado ofreció por algunos instantes a los ojos temerosos de Doña Ildefonsa el aspecto que presentaría aquella joven hermosísima, cortada de repente, por la inflexible guadaña de la muerte.

-¿Qué ha podido hacerte ese hombre para infundirte tan profundo horror?

-Hace tres años hoy, Doña Ildefonsa, que me trajeron a casa sin conocimiento. Estuve enferma muchos días con una fiebre devoradora, que nadie podía aplacar. Los médicos atribuyeron a mil causas diferentes el origen de mi enfermedad; pero yo sola me lo sabía. Éste, señora, no fue otro que el de haber visto a ese hombre en quien habéis depositado vuestra confianza, hasta el punto de arrancarme de casa de mis padres, tan sólo por complacerle. Hace tres años que el día de Difuntos visitaba yo, según costumbre, los cementerios, rogando a Dios con el mayor fervor por el alma de mi madre y por las de todos mis antepasados. Quería yo a fuerza de lágrimas y de oraciones obtener su eterno descanso, y hubo un momento de fe viva y de unción religiosa en que yo creí ver a mis abuelos gozar de la bienaventuranza eterna. Estaba yo entonces en una capilla sombría, iluminada débilmente por algunos blandones amarillentos, y resonaba lejos el canto funeral de la muerte: en medio de mi entusiasmo religioso, hube de exclamar en voz alta: «Gracias, Dios mío, porque mis abuelos han visto tu rostro en el día de tu misericordia», y de repente por entre las tumbas y catafalcos se apareció ese hombre rubio, de cabellos ensortijados, cuya imagen no se borrará jamás de mi memoria. Me miró con una expresión de amargura y de profunda tristeza, meneando la cabeza en ademán negativo, como diciéndome: «No, Dios no ha tenido misericordia con tus abuelos». Tenían sus ojos yo no sé qué de extraño y de infernal que me aterró, y lanzando un grito que puso en conmoción a todos los circunstantes, caí desmayada sobre las frías losas del templo.

-Pero ya ves, hija mía, que todo fue culpa de tu imaginación acalorada.

-¿Y de quién es culpa, señora, el que al año siguiente y en este mismo día recibiese noticia de la desastrosa muerte de Fernando?, ¿que un año después y en este mismo día llegase mi madre demente? ¿De quién es la culpa, las desgracias que hoy se renuevan en este fatal aniversario y cuyo término no alcanzo a ver?

-No puedo responderte, María; pero ¿me dirás tú que sean debidas a ese hombre?

-Sí, lo diré: no puedo probarlo; pero mi corazón me lo asegura. Saber que estoy bajo su dominio es mi mayor tormento. Le tengo un horror invencible, y cuando considero que

este carruaje me conduce a su habitación, a su presencia... ¡Oh!, salgamos de aquí, señora: decid al cochero que pare, que se detenga.

-Es inútil.

-¿Por qué?

-No lo hará.

-Entonces... déjeme V.

-¿Qué vas a hacer?

-Saltar del coche.

-¡Detente, infeliz!, vas a estrellarte contra el suelo... las ruedas pasarán por tu cuerpo... déjame asomar, y cuando vea gente yo pediré auxilio para que detengan el carruaje.

Éste debía penetrar entonces bajo alguna bóveda, porque se oscureció de repente, y rodando por un piso más igual, producía un ruido temeroso y profundo que hacía retremblar a un tiempo el pavimento y las paredes laterales.

La oscuridad era casi completa.

Doña Ildefonsa divisó en el fondo el bulto de un embozado y sacando la cabeza por la ventanilla gritó con toda su fuerza.

-¡Socorro!, ¡socorro!

El carruaje se detuvo.

El embozado se acercó a la berlina, abrió la portezuela, y María con bríos propios de sus años, sin aguardar a que extendiese el estribo, saltó al suelo cayendo en brazos del que aparecía como su libertador.

Éste volvió a cerrar inmediatamente la portezuela, y el carruaje corrió velozmente por aquella oscuridad, que llegó a ser completa cuando después de salir la berlina se cerraron inmediatamente las inmensas hojas de una puerta que rechinaron sobre su quicio.

María estaba en el inmenso zaguán de una casa antigua con dos puertas que daban a distintas calles. El coche había entrado por la una y salido por la otra, dejando dentro la preciosa carga que sustentaba.

La joven al descender al suelo se creyó salvada, y dijo al embozado:

-¡Gracias, amigo, gracias! Vuélvame V. a casa de mis padres.

Pero cuando vio desaparecer el carruaje, y en medio de aquellas pavorosas tinieblas y de un profundo silencio, en el que resonaba el estruendo cada vez más lejano de las ruedas y de los caballos, llamó a Doña Ildefonsa, sin que nadie le respondiese, conoció que el golpe estaba consumado, y que se hallaba en poder de su mayor enemigo.

Entonces las fuerzas la abandonaron, y cayó desmayada en brazos de aquel desconocido.

CAPITULO XXII

El rábano por las hojas

Estaba María sentada en una mullida y cómoda butaca, a la que se habían agregado algunos almohadones, sobre los cuales tenía lánguidamente reclinada la cabeza. La moderada lumbre de una chimenea, no muy apartada, esparcía un calor suave y templado, en blandas olas de ambiente que acariciaban los yertos miembros de la desmayada.

Cerca de ella veíase un anciano de candoroso y venerable aspecto, mirándola de hito en hito con la mayor inquietud: tenía en la mano izquierda un reloj, y en la otra un frasquito de éter, que de cuando en cuando aplicaba sin éxito a las narices de la joven.

En pie delante de la chimenea, y vueltas las espaldas a la lumbre, el príncipe Guillermo fijaba alternativamente sus miradas en el rostro de María y en el del anciano, y algunas veces se quedaba indeciso y distraído, como si acosado por los remordimientos titubease en adoptar una resolución.

-Pero, señor, ¿no le parece a V. que se prolonga excesivamente?, exclamó el príncipe, clavando sus ojos de águila en el anciano, y queriendo descubrir sus más ocultos pensamientos.

-Ochenta y cinco minutos, respondió el anciano después de haber mirado el reloj.

-Esto es demasiado para un desmayo.

-Efectivamente, es demasiado.

-¡Cielos!, ¿será tal vez algún accidente?

-Los síntomas son menos alarmantes.

-¡Hora y media sin dar señales de vida!

-No puede tardar en volver en sí: la síncope ha sido fuerte, ha debido recibir sin duda una violenta impresión de terror, y en organizaciones tan delicadas como la suya, en naturalezas débiles, las enfermedades del cuerpo no son más que un reflejo de las enfermedades del alma.

-¿Ha dicho V. que volverá pronto de su desmayo?

El facultativo después de tomar el pulso silenciosamente a la enferma, volvió a mirar el reloj, y respondió:

-Dentro de cinco minutos.

-¿Qué necesita después que recobre el uso de los sentidos?

-Descanso y tranquilidad.

-¿Nada más?

-Nada.

-Pues bien, tenga V. la bondad de dejarme solo y esperar en mi gabinete por si fuese necesaria su presencia de V. en adelante.

El médico salió del aposento, encargando al príncipe siguiese aplicándole el frasco de éter a la desmayada.

Hízolo así Guillermo, y la joven principió a conmovearse, manifestando en el rostro algunas ligeras contracciones nerviosas.

Las primeras acciones de María, antes de recobrar enteramente el conocimiento, recordaban las que hemos observado al despertar de su tranquilo sueño, en casa de sus padres.

Algunos suspiros entrecortados fueron los anuncios de su reanimación: tendió los brazos en derredor como si quisiese estrechar a su hermana; pronunció confusa y maquinalmente el nombre de Dolores, y abriendo poco a poco sus ojos, tendió vagamente sus miradas con aire estupefacto.

El aposento había quedado casi completamente oscuro: entornadas las puertas de los balcones, caía delante de ellas un doble cortinaje de raso azul y de muselina blanca. La llama de la chimenea, trémula y oscilante, daba formas inciertas a los objetos adonde sus reflejos alcanzaban; pero María no había menester de mucha claridad para conocer que no se hallaba en casa de sus padres, y aquella chimenea y los muebles preciosos, que a su inquieta luz se divisaban, podían servirle de clave para descifrar el misterio de su situación.

El príncipe la contemplaba de lejos y en la oscuridad. Tenía un interés vivo en espiar los primeros movimientos de María, y casi arrepentido del golpe inconsiderado que acababa de dar, luchaba con el amor, o más bien con el deseo de salir airoso y triunfante de aquella aventura, y con el temor de ofender a su amada. La alteración de su salud, la delicadeza de su organización, hacían temible una conmoción fuerte; se hallaba embarazado acerca del modo de principiar sus ataques, y si el amor propio no le hubiese estimulado a no retroceder del rumbo tormentoso que había emprendido, el medio más seguro de salir de sus conflictos hubiera sido el abandonar la empresa.

Sin plan ninguno formado, pero resuelto y decidido a valerse del primero que se le ocurriese, se resolvió a obrar según las circunstancias.

María entretanto, después de haber mirado en derredor, estremeciéndose profundamente, y exclamó en voz apenas perceptible:

-¡Dios mío!, ¿en dónde estoy?

Insensiblemente sus ideas se fueron desarrollando, y sus recuerdos fueron menos confusos.

-Yo venía con mi amiga... ¿Doña Ildefonsa? ¡Doña Ildefonsa!

Estas palabras las pronunció también María a media voz, porque su mismo eco la hubiera espantado; pero como nadie la respondiese, sentóse en el sillón diciendo con abatimiento:

-¡Oh, no hay duda!, el crimen se ha consumado. ¡Estoy en poder de ese hombre!

El príncipe al escuchar estas palabras dijo para sí:

-¡Está visto!, me ha conocido al descender del carruaje.

De repente se le ocurrió a María la idea de abrir los balcones y asomarse para pedir auxilio. Éste le pareció un pensamiento salvador: levantóse, pues, súbitamente, y a pesar de su desfallecimiento dio algunos pasos y reparó en un bulto que se dibujaba confusamente en un ángulo del aposento. Estremeciéndose entonces al conocer que no estaba sola. Sobreponiéndose, sin embargo, a esta primera impresión, seguía adelantándose, cuando la voz del príncipe la detuvo diciéndola.

-¡Susana!

María quedó inmóvil, apoyada en el respaldo de un sillón.

El joven salió entonces de la oscuridad, y postrándose a sus pies, le repetía con dulce y conmovido acento.

-¡Susana! ¡Susana mía!

La hija del profesor de música se sorprendió casi agradablemente al reconocer otra persona que aquella que tanto horror le inspiraba, y preguntó apresuradamente.

-¿Quién es V.?... ¿En dónde estoy? ¿Dónde está mi amiga?

-Susana, estás en tu casa, donde eres reina y señora, donde todos son amigos tuyos, esclavos que se postrarán a tus pies como yo me postro.

-Me han sacado de casa de mis padres: yo quiero salir de aquí, quiero saber dónde estoy, y si me hallo en poder de ese hombre aborrecido.

-¡De ese hombre aborrecido!, repitió entre dientes el príncipe Guillermo, que ya se iba cansando de tan incómoda postura. ¡Hemos adelantado bien en dos años de ausencia! En Alemania le era indiferente, y en España aborrecido... Vamos... Será preciso hacer alguna de las mías.

-Caballero, respóndame V. por piedad.

-Sí, contestó el príncipe poniéndose en pie delante de ella, aquí tiene Vd. a ese hombre aborrecido.

-¡Cielos! ¿y en dónde está?

-No está lejos de aquí, repuso Guillermo, sonriéndose amargamente, y colocando su rostro de manera que le diese de lleno la luz de la chimenea.

-¿Y viene V. a protegerme contra él?, ¿viene V. a libertarme de su tiranía?

El príncipe la miró con un asombro casi estúpido.

-Sin duda no me ha conocido aún, se dijo interiormente, encogiéndose ligeramente de hombros.

Y dirigiéndose al balcón para que entrase la luz que debía aclarar aquel misterio habló a María con una sonrisa entre burlona y despechada:

-¿Le parece a V., Susana, que yo seré buen protector contra ese hombre aborrecido?

-¡Ah! ¿V. aquí?

-¿No me había V. conocido?, repuso el príncipe cada vez con más ironía. ¿No es verdad que puede V. prometerse de mí todo género de protección contra ese hombre a quien aborrece?

-Sí, respondió María con absoluta confianza; sí, porque V. ha dicho que me amaba en otro tiempo, y aunque no correspondido, siempre se ha portado V. como caballero. En nombre del amor que V. me tuvo, le suplico que me proteja contra ese hombre que me ha sacado de casa de mis padres.

Atónito quedó el príncipe al escucharla: mirábala con un aire de espanto y de malicia, como si llegase a sospechar que después de recobrar el uso de sus sentidos, no había conservado el de su razón.

-¡Protegerla contra mí mismo!, pensaba Guillermo; protegerla contra el que la ha sacado de casa de sus padres. Pues señor, cada vez lo entiendo menos.

-¡Ah!, vacila V. Tal vez sea V. pariente, amigo de ese hombre...

-No, exclamó el príncipe en alta voz y con un entusiasmo que tenía algo de cómico, no soy pariente, ni habiente, ni amigo, ni allegado de ese hombre feroz... de ese... monstruo, y vengo dispuesto a dar a V..., todo género de protecciones.

Luchaban en el ánimo del augusto mancebo, los hábitos de libertino audaz y de calavera, con un amor, si no violento, cuando menos verdadero. Desde un principio quiso dar a esta aventura un giro sentimental que se conformaba con los impulsos de su corazón: estaba preparado para recibir insultos, para presenciar desmayos, para combatir resistencias heroicas, pero entre todos sus cálculos y suposiciones, nunca llegó a imaginarse que la persona que acababa de arrancar del seno de su familia, pudiera tomarle por su paladín contra el autor de tal desaguisado.

Antes, sin embargo, de aceptar el nuevo papel que la suerte le deparaba, había querido convencerse de si el engaño podía durar mucho tiempo; para lo cual se dio a conocer a María.

-¿Conque debo a V. mi salvación?, exclamó María con reconocimiento.

-Señorita, le contestó Guillermo con afectada modestia, era un deber, era una obligación mía libertar a una joven honrada del poder de ese... de ese... ¡Qué diablos...!, añadió el príncipe por lo bajo, ¡si tan siquiera supiese cómo se llamaba!...

-De ese monstruo, ha dicho V. bien.

-Tiene V. razón, no lo puedo llamar de otra manera... no le puedo dar otro nombre, se lo juro a V... porque... lo que ha hecho con V... vamos, es infame... es horrendo, ¿no es verdad?

-Efectivamente, respondió María con indignación, es una acción horrible que merecía un castigo ejemplar.

El joven temblaba de los pies a la cabeza al considerar que los colores con que se había recreado en pintar al hombre desconocido, no le parecían sobrecargados a María; y todo se le volvía decirse a sí mismo: ¡Dios mío!, ¿quién será ese hombre?, ¿qué es lo que habrá hecho?

-¿Y cómo ha llegado a su noticia de V.?, le preguntó María.

-¡Cómo! Efectivamente, no deja de ser extraño el modo con que ha llegado a mi noticia; respondió el príncipe cada vez más apurado; pero... la Providencia que vela por... por la conservación de...

Este lenguaje a ser más seguro, no podía ser más adecuado a su situación, ni más propio para seducir a una niña timorata.

-Pues bien, ahora es preciso que complete V. la obra, dijo María candorosamente.

-¡Sí, sí!, no me gustan jamás las cosas a medias.

-¡Cuánta bondad, Dios mío! Mi familia le colmará a V. de bendiciones.

-No las merezco, contestó el príncipe con humildad y socarronería, porque... hablemos francamente: ¿qué es lo que ha pasado?

-¡Ah!, exclamó María, quisiera olvidarlo.

-¡Ah!, contestó Guillermo, entre dientes, ¡quisiera saberlo!

-Lo que importa es calmar la ansiedad de mi familia, y volver a casa inmediatamente.

-¡A casa!... Bien, sí, pero... no hay tanta prisa.

-¿Cómo no?, considere V. la situación de mi padre, su incertidumbre, su inquietud...

-Ninguna, absolutamente ninguna. Yo he tenido cuidado de escribir a su padre de V., y debe de estar tranquilo.

No pudo menos de darse el parabién de su magnífica invención el joven libertino, por el resultado admirable que produjo; las facciones de María se fueron serenando y su alma se halló fortalecida con el consuelo.

-¿Con que ya sabe mi padre que estoy en libertad?

-¡Toma, si lo sabe...!

-¿Y qué le ha dicho V.?

-Todo.

-¿Pero ha nombrado V. a Doña Ildefonsa?

-¡Hola! aquí tenemos un nombre propio, se dijo el príncipe interiormente; pero Doña Ildefonsa es nombre de mujer, y no puede ser el de ese hombre; Doña Ildefonsa es nombre de vieja.

-¿Le ha dicho V. algo de Doña Ildefonsa?, insistió María.

-¡Pche!... No he dejado de decirle algo, me ha parecido que cuando menos algo debía decirsele.

-¿Pero, acriminándola?

-Y a V. ¿qué le parece? ¿la podíamos considerar como inocente?

-Yo no lo sé.

-Es que... V. no lo creerá, pero... ¿Con que usted no lo sabe?

-No señor.

-Ni yo tampoco.

-Pero como para acusar a una persona... se necesita...

-Sí, se apresuró a decir el príncipe, que acababa de descubrir un portillo por donde salir de aquel pantano, sí, para acusar a una persona se necesitan pruebas... seguridades... por eso... yo no he querido decir nada.

-Yo entiendo que V. había creído conveniente...

-En efecto, he creído conveniente decir *algo* del hecho, pero sin meterme a calificar *nada*.

-¿Y el hecho como lo ha referido usted?

-Muy sencillamente.

-Vamos a ver.

-Lo mismo que ha pasado.

-Pero es una imprudencia el revelárselo todo.

-Pues hable V. claro, ¿qué quería V. que le hubiese ocultado? Dígame V. francamente qué es lo que debía haber dicho, y qué es lo que debía haber callado. No deseo saber más.

-¡Pues bien!, ¿lo sé yo por ventura?

-¡Ah! con que V. no sabe lo que ha pasado?

-¿Cómo es posible que lo sepa, cuando caí sin conocimiento en brazos de aquel monstruo a quien yo tomé por un libertino?

Otra vez volvían las confusiones: el príncipe recibió en sus brazos a María al descender del coche; María aseguraba que él que la había recibido en sus brazos, era el hombre en cuestión; es decir, el monstruo, para que nos entendamos; y sin embargo, el que antes era monstruo, era el protector ahora de María. O había dos monstruos, o María estaba soñando, o el rostro del príncipe había cambiado en hora y media, o se verificaba allí algún misterio incomprensible.

En este laberinto, advirtió sin embargo Guillermo una salida: la joven ignorada lo que había pasado; es decir, el príncipe podía mentir largo y tendido, le quedaba un ancho campo a su imaginación, y no era de temer que dejase de ser fecunda.

CAPITULO XXIII

Caer en la cuenta

¿Y con quién ha mandado V. la carta para mi padre?, preguntó María.

-Con ella.

-¿Con quién?

-Con la vieja.

-¿Con Doña Ildelfonsa?

-Sí señora, con la misma, respondió el príncipe satisfecho; y luego se sonrió como diciendo: ¡gracias a Dios que he llegado a saber algo! La vieja se llama Doña Ildelfonsa: ésta ha sido la que habló con Adalberto, luego Doña Ildelfonsa es cómplice nuestro. Conviene pues ponerla en buen lugar.

El príncipe hacía silogismos como un antiguo estudiante sumulista; pero María, sin ser estudiante, ni saber las *Súmmulas*, no dejaba de argüir, lo cual prueba que no se necesita estudiar para saber lógica.

-Pero si Doña Ildefonsa marchó sin detenerse un solo instante cuando bajé del coche, ¿cómo pudo V. darle la carta?

El argumento sin ser hecho en *bárbara* ni en *celarent* no dejaba de tener fuerza; pero no la suficiente para que el príncipe se cortase.

-El que ha libertado a V. del poder de ese hombre ha hecho otro tanto con nuestra buena y cordial amiga, con esa venerable anciana a quien debe V. tanto cariño; la cual viendo que quedaba V. aquí en una casa tan venerable y al lado de personas de toda su satisfacción y confianza, marchó inmediatamente a tranquilizar a la familia.

-¡Oh! ¡Estoy esperando el momento de ver entrar por aquí a mi pobre padre!

-Seguramente, dijo el príncipe sacando el reloj; es imposible que pueda ya tardar muchos minutos.

-¿No sería mejor que nosotros fuésemos a buscarle?

-¡Qué disparate, señora!, su salud de V. está muy delicada; y por otra parte no consentiría yo, si me aspasen, en que saliese V. de esta casa sino acompañada de su padre.

-¿Y mamá, que tal vez esté enferma, delirante por la ausencia de Antonio?, ¿y mis hermanos, que estarán llorando por mí?...

-¿Tiene V. muchos hermanos?

-Somos cinco, señor.

-¿Con escasos medios de fortuna?

-Pobres, miserables; pero vivíamos felices hasta el instante fatal en que conocimos a ese hombre.

El corazón del príncipe iba dejándose ganar insensiblemente por la compasión que le inspiraban el candor y la confianza de María; pero el recuerdo importuno de aquel hombre vino a sumirle en nuevos pensamientos.

No era ya la piedad, no era la compasión la que se abrigaba en su pecho; eran los celos, mezclados de cierta curiosidad y envueltos en un misterio que le hacían experimentar sensaciones extrañas y perderse en conjeturas.

-Acabemos, señora, de una vez, exclamó Guillermo con ímpetu y como queriendo atropellar por toda clase de consideraciones, ese hombre es su amante de V.

-¡Ah!, ¡mi amante!, exclamó María con rubor, así me lo ha dicho Doña Ildefonsa; pero yo no lo creo.

-¡Ah!, ¿con que Doña Ildefonsa es la que...? ¡Maldita vieja! ¿Con que Doña Ildefonsa dice que ese hombre la quiere a V.?

-Ella me lo dice; pero él me prueba todo lo contrario.

-¡Calle!, pues la muchacha no deja de tener coquetería, exclamó Guillermo murmurando; ¡oh!, pero yo sabré quién es ese hombre, y él y la vieja y la vieja y él...

-No le parece a V., añadió María, que si esa persona me quisiera, como Doña Ildefonsa dice, con el amor de padre, de hermano, de amante, de...

-Del diablo, que lleve a esa furia infernal.

-¿Qué tiene V.?

-Señorita, es preciso que desconfiemos de esa vieja.

-¡De Doña Ildefonsa!

-Sí, señora.

-¿De nuestra buena y cordial amiga, como V. la llama?

-Es una arpía.

-¿De esa respetable anciana a quien debo tanto cariño?

-¡Pura hipocresía!

-¿Y por qué debo desconfiar de ella?

-Porque semejantes consejos nunca se dan a una joven. ¡Hablarla de amores con tanta exageración, con tanto énfasis, con tanto halago...! ¡Despertar en el corazón de una niña cándida, inexperta... esos afectos peligrosos, esas pasiones temibles!...

-Tiene V. razón, dijo María ingenuamente, ¡y sobre todo hablarme del amor de ese hombre!

-¡Pues!, de ese hombre... ¡porque si al menos la hablase a V. del amor de otro!...

-¡Ah!, se apresuró a contestar la joven, si me hablase del amor del otro, era diferente, yo la escucharía embelesada.

-¡Del otro!, exclamó el príncipe haciendo un gesto de sorpresa casi ridículo: V. me ha entendido mal, señorita, yo no hablaba *del* otro, sino *de* otro.

-Pues yo pensé que...

-¡Dios mío!, ¿conque tenemos otro en campaña? ¡Pues digo!, se va explicando la niña inexperta y sencilla. Pero es preciso hacer de tripas corazón y averiguar lo que hay en esto. Apuremos el cáliz hasta las heces.

Y después de un momento de silencio exclamó el príncipe en alta voz.

-Es claro, si hablase del otro era diferente.

-¡Cómo!, ¿le ha conocido V.?

-Quisiera conocerle.

-¡Ah!, ¡es imposible!

-Pues qué, ¿es tan misterioso como el otro?

-¿De qué otro habla V.?

-Del primero.

-El primero fue él.

-¿Cuál de ellos?

-No éste, sino aquél.

-Señora, estamos metidos en un laberinto de ideas y de palabras que han de acabar por trastornarme el juicio; dígame V. por Dios quién es él; quién es el otro; cuántos otros hay, y sobre todo, cómo se llaman, para poderlos clasificar y no confundirlos.

-Pues qué, ¿no sabe V. cómo se llama ese hombre?

-¿Cuál de ellos?

-El que me ha robado de casa de mis padres.

-¡Ah!, ¿el monstruo número uno? No señora, no lo sé, y créame V. que yo sé muy pocas cosas; porque en resumidas cuentas, lo que yo vengo a deducir es que por arte de birlibirloque he sacado a V. del poder de ese hombre.

-Pues déme V. noticias de cómo ha podido suceder esta aventura en el corto tiempo en que yo he estado desmayada. Ese es el modo de entendernos.

-Señora, es imposible.

-¿Por qué?

-¡Oh!, ¡si V. supiera el porqué!... pero no, ¡es imposible...!

-Cuente V. con mi discreción y prudencia.

-Su prudencia de V. es grande; pero la mía raya en lo heroico; y crea V. que sobre este asunto guardaré un silencio eterno, a lo menos hasta saber las noticias que tiene V. de ese hombre.

-Pues bien, mis noticias son muy escasas: a ese hombre no le he visto más que dos veces en mi vida, hoy hace tres años la primera, y hoy hace tres horas la segunda.

-Es decir, que realmente no le ha visto V. más que una vez, la interrumpió el príncipe, como revelando la verdad a pesar suyo; pero luego, para destruir el mal efecto de sus palabras, añadió con destreza: -Porque realmente hoy le ha debido V. ver muy mal.

-Sí; pero lo he conocido muy bien. Cuando caí en sus brazos sentí una antipatía... ¡un horror...! ¡Era él! Estoy segura. Mi corazón no me engaña.

-¿Conque está V. segura que era el mismo de hoy hace tres años?

-El mismo: no ha cambiado absolutamente.

-¡Qué fenómeno!, exclamó el príncipe sonriéndose distraído. ¡No cambiar al cabo de tres años mortales! V. le aborrecerá por esa constancia absurda, por esa inalterabilidad...

-La constancia en el bien es una virtud.

-Sí, es una virtud con que me envanezco, repuso el joven libertino; pero si no le aborrece V. por lo constante, le detestará por lo feo; porque francamente le confieso a V. que es horroroso.

-No, no es ése el motivo: yo no lo encuentro tan feo como V. se figura; y sobre todo ¿qué me importa?

-Hablaba yo señora de la fealdad de su alma, de su inmoralidad... como que nunca se le ha visto poner los pies en la iglesia.

-Pues en el templo fue donde le vi por vez primera hoy hace tres años.

-¡En el templo!, desde luego puedo asegurar a V. que es un solemne bribón, un hipócrita, ¿y de qué nace la aversión que V. le tiene?

-Ni yo misma lo sé.

-¡Oh!, ¡pues entonces no tema V. que yo lo diga! Y... ¿sabrás V. darme las señas de ese hombre aborrecido, del que la persigue a V., del que la ama de tan varios modos?... Porque tal vez podría no ser el mismo que ha sacado a V. de casa de sus padres esta mañana, y en este caso...

-Es el mismo; no tengo duda, Doña Ildefonsa me lo ha dicho.

-¡Hola!, ¡hola!, ¿con que Doña Ildefonsa ha revelado a V. quién la llevaba robada? Pues entonces, dijo el príncipe para sí, ya caigo en la cuenta. Adalberto ha ganado a la vieja, y ella tan buena maña se ha dado, que ha hecho recaer sus sospechas sobre otra persona. Se conoce que es ducha en el oficio... ¡Mujer admirable, a quien he calumniado inhumanamente! Esa Doña Ildefonsa es una bendita de Dios. Ahora me resta averiguar quién es el hombre. -Sin embargo, amiga mía, yo necesito para pensar mal de una persona, dijo el príncipe en alta voz, tener pruebas infalibles; porque los juicios humanos suelen ser ligeros y equivocados... Es preciso que me diga V. las señas de ese hombre.

-No tengo inconveniente. Es rubio.

-¡Hola! Rubio... Como yo.

-Alto.

-¡Toma! ¡pues yo no soy bajo!, decía Guillermo, entre dientes, clavando sus ojos maliciosos en María.

-Tiene el aire extranjero, continuó la joven sencillamente.

-¡Qué diantres!... ¿extranjero, eh? Pues éstas son mis señas, prosiguió el augusto joven por lo bajo.

-¡Si no me engaño debe ser alemán!

-¡Alemán!... ¡Justo!... ¡Como yo!

-He vivido en aquel país y conozco perfectamente...

-¡Si me conoce perfectamente! ¡Gracias, Susana, gracias!, exclamó el príncipe dirigiéndose a María, poniéndose de pie, confuso y avergonzado.

-¡Gracias...!, ¿por qué?

-Por haberme demostrado la superioridad de su talento de V., por haberme... en fin... ¡Gracias!

El príncipe hizo a María una leve inclinación, y con la cabeza baja, el rostro como un fuego y una sonrisa amarga en los labios, salió del aposento, dejando a la joven cortada y sorprendida.

Apenas Guillermo cerró la puerta, vino a su encuentro Rosemberg, que le estaba esperando en la antesala.

-¡Señor...!, le dijo su ayo, queriendo sacarle de su distracción.

-Dejadme, respondió el joven con cierta especie de bufido no muy respetuoso.

-¿Qué piensa hacer V.A.?

-Os digo que me dejéis; no pienso hacer nada... si acaso pensara en algo, pensaría en ahorcarme: más por ahora... pienso no separarme ni en un ápice de lo que os he dicho.

-V.A. ha sufrido algún desaire inesperado.

-¡Desaires!... No es esa joven sencilla y virtuosa de que me hablabais ayer, no es la Susana de Berlín la que suele hacer desaires.

-¡Cielos!... Con que V.A. ha sido tan feliz... dijo Adalberto temblando visiblemente; pero con una sonrisa maliciosa que destruía las pruebas de su turbación.

-¡Feliz! Adalberto, jamás vuestro acreditado discípulo ha sufrido una derrota más vergonzosa.

-No lo entiendo. No ha sido desairado V.A. y sin embargo ha sufrido una derrota vergonzosa. Es un enigma que la rudeza de mi entendimiento no alcanza a descifrar.

-Ni os importa. Lo que sí debéis saber es que mañana mismo partimos para Francia.

-¿Y la joven?

-La joven marchará también, si no me dura el mal humor hasta mañana. ¡La muchacha sencilla! ¡La niña inexperta! ¡Rosemberg!, exclamó el príncipe con amarga sonrisa... Me habéis engañado.

-Pero señor ¿qué ha sucedido?

-Es una víbora, es una serpiente astuta... es una mujer intrigante, prorrumpió Guillermo sin poderse contener; una mujer que ha tenido la singular habilidad de envolver y enredar por espacio de dos horas a un joven de mundo, atolondrado, que se burla de la sociedad, y que no tiene más freno que su capricho.

-¿Con que es una mujer tan... temible?, contestó Adalberto, no poco alarmado por aquel descubrimiento.

-Figuraos que me ha hecho creer que quien la robó de su casa, no era yo, sino otro.

-¡Otro! ¿Y V.A. quién es? ¿Qué papel hace en esa comedia? ¿Cómo explicaba ella el encontrarse en esta casa?

-Yo hacía un papel magnífico, un papel de soberano; el de cierto protector que la había salvado del poder de sus raptos.

-¡Oiga! ¡Qué travesura! Seguramente que es una mujer perjudicial, y que puede hacerme sombra, decía Rosemberg para sus adentros.

-Y cuando más me lo creía, cuando me daba lástima tanta candidez, y estaba medio arrepentido de mi calaverada, le pido las señas de ese hombre, ¡y una por una me va diciendo todas las mías!

-¡Cáspita!

-Sí señor, me fue retratando de los pies a la cabeza.

-¡Vamos, vamos! Es el lance más gracioso y más original que puede imaginarse, y los amigos de V.A. lo van a celebrar con la mayor algazara.

-Guardaos bien de revelarlo a nadie; porque es el chasco harto pesado, y puede desacreditarme para toda mi vida. En parte me alegro. Es una mujer de mundo, es una intrigante... pues nada, fuera contemplaciones, y...

-No: V.A. debe seguir un partido más prudente. ¡Qué diablos! Es una mujer vulgar... fría... calculadora... ha perdido ya el barniz del candor... Pues su amor es ya empresa indigna del alta nombradía de V.A.

-No lo creas: he de vengarme.

-¿Haciendo que consiga el triunfo porque suspira?

-Lo he resuelto.

-V.A. lo meditará despacio. Una muchacha que será lo que fuere, pero que pertenece a una familia honrada, virtuosa...

-¡Basta, basta de sermones! Si es una familia virtuosa, yo me encargaré de enjugar su llanto... ya sabes tú que el dinero es el mejor paño de lágrimas.

-Siento mucho no estar de acuerdo con V.A., pero tengo que oponerme con formalidad a la continuación de esta aventura.

-Pues ¿no sois vos quien me la ha proporcionado?

-Sí, señor; pero ignoraba una circunstancia muy notable.

-Vamos a ver.

-Un amigo de V.A. es el amante más apasionado de esa muchacha.

-Ese es un nuevo estímulo.

-Señor, ese amigo no sufrirá...

-¿Quién es? Vamos a ver... confieso que tiene el mejor gusto... por si acaso sois vos principio por adularos.

-¡Yo señor! Yo no amo mas que a mi príncipe, que me corresponde con la mayor ingratitud.

-Corriente. ¿Quién es él?

-Ezequiel Widergott.

-¡Cielos! ¿Widergott amante de Susana?

-La quiere con delirio, con idolatría... es su única pasión, es el afán de toda su vida...

-¿Y Widergott la trata, la visita con frecuencia?

-Señor, es una pasión respetable, porque es desgraciada.

-¡Desgraciada!, ¿de veras, amigo mío, de veras es una pasión desgraciada?, exclamó el príncipe con súbito alborozo.

-María le aborrece.

-¿Le aborrece?

-Ella no le ha visto más que una vez en su vida.

-¿Hoy hace tres años?

-Justamente.

-¿En una iglesia?

-Creo que sí.

-Adalberto, Adalberto, exclamó Guillermo con entusiasmo, esa mujer es un ángel, es el candor, la sencillez personificada, es una criatura celestial a quien te juro no abandonar en mi vida! ¡Oh!, ¡cuán feliz soy Adalberto!... Yo la creí ambiciosa, intrigante, impura, corrompida, cuando es un ángel, una divinidad... ¡No!, ¡no hay en el mundo poder bastante para separarme de su lado!

Adalberto contemplaba su entusiasmo ardiente con una mirada temerosa, fría y severa.

El príncipe volvió a entrar en el aposento de María, diciendo con una sonrisa alegre y maliciosa:

-Ya sé quién es el uno; ahora me falta averiguar quién es el otro.

Apenas hubo desaparecido, exclamó Rosemberg meneando tristemente la cabeza:

-No hay remedio, a todo trance es preciso ver a D. Ezequiel y revelárselo todo. Yo no debo consentir en que el príncipe se ausente de España... eso sería permitir que me sacasen los ojos por el gusto de que mi enemigo quedase tuerto... Basta lo hecho. Tanto peligro hay ahora en seguir adelante, como antes lo había en permanecer inmóvil.

Y sonriendo a cada pensamiento que se le ocurría, salió Adalberto a toda prisa de aquella casa, dirigiéndose por segunda vez a la del banquero, donde le han visto ya nuestros lectores.

CAPITULO XXIV

El otro

Confusa estaba la joven sin saber a qué atribuir la brusca retirada de su libertador, y ya comenzaba a temer la soledad de aquella habitación, cuando le vio entrar con sereno y apacible semblante.

-¡Susana!... permítame V., señorita, que continúe dándola este nombre al que mis labios y mi corazón están habituados; Susana, repitió Guillermo, ¿qué ha pensado V. acerca de mis últimas palabras?

-He pensado, respondió María, que mi permanencia en esta casa se va prolongando demasiado; que mi padre habría venido a verme si hubiese recibido la carta.

-En efecto, respondió el príncipe, asiéndose a las últimas palabras de la joven. Dice V. bien, si hubiese recibido la carta debía haber volado a calmar la ansiedad de su hija; pero como no la ha recibido...

-¡Oh, qué desgracia! ¿Se ha perdido tal vez o no estaba ya mi padre en casa?

-Eso último es lo cierto: su papá de V., alarmado por la ausencia de su querida hija, había salido en busca suya; pero Doña Ildelfonsa le siguió los pasos, y estoy seguro que a estas horas debe haberlo encontrado.

-¿Pero ha vuelto aquí Doña Ildelfonsa? ¿Cómo ha sido no entrar a verme?

-¡Ca! Doña Ildelfonsa no ha puesto aquí los pies.

-Pues entonces ¿cómo ha llegado V. a saber esas últimas noticias?

-Muy fácilmente.

-¿De qué manera?

-Vamos a ver. ¿Cómo le parece a V. que puedo saberlas?, le dijo el príncipe, embrollado otra vez a pesar suyo, y procurando que la joven le indicase el camino, para salir del nuevo atolladero.

-¡Dios mío!, exclamó ésta, casi con alborozo, ¿será posible que ha-ya venido alguno de mis hermanos? ¿Estará tal vez en casa? ¡Oh! ¡No sabe V. qué ansia tengo de volver a ver a cualquiera de mi familia! Le abrazaría con el mismo ardor que si no le hubiese visto en muchos años.

-No, no se entregue V. por ahora a vanas esperanzas, repuso el joven, que había ya inventado una respuesta satisfactoria para María. No es ninguna persona de su familia la que ha venido, porque... todos están ocupados, y... quien ha vuelto es mi criado, quien mandé a su casa de V. porque estaba impaciente por la tardanza del padre.

-¿De veras?

-Ese es quien me lo ha dicho todo.

-¿Y quién le abrió la puerta? ¿Era mi hermana? La pobre estaría llorando. ¿Qué le ha dicho mi madre? ¿Había vuelto mi hermano Antonio? ¿Estaban afligidos por mí? ¿Qué le preguntaron? ¿Qué le dijeron? Estoy segura de que le mandarían entrar y que todos mis hermanos le habrán rodeado, le habrán hecho mil preguntas.

Un poco difícil era que el príncipe respondiese a la descarga de ellas que le dirigía la candorosa joven; pero Guillermo no perdió su aplomo y seguridad, y le dijo, meneando la cabeza.

-El caso es que...

-¿Qué hay?

-Que si el criado estuviese aquí, nadie mejor que él podía dar a V. razón de todo.

-Es verdad, ¿pero no está?, añadió tristemente María.

-No señora: y le confieso a V. que lo siento en el alma; porque yo no he hecho más que... decirle: -¿Qué tal? -Señor, aquel caballero había marchado, *et coetera, et coetera...* y

Doña Ildefonsa... pues *et coetera*... -¿Y no has preguntado por la familia? -Sí señor: me han dicho que no tenía novedad que... *et coetera, et coetera*...

-¿Y mi madre?, ¿y Antonio?

-Antonio y su madre de V. ¿no son de la familia?

-Es claro.

-¿La familia no estaba sin novedad?

-Cierto.

-Luego Antonio y su madre de V. no tienen novedad.

Este silogismo no tenía réplica, no tenía vicio ninguno, no pecaba contra las reglas de la lógica: la mayor era indudable: acerca de la menor no había contestación posible; y la consecuencia se deducía naturalmente de las premisas. ¿De qué nacía, sin embargo, el que dejase cierto vacío, cierta duda e inseguridad en el ánimo de la joven?

Nace de que hay una lógica del corazón que juzga por reglas muy diversas de las que convencen al entendimiento; o por mejor decir, nace de que las convicciones del corazón no están sujetas a reglas ni a lógica, sin dejar de ser por eso más seguras, más profundas y más arraigadas.

María no replicó; no podía replicar, pero quedó silenciosa, melancólica y distraída.

Y ¡cosa singular! María, replicando, hubiera precipitado al príncipe en nuevas mentiras, en nuevos embrollos, y María, callando y poniéndose triste, le atajaba en ese camino y le hacía arrepentir de haberlo emprendido.

-¿Por qué está V. triste, Susana?, repuso el príncipe dulcemente. ¿No se considera V. segura en esta casa? ¿Desconfía V. de mí?

-¡Oh! no, se apresuró a contestar María: confieso francamente que su lenguaje de V. me ha parecido tan prudente, tan comedido... Después del tiempo en que nos conocimos ha vuelto V. a mostrarse a mis ojos por una acción generosa, me ha salvado V. de una ruina inevitable, y le soy deudora de mi reputación, de mi honor, de mi vida y de la vida de mis padres. Yo no dudo que para conseguir este triunfo ha debido V. hacer grandes esfuerzos, grandes sacrificios, porque el enemigo de mi tranquilidad y ventura debe ser fuerte, enérgico y poderoso. Pues bien, yo he notado con placer que lejos de querer aprovecharse de estas ventajas, V., que tanto cariño me manifestaba en Alemania, ha tenido la delicadeza de no recordar siquiera aquellos tiempos, ni dirigirme una sola palabra de amor, que en la situación en que me veo, una ofensa imperdonable me hubiera parecido. Lejos de eso, calmar la ansiedad de mi familia ha sido lo primero que V. ha hecho, escribir a mi padre, que bendecirá su nombre como el de la Providencia... ¡Ah!, todos estos favores, todas estas delicadezas, ¿no merecen que tenga en V. una plena confianza, que le considere como un amigo leal... como un hermano?

-¡Susana!, exclamó el príncipe con un entusiasmo algún tanto detenido por la vergüenza que su propia conducta comenzaba a inspirarle...

-Dígame V., Federico...

-¡Ah!, ¿no ha olvidado V. mi nombre?

-Jamás olvido los nombres que no renuevan ningún odioso recuerdo.

-¡Susana! ¡Susana!

-Dígame V., ¿a dónde puedo yo volver los ojos fuera de mis padres, para encontrar una persona a quien sea deudora de tantos favores?, dijo María con una sencilla mirada de gratitud.

-¿Con que puede V. ser amiga mía?

-¿No puede V. ser amigo de mi padre?

-Sí, lo seré.

-¿A pesar de la diferencia de clases que media entre nosotros?

-Aunque fuese el heredero de un trono. Pero me ha dicho V. más, ha dicho V. que podía ser mi hermana.

-Tal vez haya sido imprudente...

-¿Quisiera V. ser la hermana de un príncipe?

-Si el príncipe era tan generoso, tan noble, tan leal como V., ¿quién lo duda?

-¡Oh!, ¡hermana mía!, sólo esta suposición es capaz de enloquecerme ¡hermana!

-Hay ciertos favores que jamás se pagan sino depositando en las personas que los dispensan todo el cariño de que podemos disponer libremente.

-¡Hermana!, ¿pero... nada más?

-Nada más, Federico, de ahí en adelante el corazón no es libre.

-¡Ah!, ¿y por qué ha renovado V. en el mío una herida que tal vez estaba cerrada?

-¡Basta!

-No, Susana, ya es imposible contenerme: es imposible ocultar más tiempo el amor que me devora.

-¡Basta, Federico, basta!

-¡Susana mía!

-Me marcho si V. prosigue usando de ese lenguaje.

-Callaré: puesto que V. lo manda, guardaré silencio, pero mi silencio será la mayor prueba de mi amor.

-Me ha prometido V. explicarme el modo con que me ha libertado del poder de mi enemigo, dijo María procurando desviar la conversación, ¿quiere V. tener la bondad de cumplir ahora su palabra?

Las ingenuas confesiones de María, su adorable sencillez y la ciega confianza que depositaba en el príncipe, eran otras tantas murallas con que sin saberlo circundaba los tesoros de su honra.

Tenía Guillermo un corazón pervertido, pero no estragado, y bajo el ceno de libertinaje, conservábanse ilesos en el fondo de su alma restos de la antigua nobleza y generosidad.

Si María, conociendo desde un principio la verdad, le hubiese tratado con el rigor que merecía, probablemente su resistencia hubiera exasperado los deseos del príncipe, y su conducta severa y dura, los epítetos injuriosos, sus gritos y amenazas darían a la audacia del joven un colorido de justicia o de venganza bastante poderosos para cerrarle las puertas del arrepentimiento. Pero María, llamándole amigo y hermano, acogiéndose a su generoso amparo, nada tenía que temer, era invencible.

Venía dispuesto el príncipe a mentir; a forjar aventuras novelescas, sobre los medios ingeniosos de que se había valido para la fabulosa hazaña cuya gloria tan inmerecidamente le atribuía; pero después de escuchar a María, después de oír sus revelaciones, que removieron el verdadero amor que se abrigaba en el fondo de su pecho, ¿era posible que continuase en el mismo tono? Para esto se necesitaba una perversidad, una refinada hipocresía de la que aún no era capaz el príncipe Guillermo.

Internado, sin embargo, en un camino tortuoso, ¿podía volverse atrás? No tenía más que un medio de hacerlo: confesárselo todo, revelar la verdad y restituir la joven a casa de sus padres.

Medios son estos nobles y dignos, pero que no se adoptan con facilidad por el hombre, y menos por el hombre enamorado.

Destruir en un momento las ilusiones con que se embelesa el corazón de una mujer querida, arrancar de allí la imagen hermosa que de nosotros ha llegado a formar, para sustituirla en aquel mismo sitio con otra imagen odiosa y repugnante, son esfuerzos gigantescos que nunca puede hacer el hombre por sí solo, si no se apoya en los brazos de la conformidad religiosa.

El príncipe no se atrevió a proseguir mintiendo, y dijo a la hermosa joven con triste acento enamorado:

-¿Para qué quiere V. que le recuerde escenas desagradables?... hablemos de una materia, que según V. me ha dicho, puede embelesarla.

-¿De qué?

-Hablemos... *del otro*.

-¡Del otro!

-¿Tan presto se ha olvidado V. de la confesión involuntaria que se le ha escapado de sus labios?

-¡Ah!, respondió María suspirando profundamente, del otro poco tengo que hablar: su historia está contada en dos palabras.

-Las adivino, repuso el príncipe sonriendo amargamente.

-Si V. le ha conocido, tal vez.

-Sí: *¡es feliz!*

-¡Feliz!... ¡Ay!... Así lo creo.

María pronunció estas palabras con voz profundamente conmovida, y poco después prorrumpió en amargo llanto. Guillermo la contemplaba con el rostro sombrío, y el corazón traspasado de celos.

-¡Sí! lo veo, es feliz, porque hace derramar esas preciosas lágrimas... ¿Y dónde, dónde está ese hombre afortunado, que no acude a enjugarlas con su blanda mano? ¿Dónde está ese hombre, mientras los demás le roban su tesoro?

-Muy lejos de aquí.

-¡Lejos! ¡Oh!, exclamó el joven, si es tan descuidado que deja una joya de tanta valía expuesta a la codicia de los demás, bien merece.

-Señor, exclamó la joven sollozando, no agravie V. su memoria... ese hombre ha muerto.

-¡Ha muerto! ¡Cielos! ¿De veras ha muerto el infeliz?, repuso el príncipe con un tono lastimero que contrastaba con el alborozo que le hacía traición en su semblante. ¡Oh!, se desvanecen como el humo los obstáculos para conquistar su amor, prosiguió diciéndose a sí mismo el joven enamorado; mengua sería abandonar la empresa. Susana ha de ser mía, y ha de serlo, no por violencia, sino por el impulso de su corazón. Esto es más noble, es más digno, y sobre todo, esto es más difícil y arriesgado.

Y volviéndose a María, la suplicó le permitiese un momento dejarla sola, con el pretexto de salir a informarse de su familia: y salió de aquella habitación con un pensamiento fijo en la cabeza, pero sin saber cómo llevarle a cabo.

CAPITULO XXV

Resolución repentina

No tenía más objeto la segunda retirada del príncipe Guillermo, que el de reflexionar acerca de los medios convenientes para salir de la falsa y equívoca situación en que se

encontraba. Bullíanle mil proyectos, mil planes, mil ideas distintas en la cabeza, sin que hubiese uno solo que pudiera satisfacerle completamente.

Sobre todos ellos, sin embargo, descollaba un pensamiento fijo.

Vencido por el amor de María y por los nobles sentimientos que supo despertar en su ánimo el candor, y la inocencia, y el abandono de la joven; había resuelto no prolongar el desacato ni la superchería hasta llevarla a París.

Si D. Ezequiel y Adalberto, para detenerle en España, habían escogido el medio de sujetarle con las floridas cadenas del amor, rindiéndole a los pies de una mujer que le inspirase una pasión tan ardiente como respetuosa, y tan pura como verdadera; el éxito más feliz debía coronar sus planes: sus cálculos, fundados sin duda en la justa apreciación del carácter del príncipe, atolondrado en las formas, pero bueno en el fondo, desigual, impetuoso y atrevido, sus cálculos, repetimos, eran exactos.

El augusto joven, sin embargo, llevaba los resultados más allá de lo que podían prometerse.

Determinado a retroceder de un mal camino, sus propósitos avanzó en no sólo a desistir de arrebatarse a María a un reino extranjero, como inconsideradamente había decidido en un instante de enajenación y aturdimiento; sino a restituirla al hogar paterno, si fuese posible hacerlo sin aparecer culpable.

Esta condición era esencial; porque no puede concebirse que Guillermo tuviese el valor suficiente para arrostrar el odio y la indignación de su amada, que le creía perfecto, la cual le hubiera perdonado fácilmente todos los agravios, todos los escándalos; pero nunca se hubiera perdonado a sí misma la vergüenza del amor propio ofendido, nunca el ridículo de haberle creído un hombre, y de habérselo candorosamente confesado.

La dificultad estaba en poder cumplir aquella condición; el desenlace de la crisis consistía en la resolución de este problema:

Cómo, sin perder nada en la buena opinión de su amada, la restituía a sus padres.

Sus primeros impulsos fueron de atropellar hasta por esa misma consideración y conducir en su carruaje a la joven a la puerta de su casa, y algunas horas después emprender la fuga, renunciando para siempre a María, y procurando olvidar tan singulares aventuras.

Era ya tarde para adoptar esta resolución. Guillermo estaba sobradamente enamorado, y los celos le estimulaban al triunfo, como el eco del clarín enardece al caballo para el combate.

Marcharse y abandonar lo que más se ama es un sacrificio que puede hacerse con grande esfuerzo, pero marcharse y abandonar lo que más se ama, dejando el campo libre a un rival seductor y poderoso, si bien infortunado y aborrecido, dueño en una palabra de la omnipotente palanca de riquezas inagotables, es una cosa posible, pero es de aquellas cosas posibles de las que nadie puede señalar con el dedo muchos ejemplares.

Este proyecto por consiguiente debió cruzar con mucha rapidez y desaparecer muy pronto de la mente de Guillermo, que después de algunas alternativas y luchas y fluctuaciones llegó a fijarse en el siguiente plan.

-Doña Ildefonsa, decía, que ha hecho recaer tan hábilmente las sospechas del rapto en Ezequiel Widergott, debe estar ganada por Adalberto: Doña Ildefonsa no me conoce; Rosenberg es demasiado sagaz y precavido para haberla revelado mi nombre. Susana está vivamente persuadida de que yo soy su libertador; pues bien, de todos estos hechos es preciso deducir consecuencias. La única que puede descubrir quién es el verdadero autor del rapto, es Doña Ildefonsa, y siendo ésta nuestro cómplice no hay miedo de que revele la verdad. Para lograr, sin embargo, una seguridad completa, se le cierran los labios con candados de oro, y siendo con ella generoso, no tengo ni el más remoto peligro de ser descubierto. Invento, pues, cualquier aventura verosímil: me presento con la muchacha en casa de sus padres; yo nada tengo que decir, ella lo dirá todo: ¡oh!, estoy seguro de que sus lágrimas y sus miradas hacen de mí un panegórico más elocuente que todos los de Bossuet y de Cicerón: de hecho y de derecho quedo yo instalado como el amigo de la casa, el protector, el ángel tutelar. De mi cuenta corre desempeñar el papel a las mil maravillas... subirán como la espuma... Se acabó la miseria, las angustias, las escaseces: por medios indirectos y decorosos les suministraré mas de lo que necesiten; no habrá quien no me bendiga: mi nombre será aclamado en toda la casa, y ha de tener Susana un corazón de bronce o forzosamente pagará con su amor este cúmulo inmenso de beneficios.

Es verdad que a Widergott le debo algunos favores, pero bastante recompensado está con tener el honor de prestar su dinero a S.A. el príncipe Guillermo. Esos judíos que por tener algunos florines más que los otros se creen con derecho a la amistad de un príncipe, bien merecen... ¡Miserable!, ¡amando a Susana y siendo tan inmensamente rico, permitir que su familia sufra privaciones y escaseces! ¿Y todo por qué? Porque no es correspondido, porque Susana no puede disponer libremente de su corazón. Esta es una villanía. Sí, no debo tener remordimientos en faltar en apariencia a las leyes de la amistad; y por otro lado, si ella le detesta, si le profesa un odio inextinguible, ¿qué derechos tiene a su corazón?

-Doña Ildefonsa, decía, que ha hecho recaer tan hábilmente las sospechas del rapto en Ezequiel Widergott, debe estar ganada por Adalberto: Doña Ildefonsa no me conoce; Rosenberg es demasiado sagaz y precavido para haberla revelado mi nombre. Susana está vivamente persuadida de que yo soy su libertador; pues bien, de todos estos hechos es preciso deducir consecuencias. La única que puede descubrir quién es el verdadero autor del rapto, es Doña Ildefonsa, y siendo ésta nuestro cómplice no hay miedo de que revele la verdad. Para lograr, sin embargo, una seguridad completa, se le cierran los labios con candados de oro, y siendo con ella generoso, no tengo ni el más remoto peligro de ser descubierto. Invento, pues, cualquier aventura verosímil: me presento con la muchacha en casa de sus padres; yo nada tengo que decir, ella lo dirá todo: ¡oh!, estoy seguro de que sus lágrimas y sus miradas hacen de mí un panegórico más elocuente que todos los de Bossuet y de Cicerón: de hecho y de derecho quedo yo instalado como el amigo de la casa, el protector, el ángel tutelar. De mi cuenta corre desempeñar el papel a las mil maravillas... subirán como la espuma... Se acabó la miseria, las angustias, las

escaseces: por medios indirectos y decorosos les suministraré mas de lo que necesiten; no habrá quien no me bendiga: mi nombre será aclamado en toda la casa, y ha de tener Susana un corazón de bronce o forzosamente pagará con su amor este cúmulo inmenso de beneficios.

Es verdad que a Widergott le debo algunos favores, pero bastante recompensado está con tener el honor de prestar su dinero a S.A. el príncipe Guillermo. Esos judíos que por tener algunos florines más que los otros se creen con derecho a la amistad de un príncipe, bien merecen... ¡Miserable!, ¡amando a Susana y siendo tan inmensamente rico, permitir que su familia sufra privaciones y escaseces! ¿Y todo por qué? Porque no es correspondido, porque Susana no puede disponer libremente de su corazón. Esta es una villanía. Sí, no debo tener remordimientos en faltar en apariencia a las leyes de la amistad; y por otro lado, si ella le detesta, si le profesa un odio inextinguible, ¿qué derechos tiene a su corazón?

¡Ea, pues! Ningún inconveniente se me presenta: manos a la obra.

El príncipe tiró vivamente del cordón de una campanilla y al punto se presentó un criado.

-¿Qué manda V.A.?

-Que dispongan inmediatamente un carruaje.

-¿La berlina?

-No; cualquier otro menos ése.

-Está muy bien.

-¿Hay alguna novedad?

-La señorita sigue tranquila.

-¿Qué hace?

-Está escribiendo.

-¿Quién la observa?

-La señora Gregoria.

-Por supuesto, ya sabe que...

-Sí señor: mientras V.A. no esté allí, ya sabe que debe observar todas sus acciones y avisar a la menor sospecha.

-¿No ha venido nadie?

-Nadie.

-¡Magnífico!, exclamó el príncipe, restregándose las manos con alegría.

-Ahora que me acuerdo, señor, ahí ha estado una señora preguntando por la señorita.

-¡Cielos!, ¿quién era?

-La que vino con ella.

-¡Doña Ildelfonsa! ¿Y qué quería?

-Verla por fuerza: estuvo reparando mucho tiempo en la fachada de la casa, en las dos puertas del zaguán, en el portal, en fin, en todo, con una curiosidad que no pudo menos de alarmar al portero, que la quiso echar con cajas destempladas.

-¿Y después?

-Después me llamó a mí: como yo soy el que...

-Adelante.

-Bajé, vi a la vieja de lejos y no me quise dar a conocer; pero le dije al portero le respondiese que allí no había señorita ninguna, y que soltaría los perros si no se marchaba pronto. Ella juraba y perjuraba que era ésta la casa donde había quedado la señorita Doña María, que lo sabía a punto fijo, y sacaba una carta, como si en ella estuviesen las señas. Los porteros negaban todo a pies juntillas; y ella repetía cada vez con más ahínco, que la habían engañado miserablemente, y que si no volvían la joven de bien a bien a casa de sus padres, ella iría a dar parte a la justicia. En fin, estuvo porfiando cada vez más, hasta que tuvo que marcharse sin haber sacado nada en limpio.

-¿Y por qué no me habéis avisado?

-Señor, como V.E. estaba en el aposento de la señorita...

-¿Y adónde marchó la vieja?

-No se sabe.

-¿Hace mucho tiempo?

-No señor: acaba de salir.

-Dos onzas te doy si la alcanzas.

-Señor, es ya imposible.

-¡Oh!, ¡qué fatalidad! Bien, déjame: si vuelve esa mujer que suba.

-¿Al cuarto de la señorita?

-De ninguna manera: que entre en esta habitación: si yo estuviere con la señorita, llamadme al instante.

Este acontecimiento echaba por tierra los magníficos planes del príncipe.

Era indudable que Doña Ildefonsa sabía el paradero de su joven amiga, a pesar de todas las precauciones que se habían tomado para ocultárselo. No podía concebir Guillermo cómo siendo cómplice del rapto Doña Ildefonsa, estaba ahora tan interesada en descubrir el paradero de María y en apelar a la justicia: pero tampoco sabía cómo conciliar que estando ganada por Adalberto, exagerase a la joven el amor de D. Ezequiel; creyó, pues, que podría estar haciendo dos papeles y procurando servir a los dos a un tiempo.

De todas maneras resultaba una verdad indudable: era ya descubierto el paradero de María, y era muy fácil seguir la pista a los raptos: tal vez intervenía en este negocio la mano de D. Ezequiel, y de todas maneras el príncipe no podía ya pasar a los ojos de nadie como inocente. Aquel asunto se iba complicando cada vez más, y el joven palpaba las consecuencias de un instante de atolondramiento y de imprudencia. Hasta los consejos de su amigo Adalberto que le había sacado de mayores apuros le faltaban. ¿Qué había de hacer en aquella situación? Llevársela a París era casi irrealizable, y mucho más después de la oposición de Rosemberg; abandonar la empresa cobardemente era una idea contra la que se rebelaba su orgullo, que después de tantos escándalos y de pasos tan aventurados, no podía sufrir humillación tamaña.

En situación tan angustiosa un acontecimiento inesperado vino en su auxilio.

La voz del criado resonó fuera del aposento diciéndole:

-Señor.

-Adelante.

-Esta carta acaban de traer para V. E.

-¡Para mí!, ¿pues quién sabe que estoy en esta casa? Sin duda debe ser de Adalberto, dijo el príncipe antes de recibirla.

Apenas la tomó en sus manos no pudo menos de exclamar:

-¡Letra de mujer! ¿Es de la señorita?

-No señor: ha venido de afuera.

-Es verdad, dice: Al conde de Bernhaus... Ella no sabe cómo me llamo. ¿Quién la ha traído?

-Una señora que vino en un carruaje de alquiler: al llegar a la puerta de casa se detuvo, entregó el billete al lacayo y éste le puso en manos del portero.

-Y la señora, ¿ha marchado?

-Inmediatamente.

-Está bien, vete.

El príncipe había tenido en sus manos la carta, sin determinarse a abrirla, como muchas veces nos sucede en los instantes más críticos de la vida, cuando tememos que de un

paso, de una palabra, de un movimiento, depende un cambio absoluto en nuestra situación; pero después de algunos momentos de indecisión, dio vuelta el príncipe al billete y al reparar en el sello, exclamó dándose una palmada en la frente.

-¡Ah!, ¡ya la conozco! ¿Quién la habrá dicho que estoy aquí?

Rompió la neta apresuradamente; abrió el sobre, dentro del cual venían dos papeles: principiaba el uno:

«Mi atolondrado amigo...»

El otro era una segunda carta, cuyo sobre decía de esta manera:

«Para entregar en propias manos de la señorita Doña María Susana de Carvajal y Hartmann, de S.P.E.»

Leyó el príncipe el primer escrito, al principio con muestras de impaciencia y desagrado, que fueron desapareciendo conforme iba avanzando en su lectura, hasta que desanublándose su frente, brillaron en ella el júbilo y alborozo.

Devoró la segunda carta colmándola de besos. Volvió luego a leer entrambas, y agitó fuertemente la campanilla llamando al criado.

Éste se presentó.

-¿Está el cochero?

-Sí señor.

-Que suba.

-¿Adónde?

-Aquí, a mi cuarto.

-¡Al cuarto de V. E.!

-Sí, obedece: que suba pronto. -No me queda otro recurso, prosiguió el príncipe, paseándose agitadamente por la habitación, apenas desapareció el criado. Esta carta ha venido a salvarme: es verdad que no salgo de este laberinto; pero cuando menos se dan treguas a la resolución definitiva: disfrutaré más tiempo de su presencia, me sentaré a su lado, viviré en su misma casa, pasaré muchas horas aspirando el perfume de su inocencia, respirando su mismo aliento, abrasándome de cerca con las miradas de sus ojos, contándole inocentes y dulces mentiras, con las cuales llegaré a conocer hasta el fondo de su alma, y después... después ¿qué será? Lo ignoro: es necesario cerrar los ojos al porvenir: pensar en lo presente, vivir, empaparse en amor y en felicidad, gozar ahora y después... ¿qué importa lo que después ha de suceder? Después... es necesario tener confianza en su propia suerte. La fortuna me favorece; pues bien, no hay que espantarla con el gesto de la desconfianza; dejémonos arrullar y mecer en su regazo: durmamos, sí, durmamos, aunque del lecho me trasladen al sepulcro.

Abrióse la puerta del aposento y entró el cochero conductor de la berlina, revelando cierto encogimiento en sus acciones, aun en medio de su aire picaresco y malicioso, como si no estuviese acostumbrado a la distinción que se le hacía.

-¡Hola, buena alhaja!, le dijo el príncipe, queriendo animarle con aquel tono de familiaridad. ¿Conoces la quinta de Vallehermosa?

-Lo mismo que mi casa, mi amo.

-¿El camino es bueno?

-Como la palma de la mano, señor.

-¿A qué hora podremos llegar?

-Podremos acostarnos esta noche a buena hora.

-Pues bien, allí dormiremos.

-Corriente, V. E. no tiene que decir más palabra, señor.

-Es que... no sabes tú...

-Cuando le digo a V. E. que no tiene nada más que hacer, es porque yo... vamos, yo entiendo estas cosas, y...

-Pero no sabes tú...

-Señor, cuando yo lo digo... es señal de que lo digo, mi amo, y nada más.

-Se conoce que estás ducho, bribón.

-¡Toma!, pues en buena parte he servido.

-¿En dónde?

-Con la señora...

-¡Ah!... ¿Sí...? ¡ya!

-¡Pues!

-Ahí tienes, le dijo el príncipe poniéndole un bolsillo lleno de oro en las manos. De tu cuenta corre... y... mucho silencio.

-No nos han de sentir ni las moscas.

Con un ademán hizo salir al cochero: recogió las cartas que acababa de recibir, se puso los guantes y el sombrero, tomó el bastón y se dirigió al aposento de María.

.....
.....

La joven enjugó sus lágrimas al ver a su libertador... quería mostrarse serena y resignada; pero fueron inútiles sus esfuerzos, y después de un corto rato de silencio, exclamó con un acento que partía el corazón:

-¡Señor, hace seis o más horas que estoy separada de mi familia... mi padre no parece... alguna desgracia les ha sucedido... esto no es natural...! ¡Ah!, ¡vuélvame V. a mi casa...! vuelva yo a ver a mis padres y hermanos... ¡D. Federico! ¡Aquí me muero yo de dolor y de vergüenza...!

-Sí, María: ya puedo sin temor ni responsabilidad alguna sacar a V. de este cautiverio... Lea V. esta carta que me ha dado para V. su respetable y anciano padre.

-¡De mi padre! ¡Ah!, venga.

María se apoderó de la carta que le presentaba el príncipe, y leyó apresuradamente y con voz trémula y agitada estos renglones:

« Querida hija:

»Al fin, después de muchos trabajos y desengaños, la divina Providencia me ha hecho conocer a un hombre generoso y caritativo que se ha encargado de restituirte al seno de tu familia. Tengo en él entera confianza; síguele sin temor que él te conducirá a los brazos de tu amantísimo padre.

ENRIQUE DE CARVAJAL.»

»Hoy 2 de noviembre».

-¡Ah! ¡cuánto, cuánto debemos a W, prosiguió María cruzando las manos sobre su corazón, y clavando sus ojos en el cielo con una expresión adorable de gratitud religiosa.

El príncipe guardaba silencio.

-¿Cuándo salimos?, continuó la joven.

-Cuando V. quiera.

-Ahora mismo.

Guillermo tiró del cordón de una campanilla, y dijo a un criado que apareció en el umbral de la puerta.

-¿Está el carruaje dispuesto?

-Sí, señor.

-Cuando V. guste, señorita, añadió el príncipe volviéndose hacia María y ofreciéndole el brazo con galantería.

-¡Oh! ¡vamos, vamos volando!

.....

.....
Media hora después Adalberto entraba en aquella casa con aire preocupado y el rostro más encendido que de costumbre. Los ojos parecían inflamados y en toda su persona se advertía un cambio notable.

Comenzó a subir los primeros escalones sin dirigir siquiera una sola mirada al portero, como quien entra en su propia casa, y su distracción era tal que no escuchó una voz que saliendo de un aposento oscuro le decía:

-¿Caballero? ¿Eh? caballero, ¿tiene V. la bondad de decirme a dónde va?

-Arriba.

-Arriba no hay nadie.

-¿Cómo nadie?, ¿no me conoces? Quiero ver al conde.

-S. E. ha salido.

-¿Qué me importa?, luego volverá.

-S. E. no vuelve.

-¡Cómo no! Y si no está el conde, está la señorita.

-¡La señorita!

-Sí, hombre, sí.

-Tampoco está en casa.

-¿Que no está en casa? Vamos, eres el mayor bruto...

-La señorita ha salido...

-¿Con quién?

-Con el señor conde.

-¡Imposible!

-No hay más imposible sino que los dos han ido juntos.

-¿Adónde?

-¿Qué sé yo?

-¿Pero a pie?

-No señor, en coche.

-¡Cielos! ¿Y quién ha quedado?

-Nadie, señor, he dicho a V. que nadie.

-Ni la señora Gregoria, ni Pascual, ni...

-Ni un alma.

-Pero ¿no han dejado recado alguno?

-No han dicho una sola palabra.

-Hombre, ¿mira a ver si tienes alguna carta?

-¡Carta! Ni siquiera una letra.

-Pero ¿adónde se han dirigido?

-Han tomado por la derecha.

-¿Hacia el campo?

-¡Pues!

-¿Y la señorita se resistía a marchar? ¿Lloraba mucho?

-¡Ca! ¡Llorar! No, señor: iba más contenta que una pascua.

-Y no has oído expresión alguna por la que puedas inferir adónde han ido.

-Ni una, ni media.

-¿Qué harías tú por ganar mil duros?

-¡Mil duros! Por ganar mil duros me tiraría yo de una torre, de cabeza abajo.

-Pues mil duros te doy si me dices adónde se han marchado.

-Señor, no hay más que una pequeña dificultad.

-¿Cuál? Dímela y está vencida al instante.

-La dificultad de decir a V. adonde se han marchado, dijo el portero con mucha calma, consiste únicamente en que no lo sé.

Adalberto se retiró con un bufido, y diciendo entre dientes:

-¡Dios mío! ¿Cómo me presento delante de Enrique, y sobre todo, que le digo a D. Ezequiel?

.....
.....

Mientras esto sucedía, una elegante dama acababa de escribir en un gabinete, que ya conocen nuestros lectores, la siguiente carta con sobre para Nápoles:

«Por tercera vez os molesto en un mismo día, amigo mío... pero nunca con motivo más fundado. Son las tres de la tarde... he puesto en planta el proyecto que os indicaba con un éxito feliz, prodigioso... todo nos favorece... hasta la muerte de una joven acaecida casualmente en mi casa. A estas horas yo estoy obteniendo un triunfo en la opinión popular con el magnífico entierro que le he dispuesto... También he conseguido que el príncipe Guillermo, llevando robada a la quinta de un amigo mío una muchacha que pertenece a una familia honrada y virtuosa, haya dado el primer paso para su eterno descrédito.

»Crece la impopularidad de nuestro príncipe, pero poco a poco hemos de ir haciéndole necesario. Yo no descanso hasta verle en el trono, porque ya sabéis que en este caso nosotros seremos los reyes.

»Cuando tenga tiempo os dará más pormenores.

LA CONDESA DE BUENA ESPERANZA.»